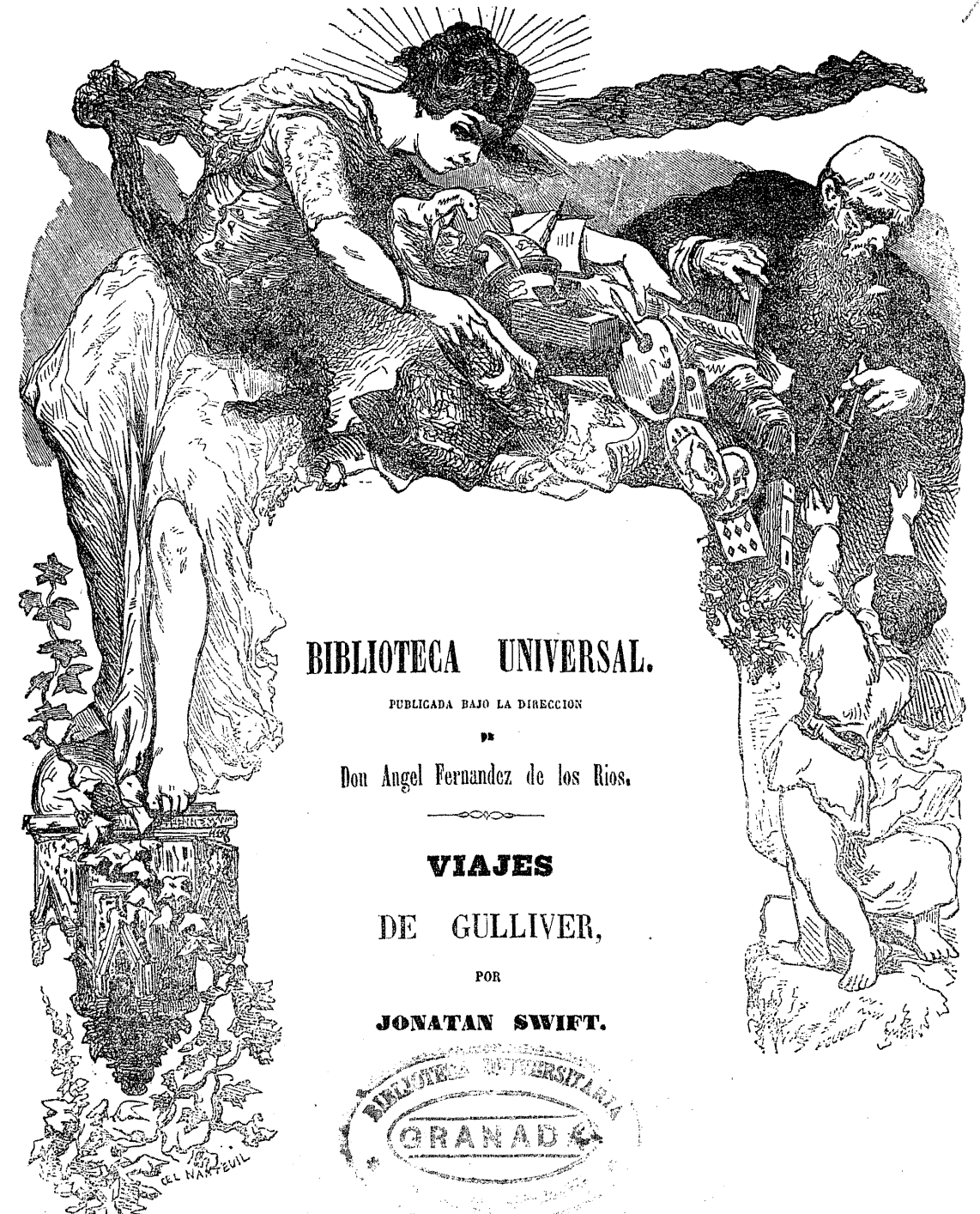


R. 27543

13



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

Don Angel Fernandez de los Rios.

VIAJES

DE GULLIVER,

POR

JONATAN SWIFT.



BIOGRAFIA

DE

JONATAN SWIFT.

En la época mas fecunda en escritores célebres que ha gozado la Inglaterra, vivió Swift, el autor de los *Viajes de Gulliver*, y fué uno de los que alcanzaron mas nombradía. Efectivamente, pocos escritores ha habido de tanta originalidad y de imaginacion tan rica. Humorista á lo Rabelais, ora cáustico, ora candoroso, ora altivo, ora a'hle, ora festivo, ora lúgubre, ha llegado á ser inimitable en la sátira de costumbres. Ya desde jóven daba muestras de aquel carácter escéntrico que debia hacer de él el hombre mas buscado y mas aborrecido á la vez, el mas cordial y el mas intratable. Carácter incomprendible, que abunda entre los ingleses sabios: misántropos hasta el cinismo: generosos hasta la abnegacion.

Jonatan Swift, doctor en teología, y dean de San Patricio, nació en Cashel (condado de Tipperrary en Irlanda) el dia 30 de noviembre SESTA SERIE.—ENTREGA 5.^a

de 1667, dos meses despues de la muerte de su padre, segun unos biógrafos, y siete segun otros.

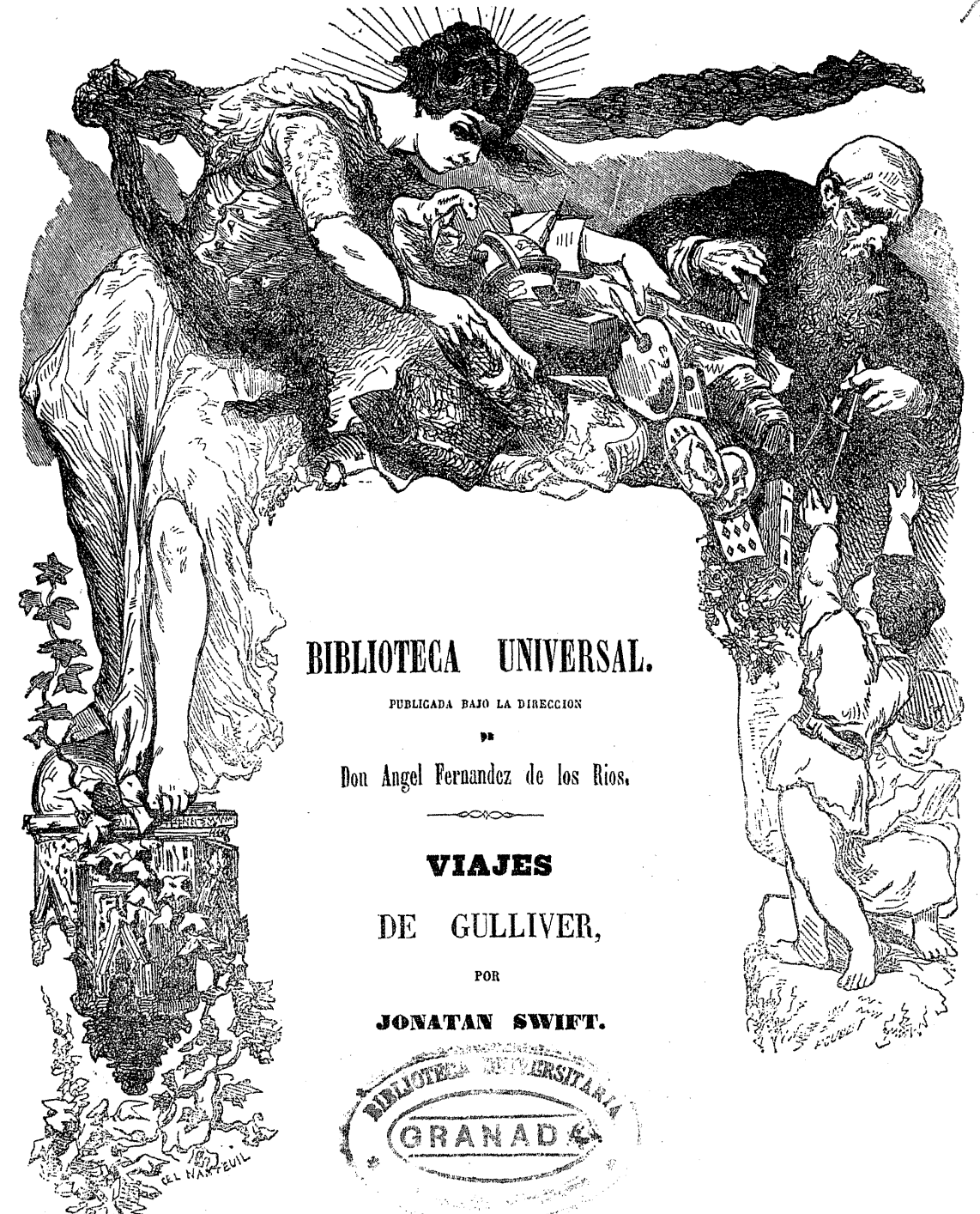
Todavía enseñan al viajero los vecinos de su barrio la casita en que nació.

Un raro suceso hizo notable su niñez. No fué robada su cuna por unos soldados, como le sucedió á su padre Tomas Swift; sino que fué robado él mismo por su nodriza cuando apenas contaba un año. Esta pobre muger, natural de Whitehaven, en Inglaterra, obligada por asuntos de familia á volver á su país, y no queriendo separarse del niño Jonatan en quien adoraba, se le llevó consigo, sin tener en cuenta para nada la voluntad de su madre. Cuando lo supo mistress Swift, que entonces estaba muy pobre, como conocia el buen corazon de la nodriza y su amor al niño, consintió en dejársele. Ya contaba siete años, cuando su tio el abogado Godwin Swift le llevó á Irlanda, donde vivieron á su amparo él y su madre por espacio de algun tiempo; pero sin duda el carácter altivo del futuro escritor no se avenia con esta dependencia, porque desde entonces le dominó aquella misantropía que solo pudo aminorar el uso de sus facultades morales.

Hijo póstumo, criado de limosna, miraba el dia de su nacimiento como el de sumayor desventura. Tanta cuenta tuvo con su educacion la fiel nodriza, que á los cinco años leia ya la Biblia con admirable fa-

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

O-CONNOR



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

Don Angel Fernandez de los Rios.

VIAJES

DE GULLIVER,

POR

JONATAN SWIFT.



BIOGRAFIA

DE

JONATAN SWIFT.

En la época mas fecunda en escritores célebres que ha gozado la Inglaterra, vivió Swift, el autor de los *Viajes de Gulliver*, y fué uno de los que alcanzaron mas nombradía. Efectivamente, pocos escritores ha habido de tanta originalidad y de imaginacion tan rica. Humorista á lo Rabelais, ora cáustico, ora candoroso, ora altivo, ora a'able, ora festivo, ora lúgubre, ha llegado á ser inimitable en la sátira de costumbres. Ya desde jóven daba muestras de aquel carácter escéntrico que debia hacer de él el hombre mas buscado y mas aborrecido á la vez, el mas cordial y el mas intratable. Carácter incomprensible, que abunda entre los ingleses sabios: misántropos hasta el cinismo: generosos hasta la abnegacion.

Jonatan Swift, doctor en teología, y dean de San Patricio, nació en Cashel (condado de Tipperrary en Irlanda) el dia 30 de noviembre

SESTA SERIE.—ENTREGA 5.^a

de 1667, dos meses despues de la muerte de su padre, segun unos biógrafos, y siete segun otros.

Todavía enseñan al viajero los vecinos de su barrio la casita en que nació.

Un raro suceso hizo notable su niñez. No fué robada su cuna por unos soldados, como le sucedió á su padre Tomas Swift; sino que fué robado él mismo por su nodriza cuando apenas contaba un año. Esta pobre muger, natural de Whitehaven, en Inglaterra, obligada por asuntos de familia á volver á su país, y no queriendo separarse del niño Jonatan en quien adoraba, se le llevó consigo, sin tener en cuenta para nada la voluntad de su madre. Cuando lo supo mistris Swift, que entonces estaba muy pobre, como conocia el buen corazon de la nodriza y su amor al niño, consintió en dejársele. Ya contaba siete años, cuando su tio el abogado Godwin Swift le llevó á Irlanda, donde vivieron á su amparo él y su madre por espacio de algun tiempo; pero sin duda el carácter altivo del futuro escritor no se avenia con esta dependencia, porque desde entonces le dominó aquella misantropía que solo pudo aminorar el uso de sus facultades morales.

Hijo póstumo, criado de limosna, miraba el dia de su nacimiento como el de sumayor desventura. Tanta cuenta tuvo con su educacion la fiel nodriza, que á los cinco años leia ya la Biblia con admirable fa-

cilidad. Púsole á la escuela en Kilkenny, donde aun se conservó el banco en que grabó su nombre con un cortaplumas; y á los catorce años entró en el colegio de la Trinidad de Dublin.

Es creencia vulgar que el hombre de talento desde la infancia se distingue; pero durante cuatro años Swift no se distinguió sino por los castigos y las reprimendas que recibía. Poco tiempo despues se matriculó en la universidad de Dublin, donde pasó siete años en una situación muy penosa, pues su tío Godwin, medio arruinado por algunas especulaciones locas, se vió en el trance de suprimir la pensión de su sobrino. Entre sus estudios universitarios habia algunos insufribles para él. La lógica sobre todo, tenida entonces por la ciencia de las ciencias, y en la cual debía de examinarse indispensablemente, le inspiraba una aversión profunda. Estaba reñido con los sofismas y con los sabios en us, eternos ergotistas que solo enseñan á desvariar según las reglas del arte. En cambio, la poesía, la historia y las bellas letras fueron sus amores.

Mas que por instruirse, por distraer sus melancolías, se dedicó entonces á la lectura; y mucho debió de leer, pues de aquella época data el primer borrador de su *Cuento del Tonel*. Como seguía sus estudios sin fe, sin asiduidad, y solo por capricho, llegado el exámen era tal su ignorancia, que, aunque recibió el grado de bachiller, no descurdaron los doctores de Dublin el hacer constar en el diploma y en los registros de la universidad que habia sido *speciali gratia*, es decir, por gracia particular. Tres años prosiguió estudiando, aunque no por su gusto, sino por necesidad, pues no sabia qué hacerse. Su tío acababa de morir, dejando muy embrollados sus asuntos. Por fortuna, otro de sus tíos, William Swift, acudió á su socorro; pero no era rico, y apenas podia darle lo estrictamente necesario. Fijó entonces toda su esperanza en un primo suyo, Willoughby, hijo del difunto Godwin, que era un comerciante muy rico de Lisboa. Esta esperanza no le salió fallida á Jonatan. Un día que se encontraba sin un miserable chelín, estaba asomado tristemente en la ventana de su habitación, cuando vió en la calle á un marinero que hablaba con el portero de su casa. Ocurriósele al punto que podría venir de parte de su primo el de Lisboa. Dicho y hecho. Llamaron á su puerta, entran... era el marinero. Traía una carta de su primo Willoughby y un talego de piastras que puso sobre la mesa. Al ver tanto dinero quedóse Swift como quien sueña, y á toda costa queria partirlo con el conductor; pero este honrado marinero se negó rotundamente á recibir su dádiva.

Hasta entonces Jonatan habia vivido en las angustias horribles que acompañan á la miseria. Decidióse á ser económico para no volverla á sufrir jamás, pues su altivez y su independencia le hacían soportarlo todo menos las humillaciones. Este carácter jamás le abandonó.

En 1688, cuando Swift tenia 21 años, estalló la guerra de Irlanda. Guiado por el cariño, abandonó la universidad y volvió á Inglaterra á casa de su madre, que á la sazón vivía en el condado de Leicester. La situación de mistress Swift no podia ser mas precaria, y aconsejó á su hijo solicitase la proteccion de sir William Temple, con cuya esposa le unian lazos de lejano parentesco. Repugnaba mucho á la altivez de Swift este paso; pero no teniendo otra esperanza en el mundo, se decidió á presentarse al caballero. Acogióle sir William Temple con bondad; se enteró de sus estudios, y conociendo cuán incompletos eran, le dió él mismo un curso de literatura. El mismo Swift dice que durante los ocho años que vivió en casa de sir William leía ocho horas diariamente.

Terminada la revolucion, volvió sir Temple á habitar su linda posesion de Moor-Park, á veinte y cuatro millas de Londres. Aquí fué donde Swift estuvo á la muerte de resultas de una indigestion que le dejó enfermizo toda su vida.

Mientras estuvo sir William de embajador en el Haya, sus negociaciones para la paz de Nimega le ganaron la amistad del príncipe de Orange, que con el nombre de Guillermo III subió al trono de Inglaterra en 1688. Apreciador del monarca de las brillantes prendas de sir William, iba á menudo á Moor-Park á consultarle las cosas del Estado; de manera que cuando el noble sir estaba atacado de la gota, acompañaba Swift al rey en sus paseos.

Tratábale el monarca con familiaridad; y tanta, que el mismo Swift dice festivamente que le enseñó el arte de cultivar los espárragos á la usanza holandesa. En prueba de su afeccion, ofrecióle Guillermo III una compañía de caballería; pero Jonatan, que era inclinado á la Iglesia, la rehusó, y rehusó tambien un modesto empleo en las aduanas de Irlanda con que le brindó sir Temple. Sin duda esta oferta debió de herir su orgullo, pues poco tiempo despues abandonó la casa de su protector.

Decidido á vivir de sus propios recursos y á lanzarse al mundo, tomó las sagradas órdenes en Dublin en setiembre de 1694 (tenia 27 años), y obtuvo la prebenda de Kilroot, en la diócesis de Connor; prebenda que le redituaba cien libras esterlinas (diez mil reales). Pero la vida de su curato, tan diferente de la que acababa de dejar, le fastidió bien pronto; y al poco tiempo resignó su prebenda en favor de un pobre cura que le habia prestado su caballo al regresar de un largo paseo de los que acostumbra.

Volvió á Inglaterra, donde le llamaba sir Temple, que conoció su

valor cuando no le tuvo á su lado; y despues de la muerte de este generoso protector obtuvo el deanato de San Patricio. En esta época empieza ya Swift á distinguirse por rasgos incomprendibles, que hicieron dudar de su probidad y de su corazon. Durante su permanencia en casa de sir Temple, le habia inspirado una violenta pasion la hija del mayordomo de la casa, la señorita Johnson, celebrada por él en sus versos con el nombre de *Estela*. Muerto su padre, poco tiempo antes que sir Temple, se habia retirado esta jóven á vivir en casa de una parienta anciana muy pobre. Escribióle Swift rogándole que se fuera con él, y obtuvo este sacrificio del amor de Estela; pero esta union, que tan novelescamente comenzaba, degeneró en un amor puramente platónico, pues jamás pasó Swift con su amada los límites del cariño fraternal. Su conducta política no es menos extravagante que su conducta privada.

Aunque habia adoptado espontáneamente los principios de los wighs, se afilió en el partido ministerial, y escribió algunos folletos en defensa de los torys. Acogido benévolamente, no solo por los ministros, sino por todas las personas notables y de influencia, esperaba, y con razon, un obispado; pero instruida la reina Ana de la indiferencia del dean de San Patricio en materias religiosas, no quiso acceder á su nombramiento. Disgustado por haberse comprometido inútilmente, volvió Jonatan á Dublin, mal visto de sus conciudadanos por sus relaciones con aquel ministerio odioso á la Irlanda; pero la fortuna le deparó una ocasion de rehabilitarse.

Corria por aquel entonces en el pais una moneda de mala ley, y la clase manufacturera se quejaba amargamente de aquella disposicion, cuyos malos efectos sufría ella sola. Para demostrarlos escribió Swift sus *cartas del artesano*, acto de oposicion que hizo olvidar al punto su pasado ministerialismo. Tanta fué su popularidad, que no solo en Dublin, sino en todo el reino las tiendas de todas clases tenían por muestra el retrato de Swift. Vuelto en sí de sus sueños de ambicion, no pensó desde entonces el buen dean sino en darse vida de príncipe. Abrió á todo el mundo sus salones, y dió grandes fiestas y banquetes, donde hacia Estela los honores.

Como destinado á vivir en perpetua contradiccion, despues de diez y seis años de amores con esta muger, tan notable por su talento como por su hermosura, consintió á sus ruegos en casarse con ella; pero con dos condiciones estrafalarias, inauditas. Primera: que no harian vida matrimonial, vivirían separados como hasta entonces. Segunda: que su matrimonio quedaria secreto para todo el mundo. Recibieron la bendiccion nupcial en Dublin en 1716; pero como el casamiento no pudo curarla de su mal de amor, la pobre Estela murió al poco tiempo, víctima del hombre mas extravagante que se ha conocido.

Todavía tenemos que reprochar á Swift la muerte de otra jóven por su amor. Una holandesa, llamada Ester Homrig, cantada en sus versos con el nombre de Vanessa, habia concebido por él una violenta pasion que no quiso satisfacer ni aun corresponder. Mucho antes de su raro casamiento con Estela le habia conocido esta jóven, y prendada de su talento llegó hasta ofrecerle su mano; pero el poeta eludió la cuestion con chanzonetas y palabras de buena crianza. Pero Ester, que era decidida, siguió á Irlanda á su cruel dean, le visitaba muy á menudo, y acabó por renovar su proposicion de matrimonio. Respondióle Swift por escrito tan terminantemente, que no le dejaba esperanza alguna, con lo que la hizo concebir ciertas sospechas que no tardaron en realizarse. Convencida de que amaba á Estela, tomó la fatal resolucion de escribirle, y esta pobre muger se vió en el terrible apuro de confesar á Vanessa su matrimonio, y de huir de Dublin, despues de remitir al poeta la carta de su rival. La fuga de Estela y su silencio dieron á entender á Swift lo sucedido. Colérico con la imprudencia de Vanessa, partió á la casa de campo que habitaba en Celridge, y entró bruscamente en su habitación. Alarmada Vanessa con sus ademanes, le mandó sentar sin atreverse á hablarle; pero él, mudo tambien de ira, arrojó sobre la mesa una carta que tenia en la mano, y salió de la habitación. Vuelta en sí Ester abre la carta, y se encuentra la que ella misma habia escrito á Estela. La noticia de la reconciliacion de los esposos amantes, verificada poco despues, fué la señal de su muerte. Apoderóse de ella una fiebre nerviosa que la llevó al sepulcro, cuando apenas contaba treinta años.

Así murió Vanessa, víctima de una pasion tan profunda como desgraciada. Lloróla Swift muchísimo, porque aunque amaba y estimaba á Estela, Vanessa fué el único amor verdadero de su vida. Dos mugeres dió á la tumba de Swift. Su carácter incomprendible, ¿era como el de Boileau resultado de algun defecto fisico, ó solo como es de inferir una mezcla estraña de contradicciones, misterio de la naturaleza?

Un íntimo amigo de Swift ha dicho que le gustaba mucho el trato con las mugeres; pero que le era no menos repugnante el encontrarse solo con ellas, por hermosas y amables que fuesen. Este contraste da peso á la primera hipótesis que acabamos de aventurar. Empero atribúyase á lo que se atribuya su carácter caprichoso, á defecto fisico ó moral, las consecuencias fueron azas funestas, y se le debe de reprochar como un crimen. El triste fin de Estela, tan mal recompensada

de un amor todo nobleza, todo abnegacion, le indispuso con la sociedad que frecuentaba y hasta con el público. Por sustraerse á la general reprobacion, y acaso á sus propios remordimientos, emprendió muy á menudo viajes á Inglaterra, adonde le atraía la amistad del ilustre Pope. Desdeñado por casi todos sus amigos, su vida era una cadena de sufrimientos, que agriaron mas y mas su antigua misantropía. Vinieron con la edad las enfermedades, y durante sus últimos años, repetidos ataques de apoplejia alteraron completamente sus facultades intelectuales. Ya lo habia él sentido. Un día que se paseaba con el doctor Young por las cercanías de Dublin, se detuvo de repente delante de un olmo que tenia secas las ramas, y—«Mirad este árbol,—dijo al autor de *las Noches*;—yo seré como él; yo me iré secando rama á rama.»—Otro día, oyendo decir á uno de sus amigos:—«¿qué guapo es ese viejo!»—esclamó con amargura:—«¿Creeis que la vejez puede ser hermosa? Si ese hombre hubiese tenido buenas cualidades de alma y de cuerpo, ellas y él se hubieran matado los unos á los otros hace ya tiempo.»—La luz de su talento, que se apagaba, solo le dejaba entrever sus males. Con efecto, el día 29 de octubre de 1745 salió de esta vida, á los setenta y ocho años de la suya. El cabildo de que era dean le enterró en la catedral de San Patricio.

Pocos autores han escrito tanto como Swift; pero el desden con que lanzaba al público sus obras, y el anónimo que casi siempre guardaba, prueban que tuvo en muy poca estima su reputacion literaria. Añádase á esto que tambien hacia muy poco caso del producto de sus obras. En 1700 publicó en Londres un volúmen en octavo de *Misceláneas*, y en 1701 la *Historia de las discusiones* entre las repúblicas de Atenas y Roma, y entre la nobleza y el pueblo. En ella alude á las acusaciones intentadas por la cámara baja en 1800 contra los lores Sommers, Halifax y Oxford. Tambien escribió varios folletos sobre la política militante en Europa á la sazón; pero los que merecen particular recuerdo son los que atañen á cierta moneda de cobre de mala ley que el gobierno inglés quiso por aquel tiempo introducir en Irlanda. Sus mejores obras de poesía son *El Club de la legion*, el poema de *Cadenio y Vanessa*, y la *Rapsodia sobre la poesia*. Como prosista, su estilo es el de los buenos autores; pero las mas veces ininteligible á nosotros los extranjeros, por sus alusiones locales y de actualidad. La situación de su patria le hizo gastar en obras fútiles y del momento un talento digno de mejor empleo. Sin embargo, muchos títulos puede presentar al nombre del Cervantes y del Rabelais de Inglaterra.

Su *Cuento del Tonel*, poco apreciado en Francia y enteramente desconocido en España, es una sátira alegórica ingeniosísima, donde ataca á la vez al Papa, á Lutero y á Calvino, con los nombres de Pedro, de Martin y de Juan. «La finura de la crítica y lo chistoso é incisivo de la misma impiedad—dice un biógrafo—no bastan á impedir que este libro sea pesado y que fastidie su tono declamatorio.»

Pero el libro á quien debe Swift su inmensa popularidad, el libro que con aplauso corre en las manos de todo el mundo, y uno de los pocos que sin disputa lo merecen, es los *Viajes de Gulliver*, obra maestra de ingenio cáustico, de urbana sátira, de mordaz filosofía, donde pone en relieve, bajo una forma tan burlesca como fantástica, todos los males de la humana naturaleza. Pocos libros reúnen como este grandes atractivos para los niños, y no menores para los hombres maduros, que comprenden las festivas invenciones del autor y sus picantes alusiones. Esta es su mejor apología.

Aunque no fuera la sátira del género humano, este libro divertiría

por su estilo, por su ligereza, por los caprichosos arabescos de que está sembrado.

Los dos viajes primeros fúndanse en la idea de un principio físico incontestable, á saber: que toda medida es relativa. El autor ha dado á este pensamiento cuantas fases tiene y cuantas él ha podido, para instruir deleitando á sus lectores, y para hacerlos conocer la vanidad de las grandezas humanas. En estos dos viajes parece que considera al hombre como mirado por un telescopio. Por un lado, es decir, al primer golpe de vista, le vé, como acaso es, muy pequeño: este es el viaje á *Lilliput*. Vuelve al revés el lente y le vé muy grande: este es el viaje á *Brobdingnag*. De aquí saca imágenes agradables, alusiones y reflexiones oportunísimas.

En los demás viajes, el autor ha pretendido sin duda con mas especialidad que en los dos primeros censurar diferentes usos de su país. La isla aérea de *Laputa* parece ser la corte de Inglaterra, y no puede tener relacion con ninguna otra.

En el fondo de su obra, y particularmente en lo que atañe al país de los *Houyhnhnms*, el autor ataca al hombre en general, y demuestra lo ridiculo y miserable del espíritu humano. Esta es la verdadera razon del aprecio en que son tenidos los *Viajes de Gulliver*.

En general toda ficcion es insípida cuando lo útil no se descubre. Pero á nadie le pasará por las mientes decir esto de las ficciones del dean de San Patricio, tan sabrosas para los discretos, tan divertidas para los ignorantes.

Muchas obras se conocen del mismo género, y sin embargo puede asegurarse que la de Jonatan Swift es enteramente nueva, enteramente original. La *República*, de Platon, la *Historia verdadera de Luciano*, la *Utopía*, del canceller Tomas Moro, el *Viaje por la luna*, de Cyrano de Bergerac, y tantas otras, aun siendo parecidas, son del todo diferentes. Los que quieran comparar con ellas los *Viajes de Gulliver*, hallarán que de los mismos resortes, de la ficcion de un país imaginario, de un viaje imaginario, Swift ha sacado deducciones enteramente nuevas, enteramente suyas. Menos analogía tiene aun con nuestro Cervantes, que le llevó la ventaja de la verosimilitud, y que no criticaba como él soñando, sino viendo.

Algunos Aristarcos, enemigos de la ficcion ó que llevan su ridiculez hasta el estremo de tolerar solamente las ya conocidas, pondrán acaso el grito en el cielo pasmados de la novedad y de la audacia de las que Swift emplea. Enanos de seis pulgadas, gigantes de ciento cincuenta pies, una isla aérea cuyos habitantes son todos geómetras, una academia de sistemas y de delirios, una isla de mágicos, hombres inmortales, y en fin, caballos razonables en un país donde los animales que tienen figura corporal son irracionales; todas estas ficciones, repito, asustarán acaso á los críticos encajonados en ciertas reglas, críticos que se desgañan defendiendo la verdad y la verosimilitud.

Pero á esto les podremos preguntar:—¿Qué verosimilitud encuentran en las hadas y en los hipógrifos, en los encantadores y en los magos, personajes obligados de las grandes obras de la antigüedad? El Tasso y el Ariosto, y todos los poetas, ¿no fundan su fama en las invenciones acaso mas descabelladas? ¿Es verosímil el bosque de Armida? ¿Lo es el infierno del Dante? En los libros de la edad media y de la restauracion, tan celebrados por los críticos, ¿no bullen y se amontonan centauros y sirenas, faunos y musas, náyades y tritones, y rios que hablan, y gigantes y pigmeos como los de Swift? Destiérrese el sistema poético: redúzcanse todas las ficciones á las tan manoseadas de las novelas, y caigan en el desprecio la *Iliada* y la *Odisea*, las



Metamorfosis y la Jerusalem libertada, puesto que todas ellas se fundan casi siempre en la inverosimilitud.

Concedamos al arte toda la libertad de que necesita para vivir. Sin duda que el país de los *Houyhms*, ó los caballos razonables, es la ficción mas atrevida, pero tambien es la concebida y pintada con mas arte, con mas talento. Fedro y Esopo, que son clásicos porque son muy antiguos, no la hubieran criticado sin duda alguna.

El primero que dió á conocer esta obra en Francia fué Voltaire; y la dió á conocer alabándola, llamándola inimitable, ó imitándola en su *Micrómegeas*.

Tambien se ha publicado una continuacion de los *Viajes de Gulliver*; pero no es de Swift, sino de su primer traductor francés, el abate Desfontaines. Escusado es decir cuán mal parado dejó al pobre abate su atrevimiento.

Hé aquí el retrato físico y moral de Swift, descrito por uno de sus contemporáneos: «Era alto, robusto y bien formado. Tenia los ojos azules, la tez morena, las cejas negras y espesas, un si es no es aguilón la nariz, y un conjunto de facciones que daba bien á entender su severidad, su audacia y su intrepidez. Parecia compuesto su carácter de todos los extremos. Casi nunca por modestia hablaba un minuto seguido; pero se encolerizaba si le interrumpian. Aficionadísimo á los retruécanos y á las chanzonetas, jamás profirió una indecente ni profana; pero con la pluma en la mano no se sabía contener. Aborrecía á los grandes, y mil veces se le vió confundirse entre el pueblo como uno de tantos. Viajaba siempre á pié, y para hacer noche prefería á las grandes ciudades los caseríos y las chozas, donde estaba seguro de tener por comensales pastores y gente sencilla. Apenas bastaría un volumen á referir todas las anécdotas relativas á la originalidad de su carácter. Contaremos solo la siguiente, que vale por todas, pues revela su honradez y su grandeza de alma.

Como le producía su deánato treinta mil libras de renta (ciento cincuenta mil duros), habia establecido Swift una especie de banco público, que prestaba sin interés y sin ninguna clase de fianza hasta diez libras esterlinas á los pobres y á los artesanos, fijando él mismo la época del reembolso, segun las necesidades y la situacion del prestamista. Pocas veces se ha visto en el mundo una filantropía mejor entendida. Tan frugal y tan modesto era, que solia decir con mucho gracejo: «Soy mas pobre que los que comen en vajilla de plata, y mas rico que los que no comen en ningún plato.»

Diz que poco antes de su muerte, leyendo y relejendo los *Viajes de Gulliver*, exclamó creyéndose solo: «¡Dios mio! ¡Qué talento tenia yo cuando escribí esta obra!»—La posteridad hablaba por su boca. Se sobrevivía á sí mismo y pronunciaba el juicio de los siglos.

En todas las naciones los *Viajes de Gulliver* se han traducido con mas ó menos fortuna. En España, la mejor traduccion es la de un caballero maestrante de la real de Granada, impresa por Sancha en 1824 (1). Nosotros, al traducirlos ahora para la *Biblioteca universal*, hemos reflexionado que un libro para ser popular ha de estar bien escrito, y procurado por ende que esta nueva traduccion saliera todo lo correcta, todo lo pura que nos es posible.

Fáltanos advertir que para esta biografía de Swift se ha tenido presente la que escribió el célebre Walter Scott, y otra no menos notable de Mr. Bescherelle, aíné, que acompaña á la última traduccion francesa.

VIAJES DE GULLIVER.

PRIMERA PARTE.

VIAJE Á LILLIPUT.

I.

Explica el autor sucintamente los motivos que ocasionaron su primer viaje.—Naufraga y arribada á nado al país de Lilliput.—Cárganle de cadenas, y le internan en la isla.

Mi padre, que poseia una fortuna regular en la provincia de Nottingham, tenia cinco hijos; yo era el tercero, y á los catorce años me mandó á estudiar á Cambridge, al colegio de Manuel. A decir verdad, no perdí los tres años que allí estuve; pero siendo mi permanencia

(1) Téngase esta crítica por relativa, pues llamamos mejor la traduccion de 1832, porque las demás que conocemos, sobre incompletas son detestables. Baste decir que en la de Sancha, que pudiéramos llamar principio, se traduce en Conde de Tonneau el título de Cuento del Tonel (conte du Tonneau) que lleva una de las mejores obras de Swift. En todos tiempos los traductores han hecho de las suyas.

muy costosa, me pusieron de ayudante ó aprendiz de Mr. Jacobo Bates, famoso cirujano de Londres, en cuya casa viví cuatro años. Las módicas sumas que me enviaba de cuando en cuando mi padre las empleaba en aprender el pilotaje, las matemáticas y los conocimientos mas necesarios al que desea viajar por mar, destino que yo para mí presentia. Cuando dejó la casa de Mr. Bates, volví á la de mi padre, y tanto de él como de mi tio Juan y de algunos otros parientes allegué hasta cuarenta libras esterlinas, y promesa de enviarme treinta mas cada año para vivir en Leyda. Hice pues mi viaje, y me dediqué dos años y medio á la medicina, persuadido de que en algun tiempo podría serme útil en mis viajes.

Por recomendacion de mi buen maestro Bates obtuve en Leyda el empleo de cirujano de la *Golondrina*, capitán Abraham Panell; y en tres años y medio hice con él algunos viajes á Levante.

A mi regreso determiné de establecerme en Londres. Alentóme en esta empresa Mr. Bates, y me recomendó á su clientela. Alquilé una habitacion en el barrio Old-Jewry, y poco tiempo despues contraje matrimonio con la señorita Maria Burton, hija segunda de Mr. Eduardo Burton, comerciante de la calle de Newgate. Mi muger traía en dote ochocientas libras esterlinas.

Pero dos años despues murió mi querido maestro, y como no tenia protectores empezó mi clientela á disminuir. Mi conciencia no me permitia imitar á la mayor parte de los cirujanos, cuya ciencia es igual á la de los procuradores; así es que habiendo consultado á mi muger y á algunos amigos, resolví emprender otro viaje marítimo. En dos navíos fui sucesivamente cirujano; y algunas expediciones que en el espacio de seis años hice á las Indias Orientales y Occidentales aumentaron un tanto mi módica fortuna. Mis ócios los empleaba en leer los mejores autores antiguos y modernos, de cuyas obras hice regular provision, y cuando desembarcaba solia estudiar los usos y las costumbres de los pueblos, así como su idioma, lo que no me costaba mucho porque soy algo memorista.

No fué muy feliz el último de mis viajes, y disgustado del mar resolví permanecer en el seno de mi familia con mi muger y con mis hijos. Troqué mi habitacion de Old-Jewry á otra de la calle de Fetter-lane, y de esta á Wapping, esperando tener parroquianos entre los marineros; pero fué esperanza vana.

Tres años despues, viendo que mis asuntos iban de mal en peor, acepté las proposiciones que me hizo el capitán Guillermo Prichard, que se disponia á salir en el *Antelope* para el mar del Sur. Nos embarcamos en Bristol el día 4 de mayo de 1699, y nuestro viaje fué los primeros días en extremo feliz.

Es inútil fastidiar al lector con la relación detallada de nuestras aventuras en aquellos mares: hástele saber que en nuestro paso á las Indias Orientales sufrimos una tempestad, cuyos furios nos arrojaron hácia el Nordeste de la tierra de Van-Diemen. Consulté mis conocimientos marítimos, y conocí que estábamos á treinta grados y dos minutos de latitud meridional. Doce de nuestra tripulacion habian ya perecido por el excesivo trabajo y la mala calidad de los alimentos. El 5 de noviembre, que era el principio del verano en aquel país, estando la mar muy oscura, descubrieron nuestros marineros una roca que no distaba del navío sino lo largo de un cable, y el viento era tan fuerte, que impeliéndonos directamente contra ella, quedamos encallados al punto. Otros cinco de la tripulacion y yo nos lanzamos incontinenti á la chalupa, y de este modo pudimos desembarazarnos del navío y de la roca. Casi tres leguas corrimos á fuerza de remo; pero el cansancio no nos permitia ya continuar. Totalmente desmayados nos abandonamos á la voluntad de las olas, y en este mismo momento un golpe de viento Norte nos privó á todos el sentido.

No sé cuál fué la suerte de mis compañeros los de la chalupa, ni la de aquellos otros que buscaron asilo en la roca, ó quedaron en el navío. Creo que todos perecieron: yo fui nadando á la ventura, y el mismo viento y la marea me llevaban hácia tierra: de cuando en cuando me sumergia, pero no hallaba fondo. En fin, cuando ya estaba para ceder á mi cansancio y á mi desventura, me hallé de pies en el agua. La tempestad iba cesando; mas como la direccion era casi involuntaria, anduve otra media legua primero que pude tomar tierra. Además no descubria casa ni rastro alguno de habitantes, aunque el país estaba bien poblado. Con esta mira recorrí casi un cuarto de legua, hasta que el sueño me rindió; porque la fatiga, el calor, y una media azumbre de agua caliente que habia bebido al saltar del navío, contribuian soberanamente á escitármelo. Me acosté sobre la yerba, que era muy fina, y no tardé en quedarme dormido, tan de veras, que no desperté en nueve horas. Al cabo de este tiempo quise levantarme, mas no pude. Yo me habia echado de espaldas, y me encontré amarrado al suelo por los cuatro extremos, el pelo preso de la misma manera, y una porcion de ligaduras muy delgadas me sujetaban desde los sobacos hasta los muslos. El sol principiaba á calentar, y como no podia mirar á otra parte, su resplandor me heria la vista. Tampoco podia comprender ni averiguar la causa de un murmullo muy confuso que oia al rededor de mí, hasta que sintiendo que se movia una cosa sobre mi pierna izquierda, la vi adelantarse muy poquito á poco hácia mi pecho, y subir hasta cerca de mi barba. ¡Cuál fué mi admiracion cuando

vi una figurita humana, alta como de seis pulgadas lo mas, con arco y flecha en la mano, y su aljaba correspondiente á la espalda! Seguí como otros cuarenta de la misma especie. No pude menos de prorumpir en tan desaforados gritos, que atemorizados aquellos animalitos huyeron todos, y aun hubo alguno que, segun supe despues, estuvo á pique de parecer por haberse arrojado precipitadamente desde mi cuerpo al suelo. Pero no tardaron en volver, y uno de ellos tuvo la bizarría de acercarse tanto, que pudo descubrir bien todas las facciones de mi rostro: levantando las manos y los ojos con una especie de admiracion, exclamó en voz áspera pero inteligible: *Hekinat Degul*. Los demas repitieron varias veces las mismas palabras, aunque entonces no comprendí su sentido. Cada vez se aumentaba mas mi sorpresa; póngase el lector en mi lugar para juzgarla. En fin, agotando mis esfuerzos, tuve la fortuna de romper los cordeles ó hilos del brazo derecho que estaba sujeto á una estaca, la cual no habia visto hasta que cedieron algo las ligaduras. Fui á hacer lo mismo con las de los cabellos, pero sentí un dolor tan fuerte al tirar, que solamente conseguí dejar libre la cabeza, porque aflojaron los cordeles (cordeles mas finos que los mismos cabellos). Apenas lo advertieron, echaron á huir con destemplados chillidos. Cesó el rumor, y oyendo que uno de ellos gritaba *Tolgo Phonac*, sentí al mismo tiempo herida la mano izquierda de mas de cien flechas, que me picaban como si fuesen otras tantas agujas: sucesivamente hicieron otra descarga al aire, al modo de nuestras bombas en Europa, y yo creo que algunas de ellas caian sobre mi cuerpo, aunque no las distinguía, y otras daban en la cara, que procuré taparme con la mano derecha. Pasó esta granizada, y volví á intentar levantarme; entonces me lanzaron otra descarga mayor que la primera, y algunos probaron á herirme con lanzas; pero gracias sean dadas á mi chupa de ante que era impenetrable. Ya llegué á conocer que lo mas conveniente era estarme quieto, sin mudar de postura hasta la noche, que desenredando el brazo izquierdo podría quedar en libertad; y respecto á los habitantes, con justa razon me consideraba de tanta fuerza como los mas poderosos ejércitos que podrian oponerme, siempre que fuesen todos de la misma talla que los vistos hasta entonces. Pero la fortuna me reservaba una suerte muy distinta.

Luego que aquellas gentes notaron que no me movia, cesaron de lanzarme flechas; mas por el murmullo que oia, conocí que se aumentaba el número considerablemente, y como á dos toesas de distancia de mí oido izquierdo sonaba un ruido que parecia de trabajadores. Con efecto volví un poco la cabeza, en cuanto me lo permitian las ligaduras, y vi que habian construido un tablado de pié y medio de alto, capaz de contener cuatro hombrecitos de aquellos, con su escalera para subir á él: Habiéndose colocado, principié á perorar uno de ellos que manifestaba ser persona condecorada; pero yo no le entendí palabra. Antes de la arenga exclamó tres veces: *Langro Deul San*, cuyas palabras repitió sin intermision, explicándolas tambien por señas para que yo las comprendiese, y acto seguido se adelantaron cincuenta hombres para cortar los cordeles que me sujetaban la cabeza por el lado izquierdo, y ya quedé con facultad de poderla tornar hácia la derecha, á fin de que observase bien el gesto y manoteo del que hablaba. Parecióme de mediana edad y de mas estatura que los tres que le acompañaban, de los cuales uno que tenia aire de paje, recogía la cola de su bata, y los otros dos estaban en pié á los costados para sostenerle. Yo le tuve por buen orador; y por las reglas del arte díme á entender que mezclaba en su discurso ciertos períodos de amenazas y promesas. Mi respuesta fué tan sucinta, que se redujo á un corto número de muestras de sumision levantando la mano izquierda y los ojos al sol, como poniéndole por testigo de que me moria de hambre, pues hacia mucho tiempo que no probaba bocado. A la verdad el apetito me apretaba tanto, que no pude menos de manifestar mi impaciencia (acaso contra las leyes de la buena crianza) llevando el dedo muy á menudo hácia la boca para significar que tenia necesidad de alimento. El *Hurgo* (que segun supe despues es el nombre que ellos dan á los grandes personajes) me entendió perfectamente. Bajó del tablado, y al momento mandó que rodeasen mi cuerpo de escaleras, y subiesen por ellas mas de cien hombres cargados de canastos con viandas, los cuales se dirigieron á mi boca. Habia carnes de diferentes animales que mi paladar no conocia. Tambien habia permiles, y costillas como de carnero, todo muy bien sazonado; pero eran mas pequeños que alones de alondra. Dos ó tres con seis panes pasaron de un bocado. Los sirvientes estaban tan aturdidos de mi estatura como de mi prodigioso apetito. Díles á entender por señas que necesitaba de beber, y juzgando por lo que habia comido, desde luego se impusieron que no me bastaría una moderada porcion de bebida. Entonces fué cuando quisieron echar la casa por la ventana; que era pueblo de brios, y con gentil donaire levantaron un tonel de vino de los mayores que tenian, y le llevaron rodando hasta cerca de mi mano, donde le abrieron. Bebimele de un trago con gran delicia; lleváronme otro, corrió la misma suerte tambien. Por último, me fué preciso hacer señas de que aun necesitaba mas toneles.

Habiéndome visto hacer todas estas proezas, prorumpieron en una algazara festiva, y principiaron á bailar delante de mí repitiendo muchas veces como antes habian hecho, *Hekinat Degul*. Siguió la

aclamacion universal con las palabras *Peplom Selam*, y avanzando una multitud de ellos por el lado izquierdo, aflojaron los cordeles hasta un punto que permitiéndome el alivio de volverme para orinar, conseguí desempeñar esta funcion á espensas de la admiracion del pueblo, que previendo lo que iba á suceder, no se descuidó en dividirse sobre ambos costados para evitar una inundacion. Es de advertir que algun tiempo antes me habian frotado suavemente la cara y las manos con una especie de unguento aromático, que en muy breve espacio me curó la picazon de las flechas. Todas estas circunstancias ayudadas de los refrescos que habia tomado, me escitaron prontamente un sueño que duró cerca de ocho horas. Además que los médicos, de orden del emperador, habian aderezado el vino con varias drogas soporíferas.

Mandó el emperador de *Lilliput* (este era el nombre del país) que durante mi sueño me trasportasen á su corte. Esta determinacion pareció acaso valiente y arriesgada, y yo aseguro que en iguales circunstancias no sería del agrado de ningún soberano de Europa: sin embargo, á mi modo de entender tambien era un pensamiento prudente; porque si aquellos pueblos intentaran matarme dormido con sus lanzas y flechas, de seguro hubiera yo despertado al primer dolor, me hubiera encolerizado, y rompiendo los cordeles que restaban, como ellos no eran capaces de resistirme, los hubiera destruido, y acabado con todos.

Dispusieron pues un carro de tres pulgadas de alto, siete pies de largo, y cuatro de ancho, con veinte y dos ruedas, en cuya construccion se ocuparon cinco mil ingenieros y carpinteros que trabajaban con suma ligereza. Cuando estuvo acabado le llevaron al sitio donde yo estaba; pero aun habia que vencer la mayor dificultad, que era el levantarme y colocarme en el vehiculo. Para esta empresa clavaron en tierra ochenta pértigas de dos pies de altura cada una, y pusieron á sus extremos una multitud de garruchas bien firmes, por las cuales pasaron unas fuertes maromas como del grueso de un bramante, asegurando en ellas muchos ganchos. Con estos me asieron de unas ligaduras ó vendaje con que me habian fajado desde el cuello hasta las piernas; y habiendo destinado novecientos hombres de los mas robustos á tirar de las maromas, en menos de tres horas consiguieron levantarme y colocarme en el carro á su placer. He sabido todo esto porque despues me lo contaron, pues mi sueño duró mas que la maniobra. Ultimamente, con mil y quinientos caballos de los mayores y mas briosos de las caballerizas del emperador, caballos que tenia cada uno casi cuatro pulgadas y media de alzada, me arrastraron á la capital, que distaba cosa de un cuarto de legua.

Ya llevábamos cuatro horas de camino, cuando desperté repentinamente por un suceso bastante ridiculo. Habian parado un rato mis conductores á componer no sé qué cosa, y aprovechando la ocasion dos ó tres curiosos que se perecian por examinarme de cerca, se aproximaron con mucha cautela á mi rostro. Como uno de ellos era capitán de guardias, me tenia puesta la sutil punta de su espuela tan inmediata á la ventana izquierda de mi nariz, que al menor descuido me hizo cosquillas y despertar dando estornudos. El resto del día anduvimos sin descanso, y entrada la noche acampamos, dejando quinientas centinelas, la mitad con hachones encendidos y la otra mitad armadas de arcos y flechas. El día siguiente al salir el sol continuamos la marcha, y al mediodía estábamos ya á cien toesas de las puertas de la ciudad. Salí el emperador á verme con toda su corte; pero sus generales no consintieron que arriesgase su imperial persona subiendo encima de mi cuerpo, como algunos de ellos habian tenido la audacia de hacer. En el sitio donde paramos habia un templo antiguo tenido por el mayor de todo el reino, el cual habia sido violado años anteriores por un homicidio y le miraban ya como profanado, segun las leyes de aquellos pueblos, por cuya razon le destinaban á diferentes usos. Resolvieron alojarme en aquel vasto edificio. Su puerta principal que miraba al norte tenia cerca de cuatro pies de altura, y casi dos de ancho. A cada lado habia una ventanita distante del suelo seis pulgadas. Por la de la izquierda pasaron los cerrajeros del emperador noventa y una cadenas semejantes á las que llevan las damas de Europa en sus relojes, poco menos gruesas, y con ellas me amarraron la pierna izquierda, cerrándolas con treinta y seis candados. Enfrente del templo, al otro lado del camino real y á distancia de veinte pies, habia una torre que tenia lo menos cinco de altura: allí debia el emperador de subir con los primeros personajes de su corte para poder verme con toda comodidad y satisfaccion. Los habitantes que salieron de la ciudad movidos de la curiosidad pasarian de cien mil, y á pesar de la guardia, creo que en diferentes ocasiones hubieran subido sobre mi cuerpo con escaleras lo menos diez mil hombres, si no lo hubiese prohibido un bando que se publicó de orden del consejo de Estado. Pero cuando me puse en pié y di dos ó tres pasos, fué tal la sorpresa del pueblo, que no es fácil explicarla. Este alivio debí á mis nuevas cadenas, que tenian casi seis pies de largo, y me permitian hacer un semicírculo.

II.

El emperador de Lilliput, seguido de su corte, visita al autor en su prision. Descripción de la persona y traje de S. M. Sabios nombres para enseñar al autor el idioma del país. Gracias que consigue con su dulzura. Nómbrase una comisión para el registro de sus faltriqueras.

Un día salió el emperador á caballo, y pudo costarle muy caro su deseo de verme. Espantado el animal de mi presencia, hizo la empinada; pero aquel príncipe, que es un gran ginete, se tuvo firme sobre los estribos hasta que llegó la comitiva y cogieron las bridas. S. M. echó pié á tierra, y con muestras de admiración estuvo observándome por todos lados, y siempre midiéndome mi cadena con su vista.

La emperatriz, los príncipes y princesas de la sangre, seguidos de muchas damas, se colocaron en canapés algo distantes. El emperador es mas corpulento que ningún otro de su corte, y esto le hace mas temible á los que le miran. Las facciones de su rostro son toscas y esforzadas, gruesos los labios y aguileña la nariz. El color aceitanado; es airoso y bien proporcionado de miembros; tiene gracia y majestad en todas sus acciones. Ya habia pasado la flor de su juventud, pues tenia cerca de veinte y nueve años y contaba el sétimo de su reinado. Para mirarle con mas comodidad me acostaba de un lado, de modo que mi cara quedaba paralela con la suya á distancia de toesa y media. Pero pasado algun tiempo le tuve diferentes veces en la palma de la mano, y por esta razon no puedo equivocarme en la pintura que he hecho de él. Su vestido era modesto, y todo de un solo color; la mitad á lo asiático y la otra mitad á lo europeo. En la cabeza llevaba un ligero casco de oro guarnecido de preciosas joyas, con un plumaje magnífico. Tenia en la mano su espada desnuda como en guisa de defensa por si acaso quebrantaba yo las prisiones. Esta espada era de tres pulgadas de larga, con puño y vaina de oro y de diamantes. Su voz era áspera, pero clara é inteligible; tanto, que podía yo oírle sin trabajo aunque estuviese en pié. Las damas y cortesanos vestían todos soberbiamente, de manera que el terreno que ocupaban parecia á mis ojos un hermoso brial bordado y tendido sobre el suelo, con figuras de oro y plata. S. M. I. me honraba con su conversacion muy á menudo, pero no nos entendíamos el uno al otro.

Al cabo de dos horas se retiró la corte, dejándome una fuerte guardia para contener al populacho, que con importunidad, ó acaso con malicia, indiscretamente se atropellaba por acercarse á mí. Algunos tuvieron la temeraria avilantez de tirarme flechas, y aun me temí que una me sacaba el ojo izquierdo; pero el coronel hizo arrestar á seis de los principales de aquella turba, y no hallando otra pena mas proporcionada á su delito, los puso en mis manos bien atados y seguros. Yo los cogí con la derecha, y encerrando cinco en el bolsillo de la casaca, me quedé con el sexto frente á frente, dándole á entender que queria tragarle vivo. El pobre hombrucillo daba unos alaridos tan horribles que escitaban ya la compasion del coronel y sus oficiales, sobre todo cuando me vieron sacar mi cortaplumas. Pero no quise llevar mas adelante su desesperacion: con aire de humanidad y dulzura corté de pronto los cordeles que le oprimían y le puse en el suelo sin dar golpe, con lo que echó á correr como un desesperado. Lo mismo hice con los demás, sacándolos uno á uno del bolsillo. Y noté con sumo gusto que tanto la tropa como el populacho habian quedado muy satisfechos de accion tan generosa, la cual contaron en la corte con términos que me hacian mucho honor.

Circuló por todo el reino la noticia de mi prodigiosa magnitud, y se despoblaron las provincias de gente curiosa y desocupada. Hasta la gente de las aldeas vino á bandadas á verme, de modo que la agricultura hubiera padecido mucho si S. M. I. no lo hubiese evitado por medio de repetidas órdenes y edictos. Mandó por regla general que todos aquellos que ya me hubiesen visto se retrasen inmediatamente á sus casas, y no volviesen al lugar de mi residencia sin permiso especial. No tienen número las sumas que ganaron los oficiales de la secretaría de Estado con ocasion de estas circulares.

El emperador juntó muchas veces su consejo para determinar lo que deberian de hacer conmigo. Despues he llegado á saber cuánto les embarazó este negocio. Temian que el día menos pensado rompiese mis prisiones y quedase absolutamente libre. Decian que mi escesivo consumo dejaría el reino exhausto de víveres. Y casi todos estaban de acuerdo en que era preciso matarme de hambre ó con flechas envenenadas; pero los detenía el pensar que la putrefacción de un cuerpo como el mio infestaría la corte y toda la nacion. Estando en estos discursos, llegaron á la puerta del salon donde estaba el consejo imperial varios oficiales del ejército, y entrando dos de ellos dieron cuenta de la accion que acababa yo de ejecutar con los seis criminales de que he hablado, la cual hizo una impresion tan favorable en el ánimo de S. M. y de todo su consejo, que sin mas dilaciones fué expedido un decreto imperial obligando á todas las aldeas vecinas á la corte, en el radio de cuatrocientas cincuenta toesas, á que aprontasen cada día por la mañana seis vacas, cuarenta carneros y otros víveres

necesarios para mi sustento, con cantidad proporcionada de pan, vino y otras bebidas. Y para el mas pronto reintegro de estos gastos, S. M. los asignaba sobre su imperial erario.

Este príncipe no tiene otras rentas que las del patrimonio real, y solamente en apuros muy graves ó en urgencias impone tributos á sus vasallos, que tienen obligacion de seguirle á la guerra á espensas propias. Asimismo destinaron para mi asistencia seiscientas personas con buenos sueldos, y decretada y pagada la construccion de tiendas de campaña muy cómodas, que pusieron á los dos lados de la puerta. Tambien se decretó que trescientos sastres me hiciesen un vestido al uso del país; que seis literatos de los mas sabios del imperio se encargasen de enseñarme su idioma; y por último, que los caballos del emperador, los de la nobleza, y las compañías de guardias hiciesen con frecuencia el ejercicio delante de mí para acostumbrarlos á mi figura. Todos estos decretos fueron exactamente cumplidos. Yo hice rápidos progresos en el conocimiento del idioma de Lilliput, y entre tanto el emperador no solamente me honraba con repetidas visitas, sino que algunas veces ayudaba á mis maestros.

Las primeras palabras que aprendí fueron las mas precisas para pedirle mi libertad, manifestando el mas vivo deseo, y todos los días se las repetía de rodillas, pero siempre me respondía que tuviese paciencia hasta que pasase algun tiempo, porque así convenia; que no podía determinar por sí solo este negocio sin consultar á su Consejo; y que en el caso de conformarse era preciso exigirme un solemne juramento de guardar paz inviolable con él y con sus vasallos; que no me apresurase, y sería tratado con toda la benignidad posible; y que entre tanto procurase conservar su estimacion y la de sus súbditos con resignacion y buena conducta. Tambien me previno que no tuviese á mal si acaso daba orden á dos oficiales para que me registrasen; porque era probable que yo llevase conmigo algunas armas ofensivas y perjudiciales á la seguridad de sus dominios. Yo le respondí que estaba pronto á desnudarme en su presencia y vaciar todos mis bolsillos: á esto me replicó que por leyes del imperio era forzoso que hiciesen el reconocimiento dos comisarios; que bien sabia yo no podía ejecutarse sin consentimiento mio, y que en prueba del buen concepto que de mí habia formado pondria sin recelo á sus comisarios en mis manos. Que si estos me recogian alguna cosa, me sería devuelta fielmente cuando me retirase del país, ó se me pagaria otrosí su valor por el precio que yo mismo le pusiese.

Con efecto, vinieron los dos comisarios á hacerme la visita, y yo mismo los introduje en un bolsillo de mi casaca, y sucesivamente en los demás.

Estos oficiales, que iban prevenidos de papel, tintero y plumas, hicieron un inventario muy exacto de todo cuanto hallaron, cuyo requisito cumplido, me pidieron los volviese al suelo para ir á dar cuenta de su comision al emperador.

El inventario estaba concebido en estos términos:

«En primer lugar en la faltriguera derecha de la casaca del gran hombre montaña (doy este significado á las palabras *quimbus flestrin*), despues de un escrupuloso registro, no hemos encontrado mas que un retazo de tela ordinaria, que puede muy bien servir de alfombra en el salon de respeto de V. M. En la izquierda hemos encontrado un cofre de plata muy grande con su tapadera del mismo metal, la cual no pudimos levantar.

«Rogamos á dicho hombre montaña que la abriese, y habiendo entrado en él uno de nosotros los comisarios, se atolló en polvo hasta las rodillas, de manera que no dejó de estornudar en dos horas, y del otro en siete minutos. En la faltriguera derecha de su chupa encontramos un paquete disforme de sustancias blancas y deigadas, dobladas unas sobre otras, cuyo volúmen sería como el de tres hombres de nosotros, y estaban atadas con un cable fuertísimo: por unas figuras negras que tenian discurrimos que serán escrituras. En la izquierda habia una gran máquina plana, armada de unos dientes gruesos y muy largos, al modo de las empalizadas que resguardan los jardines de V. M. En la faltriguera grande del lado derecho de su *tapa-medio* (parecíame justo dar esta significacion á la palabra *ranfulo*, con que pretendian explicar mis calzones), vimos un pilar enorme de hierro, hueco, unido á un grueso trozo de madera de mayor anchura, que tenia á un lado otras varias piezas tambien de hierro trabajadas de relieve, y terminaban con un guijarro cortado en declive: no supimos lo que era esto. Y en la faltriguera compañera habia otra máquina de la misma especie. En la faltriguera pequeña del lado derecho habia varias piezas redondas y blancas, de metal rojo y blanco de diferentes tamaños; algunas de las blancas, que nos parecieron levantarlas, eran tan anchas y pesadas, que entre los dos apenas podiamos levantarlas. Item mas, dos alfanjes de bolsillo bien afilados, cuya hoja se doblaba sobre un canal que tenia la empuñadura, y estaban colocados en una gran caja ó estuche. Aun faltaban dos faltriqueras que registrar, á las cuales llamaba el *secreto*; estas eran dos cortaduras en la parte superior de su *tapa-medio*, pero muy estrechas porque el vientre las oprimia: por de fuera del *secreto* de la derecha colgaba una terrible cadena de plata, y al extremo interior una máquina por extremo prodigiosa. Le

III.

El autor divierte al emperador y á la grandeza de ambos sexos de un modo extraordinario. Descripción de los regocijos públicos de la Corte de Lilliput. Consigue su libertad bajo ciertas condiciones.

Quiso un día obsequiarme el emperador con algun espectáculo brillante, en que á la verdad esceden aquellos pueblos á todas las naciones que conozco, tanto por su destreza como por su magnificencia; pero nada me dió tanto gusto como ver una compañía de volatineros lucir su habilidad sobre un hilo blanco bastante delgado, que no tenia tres piés cabales de largo.

Allí se dedican solamente á este ejercicio aquellos que aspiran á los primeros empleos, y desean ser favoritos de la corte. Con estas miras los acostumbran desde pequeños á tan noble ocupacion, que está vinculada á las personas de alto nacimiento. Cuando vaca algun empleo honorífico, sea por muerte del que le obtenia, ó sea por deposicion (que sucede muy á menudo), presentan memoriales al emperador cinco ó seis pretendientes, pidiendo permiso para divertir á S. M. y su corte con un bailcito de cuerda, y aquel que salta mas alto sin caer es el electo. Pero no por esto quedan exentos de volver á subir á la cuerda cuando el emperador lo ordene, para escitar la emulacion en los demás, y hacer ver que no han perdido su talento aunque sean grandes magistrados ó primeros ministros, como frecuentemente sucede. *Flimnap*, tesorero mayor del Imperio, pasa por el mas hábil y diestro en dar cierta cabriola, lo menos una pulgada mas alta que ninguno otro de aquellos personajes. Yo le vi ejecutar varias veces un salto muy peligroso (que nosotros llamamos *sommerseil*), puesto encima de una tablita de madera suelta sobre la cuerda, que no era tan gruesa como un bramante ordinario. *Redresal*, primer secretario, se le acercaba mucho y emulaba con él.

Son muy frecuentes los accidentes funestos en tales funciones, y los mas de ellos se registran en los archivos imperiales. Yo me hallé presente en dos ó tres de pretendientes estropeados; pero las mayores desgracias suceden cuando se pasa orden á los ministros, pues haciendo los mas grandes esfuerzos por distinguirse, compiten en atrocidades, y exponen sus vidas con notable riesgo. Me contaron por muy cierto que un año antes de mi arribo, *Flimnap* se hubiera roto la cabeza infaliblemente, si no acierta á caer sobre uno de los alnohadones del emperador.

Tienen otra especie de festejo que está reservado al emperador, la emperatriz y el primer ministro. Se reduce á que el emperador tiende sobre una mesa separadamente tres hebras de seda, de largo de seis pulgadas, una carmesí, otra amarilla y la otra blanca, que son otros tantos premios para aquellos que quiere decorar con una gracia notable. Se verifica esta ceremonia en el salon de audiencias de S. M., donde presentándose los candidatos, han de dar forzosamente una prueba tal de su habilidad, que no he visto cosa que se le parezca en ningún otro país del antiguo ni del nuevo mundo.

El emperador tiene un baston con los dos extremos paralelos al horizonte: algunas veces coge el primer ministro el un extremo, y á veces le tiene este solo. Llegan los concurrentes uno á uno, y van saltando por encima. Aquel que muestra mejor acierto, mayor agilidad y ligereza, es premiado con la seda carmesí, el segundo con la amarilla, y el tercero con la blanca. Cada uno se hace un cinturón de la suya, y despues llevan siempre este distintivo, que á mas de darles honor, les inspira una altivez inesplicable.

Queriendo divertirse el emperador conmigo de una manera bastante rara, ordenó que se pusiesen sobre las armas todas las tropas que guarnecian la capital y sus inmediaciones; y habiéndome mandado poner en pié, como si fuese un coloso, abiertas las piernas todo cuanto me fue posible, sin que resultara daño, dió orden á su general, soldado viejo muy experimentado, de que formase aquella parte de su ejército en columna, con la proporcion de veinte y cuatro hombres de frente en la infantería y diez y seis en la caballería, y que así pasasen revista marchando por entre mis piernas, con las armas al hombro, desplegadas las banderas y tambor batiente. Era un cuerpo de tres mil infantes y mil caballos. S. M. habia impuesto pena de la vida al soldado que no observase la mayor compostura y moderacion con respecto á mi persona; pero como entre la oficialidad habia muchos jóvenes, y á la verdad mi ropa estaba bastante estropeada, no faltaron curiosos que me miraban, y no podian seguir marchando de risa.

Eran ya tantos los memoriales y peticiones que habia presentado en solicitud de mi libertad, que al fin propuso S. M. este negocio, primeramente al consejo del Despacho, y despues al de Estado, sin otra contradiccion que la del ministro *Skyresh Botgolam*, que sin saber por qué se declaró mi enemigo. Pero todo el resto del consejo estaba á mi favor, y el emperador aprobaba su resolucion. Este ministro, que era *Galvel*, ó como si dijéramos, almirante mayor, se habia gangreado la confianza de su señor por su habilidad en el manejo de los negocios públicos; mas era de un carácter áspero y de un talento poco sólido. Pudo conseguir que le encargasen de la formacion del plan

«pedimos que sacase todo lo que correspondia á dicha cadena, y vimos salir una especie de globo, la mitad de plata, y la otra mitad de otro metal muy trasparente, con algunas figuras muy estrañas delineadas en círculo. Creimos poder tocarlas; pero nos detuvo los dedos una sustancia luminosa. Aplicamos el oído á dicha máquina, y oímos un ruido continuo, poco menor que el que hacen nuestros molinos de agua. Presumimos que esto no puede ser otra cosa que algun animal desconocido, ó la deidad que él adora; pero nos inclinamos mas á esto último, porque nos aseguró (si es que pudimos entenderle, pues se explica muy de mala manera) que rara vez hacia alguna cosa sin consultarle primero: llamábale su oráculo, y decía que le señalaba el tiempo para cada accion de su vida. Del secreto colateral sacó una red capaz de poder servir á un pescador, con sola la diferencia de que se abria y se cerraba; dentro de ella encontramos varias piezas macizas de un metal amarillo, que si son de verdadero oro, tendrán un valor inestimable.

«Despues de registradas sus faltriqueras con toda escrupulosidad, con cumplimiento de las órdenes de V. M., reconocimos tambien una faja que tenia al rededor de su cuerpo, la cual parece de la piel de algun animal exquisito, y pendia de ella al lado izquierdo una espada del largo de seis hombres. Al lado derecho tenia una bolsa ó faltriguera con dos senos, capaz cada uno de encerrar en sí tres de los mas robustos vasallos de V. M. En uno de ellos habia muchos globos ó balas de un metal muy pesado, casi tan gordas como nuestra cabeza, de suerte que para levantarlas es menester usar de mucha fuerza.

«Es cuanto resulta de la visita que nosotros los comisarios hemos girado al dicho hombre montaña, y del inventario practicado á su consecuencia. Él por su parte nos ha recibido con toda la urbanidad y respeto correspondiente á la comision de V. M. Firmado y sellado el cuarto día de la luna ochenta y nueve del muy feliz reinado de V. M.

Flessen Frelok. Marsi Frelok.»

Así como hubo escuchado su lectura, el emperador me mandó con mucha cortesania que le entregase todos estos efectos sin faltar uno. Lo primero que me pidió fué la espada. De antemano habia dado orden para que á distancia proporcionada estuviesen sobre las armas tres mil hombres escogidos entre sus guardias, armados de arco y flechas; mas yo al pronto no reparé en tal cosa, porque tenia mis ojos en S. M. Le presenté mi sable, y él me mandó que le desnudara. Obedecí, y aunque algo oxidado del agua del mar, conservaba bastante brillantez. Ocasión su vista tal alboroto entre la tropa, que al instante me mandó envainarle, y que le arrojase en el suelo sin hacer ruido, como á seis piés de distancia de donde alcanzaba mi cadena. Despues me pidió uno de los pilares huecos de hierro, que así llamaba á mis pistolas de bolsillo; saquélas ambas, y queriendo S. M. saber cuál era su uso, se lo expliqué á mi modo, advirtiéndole de paso que no se asustara; y cargándolas con pólvora sola, las disparé al aire. Entonces sí que la sorpresa no tuvo límites; y sin exageracion puedo decir que dejaba tamaña á la que ocasionó mi sable. Todos cayeron de espaldas como heridos de un rayo; y aun el mismo emperador, que era por extremo valiente, no volvió en sí hasta pasado algun tiempo. Le entregué ambas pistolas y la provision de pólvora y balas que llevaba, advirtiéndole que no acercase aquellos utensilios al fuego si no queria ver volar por los aires su palacio imperial. Esto aumentó su admiracion. Tambien le presenté el reloj, que estuvo examinando atentamente, y mandó que le llevasen colgado de un gran palo sostenido en los hombros de dos soldados los mas forzados de su guardia, así como llevan los barriles los mozos de la cerveza en Inglaterra. Pero lo que mas le pasmaba era aquel ruido continuo, y el movimiento del minutero que seguia cuidadosamente con la vista sobre tal maravilla, pues aquellos naturales la tienen mucho mas perspicaz que nosotros. Consultó á sus lectores, y cada uno le daba distinta opinion, como puede el lector imaginarse.

En seguida fué entregando las monedas de plata y cobre, el bolsillo del oro con nueve piezas de las mayores que tenemos, y algunas otras pequeñas, el peine, la caja de plata, el pañuelo y el libro de memorias ó diario. El sable, pistolas, pólvora y balas fué todo al arsenal de S. M.; pero los demás efectos quedaron en mi alojamiento. A pesar de la diligencia de los comisarios, pude reservar en otra faltriguera secreta que no me encontraron un par de anteojos, de que me servia alguna vez por tener gastada la vista, un telescopio, y otras bagatelas de ningún valor ni mérito para el emperador, y para mí muy necesarias si llegaba á verme algun día en libertad. Tambien por este medio logré evitar que las extraviasen ó rompieran.

de artículos bajo los cuales podría concedérsele la libertad. Fué á presentármelos el mismo *Skyresh Bolgotam* en persona, acompañado de dos sub-secretarios y de otras varias gentes de distinción; y habiéndome propuesto su observancia por juramento solemne al uso de mi país, que desde luego presté, me lo exigió sucesivamente con todas las ceremonias establecidas por sus leyes, que son las siguientes: toman el dedo pulgar del pié derecho con la mano izquierda, y llevan la derecha á la cabeza, poniendo el dedo de en medio en la coronilla ó parte superior, y el pulgar junto á la oreja del mismo lado. Ya veo al lector impaciente de saber el estilo de aquellos pueblos y artículos preliminares de mi soltura, y por satisfacer su curiosidad me he tomado el trabajo de traducir á la letra todo el decreto.

«Golbasto Momaren Eulan» Gurdelo Sheein Mulli Uvi Gue, muy poderoso emperador de *Lillip* las delicias y el terror del universo, cuyos dominios se estienden cinco mil *blusturgs* (casi seis leguas en circuito) á las estremidades del lobo; soberano de todos los soberanos, mas alto que los hijos de los ombres, cuyos piés estrujan la tierra contra su centro, y cuya cabeza toca al sol; de quien una simple ojeada hace temblar las rodillas de los potentados; amable como la primavera, placentero como el verano, abundante como el otoño, terrible como el mismo invierno; á todos nuestros vasallos amigos y leales, salud.

S. A. I. propone al *hombre montaña* estos artículos preliminares, á cuya observancia se obligará por juramento solemne.

1.º El *hombre montaña* no saldrá en ninguna manera de nuestros vastos dominios sin nuestro permiso firmado y autorizado con el gran sello.

2.º No podrá atreverse á entrar en nuestra corte sin vuestra orden expresa, á fin de que haya tiempo de avisar á todos los vecinos que se recojan en buen orden á sus casas, y no salgan de ellas.

3.º El dicho *hombre montaña* no podrá pasear sino en los caminos reales de ruedas, y se guardará bien de pisar, ni acostarse en ninguno de nuestros prados y mieses.

4.º Cuando pasee en los dichos caminos pondrá todo el cuidado posible en no estripar con sus enormes piés á ninguno de nuestros fieles vasallos, sus caballos ó carruajes; y no será osado á poner sobre sus manos á ninguno de nuestros dichos vasallos, á menos que preceda su consentimiento.

dentro de su faltriquera al dicho correo hasta seis jornadas, una vez en cada luna, y (requerido que sea) deberá sacarle y ponerle en nuestra presencia imperial sano y salvo.

6.º Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de *Blesfusco*, y hará cuanto esté de su parte para destruir la flota que actualmente están armando, con destino á un desembarco en nuestras costas.



7.º El dicho *hombre montaña* en las horas desocupadas prestará su socorro á nuestros obreros, ayudándoles á subir las piedras que sean de mucha magnitud para concluir las paredes de nuestro gran parque y edificios imperiales.

8.º Luego que el *hombre montaña* haya hecho el juramento solemne de observar todos los artículos aquí contenidos, gozará para su sustento de la ración diaria de mil ochocientos setenta y cuatro hombres de nuestros súbditos, con acceso libre cerca de nuestra persona imperial, y otras muestras de nuestro favor. Dado en nuestro palacio del *Belfavorae* el día doce de la luna noventa y una de nuestro reinado.»

Juré y firmé todos estos artículos con suma complacencia, aunque algunos de ellos no me eran tan honrosos como yo deseara: este fué el efecto de la oposición del almirante mayor *Skyresh Bolgotam*. Quitáronme las cadenas, y quedé libre. El emperador me concedió la honra de asistir personalmente á la ceremonia de mi soltura. Di á S. M. las mas humildes gracias arrodillado á sus piés; pero al punto me hizo levantar en términos los mas generosos.

El lector ha podido observar que en el último artículo del decreto de mi libertad se conformaba el Emperador con que se me diesen todos los comestibles y bebidas capaces de alimentar á mil ochocientos setenta y cuatro *Lilliputienses*. Pasado algun tiempo tuve la curiosidad de preguntar á un cortesano íntimo amigo mio, por qué me habian señalado esta cantidad tan determinada, y me respondió que los matemáticos de S. M. habian tomado la altura de mi cuerpo con el arbitrio de un cuarto de circulo, y habiendo computado la gordura, hallaron que correspondia á mil ochocientos setenta y cuatro de ellos, calculando de aquí, atendida la *similidesidencia* de su cuerpo, que debía tener un apetito mil ochocientos setenta y cuatro veces mayor que el suyo: de donde puede tomar conocimiento el lector del espíritu admirable de aquellos pueblos, y de la economía discreta, exacta y perspicaz de su emperador.



5.º Si fuere necesario que algun correo de gabinete salga á diligencias demasiado urgentes, será obligado el *hombre montaña* á llevar

IV.

Descripción de *Mildendo*, capital de *Lilliput*, y del palacio del emperador. Conversación que pasa entre el autor con un secretario de Estado sobre los negocios del imperio. Ofertas que el autor hace de servir al emperador en sus guerras.

El primer memorial que presenté despues de haber conseguido mi libertad fué para obtener el permiso de ver á *Mildendo*, capital de aquel imperio. El Emperador me lo concedió, encargándome que no hiciese ningun daño á sus habitantes ni á sus casas. Mandóse publicar por bando para que todos supiesen mi designio de visitar la ciudad. La muralla que la defendia por todos lados tenia dos piés y medio de altura y once pulgadas de ancho, de suerte que podia muy bien rodar en ella un coche, y dar su vuelta al rededor sin peligro. Estaba asimismo flanqueada de fuertes torres á diez piés de distancia la una de la otra. Yo entré por la puerta occidental y anduve por las dos calles mas principales, despacio y siempre de costado, sin otra ropa que un juboncillo corto por no arruinar los tejados con las faldillas de la chupa; guardando una estrema circunspeccion en mi marcha para no pisar á algunas gentes que habian quedado en las calles, no obstante las órdenes estrechas comunicadas á todos á fin de que se recogiesen en sus casas, y se mantuviesen en ellas sin salir de ninguna manera hasta que yo me retirase. Los balcones y ventanas de los primeros, segundos, terceros y aun cuartos pisos, las de los desvanes y terrados estaban todas cubiertas de un número considerable de espectadores; hasta en los mismos tejados habia gentes, de donde inferí que la ciudad debía ser excesivamente populosa. Su figura es un cuadro perfecto que forman cuatro lienzos de muralla de quinientos piés cada uno. Las dos calles principales que se cruzan y la dividen en cuar-



teles iguales, tienen cinco piés de anchura; las demás, donde no pude entrar, tendrán de once á diez y ocho pulgadas. Puede contener muy bien aquella ciudad quinientas mil almas. Las casas tienen tres ó cuatro pisos. Sus tiendas están bien surtidas: sus mercados abundantes. Antiguamente tuvieron buena ópera y comedia; pero faltaron aquellos autores, á quienes promovía la liberalidad del príncipe, y cesaron estos espectáculos.

El palacio del emperador situado en el centro de la ciudad donde se cruzan las dos calles mayores, está cercado de una pared de veinte y tres pulgadas de altura, á veinte piés de distancia del edificio. S. M.

me permitió echar la una pierna por cima de la pared para poder ver su palacio por todos lados. La plazoleta exterior que forma es un cuadro de cuarenta piés, y dentro de él hay otras dos. En la mas interior está la habitacion de S. M., que era lo que mas ardientemente deseaba yo ver; pero era tan difícil como que las mayores portadas apenas tenían diez y ocho pulgadas de alto y siete de ancho. Además el edificio de la plazuela primera sería de cinco piés de altura lo menos, y me era imposible saltar por cima sin riesgo de romper las pizarras de que estaba fabricado el techo; pero de las paredes no habia que temer pues tenían cuatro pulgadas de grueso, y su arquitectura tan sólida, que era toda de sileria.

El emperador tambien queria que admirase la magnificencia de su palacio. Pude darle este gusto al cabo de tres dias, que me ocupé en cortar algunos árboles de los mas grandes del parque imperial, que distaba de la ciudad casi cincuenta toesas. De ellos fabriqué tres banquillos, cada uno de tres piés de alto, y bastante fuertes para poder resistir el peso de mi cuerpo. Repitióse el bando á fin de avisar al pueblo, y tomando mis banquillos volví á atravesar la misma calle hasta llegar á palacio. Subí encima de uno, pasé el otro á la primera plazuela, que tenia ocho piés de latitud, fijé en él el pié derecho, despues el izquierdo, y tirando del tercer banquillo con un garfio dispuesto á prevencion, le descolgué al patio interior, por cuyo medio logré introducirme hasta allí, pasando de uno en otro. Me acosté de lado sobre el suelo, y aplicando la cara á todas las ventanas del primer piso, que con este fin habian dejado abiertas, ví las habitaciones mas magnificas que puede imaginarse. Tambien ví á la emperatriz y á las infantitas en sus respectivos cuartos, rodeadas de su servidumbre. S. M. I. tuvo la bondad de honrarme con una sonrisa muy graciosa, y me dió á besar su mano por la ventana.

No puedo referir aquí por menor las curiosidades que encierra aquel palacio. Las reservo para otra obra mayor, que está para imprimirse, y comprende la descripción general de aquel imperio desde su primera fundacion; la historia de sus emperadores en una dilatada sucesion de siglos; observaciones acerca de sus guerras; su política, sus leyes, literatura y religion del país; plantas y animales que allí se encuentran; usos y costumbres de los habitantes, con otras muchas materias en alto grado curiosas, y por demás útiles. Mi objeto por ahora no es mas que referir cuanto me sucedió en cerca de nueve meses que residí en aquel maravilloso imperio.

Quince dias despues de haber conseguido mi libertad, *Reldresal*, secretario de Estado con destino al departamento de los negocios particulares, se presentó en mi casa con un solo criado, pues dejó su coche á cierta distancia, donde mandó que le esperasen. Pidióme audiencia privada de una hora, y para que pudiese estar al nivel de mi oído le propuse que me tenderia en el suelo; pero prefirió que le tuviese sobre la mano mientras duraba la conferencia. Principió por darme el parabien de mi soltura, añadiendo que se lisonjeaba de la pequeña parte que en ella habia tenido; pero que á no haber mediado el interés que la corte se prometia, no hubiera conseguido tan pronto mi pretension; pues por floreciente (continuó diciendo) que parezca nuestro estado á los estrangeros, no lo es tanto que no tengamos dos grandes ejércitos que combatir: una liga poderosa por dentro, y por fuera la invasión de que estamos amenazados de un enemigo formidable. Con respecto á lo primero, es necesario que sepaís que de mas de setenta lunas á esta parte ha habido dos partidos opuestos en este imperio, con los nombres de *Tramecksans* y *Glameksan*, términos alusivos á los altos y bajos tacones de sus zapatos, por los cuales se distinguen. Pretenden los *Alti-tacones*, y es cierto, que son los mas conformes á nuestra antigua constitucion; pero aunque asi sea, S. M. ha resuelto no servirse sino de los *Baji-tacones* para la administracion del gobierno, y todos los empleos cuya presentacion corresponde á la corona. Vos mismo habreis notado que los tacones de S. M. imperial son lo menos un *drurr* (1) mas bajos que los de toda su corte.

Elenco de estos dos partidos (prosiguió) ha llegado á tal punto, que ni comen ni beben juntos, ni siquiera se hablan. Contamos con que los *Tramecksans* ó *Alti-tacones* nos esceden en número; pero la autoridad está en nuestras manos. ¡Ay! sospechamos, no obstante, que S. M. I., heredero presunto de la corona, tenga alguna inclinacion á los *Alti-tacones*; por lo menos nos lo da á entender en que uno de los suyos es mas alto que el otro, lo cual le hace cojear un poco en la marcha. Además de estas disensiones intestinas, nos hallamos amenazados de invasion por parte de la isla de *Blesfusco*, que es el otro grande imperio del universo, casi tan dilatado y poderoso como el nuestro. Pues aunque nos quieren hacer creer que hay otros imperios, reinos y estados en el mundo habitados por criaturas humanas tan agigantadas como vos, nuestros filósofos lo dudan mucho, y mas bien se inclinan á creer que habreis caido de la luna ó de alguna estrella; porque sino, un ciento solo de mortales de vuestra corpulencia bastaria para consumir en muy corto tiempo todos los frutos y carnes del estado. Por otra parte, nuestros historiadores de seis mil lunas á esta parte no hacen mencion de otras regiones que de los dos gran-

(1) Poco menos de un catorceno avo de pulgada.

ces imperios de *Lilliput* y *Blefuscu*. Estas dos formidables potencias, como os iba diciendo, hace treinta y seis lunas que estan empeñadas en una guerra tenaz. Ahora os diré por qué. Todo el mundo conviene en que el primitivo modo de romper un huevo para comerle es por el extremo mas grueso; pero el abuelo de S. M. reinante, siendo muchacho, iba á comer uno y tuvo la desgracia de cortarse un dedo, con cuya ocasion el emperador su padre espidió un decreto imponiendo graves penas á cualquiera de sus vasallos que no rompiese los huevos por la punta. El pueblo se irritó tanto de esta ley, que nuestros historiadores refieren que hubo en aquella ocasion seis rebeliones, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas desavenencias intestinas fueron siempre fomentadas por los soberanos de *Blefuscu*, y cuando estuvieron reprimidas, los sublevados se refugiaron á aquel imperio. Calculan el número de rebeldes en once mil hombres, que en diversas ocasiones prefirieron la muerte á la dura ley de romper los huevos por la punta.

Centenares de abultados volúmenes se han escrito y publicado en la materia; pero la apología de los *Gruesi-estremitas* se prohibió mucho tiempo hace, y todo su partido está por las leyes declarado inhábil de obtener empleo ninguno. Durante estas turbulencias continuas, los emperadores de *Blefuscu* nos han hecho frecuentes insinuaciones por sus embajadores, acusándonos de delincuentes por violar un precepto fundamental de nuestro gran profeta *Lustrogg* en el capítulo 54 del *Brundecral* (1). Sin embargo, se ha atribuido á adulteracion del sentido del testo, cuyas palabras son estas: *que todos los fieles romperán sus huevos por el extremo que mas les acomode*. Con que á mi modo de entender, se debe dejar á la conciencia de cada uno que decida cuál es el extremo mas á propósito, y en el último caso, solamente á la autoridad del soberano magistrado compete la decision. Mas los *Gruesi-estremitas* desterrados han hallado tan buena acogida en la corte del emperador de *Blefuscu*, y tanto socorro y apoyo en nuestro mismo país, que sin otro objeto se ha sostenido una guerra muy sangrienta entre los dos imperios por espacio de treinta y seis lunas, cuyo suceso ha sido vario. En esta guerra hemos perdido cuarenta navios de línea y mucho mayor número de pequeñas embarcaciones, con treinta mil de nuestros mejores marineros y soldados; y aseguran que la pérdida del enemigo no ha sido menor; pero aunque así sea, en el día estan armando una flota muy formidable, y se preparan á desembarcar en nuestras costas. Esto supuesto, S. M. I., poniendo toda su confianza en vuestro valor, y teniendo una alta idea de vuestras fuerzas, me ha mandado que os dé parte muy por menor de sus negocios, á fin de saber cuáles son vuestras disposiciones con respecto á ellas.

Yo respondí al secretario que hiciese los mas obsequiosos ofrecimientos en mi nombre al emperador, y le dijese que estaba siempre pronto á sacrificar mi vida en defensa de su sagrada persona y de su imperio contra todas las invasiones y empresas de sus enemigos. Sabida mi respuesta, se retiró muy satisfecho el ministro.

V.

El autor evita el desembarco de los enemigos con una estratagemá muy rara. El emperador le confiere un gran título de honor. Llegan embajadores del de Blefuscu á pedir la paz. Prendese fuego en la habitación de la emperatriz, y el autor contribuye eficazmente á apagarle.

El imperio de *Blefuscu* es una isla situada al Nordeste de *Lilliput*, y solamente hay entre las dos un canal que las divide, el cual tiene cuatrocientas toesas de anchura. Yo no le habia visto, y como estaba advertido del desembarco proyectado, no habia querido presentarme en la costa porque no me descubriesen acaso algunos de los navios enemigos.

Di cuenta al emperador de que tenia formado por el pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que segun relacion circunstanciada de los que habiamos enviado á observarla, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté á los prácticos en la marica, á fin de informarme de la profundidad del canal, y me dijeron que en la mayor altura tenia setenta *glumgluffs* (esto es, seis pies escasos segun las medidas de Europa), y en todo lo restante que tendria cuando mas cincuenta *glumgluffs*. Acerquéme con toda precaucion á la costa del Nordeste, frente por frente de *Blefuscu*, y acostándome detrás de una colina, me puse los anteojos, y pude ver la armada, compuesta de cincuenta navios de guerra y otros muchos de transporte. Me retiré luego luego, y mande fabricar una gran porcion de cables, lo mas fuertes que pudiesen, con unas barras de hierro, suponiendo que los cables quedarian del grueso de un bramante doble, y las barras como unas agujas de hacer media. Tripliqué los cables para darles mas fortaleza, y uniendo igualmente las barras, hice de cada tres un garfio ó corchete, que até á sus extremos. Volví á la costa de Nordeste, y dejando allí la chupa, medias y zapatos, me

entré por el mar como por mi casa. Principié á andar con toda la prisa posible, y llegado al comedío, seguí nadando del mismo modo cerca de quince toesas, hasta que pude hacer pié. En menos de media hora llegué á la flota. Viéroume los enemigos, y fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que saltando todos fuera de los navios, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro. El ejército se debería componer como de treinta mil hombres. Entonces, echando mano á mis cables, fui prendiendo todos los navios uno por uno con los garfios por el agujero de la proa; pero mientras duró esta maniobra, me lanzaron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas, que hiréndome muchas de ellas en la cara y manos, no solo me causaban un excesivo dolor, sino que me estorbaban trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido si no me ocurre con tiempo el arbitrio de los anteojos, que por fortuna llevaba conmigo; y asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra á pesar de la granizada de flechas que sobre mí caía sin intermision. Habiendo colocado bien mis ganchos, empecé á tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo, lo que no me detuvo mucho, y con la mayor facilidad me llevé tras mí cincuenta navios de los principales.

Los *Blefuscuitas*, que no tenian idea de lo que iba yo á hacer, quedaron tan amedrentados como aturdidos. Ellos vieron que corté los cables, y discurrieron que mi intencion era solamente de abandonarlos al viento y marca, para que se chocasen unos con otros; pero cuando vieron que arrastraba con toda la flota de una vez, prorumpieron en clamores de rabia y desesperacion.

No cesé de andar hasta que me ví ya fuera del alcance de las flechas. Entonces me detuve un poco para quitarme las que llevaba en la cara y manos, y continuando con mi presa, solo pensé en resituirmé al puerto imperial de *Lilliput*.

El emperador y toda su corte, que estaban en la costa ansiosos por saber el éxito de mi empresa, veian desde lejos que se acercaba una flota en figura de media luna; pero como el agua me cubria hasta el cuello, no advertieron que era yo el que la conducia hacia su puerto.

El emperador creyó firmemente que habia perecido, y que la armada enemiga venia á la playa á verificar su desembarco. Pero sus temores se disiparon prontamente luego que pude hacer pié, y me descubrieron á la cabeza de aquel promontorio de naves, exclamando en alta voz: *Viva el poderoso emperador de Lilliput*. Apenas llegué, S. M. me colmó de infinitas alabanzas, y me creó *Nardac*, que entre ellos es el título mas honorífico.

Al mismo tiempo me rogó que tomase mis medidas para conducir á sus puertos todas las demás embarcaciones del enemigo. Su ambicion era tal, que soñaba nada menos que en hacerse señor de todo el imperio de *Blefuscu* para reducirle á provincia del suyo, y poner en él un virey; en castigar de muerte á todos los *Gruesi-estremitas* espatriados, y obligar á todos sus pueblos á que rompiesen los huevos por el extremo mas agudo; con lo cual se prometia ser monarca de todo el universo. Pero me dediqué á disuadirle de este designio con muchas razones fundadas en política y en la justicia; y le protesté con resolucion, que yo no seria jamás el instrumento de que se sirviese para oprimir á un pueblo libre, noble y esforzado. Cuando el Consejo discutió este negocio, la parte mas sana fué de mi opinion.

Pero esta declaracion terminante y bizarra era tan opuesta á las intenciones y política de S. M., que ni él mismo podia perdonármela. Habló á su Consejo de un modo bastante artificioso, de donde tomaron ocasion mis enemigos ocultos para perderme. ¡Oh! ¡cuán á menudo sucede que los servicios mas importantes pierden su valor cuando no van acompañados de una ciega condescendencia con las pasiones!

Cerca de tres semanas despues de mi brillante expedicion, llegó á *Lilliput* una solemne embajada de *Blefuscu* con proposiciones de paz. Al poco tiempo se celebró el tratado bajo condiciones ventajosísimas al imperio. Componian la embajada seis personajes, con una comitiva de quinientas personas. Bien se puede decir que su entrada fué correspondiente á la majestad de su señor y á la importancia de las negociaciones.

Concluido el tratado, y hallándose informados sus excelencias secretamente de los buenos oficios hechos por mí á su nacion en aquella arrogancia con que habia hablado al emperador, me hicieron una visita de ceremonia. Comenzaron elogiando mi gran valor y generosidad, y me convidaron en nombre de su señor á pasar á su reino si era de mi agrado. Yo les di las gracias, suplicándoles me hiciesen el honor de ofrecerme á los piés de S. M. *Blefuscuita*, cuyas esclarecidas virtudes corrian por todo el orbe, ofreciéndoles tambien que iria á presentarme á su real persona antes de regresar á mi país.

Pocos dias despues pedí permiso al emperador para pasar á cumplimentar al gran rey de *Blefuscu*: respondiéndome con frialdad que no lo tomaba á enojo.

Se me olvidaba advertir que los embajadores me hablaron por medio de un intérprete, porque los idiomas de los dos imperios son muy distintos: cada uno pondera la antigüedad, hermosura y enérgico vigor del suyo con total desprecio de la otra nacion; y como el

emperador estaba ensobrecido con la victoria ganada á los *Blefuscuitas* en la presa de su flota, obligó á los embajadores á que presentasen sus credenciales, é hiciesen su arenga en lengua *lilliputiense*; á pesar de que con motivo del tráfico y comercio que hay entre los dos imperios, la admision reciproca de los desterrados, y el estilo adoptado por la nobleza *lilliputiense* de enviar sus hijos á *Blefuscu* para instruirlos y civilizarlos, es preciso confesar que es muy rara la persona de distincion, y aun el negociante y marinero de sus puertos marítimos que no posee ambos idiomas.

Un fatal accidente me dió ocasion de hacer á mi emperador otro servicio importante. Despertáronme á media noche los destemplados gritos de un tropel de gente arremolinada á la puerta de mi alojamiento, que repelia *Burgum, Burgum*. Rompiendo por en medio de todos con bastante precipitacion, algunos de la corte del emperador llegaron á mí, suplicándome que acudiese sin detencion á palacio porque el cuarto de la emperatriz estaba ardiendo por el descuido de una de sus damas, que leyendo un poema *blefuscuíta* se habia quedado dormida. Levantéme al instante, y no paré hasta llegar á palacio, con bastante trabajo por no pisar á alguno en las calles. Ya habian arrimado escaleras á las paredes de la habitacion, y tenian un buen surtido de cubos, pero el agua estaba distante. Estos cubos eran como dedales, y aunque el pobre pueblo se afanaba con la mayor diligencia á llevar agua, el fuego iba tomando incremento, y sin duda hubiera reducido á cenizas un palacio tan magnífico, si por una presencia de ánimo poco ordinaria no me ocurre de pronto un expediente famoso. La tarde anterior habia bebido bastante cantidad de un vino blanco llamado *Glimigrim*, que produce una provincia de *Blefuscu*, y es en extremo diurético. Fué tal el efecto, y supe dirigirme con tanta destreza y felicidad hácia los parajes donde mas ardia, que en tres minutos quedó apagado el incendio, y el resto de aquel soberbio edificio, que habia costado inmensas sumas, libré de un enemigo tan fatal.

Justamente tenia yo desconfianza de que el emperador me agradeciese por completo este servicio, porque segun las leyes fundamentales del imperio, era un crimen capital y abominable hacer aguas en el recinto del palacio imperial; pero salí del susto luego que supe que S. M. habia dado orden al juez mayor para que me espidiese cédula de indulto. No obstante, despues llegó á mi noticia que la emperatriz, horrorizada de mi desacato, se habia retirado á lo mas interior del palacio con firme resolucion de no volver jamás á entrar en unas habitaciones atrevidamente profanadas por accion tan impúdica y grosera.

IV.

Costumbres de los habitantes de Lilliput, su literatura, sus leyes, sus costumbres, y modo que tienen de educar á sus hijos.

Aunque intente reservar la descripcion de este imperio para un tratado particular, me creo no obstante obligado á dar aquí al lector alguna idea general. Como la estatura ordinaria de los habitantes de aquel país es de seis pulgadas escasas, á su proporcion son los ganados y demás animales, sus árboles y plantas. Por ejemplo, los caballos y bueyes mayores son de cuatro á cinco pulgadas de alto; los carneros de pulgada y media con corta diferencia; los patos poco menos que nuestros gorriones: de suerte que sus insectos eran casi invisibles para mí; pero la naturaleza supo ajustar los ojos de los habitantes de *Lilliput* á la proporcion de todos sus objetos. Para formarse idea de toda la perspicacia de su vista, basta decir que tuve el gusto de ver un día á un diestro cocinero desplumar á una alondra del tamaño de una mosca regular, y á una jóven *enhiilar* una aguja tan invisible como la seda con que la enhilaba.

Tienen caracteres y letras; pero su modo de escribir es particularísimo. No es de izquierda á derecha como se hace en *Europa*, ni de derecha á izquierda como usan los *Arabes*, ni de arriba abajo como los *Chinos*, ni de abajo arriba como los *Cascagienses*, sino oblicuamente de un ángulo del papel al otro, como hacen las damas de *Inglaterra*.

Entierran los muertos con la cabeza directamente hácia abajo, porque se imaginan que en once mil lunas han de resucitar todos, y que entonces la tierra (que ellos creen plana) se volverá lo de arriba para abajo, y que de este modo en el instante de la resurreccion se hallarán todos perfectamente derechos sobre sus piés. Sus sabios harto conocen lo absurdo de esta opinion, pero el uso subsiste porque es antiguo, y está fundado en las ideas y en las preocupaciones del pueblo.

Sus leyes y sus costumbres son muy singulares, y acaso intentaria justificarlas si no fueran demasiado contrarias á las de mi amada patria. La primera de que haré mencion toca á los delatores. Todo crimen contra el estado se castiga en aquel país con estremo rigor; pero si el acusado prueba evidentemente su inocencia, el acusador es al instante condenado á muer te ignominiosa, y todos sus bienes

confiscados á beneficio del inocente. Si el delator es pobre de solemnidad, el emperador de su propio peculio recompensa al acusado, suponiendo que haya sufrido prision ó algun maltrato, aunque sea muy leve.

El fraude es mirado como delito mas enorme que el robo, por cuya razon le castigan siempre con la muerte. Tienen por principio, que el cuidado y la vigilancia unidos á un talento mediano pueden preservar los bienes del hombre de las garras de ladrones; pero que la probidad no tiene defensa contra la falacia y la mala fe.

Aunque observemos los castigos y recompensas como los grandes ejes del gobierno, me atrevo á decir sin embargo que la máxima de castigar y recompensar no se practica en Europa con la prudencia que en el imperio de *Lilliput*. Cualquiera que acredite haber guardado exactamente las leyes de país por espacio de setenta y tres lunas, tiene hechas ya las mejores informaciones para pretender con derecho ciertos privilegios arreglados á su clase y á su estado, cuyos gastos se sacan de un fondo establecido con este objeto. Igualmente se hace acreedor al título de *Snipal* (ó leal), que puede unir á su nombre, pero no trasciende á su posteridad. Tienen por un excesivo vicio de la política que todas las leyes sean *inminentes*, y que la infraccion sea seguida de un riguroso castigo, mientras que la observancia no merezca el menor premio. Esta es la razon por qué pintan la justicia con seis ojos, dos delante, dos detrás y uno á cada costado (para representar la circunspeccion), con un talego lleno de oro en la mano derecha, y una espada envainada en la izquierda, para significar que está mas pronta á la recompensa que al castigo.

En la eleccion de sugetos para proveer los empleos, prefieren la probidad al talento. Siendo necesario el gobierno al género humano, dicen ellos, la Providencia no tuvo jamas el designio de hacer de la administracion de los negocios públicos una ciencia difícil y misteriosa, que solamente pudiese poseerla un corto número de seres raros y sublimes, de aquellos de que apenas nacen dos ó tres en todo un siglo; pero la verdad, la justicia, la templanza y las demás virtudes no estan negadas á ninguno, y la práctica de ellas, acompañada de alguna esperiencia y una buena intencion, hacen á cualquiera persona idónea y suficiente para el servicio de la patria, por pocas luces y discernimiento que tenga. Añaden que, así como se suele ver que en algunos suplen, al parecer, los talentos superiores del ánimo el defecto de las virtudes morales, tanto mas peligroso sería confiar los primeros empleos á tales gentes. Que los errores nacidos de la ignorancia en un ministro de buenas costumbres nunca podrán ser de tan funestas consecuencias para el bien público, como las operaciones oscuras de otros, cuyas inclinaciones estuviesen corrompidas, y que guiados de unas miras criminales, encontrarían medios en su habilidad para ejecutar el mal impunemente.

El que no cree en la Providencia divina, es declarado entre ellos incapaz de poseer ningun puesto público. Como los reyes se consideran diputados de la Providencia (dicen los *lilliputienses*), no hay absurdo ni inconsecuencia mayor que la conducta de un príncipe que se sirve de gentes sin religion, que niegan aquella autoridad suprema de que forzosamente ha de provenir la suya.

Cuando hablo de estas leyes y de las siguientes, me refiero solamente á las originales y primitivas; pues no ignoro que por otras modernas han caido aquellos pueblos en el mayor exceso de corrupcion. Buen testigo aquel vergonzoso estilo de pretender los principales empleos dando cabriolas sobre la cuerda, y los distintivos de honor saltando por encima de un palo. El lector debe saber que esta indecente costumbre fué introducida por el padre del emperador reinante.

La ingratitude es allí un delito enorme, así como sabemos por la historia que en otros tiempos lo era entre algunas naciones sabias y virtuosas. Aquel, dicen ellos, que paga con malas obras á su bienhechor, es preciso que sea un enemigo mortal de todos los demás hombres.

Juzgan los *lilliputienses* que ni el padre ni la madre deben sufrir la carga de la educacion de sus propios hijos. Tienen en todas sus ciudades seminarios públicos, y se creen con espresa obligacion los padres (escepto los menestrales y jornaleros) de enviar allí á sus hijos de uno y otro sexo para educarlos y ponerlos en carrera. Cuando llegan á la edad de veinte lunas, ya los suponen dóciles y con capacidad para aprender. Hay escuelas separadas para cada clase con respecto á su nacimiento y sexo: todas estan bien surtidas de maestros hábiles, que van formando los muchachos para un estado correspondiente á su rango, talentos é inclinaciones.

En los seminarios para varones de nacimiento ilustre hay maestros muy doctos y respetables. El vestido y alimento de los seminaristas es sencillo. Allí los inspiran principios de honor y de justicia, valor, modestia, elemencia, religion y amor á la patria. Tienen criados que los visten hasta la edad de cuatro años; pero despues los obligan á que se vistan ellos mismos, sin exceptuar á los hijos de los grandes. No les permiten recreo sino en la presencia de algun maestro, que es el modo de evitar las funestas impresiones de la locura y del vicio, que principian tan temprano á corromper las inclinaciones

(1) Es su Alcoran.

de la juventud. Se consiente que el padre y la madre visiten á su hijo dos veces al año, pero cada visita no ha de pasar de una hora. Pueden besar al hijo cuando entran y cuando se despiden, pero siempre con asistencia de un maestro que no los deja hablar en secreto, adularlos, acariciarlos, ni darlos juguetes, confituras ni otras golosinas.

Las niñas de calidad son educadas en sus respectivos colegios casi en la misma forma, exceptuando solamente que tienen criadas que las visten en presencia de una maestra hasta que llegan á la edad de cinco años, que principian á vestirse por sí mismas. Si averiguan que sus amas de leche ó camareras las entretienen con novelas ridículas, cuentos inspidos ó capaces de infundirles pavor (lo que en Inglaterra es bastante comun en las tales directoras), las azotan públicamente tres veces por toda la ciudad, sufren un año de prision, y por último destierro perpetuo al lugar mas desierto de todo el imperio. Así se ve en aquel país que las jóvenes se avergüenzan tanto como un hombre de parecer cobardes y necias; hacen menosprecio de todo adorno exterior, y solo atienden al aseo y la decencia. Sus ejercicios no son tan violentos como los de los muchachos, ni las hacen estudiar tanto, pues las instruyen tambien en las ciencias y humanidades. Es máxima entre ellos que, debiendo ser la muger una compañera siempre grata á su marido, ha de adornar su espíritu cuanto pueda, porque este nunca envejece.

Los *lilliputienses* opinan muy al revés de como se piensa en Europa, que ninguna cosa merece tanto cuidado y atencion como la educacion de los niños. Esto es tan fácil, dicen ellos, como sembrar y plantar. Pero el conservar ciertas plantas, hacerlas crecer felizmente, defenderlas del rigor del invierno, de los bochornos y tempestades del verano, del insulto de los insectos, y finalmente disponerlas para que fructifiquen con abundancia, es el efecto de la aplicacion y del celo de un buen jardinero.

Para la eleccion de maestros tienen en mas un espíritu recto que otro muy sublime; prefieren las buenas costumbres á la mucha sabiduría. No pueden sufrir aquella clase de preceptores que aturden sin cesar los oídos de sus discípulos con combinaciones gramaticales, disputas frívolas y notas pueriles; y que por enseñarles el antiguo idioma de su país (que apenas tiene alguna relacion con el moderno), les abrumen el ánimo con reglas y escepciones, y abandonan el uso y ejercicio por llenarles la memoria de principios superfluos y preceptos escabrosos. Quieren que el maestro se familiarice sin perder su autoridad, porque nada es tan opuesto á la buena educacion como la pedantería y la majestad afectada. En su concepto deben mas bien igualarse que elevarse delante del discípulo; y tienen esto por mas difícil que aquello, porque regularmente es necesario mas esfuerzo y vigor, y siempre mayor cuidado, para bajar sin caer, que para subir.

Juzgan que los maestros deben aplicarse antes á formar el espíritu de los jóvenes para la conducta de la vida, que á enriquecerle de conocimientos curiosos y casi siempre inútiles. Principian sin perder tiempo á hacerlos sabios y filósofos, para que aun en la edad arrebatada de los placeres sepan gustarlos con filosofía. ¿No es una cosa ridícula, dicen ellos, que el hombre no conozca la naturaleza ni el verdadero uso de sus facultades hasta que ya se ha inhabilitado? ¿No es mas ridículo aun que aprenda á vivir cuando la vida casi ha pasado, y principie á ser hombre cuando va á dejar de serlo?

Señalan premios á los discípulos que confiesan ingenua y sinceramente sus propios defectos, y aquellos que mejor saben razonar sobre ellos obtienen gracias y honores. Tambien quieren que sean curiosos, esto es, que susciten cuestiones sobre lo que ven y oyen, castigando severamente á los que á la vista de una cosa extraordinaria, ó notable por lo menos, no manifiestan una correspondiente admiracion y curiosidad.

Les recomiendan muy encarecidamente la fidelidad, sumision y amor al príncipe: una afecion espontánea y de propio motu pero de ninguna manera aquella afecion exagerada que exaltando frecuentemente la conciencia, y siempre coartando la libertad, es una ocasion próxima de grandes desdichas.

Los maestros de historia no se dedican tanto á imprimir en sus discípulos la fecha de tal ó tal suceso, como á pintarles el carácter y las buenas ó malas cualidades de los reyes, de los generales y de los ministros. Dicen que es poquísimo el fruto que sacan de saber que en tal año ó en tal mes se dió tal batalla; pero que les importa mucho examinar cuán bárbaros, injustos y sanguinarios han sido en todos siglos los hombres, siempre dispuestos á perder la vida sin necesidad, y á conspirar contra la de su semejante sin razon. ¡Cuánto deshonran á la humanidad los combates, y cuán poderosos necesitan ser los motivos que obliguen á un extremo tan funesto! Miran la historia del talento humano como la mejor de todas, y no se esfuerzan tanto en enseñar á sus discípulos que retengan los hechos, como en que sepan juzgar de ellos.

Pretenden que el amor á las ciencias tenga su limite, y que cada uno elija aquella clase de estudios que abraza mejor su inclinacion y talento. Así es que no hacen mas aprecio de un hombre que estudia

demasiado, que de otro que come mucho, persuadidos de que el ánimo padece sus indigestiones como el cuerpo. Solamente el emperador tiene una rica y abundante biblioteca; y si ven que algun particular ignorante hace vanidad por este estilo, le miran como á un asno cargado de libros.

La filosofía de aquellos pueblos es sumamente deliciosa, y no consiste en *ergotismos* como en nuestras escuelas. Ignoran absolutamente los nombres *Baroco* y *Baralipion*; no saben lo que es *categoria* ni términos de primera y segunda intencion, y otras tonterías escabrosas de la dialéctica, que conducen tanto á saber razonar, como á saber bailar. Su filosofía consiste en establecer principios ciertos que guien el espíritu á saber preferir la fortuna moderada de un hombre honrado á las riquezas y faustos de un asentista, y las victorias ganadas sobre las pasiones á las de un conquistador. Los enseña á vivir sin regalo, apartándolos siempre de todo aquello que acostumbra los sentidos al deleite, y oprime el alma á la dependencia del cuerpo, enflaqueciendo su libertad. En todo les representa la virtud como una cosa sencilla y agradable.

Sus exhortaciones se dirigen á la buena eleccion de estado de vida, persuadiéndoles á que abracen el que mejor les convenga, atendiendo primero á las facultades de su alma que á la fortuna de sus padres; de manera que el hijo de un labrador llega tal vez á primer ministro, mientras que el de un caballero no pasa de mercader.

La física y las matemáticas no las estiman sino en cuanto atañen á las ventajas de la vida y al progreso de las artes útiles. Por lo general no les cuesta gran pesadumbre el no conocer todas las partes del mundo, y tienen por mayor ignorancia gozar de la naturaleza sin examinarla, que el no saber discuir sobre el órden y movimiento de los cuerpos físicos. Respecto á la metafísica la tiene por un manantial de visiones y quimeras.

Aborrecen la afectacion en el lenguaje y lo que llaman precioso estilo, bien sea en prosa ó en verso, y juzgan que es tan impertinente querer distinguirse por la verbosidad como por el vestido. Un autor que abandona el estilo claro, puro y grave por remontarse á un estilo retumbante é hidrópico de metáforas escogidas y fastidiosas, es silbado y apedreado en la calle como si fuera una máscara de Carnaval.

Allí se cultiva el cuerpo y el alma igualmente, porque se trata de formar un hombre, y quedaria imperfecto si faltase cualquiera de las dos partes que le constituyen. Dicen ellos que el hombre debe de mirarse como una pareja de caballos unidos, que es preciso conducir á pasos iguales; y sino, fórtese el espíritu de un niño sin este cuidado, se verá que su exterior llega á ser grosero y despreciable; fórtese solamente el cuerpo, se verá que la estupidez y la necedad se apoderan de su alma.

Está prohibido á los maestros que castiguen á los muchachos con golpes; lo hacen cortándoles la voluntad, afrentándolos, y principalmente privándolos de dos ó tres lecciones; esto es lo que ellos mas sienten, porque ven que los abandonan dándoles á entender que son indignos de instruccion. El dolor de los golpes en su concepto solo sirve para hacerlos tímidos, defecto sumamente perjudicial y que jamás se cura

VII.

El autor, avisado de que intentaban procesarle por crimen de lesa-majestad, se refugia en el reino de Blefuscu.

Antes de que comience á hablar de mi partida del imperio de *Lilliput*, me parece muy esencial instruir al lector de una intriga secreta que se formó contra mí.

Estaba yo tan poco habituado al manejo de la corte, y la humildad de mi estado me habia puesto tan remoto de las disposiciones necesarias para poder hacerme un diestro cortesano, que absolutamente carecia de principios. Es verdad que otros de tan inferior nacimiento como yo han probado bien en la corte, y han arribado á los mas altos empleos; pero acaso serian menos delicados en esto del honor. Sea como fuere, mientras me disponia á partir para la isla de *Blefuscu* á cumplimentar á su emperador, un personaje muy principal, que me debia servicios muy importantes, vino á visitarme en secreto por la noche, y sin dar recado se metió hasta mi cuarto en su silla de manos. Despedidos los criados, escondí á su excelencia dentro de su silla en una faltriquera de mi chupa, mientras daba órden á mi criado de que tuviese bien cerrada la puerta principal, y poniéndole despues sobre una mesa, me senté á su lado. Pasados los primeros cumplimientos, y habiendo notado por el aire de aquel señor que estaba triste é inquieto, le pregunté la causa, á lo que me respondió que tuviese la bondad de escucharle sobre un asunto que interesaba á mi honor y á mi vida.

Pongo en vuestro conocimiento, me dijo, que de poco tiempo acá ha habido diferentes congresos secretos para tratar de vuestra conducta, y que de dos dias á esta parte ha tomado S. M. una resolucion funesta.

No ignorais que *Skisresh Bolgolam*, *Galbet* (6 gran almirante), ha sido casi siempre vuestro capital enemigo desde que llegásteis aquí. Ignoro la razon; pero su odio se ha aumentado terriblemente desde vuestra expedicion contra los de *Blefuscu*. Como almirante ha concebido celos de tan feliz empresa. Este señor, de convenio con *Flinnamp*, tesorero mayor, el general *Limtor*, *Lalcon*, camarero mayor, y *Balmuff*, el juez mayor, han redactado varios artículos para procesaros en calidad de reo de lesa-majestad, y delincuente por otros grandes delitos.

Este exordio me arrebató de tal manera, que iba á interrumpirle; pero me rogó que callase y le escuchase, y continuó diciendo:

Por reconocimiento á los servicios que me habeis hecho, he procurado instruirme de todo el proceso. Voy á leeros una copia de los artículos en cuestion; mas, cuidado... que es un negocio en que arriesgo mi cabeza por serviros.

Artículos de la acusacion intentada contra Quibus-Flestrin (ó el hombre montaña).

«Artículo 1.º Por cuanto por una ley promulgada en el reinado de S. M. I. *Cabin Deffar Plune* se ordena que cualquiera persona que hiciese aguas en todo el recinto del palacio imperial quede sujeta á las penas y castigo de crimen de lesa-majestad; y por cuanto resulta haber incurrido en ellas el dicho *Quibus Flestrin*, por una profanacion manifiesta de dicha ley, bajo el pretexto de apagar el incendio del cuarto de la cara imperial esposa de S. M., procediendo maliciosa, traidora y diabólicamente á desocupar su vejiga dentro del recinto del mismo palacio imperial.

Art. 2.º Por cuanto al dicho *Quibus Flestrin*, cuando trajo á nuestro puerto imperial la flota real de *Blefuscu*, se le ordenó desde luego por S. M. I. que se apoderase de todas las demás embarcaciones del citado reino de *Blefuscu*, y que reduciéndole á provincia de este imperio para que pudiese estar gobernada por un virey de nuestro país, é hiciese perecer y morir, no solamente á todos los *Gruesi-estremitas* espatriados, sino tambien á todos los naturales de aquel reino que al punto no abjurasen la herejía *Gruesi-estremiense*; contra lo cual el dicho *Flestrin*, como un traidor rebelde á su muy feliz I. M. ha presentado un memorial para evadirse de este servicio con el frívolo pretexto de serle repugnante obligar las conciencias, y oprimir la libertad de un pueblo inocente.

Art. 3.º Por cuanto habiendo llegado poco ha ciertos embajadores de la corte de *Blefuscu* á pedir la paz á S. M., el dicho *Flestrin*, como un vasallo desleal, socorrió, ayudó, consoló y regaló á dichos embajadores, con pleno conocimiento de que eran ministros de un príncipe que acababa de ser enemigo declarado de S. M. I. con guerra abierta.

Art. 4.º Por cuanto el dicho *Quibus-Flestrin*, contra la obligacion de un fiel vasallo, se está preparando actualmente pasar á la corte de *Blefuscu*, sin mas licencias que un permiso verbal de S. M. I., y con la capa de este permiso se propone temeraria y pérfidamente hacer dicho viaje, socorrer, auxiliar y ayudar al rey de *Blefuscu*...

Aun hay otros artículos, me añadió; pero los que os acabó de leer son sin duda alguna los mas importantes.

En las diferentes reuniones que há habido para la determinacion de la causa, es preciso confesar que S. M. ha manifestado su moderacion, dulzura y equidad, representando muchas veces vuestros servicios, y tratando de disminuir vuestros delitos. El tesorero y el almirante opinan que se os debe dar una muerte cruel é ignominiosa, poniendo fuego á vuestro alojamiento de noche; el general queria esperaros con veinte mil hombres armados de flechas emponzoñadas para hacer una descarga á vuestro rostro y manos. Tambien se ha pensado dar una órden secreta á varios de vuestros criados para que reparatiesen por vuestras camisas un suco venenoso que os haria despedazar vuestras mismas carnes hasta morir con los tormentos mas crueles. El general ha aprobado este medio: de suerte, que por algun tiempo la pluralidad de votos ha estado en contra vuestra; pero S. M., resuelto á salvaros la vida, ha ganado el voto del camarero mayor.

Durante estas conferencias, *Redresal*, primer secretario de Estado con destino á los negocios reservados, recibió órden del emperador para dar su voto; tambien se ha conformado con el de S. M., y ciertamente ha correspondido á la estimacion que le profesais. El reconoce que los delitos son grandes; pero que no obstante merecen alguna indulgencia. Ha dicho que siendo pública la amistad que os une, puede haber algunos que le crean apasionado en vuestro favor; mas con todo, queria dar su dictámen con franqueza, obedeciendo el real precepto: que si S. M. en consideracion á vuestros servicios, y segun la dulzura de su carácter, queria salvaros la vida, contentándose con que os saquen los ojos, juzgaba con sumision que esto bastaba á satisfacer en algun modo la justicia, y que todo el mundo aplaudiria su imperial clemencia, como tambien el procedimiento equitativo y generoso de los que tienen el honor de ser sus consejeros. Que la pérdida de los ojos no perjudica la fuerza corporal, con la que quedabais en aptitud de poder servir todavía á S. M. Que la ceguera contribuye á aumentar el valor, porque oculta los peligros, y concentrándose el espíritu,

queda mejor dispuesto para discernir la verdad. Que el mismo cuidado que teniais en defender la vista era el principal motivo que os habia detenido en apoderaros de la flota enemiga; y que bastaba que viéseis por los ojos de los demás, pues que hay príncipes muy poderosos que no suelen ver de otra manera.

Esta proposicion desagradó estremadamente á toda la asamblea: el almirante *Bolgolam* todo sofocado se levantó, y trasportado de furor, dijo: que se admiraba mucho de que el secretario tuviese el atrevimiento de opinar por la conservacion de la vida de un traidor. Que los servicios que os atribuian eran, con arreglo á las verdaderas máximas de Estado, unos delitos enormes; que quien habia sido capaz de apagar de un golpe un incendio tan grande regando con aguas inmundas el palacio de S. M. (lo cual no podia recordar sin horror), podria del mismo modo cuando se le antojase inundar el palacio y toda la capital, teniendo á prevencion alguna bomba disforme; y que el mismo poder con que habiais arrastrado la flota enemiga, serviria para volverla otro dia al mismo puerto con el menor motivo de desabrimiento que tuviéseis de nosotros. Que él tenia razones muy poderosas para pensar que en el fondo de vuestro corazon erais *Gruesi-estremita*; y porque la traicion principia en el corazon antes de mostrarse en las acciones, desde luego os declaraba formalmente traidor y rebelde, opinando que se debia sin mas dilaciones quitaros la vida.

El tesorero fué del mismo parecer. Hizo ver el estremado apuro que padecia el real erario por el gasto de vuestro sustento, que dentro de poco tiempo seria insoportable. Que la sentencia propuesta por el secretario, lejos de ser un remedio contra este mal, le aumentaria segun todas las apariencias, como prueba con ciertas aves á quien se acostumbra sacar los ojos para que coman mas y engorden prontamente. Que su sacra majestad y su consejo, que eran vuestros jueces, estaban en sus conciencias bien persuadidos de vuestro delito, y que esta prueba era mas que suficiente para condenaros al suplicio, sin apelacion ni otras formalidades prevenidas por el riguroso sentido literal de la ley.

Pero S. M. I., absolutamente determinado á salvaros la vida, dijo respirando benignidad, que pues juzgaba el consejo castigo demasiado pequeño la pérdida de los ojos, podia agregarse á él algun otro. Entonces vuestro amigo el secretario, pidiendo con sumision que le escuchasen para responder al reparo puesto por el tesorero en órden al exorbitante gasto que S. M. sufriria por manteneros, espuso: que nadie mejor que su excelencia, pues era el único interventor en las rentas imperiales, podia remediar fácilmente aquel daño disminuyendo vuestra racion poco á poco: que por este medio, faltándoos el preciso alimento, quedaríais flaco y estenuado, perderíais el apetito, y muy pronto la vida tambien.

Así es, que por la buena amistad del secretario, se ha podido determinar favorablemente vuestro negocio: estan dadas órdenes muy estrechas para que no se trascienda el designio de que lentamente os vaya consumiendo el hambre. La sentencia de sacaros los ojos está registrada en la secretaria de cámara del consejo, sin mas oposicion que la del almirante *Bolgolam*. Dentro de tres dias se pasará órden al secretario para que venga á vuestro alojamiento, y os haga saber en persona los artículos de la acusacion, como tambien la gran clemencia y gracia de S. M. y su consejo, conformándose con la sola pena de que perdais los ojos, á la cual no duda que os sometereis con toda la humildad y reconocimiento correspondiente. Despues vendrán veinte crijanos del emperador á hacer la operacion con unas saetas muy agudas, que os introducirán en las pupilas estando acostado sobre el suelo. Ahora vos sabreis tomar la mas oportuna determinacion que os dicte la prudencia. Yo me retiro con la misma reserva que he venido para evitar toda sospecha.

Despidióse su excelencia dejándome sumergido en un mar de inquietudes. Era costumbre introducida por este príncipe y su ministro (bien distinta de la que segun me informaron se usaba en los primeros tiempos), que despues que la corte habia elegido un suplicio para satisfacer el resentimiento del soberano ó la malicia de un privado, el emperador arengaba en consejo pleno acerca de su dulzura y clemencia, como cualidades reconocidas por todos. Muy pronto se publicó por todo el imperio la peroracion de mi causa; pero nada inspiró tanto horror al pueblo como estos elogios de la clemencia de S. M., porque habian observado que cuanto mas se ponderaba, tanto mas injusto y cruel solia ser el suplicio. Por lo que á mí toca, debo confesar, que como ni mi nacimiento ni mi educacion me destinaban á cortesano, entendia tan poco en esta política, que no me atreví á decidir si la sentencia pronunciada contra mí era suave ó rigurosa, justa ó injusta: ni quise malgastar el tiempo en pedir permiso para defenderme, pareciéndome que seria lo mismo verme condenado sin ser oido; pues habiendo conocido otros muchos procesos semejantes, siempre habia visto que se sentenciaban por los informes dados á los jueces, y á la voluntad de los acusadores acreditados y poderosos.

Tentaciones me dieron de hacer resistencia; que al fin hallándome en libertad todas las fuerzas del imperio no me igualaban, y hubiera podido muy fácilmente destruir y arruinar á pedradas la capital; pero deseché al punto este pensamiento con horror, acordándome del ju-

ramento que había prestado á S. M., de las gracias que había recibido de su benignidad, y, finalmente, de la alta dignidad de *Nardac* que me había conferido. Además, que no se me había pegado tanto el espíritu de autoridad que pudiese persuadirme que los rigores de S. M. me exoneraban de las obligaciones que le debía.

Ultimamente, tomé una determinación que, según las apariencias, será censurada de algunas personas con justicia; pues yo confieso que fué grande mi temeridad y malo mi proceder, queriendo conservar los ojos, la libertad y la vida contra las órdenes de la corte. Si yo hubiera conocido entonces el carácter del príncipe y su ministerio de Estado, como despues he tenido ocasion de observarlo, y su modo de tratar á los acusados menos criminales que yo, sin duda me hubiera sometido á una pena tan dulce. Pero arrebatado por el ardor de la juventud, y teniendo anteriormente la licencia de S. M. I. para presentarme al rey de *Blefuscu*, no me descuidé en escribir á mi amigo el secretario antes de espirar el término de los tres dias, dándole parte de mi resolución de partir en la misma hora para *Blefuscu* en virtud del permiso que había obtenido, y sin aguardar respuesta eché á andar hácia la costa de la isla, donde estaba la flota. Me apoderé de un grueso navio de guerra, até un cable á la proa, y levandó anclas, despues de haber puesto en él mi vestido y calzado, con un cobertor, que era mi equipaje, unas veces á vado y otras á nado, fuí tirando hasta el puerto real de *Blefuscu*, donde me esperaba el pueblo largo tiempo había. Destinaron dos guias para conducirme á la capital, que tiene el mismo nombre: los llevé en mis manos hasta llegar á cien toesas de las puertas, y allí los puse en el suelo para que fuesen á dar aviso de mi arribo á uno de los secretarios de Estado, mientras aguardaba en el mismo sitio las órdenes de S. M. Al cabo de una hora recibí respuesta de que salía con toda la casa real á recibirme. Entonces me adelanté cincuenta toesas mas, hasta encontrarlos. El rey y su comitiva se apearon de sus caballos, y la reina y sus damas dejaron los coches, sin manifestar temor de mi presencia. Para besar las manos á SS. MM. me tendí en tierra, y así les hice mi arenga de rigor, diciéndoles que iba á cumplir mi promesa con licencia del emperador mi señor de conseguir el honor de ver á un príncipe tan poderoso y ofrecerle todos los servicios que estuviesen en mi mano y no fuesen incompatibles con la obligación que me ligaba á mi soberano, pero sin hacer mención de mi desgracia.

No quiero fastidiar al lector con el pormenor circunstanciado de mi recibimiento en la corte, que fué correspondiente á la generosidad de un príncipe tan grande, ni de las incomodidades que pasé por falta de cama y alojamiento, viéndome precisado á acostarme en el suelo envuelto en el cobertor que por fortuna llevaba.

VIII.

El autor logra por un acaso favorable la proporcion de dejar á Blefuscu; y vencidas algunas dificultades, vuelve á su patria.

Tres dias despues de mi arribo, paseándome por curiosidad por la costa de la isla que mira al Nordeste, descubrí á distancia de media legua en el mar una cosa que me pareció un navio destrozado. Quitéme los zapatos y las medias, y habiendo andado ciento ó ciento cincuenta toesas por el agua, advertí que el objeto por la fuerza de la marea se acercaba á mí, y conociendo entonces que era una chalupa que probablemente se habria separado del navio en alguna borrasca, volví corriendo á la ciudad y pedí á S. M. me confiase veinte buques de los mayores que le habian quedado despues de la pérdida de su armada, con tres mil marineros á las órdenes del vice-almirante. Dióse á la vela esta flota, mientras yo volvia por el camino mas corto á la costa donde había observado por primera vez la chalupa, y hallé que la marea la había traído mucho mas cerca de la ribera. Alcanzaronme los navíos, y desnudándome del todo me arrojé al agua; pero á la distancia de cincuenta toesas de la chalupa tuve ya que nadar hasta llegar á tocarla. Los marineros me arrojaron un cable, con el cual pude atarla por un agujero de la proa, y aseguré el otro extremo á un navio de guerra, aunque no perfeccioné la maniobra porque perdía el pié en el agua. Nadando detrás de ella iba empujándola con una mano, y la marea me ayudó á llevarla tan cerca de la ribera, que toqué tierra y saqué la barba fuera del agua. Descansé tres ó cuatro minutos, y continuando mi trabajo hasta donde la mar no estaba ya mas alta que mis sobacos, hallé vencida la mayor dificultad. La afiancé con otros cables que llevaba á prevención en un navio, y tirando de ellos nueve buques de los principales de la flota que estaba esperándome, con el favor del viento y de los marineros me compuse de tal modo, que la acercamos á veinte toesas de la orilla; y habiéndome retirado el mar, logré ganar mi chalupa á pié enjuto. Entonces, con la industria de cuerdas y máquinas, y el refuerzo de dos mil hombres, no paré hasta ponerla derecha, y hallé que era muy poco lo que había padecido.

Diez dias tardé en hacerla entrar en el puerto real de *Blefuscu*, adonde acudió un gran número de gentes con estrema admiracion de ver un navio tan prodigioso. Hice presente al rey cómo la fortuna me

había deparado aquel barco para poder pasar á algun otro puerto, y desde allí volver á mi patria, si S. M. se dignaba de dar las órdenes convenientes para ponerle en estado de poderme servir, y me permitia salir de sus estados, lo cual pude conseguir despues de muchas y muy vivas súplicas.

Ya estrañaba yo que el emperador de *Lilliput*, sabiendo mi ausencia, no hubiese hecho diligencia de buscarme; pero me informaron de que ignoraba que hubiese tenido yo noticia de sus designios, y en esta suposicion no se imaginaba que en mi paso á *Blefuscu* llevase otras miras que el cumplimiento de mi promesa á los embajadores, en virtud de la licencia que me había dado, y esperaba que dentro de pocos dias volviese, hasta que mi detencion principió á darle cuidado. Consultó al tesorero mayor y á otros de la cábala, y determinaron enviar un diputado de primer rango con una copia de los artículos de mi acusacion. Este personaje llevaba las instrucciones necesarias para representar al de *Blefuscu* la gran dulzura de su señor, que se había conformado con la corta pena de sacarme los ojos: que yo me había escapado de la justicia; y que si no volvia dentro de dos dias, sería despojado de mi título de *Nardac*, y declarado reo de alta traicion. A esto añadió que para conservar la paz y buena amistad entre los dos imperios, esperaba su señor que en caso de inobediencia me enviasen atado de piés y manos para ser castigado como alevoso.

El rey de *Blefuscu*, habiéndose tomado tres dias para deliberar sobre este negocio, le dió una respuesta tan cortés como discreta; á saber, que aunque le había robado su flota, me era deudor de muchos buenos oficios cuando el ajuste del tratado de paz; que bien conocia el emperador de *Lilliput* cuán imposible era llevarme atado. Además, que tanto el uno como el otro quedarían muy pronto libres de mí, porque se estaba reparando con mi ayuda é instrucciones un prodigioso navio que había hallado sobre la ribera, capaz de trasportarme á cualquier parte, y que antes de muchos dias libraria yo mismo á los dos imperios de una carga tan pesada.

Con esta respuesta se retiró el diputado, y despues me refirió el rey de *Blefuscu* todo el caso, ofreciéndome al mismo tiempo (confidencialmente y con reserva) su generosa proteccion si queria quedarme en su servicio. Aunque no dudase yo de toda la buena fe de la proposicion, estaba resuelto á no volverme á comprometer con príncipe alguno ni con sus ministros en escapando de aquella; por cuya razon, despues de manifestar á S. M. mi justo agradecimiento por sus favorables intenciones, le supliqué humildemente me diese licencia para retirarme, pues que mi fortuna mala ó buena me ofrecia aquel barco en que podia abandonarme al Océano, primero que espouer á un rompimiento á dos soberanos tan poderosos. Advertí que no se ofendió de mi discurso, y que mi determinacion no fué mal recibida de la mayor parte de sus ministros.

Estas consideraciones me empeñaron á acelerar mi viaje, y la corte, que lo deseaba, se apresuró á despacharme. Quinientos trabajadores se destinaron á hacer dos velas para mi chalupa de los lienzos mas fuertes del país, doblados trece veces y acolchados despues. Yo era el director de las obras, y entre tanto fabricaba cuerdas y cables, uniendo diez, veinte ó treinta de los mas gruesos que ellos tenían. Una gran piedra que por fortuna encontré al pié de la ribera despues de una larga pesquisa, me sirvió de ancla; y con el sebo de trescientos bueyes pude carenar mi embarcacion, y surtirme para otros usos. No me costó menos fatigas el corte de madera para remos y arboladura, escogiendo las vigas mayores de sus bosques; bien que me ayudaron los carpinteros de los arsenales reales.

Al cabo de un mes, poco menos, cuando estaba ya todo dispuesto, fuí á despedirme de S. M. y á recibir sus órdenes. Salí de palacio con toda la real familia para concederme el honor de besar sus manos, en arras de buen recuerdo, y por último y despedida me regaló el rey cincuenta bolsillos con doscientos *spruggs* (1) cada uno, en que estaba grabado su retrato de cuerpo entero. Tomélos sin detencion, y los puse dentro de un guante para que no se me perdieran.

Metí en mi chalupa cien bueyes, trescientos carneros, pan y bebida á proporcion, y una cantidad de carne cocida tan grande, como que cuatrocientos cocineros se habian empleado en prepararla. También recogí seis vacas y dos toros vivos, y otras tantas cabezas de ovejas y moruecos para traerlos á mi país, donde procreasen, y me previne además de heno y trigo. No me hubiera costado mucho trabajo traerme tambien para acá media docena de habitantes del país; pero el rey no lo permitió, y sobre un escrupuloso registro de mis faltriqueras, S. M. me exigió palabra de honor de no consentirlo, aunque sus vasallos lo pretendiesen.

Dispuestas así todas mis cosas, me hice á la vela el 24 de setiembre de 1701, á las diez de la mañana, y habiendo hecho cuatro leguas hacia el Norte, con viento Sudeste, á las seis de aquella tarde descubrí una pequeña isla que tendria casi media legua de latitud al Nordeste. Proseguí, y eché el ancla en aquella parte de la costa que me pareció mas resguardada del viento; pero no hallé señales de estar ha-

(1) *Spruggs*, moneda del país.

bitada. Tomé refresco y descanso. Dormí cerca de seis horas, pues apenas pasarian dos mas despues de despierto cuando principió á romper el alba. Me desayuné, y estando el viento favorable, levanté el ancla, y seguí la misma ruta que el dia anterior, guiado de mi brújula de faltriquera. Mi intento era dirigirme, si podia, á una de aquellas islas que creia con razon situadas al Nordeste de la tierra de *Van-Diemen*. No descubrí nada en todo el dia; pero al siguiente, á eso de las tres de la tarde, cuando por mi cálculo habria andado cerca de veinte y cuatro leguas, descubrí un navio que llevaba rumbo á Sudeste. Solté todas mis velas, y al cabo de media hora enarboló su pabellon y tiró un coñonazo. No se puede explicar la alegría que sentí con la esperanza de volver á ver mi amada patria, y aquellas prendas queridas que había dejado en ella. El navio alojó su curso, y á las cinco ó seis de la tarde nos juntamos, el dia 26 de setiembre. Yo estaba loco de contento al ver el pabellon inglés. Guardé mis vacas y carneros en las faltriqueras de la casaca, y pasé á bordo con toda mi provision de víveres. Era un navio mercantil inglés, que regresaba del Japon por las mares del Norte y del Sud, cuyo capitán era *Juan Bidell de Deptford*, hombre muy honrado y excelente marino. Llevaba aun cincuenta hombres consigo, entre los cuales iba uno de mis antiguos compañeros llamado *Pedro Williams*, que informó muy bien de mí al capitán, el cual me hizo buen acogimiento, y me suplicó le dijese de dónde venia y adónde iba. Yo le conté mis aventuras en pocas palabras; mas con todo, llegó á sospechar que el cansancio y los peligros en que me había visto me tenían trastornada la cabeza, hasta que viéndome sacar de la faltriquera todos mis ganados, se desengañó y quedó mas aturdido. También le enseñé las monedas de oro que me había dado el rey de *Blefuscu*, con su retrato, y otras muchas rarezas de aquel país. Le regalé dos bolsillos con sus cuatrocientos *spruggs*, y le ofrecí á nuestro arribo á Inglaterra regalarle igualmente una vaca y una oveja preñadas.

Omitiré la relacion de nuestro viaje por no cansar al lector: basta decir que llegamos á las Dunas el 13 de abril de 1702. Solo tuve una desgracia, y fué que los ratones del navio me robaron una oveja. Desembarqué el resto de mis ganados sin averja, y los eché á pacer en un jardin del juego de bolas de *Greenwick*. No hubiera llegado ninguno vivo durante una *embarcacion* tan larga, á no ser por el capitán que me surtia de bizecho para alimentarlos, y lo comian muy bien hecho polvo y mezclado con agua.

En el tiempo que pasé en Inglaterra, saqué mucha utilidad enseñando mis animalillos á diferentes personas de calidad y tambien al pueblo. Antes de emprender mi segundo viaje los vendí en seiscientas libras esterlinas. Pero á mi regreso ya no encontré raza de ellos, cuando yo creia que se hubiese multiplicado abundantemente, en particular los carneros, y que hubiese producido muchas ventajas á nuestras manufacturas de lana por la finura de sus vellones.

Apenas viví dos meses con mi muger y mi familia. El insaciable deseo de ver paisese extranjeros no me permitió continuar mas tiempo en aquella vida sedentaria. Puse mi familia en una buena casa en *Redriff*, entregué á mi muger quinientas libras esterlinas, y reservé el resto de mi caudal, parte en duero y parte en mercaderias, con el designio de aumentarlo. Mi tío *Juan* me había dejado unas tierras cerca de *Epping* que me rendian anualmente treinta libras esterlinas. Con esto y otra tanta renta que me producía cierto negocio de toros negros en *Peterlanne*, podia sustentarse muy cumplidamente mi familia, y yo llevaba el consuelo de no dejarla necesitada de la caridad de la parroquia. Mi hijo *Juan*, llamado así por respetos de su tío, estudiaba latinidad, y estaba para ir á un colegio. Mi hija *Isabel* (que al presente está casada, y con hijos) se aplicaba á labores de aguja. De manera que considerándome plenamente satisfecho del arreglo de toda mi casa, di el último adiós á mi muger y á mis hijos; y á pesar de sus tiernas lágrimas me embarqué animoso en la *Aventura*, navio mercantil de trescientas toneladas, mandado por el capitán *Juan Nicolás*, de *Liverpool*.

SEGUNDA PARTE.

VIAJE A BROBDINGAG.

I.

El autor, despues de sufrir una horrorosa tempesta, desembarca en un país desconocido, donde uno de sus habitantes le coge. Trata que le da. Idea del país y sus naturales.

No parece sino que la naturaleza y la suerte me habian condenado á una vida agitada. Abandoné de nuevo mi patria embarcándome en las Dunas el 20 de junio de 1702 en el navio la *Aventura*, cuyo capitán *Juan Nicolás*, de la provincia de *Cornouaille*, partia para *Surate*. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Bue-

na Esperanza, donde anclamos para hacer provision de agua, y hallándose enfermo nuestro capitán de calentura intermitente, no pudimos dejar el cabo hasta fines de marzo. Desde allí seguimos nuestro rumbo con felicidad hasta el estrecho de Madagascar. Pero habiendo llegado al Norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan siempre con igual violencia entre Norte y Oeste, desde diciembre hasta mayo, principaron á arreciar el 29 de abril del lado de Oeste, durante veinte dias seguidos, en cuyo tiempo algo nos estreviamos hacia el Oriente de las islas Molucas, y casi tres grados al Norte de la línea equinoccial, según advirtió nuestro capitán por cierto cálculo que hizo el segundo dia de mayo en que cesó el viento. Era hombre muy experimentado en la navegacion de aquellos mares, y habiéndonos prevenido que nos dispusiésemos para una horrible tempesta al dia siguiente, sucedió como lo había pronosticado. Principió á moverse el viento Sud, que llamamos *monzon*, y recelando que fuese en aumento, recogimos la vela del bauprés, y nos preparamos para la mesana, que fué preciso recoger tambien, y amarrar todos los cañones porque la tempesta iba tomando incremento. El navio estaba al través, y en esta situacion tuvimos por el mejor recurso caminar viento en popa. Remachamos la mesana y guarnecimos las escotas; el timon estaba hácia el viento, y el navio se gobernaba bien. Echamos fuera la vela mayor; pero muy pronto la desgarró el temporal. Despues arriamos la entena para desarmarla, y cortamos todos los cordajes y la llave que los mantenian. Sacamos los brazos al timon, y ayudamos al timonero que no podia gobernarle solo. No queriamos arriar el mástil de gavia mayor, porque el buque bogaba mejor con las olas, y estábamos persuadidos de que caminaba mas seguro con el mástil levantado. Viéndonos bastante emmarados despues de la tempesta, echamos fuera la mesana y la vela mayor, y nos inclinamos un poco contra el viento, volviendo á colocar el artemon, y tambien los masteleros de la gran gavia y de la menor. Nuestro rumbo era Este-Nordeste: el viento estaba al Sudoeste. Amarramos á estribor, y desamarramos el brazo del lado del viento: armamos las bolinas, y pusimos el navio todo lo que se pudo hácia el viento trabajando todas las velas. Mientras duró la borrasca, que fué seguida de un viento impetuoso de Oesudoeste, hicimos según mi cálculo cerca de quinientas leguas hacia el Oriente; de manera que el mas antiguo y esperto de los marineros no supo decirnos en qué parte del mundo estábamos. Sin embargo, no nos faltaban víveres, el navio no hacia agua, y nuestro equipaje gozaba buena salud; pero nos hallábamos reducidos á una estremada penuria de agua dulce. En este estado tuvimos por mas conveniente continuar el mismo rumbo que volver al Norte, por no dar en las riberas de la *Gran Tartaria*, que son las mas próximas al Noroeste, y en el *Mar del Hielo*.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra desde la altura del Papagayo. El 17 vimos ya claramente una grande isla ó continente (pues no supimos distinguirlo), y á su costado derecho una pequeña lengua de tierra que se internaba en el mar, con una bahía demasado somera para que un navio de mas de cien toneladas pudiese entrar en ella. Anclamos á distancia de una legua de la bahía, y nuestro capitán envió doce hombres de su equipaje bien armados en la chalupa, llevando á prevención algunas vasijas por si encontraban agua. Yo le pedí permiso para ir con ellos á ver el país y hacer las descubiertas que pudiese; pero cuando hubimos tomado tierra, no vimos ni rio, ni fuente, ni vestigio de habitantes; lo que obligó á nuestra gente á costear la ribera para buscar agua fresca á la orilla del mar. Entre tanto yo me paseaba solo, y penetrando casi una milla tierra adentro, no encontré otra cosa que un país estéril cubierto de rocas. Ya principiaba á cansarme; y como no viesena nada que pudiera satisfacer mi curiosidad, me volvia poco á poco hácia la bahía, á tiempo que ví á nuestra gente en la chalupa, que solo trataba de salvar sus vidas á fuerza de remos, perseguidos de un hombre tan agigantado, que metido en el mar apenas le llegaba el agua á las rodillas, y daba unos pasos descomedidos; pero ellos le habian tomado media legua de ventaja, y como estaba en aquel sitio el mar lleno de rocas, el gigante no pudo alcanzar la chalupa. Yo eché á correr cuanto pude trepando hasta la cima de una montaña escarpada, desde donde se dominaba una parte del país. Le hallé perfectamente cultivado; pero lo que desde luego me pasmó fué la altura de la yerba, que me pareció de mas de veinte piés.

Eché por un camino real, á mi entender, aunque para los habitantes del país no era mas que una pequeña senda que atravesaba un campo de cebada. Anduve por allí algun tiempo, pero á ciegas, porque las mieses estaban ya en sazón, y tenían cuarenta piés de altura lo menos. Una hora tardé en llegar al otro extremo, que estaba cercado de un seto de ciento veinte piés de elevacion ó algo mas. Los árboles eran tan grandes, que no pude calcular la que tenían.

Tratando de buscar alguna abertura en la cerca, descubrí á uno de los habitantes en el campo inmediato, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo á nuestra chalupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, de cada paso andaba cerca de cinco toesas. Corrí temblando á esconderme entre las mies, desde donde le ví parado junto á un por-

tillo del seto, y que mirando á todos lados daba unas voces mas descomedidas y penetrantes que si salieran de una bocina. El sonido era tan fuerte, que al principio creí que tronaba. Al punto se reunieron á él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero; de lo que inferí que serian sus criados, y porque, segun la órden que les dió, pasaron luego á segar en la mies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude; pero me costaba mucha dificultad el moverme, porque las cañas del trigo por algunos parajes no distaban mas de un pie las unas de las otras; de manera que á veces no podía andar en aquella especie de enramada. Avancé no obstante hacia una parte donde la lluvia y el viento habian encamado la mies, y no pude pasar de allí, porque las cañas formaban un tejido tan fuerte, que era absolutamente imposible romper por ellas, y las barbas de las espigas caídas eran tan duras y agu-



das, que me atravesaban el vestido y se entraban en la carne. En esta sazón oí á los segadores, que apenas estaban ya á cincuenta toesas de mí. ¡Cuál fué mi terror entonces! Totalmente desmayado, me dejé caer entre dos surcos aguardando para alivio de mi congoja el término de mis días, representándome á mi viuda desconsolada, á mis hijos huérfanos, y á todos llorando mi locura de haber emprendido este segundo viaje, contra el consejo de mis parientes y amigos.

En medio de una agitación tan terrible, no podía apartar de mi memoria el país de *Lilliput*, cuyos habitantes me habian mirado como el mayor prodigio del mundo. Allí habia sido yo capaz de arrastrar una flota entera con una sola mano, y de hacer otras hazañas cuya memoria será eternamente conservada en las crónicas de aquel imperio á pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin trabajo al testimonio de una nacion entera. La idea de parecer á la vista de esta gente un ser tan miserable como un *Lilliputiense* entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba; mas al fin tampoco era la mayor de mis desdichas, porque comunmente se nota que las criaturas humanas son mas ó menos salvajes y crueles á proporcion de su talla; pero de esta consideracion, ¿qué podia yo esperar mas que venir á ser bien pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrase? A la verdad los filósofos tienen razon cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sino por comparacion. Acaso los *Lilliputienses* hallarán un dia otra nacion mas pequeña con relacion á ellos que ellos lo eran con relacion á mí. ¿Y quién sabe si esta casta prodigiosa de mortales será una nacion *Lilli-*

putiense en comparacion de otra que no hayamos descubierto todavía? Pero la confusion y susto que me tenian cogido no daban entrada por entonces á estas reflexiones filosóficas.

Acercándose uno de los segadores á cinco toesas del surco donde yo estaba acostado, temí que si daba otro paso mas adelante me des-tripase con el pié ó me dividiese el cuerpo con la hoz. Esto me obligó á prorumpir en exclamaciones lastimosas con todo el vigor que me permitia el miedo de que estaba poseido, cuando le ví disponerse á levantar el pié. Inmediatamente se detuvo el gigante mirando á todos lados hasta que me vió. Quedóse parado observándome con toda la circunspeccion de un hombre que pretende coger algun animalejo pernicioso sin riesgo de que le muerda ó le arañe, como yo lo he hecho muchas veces con las comadrejas en Inglaterra. Finalmente, ya se determinó á cogerme por la parte mas gruesa de mi cuerpo, levantándome á toesa y media de sus ojos para examinar mi figura con mas detenimiento. Conocí su intencion, y me estuve quieto mientras me tenia en el aire á mas de sesenta pies del suelo, no obstante que me apretaba cruelmente por temor de que me escurriese entre sus dedos. No me atreví á hacer mas movimiento que para levantar los ojos al sol, poniendo las manos en ademán suplicante, y así hablé algunas palabras en tono muy humilde y lastimoso, conforme al estado en que me veía, temiendo á cada punto que se le antojara estriparme, como nosotros solemos hacer con ciertos insectos fastidiosos para librarnos de ellos; pero habiéndole hecho gracia mi voz y mi gesto, principió á mirarme con mas curiosidad, muy admirado de oirme hablar, aunque no me entendia.

Sin embargo, yo no pude reprimir mis lamentos ni mis lágrimas, y volviendo la cabeza procuraba darle á entender todo el daño que me hacia con sus dedos. Al fin creo que comprendió el dolor de que me quejaba; pues levantando una faldilla de su vestido, me colocó dentro con mucha suavidad, y echó á correr adonde estaba su amo, que era un Labrador rico, el mismo que ví yo al principio de mi aventura.

El Labrador cogió una pajita, que era casi tan gruesa como una



caña de las que usamos para bastones, y con ella me levantó las faldillas de la casaca, que en mi concepto le pareció una especie de cubierta que la naturaleza me hubiese dado, y para verme mejor la cara me sopló los cabellos. Llamó á sus criados, y les preguntó (segun pude conjeturar) si habian visto alguna otra vez en el campo animalejo que se asimilase á mí. Despues me puso de cuatro piés en el suelo,

pero me levanté al instante, y eché á andar con mucha gravedad hacia un lado y hacia otro, porque no recelase que queria escaparme. Sentáronse todos en corro para observar mejor mis movimientos, y entonces yo, quitándome el sombrero, hice una cortesía muy sumisa al amo, y me arrojé á sus piés, levantando las manos y la cabeza con diferentes exclamaciones en el tono mas alto que podia. Saqué de mi faltriquera una bolsa llena de oro, y se la presenté con mucha humildad. El la puso en la palma de la mano, y aplicó la vista para distinguir lo que le daba, sacó un alfiler de la manga, le dió con él mil vueltas y mas vueltas, y se quedó con las mismas dudas. Estando en esto le hice seña de que bajase la mano, y tomando la bolsa la abrí y vacié en ella las monedas, que eran seis doblones de á ocho españoles, con otras veinte ó treinta inferiores. Mojóse el dedo con la lengua, y levantó una de las monedas mayores, y luego otra; pero yo creo que no comprendió lo que era. Por último, me mandó por señas que las volviese á la bolsa y las guardase.

Esto le hizo discurrir si sería yo alguna criatura racional, y principió á honrarme con su conversacion. Articula ba muy bien las palabras, pero su eco me aturdió los oídos, como si fuera un molino de agua. Yo le contestaba, ya en un idioma, ya en otro, levantando la voz cuanto podia, y aunque aplicaba su oído para entenderme, todo era inútil. Envió los criados al trabajo, y sacando un pañuelo de su faltriquera, le dobló al medio, le estendió sobre la mano izquierda, y me hizo seña de que me pusiese encima, á cuyo fin la bajó hasta el suelo, y no hallé dificultad, pues apenas tenia un pié de grueso. Parecióme que debía obedecer; mas para no caerme me acosté á la larga sobre el pañuelo, en que me envolvió, y de este modo marchamos á su casa. Luego que entré, sacándome del envoltorio llamé á su muger, que al verme retrocedió dando unos chillidos descompasados, como suelen hacer las inglesas á la vista de un escuerzo ó de una araña. Pero al cabo de algun tiempo, cuando observé mis ademanes, y que contestaba á las señas que me hacia su marido, principió á quererme tiernamente.

Como era cerca del mediodia sacó un criado la comida (vianda grosera como de un simple Labrador) en un plato de casi veinte y cuatro piés de diámetro, y se reunieron el amo, su muger, tres hijos y una anciana abuela. Sentáronse todos, y el Labrador me puso á su lado sobre la mesa, que era como de treinta piés de alta; pero yo tenia buen cuidado de no acercarme á sus bordes por no caer al suelo. La muger cortó un pedacito de carne, desmigajó un poco de pan, y me lo puso delante en un plato de madera. Yo la hice una reverencia muy sumisa, y sacando mi cuchillo y tenedor, principió á comer: esto le hizo mucha gracia. Despues mandó á la criada que trajese una tacita que servia para beber licores, pues no hacia mas de doce azumbres, y la llenó de bebida. Levantéla con bastante trabajo, y revistiéndome de autoridad, brindé á la salud de su señoría, esforzando cuanto pude

SESTA SERIE. — ENTREGA 6.ª

la voz en inglés. Entonces sí que temí quedar sordo de la carcajada atroz en que prorumpieron todos. El gusto de la bebida era muy semejante á la sidra, y no me desagradó. El amo me hizo seña de que me acercase á su plato, que tambien era de madera, y por apresurarme demasiado, en un tris estubo que me matara, pues tropezando en una corteza de pan, caí de bruces sobre la mesa. Me incorporé al instante, y advirtiendo que aquellas buenas gentes se habian compadecido, tomé el sombrero, le dí vueltas en la cabeza, é hice dos ó tres aclamaciones para que viesen que no habia recibido daño. Pero al tiempo de llegar á mi amo (este es el nombre que le daré en adelante), el mas pequeño de sus hijos que estaba sentado junto á él, y era un muchacho como de diez años, muy maligno y travieso, me cogió por las piernas, y elevándome en el aire, me conmovió todo el cuerpo. El



padre me arrebató de entre sus manos, y le dió una bofetada tan fuerte en la oreja izquierda, que pudiera haber desbaratado un escuadron entero de caballeria europea, mandándole que al punto se retirara de la mesa. Recelé que el chiquillo me guardase rencor; y acordándome de lo perversos que son naturalmente todos los muchachos en nuestro país con los pájaros, conejos, gatos y perros, me puse de rodillas delante de mi amo, y señalándole con el dedo, le dí á entender como pude que le suplicaba le perdonase. El padre condescendió, y volviendo á tomar su silla el muchacho, llegué á él, y le besé la mano.

A la mitad de la comida el gato favorito de mi ama se subió á su faldilla. Oí detras de mí un ruido como de doce telares de medias, y volviendo la cabeza, advertí que era un gatazo que mayaba. El ama le daba de comer, y él la acariciaba; pero á proporcion de la cabeza y una pierna que ví, me pareció tres veces mayor que un buey. La ferocidad de aquel animal acabó de desconcertarme el cuerpo, sin embargo de que procuré retirarme al lado mas remoto de la mesa, distante cincuenta piés, y el ama le tenia asido temiendo

que se abalanzase á mí. No sucedió nada, porque el gato ni reparó en mí siquiera.

Mi amo, por ver lo que hacia, me puso delante de él bastante cerca, y como siempre he visto que cuando se huye de una fiera ó se manifiesta miedo, suele mas presto echarse encima, determiné de hacer el valiente, y como que no temia sus garras. Principió á pasarme con mucha osadía acercándome tanto, que el animal dió dos pasos atrás como si tuviera miedo de mí. Despues vinieron tres ó cuatro perros, entre ellos un mastin que abultaba por cuatro elefantes, y un lebrél no tan grueso pero mas alto. Yo seguia siempre firme, aparentando serenidad de ánimo.

Al concluirse la comida entró el ama que amamantaba á un niño de la laboradora como de un año de edad. Apenas me vió la criatura, principió á dar unos gritos tan terribles, que creo se hubieran podido oír sin dificultad desde el puente de Londres hasta Chelsea. Tivome el niño por un muñeco ú otra chucheria semejante, y lloraba porque

se le dieran para entrenarse. La madre me levantó, y poniéndome en sus manos, al instante me agarró, y en un santiamén introdujo mi cabeza dentro de su boca, como es natural en aquella edad: mas no fué esto lo peor, sino que asustado el muchacho de mis clamores, me dejó caer de pronto, y á no ser porque la madre tenía puesto debajo su delantal, me hubiera roto la crisma sin remedio. El ama para apaciguarle se valió de un juguete, que era un grueso pilar hueco guarnecido de unas piedras disformes, el cual pendía de la faja del niño por un cable muy fuerte, y no bastando esto á aplacarle, recurrió al último arbitrio, que fué darle de mamar. Aquí debo de confesar que no he visto cosa en mi vida que me haya horrorizado tanto como sus pechos, ni sé con qué poder compararlos.

Entonces me acordé del atractivo de nuestras damas inglesas, tan favorecidas de la naturaleza en esta parte, y conocí que nuestra inclinación puede consistir en la proporción de la talla y de nuestros ojos; pues es natural que si las mirásemos por un microscopio, descubriríamos ciertas deformidades que no alcanza nuestra vista, y que las afean estremadamente. Por la misma razón me decía una muger en *Lilliput* que le parecía yo muy feo, que distinguía unos grandes agujeros en mi cutis, que mis barbas eran diez veces mas gruesas que las cerdas del jabalí, y que la tez de mi cara era un conjunto de diferentes colores que la hacían totalmente desagradable, siendo así que soy rubio, y me creo de un color bastante bueno. Pero basta de digresiones.

Después de la comida mi amo volvió á buscar á sus gañanes, y á lo que pude comprender por su voz y ademanes, dejó muy encargado á su muger que me cuidase. Mi cansancio era bastante, y tenía gana de dormir. La labradora lo conoció, y llevándome á su cama, me cubrió con un pañuelo blanco, que no era mas pequeño que la vela mayor de un navío de guerra.

Dormí dos horas soñando que estaba en mi casa con mi muger y mis hijos, para aumentar mi aflicción, pues cuando desperté, me vi absolutamente solo en una espaciosa sala de doscientos á trescientos pies de estension, y mas de doscientos de altura, acostado en una cama que tenía diez toesas de anchura. Mi ama había salido á los negocios de su casa, dejándome encerrado: de la cama al suelo había cuatro toesas de altura: apretábanme algunas necesidades naturales, y no me atrevía á llamar, aunque hubiera sido inútil, ¿pues cómo había de llegar mi voz hasta la cocina (cerca de media legua), donde estaba ordinariamente la familia? Cuando hacia estas cuentas conmigo mismo, trepan dos enormes ratas por las cortinas, y principian á correr sobre mi cama. Llega la una á mi cara, y yo todo asustado me incorporé como pude para echar mano al sable; pero aquellos terribles animales tuvieron la insolencia de acometerme por distintos lados. Principié á repartir cuchilladas, y tuve la fortuna de matar á una y ahuyentar á la otra, volviendo á acostarme, concluida la refriega, para descansar y reparar el ánimo. Eran las tales ratas como dos mastines, pero sin comparación mas ágiles y feroces; de manera que á cogerme indefenso infaliblemente me devoran.

Poco después vino mi ama, y entrando en el cuarto advirtió que estaba todo ensangrentado. Acudió al instante á mí, y para que saliese del susto la hice seña de que mirase á la rata muerta, sonriéndome, y dando muestras de que no estaba herido. Después la expliqué como pude mi deseo de bajar al suelo; y aunque me soltó al punto, mi modestia no me permitía declarar la urgencia de otro modo que señalando á la puerta, haciéndola muchas cortesías. La muger me entendió al cabo de algún tiempo, y volviendo á ponerme sobre su mano, me llevó al jardín y me dió libertad. Retiréme cerca de diez toesas, y dándole á conocer que debía volver la cabeza, me oculté entre dos hojas de acedera, donde hice lo que ya comprenderá el discreto lector.

II.

Retrato de la hija del labriego. Llevan al autor á un mercado, y desde allí á la corte. Exacta descripción de su viaje.

Tenía mi ama una hija de nueve años, pero de un talento superior á tan tierna edad. De acuerdo con ella me habían destinado para cama, antes que llegase la noche, la cuna de una muñeca que la servía de diversion. Pusieronla dentro de una gabela de un escritorio pequeño, suspendida en el aire sobre un estante por temor de las ratas, donde tuve mi asilo todo el tiempo que permanecí entre aquellas buenas gentes. La muchacha era tan ingeniosa, que á las dos ó tres veces que vió cómo yo me desnudaba, aprendió sin dificultad, y aunque no la permitiese este trabajo mas que por obedecerla, ella me vestía y desnudaba cuando quería. Me hizo seis camisas y otras ropas interiores del lienzo mas delgado que pudo encontrar (es verdad que en su comparación las velas de nuestros navios son de Holanda), y cuidaba de lavarlas por su propia mano. No solo era mi lavandera, sino tambien mi maestra para instruirme en su idioma. Cuando la señalaba con el dedo alguna cosa, al instante me decía cómo se llamaba; de suerte que en poco tiempo me hallé capaz de poder pedir todo lo que necesi-

taba: ciertamente que tenía un natural bellissimo. Me puso el nombre de *Grildrig*, que significa lo mismo que *nanunculus* en latin, *homuncelino* en italiano, y *manikin* en inglés. Puedo decir que á ella debo mis conocimientos lingüísticos. Estábamos siempre juntos. Yo la llamaba *Glumdalclitch*, ó amita, y confieso que sería el hombre mas ingrato é inhumano si olvidara en algun tiempo sus desvelos y el afecto que me tenía; pero lejos de eso, quisiera llegar á verme alguna vez en estado de pagarle: en el fondo de mi corazón lo deseo, porque acaso habré sido la inocente, aunque infeliz causa de su desgracia. No me faltan motivos para sospecharlo.

Muy pronto se esparció por todo el país la noticia de que mi amo había hallado en los campos un animalejo poco menor que un *Splacknock* (que se cria en aquellos climas, y tiene casi seis pies de largo, y la misma figura que un racional), que imitaba al hombre en todas sus acciones, y hablaba una especie de lenguaje que le era propio; que había aprendido ya algunos de sus términos; que andaba tendiéndose sobre sus pies; que era dulce y tratable; que venía donde le llamaban, y hacía cuanto le mandaban; que tenía unos miembrecitos muy delicados, y un cutis mas blanco y fino que el de una niña de tres años. Otro labrador vecino, intimo amigo de mi amo, fué á visitarle espresamente por convencerse de la voz que corría. Al instante me presentaron á él, y poniéndome sobre una mesa, me mandaron que me pasease; obedecí prontamente, saqué mi sable, le volví á la vaina, hice una gran cortesía al vecino, preguntéle por la salud en su propio idioma, le di la bienvenida, y toda la relación que me había enseñado mi maestra. El amigo, que por su avanzada edad tenía ya cansada la vista, se puso sus anteojos para verme mejor. Yo no pude reprimir la risa, y conociendo el motivo todas las gentes de la casa, principieron á reír tambien; con lo que el viejo chocho se dió por ofendido como un bestia. Tenía la flaqueza de ser averiado, y no pudo disimularla segun el detestable consejo que dió á mi amo, proponiéndole que podía ganar mucho dinero si me esponía á la admiración de los curiosos cualquier dia de mercado en la ciudad inmediata, que solo distaba veinte y dos millas escasas. Al punto me lo malicié desde que advertí que hablaba con mi amo aparte muy reservadamente, y que me miraban y señalaban con el dedo de cuando en cuando.

Al dia siguiente me confirmó el pensamiento *Glumdalclitch*, mi directora, refiriéndome todo el negocio, que había sabido por su madre. La pobre muchacha me puso en su seno, y lloraba sin consuelo por los riesgos á que me esponían de quebrantarme, estropear-me ó acaso reventarme si aquellos hombres bárbaros y groseros no me ataban con cuidado; y como había observado mi modestia natural, y estremada delicadeza en todo lo que mira al honor, se lamentaba de verme espuesto por dineros á la curiosidad del populacho. Ella alegaba que su papá y su mamá la habían ofrecido que *Grildrig* sería todo suyo; pero bien conocía que la querían engañar, como había sucedido el año anterior con un cordero, que luego que estuvo gordo se le vendieron al carnicero. No tenía yo tanta pesadumbre, pues nunca me faltaron las esperanzas de recobrar algun dia mi libertad; y respecto á la ignominia de verme trasportado de lugar en lugar como si fuera un monstruo, nunca creí que una desgracia tal pudiese herir mi honor, ni que me la echarian en rostro cuando volviese á mi patria, porque al mismo rey de la Gran Bretaña le hubiera sucedido otro tanto en iguales circunstancias.

Mi amo tomó el consejo de su amigo, y poniéndome dentro de un cajon, me llevó el dia siguiente, que era de mercado, á la ciudad inmediata, acompañado de su hija. El cajon estaba cerrado herméticamente, con algunos agujeros para que entrase el aire. La muchacha había tenido la advertencia de ponerme debajo el colchon de la cama de su muñeca; mas con todo fué mucha la agitación y golpeo que recibí en el viaje, aunque no duró mas de media hora, porque el caballo avanzaba de cada paso cerca de cuarenta pies, y trotaba con tal violencia, que no se diferenciaba del movimiento de un navío en medio de la borrasca mas fuerte; bien que, como he dicho, el camino venía á ser mas largo que de Londres á San Albano. Mi amo se apeó en una posada donde acostumbraba hospedarse, y después de haber consultado con el patron, y dado las disposiciones necesarias, mandó al *Glustrud* ó *pregonero* que diese aviso al pueblo de que había llegado un animalito extraño, que se manifestaba en el parador del *Aguila-verde*, el cual era un poco mas pequeño que un *Splacknock*, semejante en todas las partes de su cuerpo á una criatura humana; que podía pronunciar diferentes palabras, y hacer una infinidad de cabriolas de mucha destreza y gracejo.

Pusieronme sobre una mesa en la sala mas grande del parador, que tenía cerca de trescientos pies en cuadro. A un lado estaba mi directora en pie sobre un banquillo bastante cerca para cuidar de mí, é instruirme en lo que debía hacer; y mi amo para evitar todo tropel y desórden no permitía que entrasen de cada vez mas que treinta personas. Yo me paseaba encima de la mesa arriba y abajo, segun me mandaba la hija; después me hacía varias preguntas que ella sabía podía yo satisfacer por el conocimiento que tenía del idioma, á las cuales respondía con toda la propiedad y esfuerzo que me era po-

sible. Me volvía hácia el pueblo, y hacía mil cortesías. Tomaba un dedal de *Glumdalclitch* que me servía de vaso, y llenándole de vino brindaba por los espectadores. Tiraba de mi sable y hacía el molinete como los maestros de armas en Inglaterra; y por último me daba una pajita, y hacía el ejercicio de la alabarda, que cuando muchacho aprendí en mi país. Esta fiesta se repitió doce veces el primer dia, hasta que me rindieron cruelmente el cansancio, el disgusto y la melancolía.

Los que me habían visto salían ponderando tanto lo prodigioso del espectáculo, que el pueblo quería romper las puertas para entrar. Pero mi amo, cuidadoso por demás de sus intereses, no permitió que nadie me tocara, sino mi maestra, y para ponerme á cubierto de todo insulto cercó de bancos la mesa, á tanta distancia, que ninguno de los espectadores pudiese alcanzar con la mano á mi persona. Sin embargo, un diablillo de estudiante me tiró una avellana á la cabeza con tal violencia, que á no errar como erró el golpe, sin dificultad me hubiera saltado el cerebro, pues era tan gorda como un melon; pero tuvo la gran fortuna de ver despedirse de la sala con toda la ignominia que merecía su malignidad.

Mi amo puso carteles ofreciendo manifestarme igualmente al público en el mercado siguiente, y entre tanto me dispuso otro carruaje mas cómodo, por evitarme la fatiga que me había ocasionado la primera marcha, y la repetición de mis habilidades en ocho horas seguidas, pues al cabo de la esposición no podía ya tenerme en pie, y había casi perdido la voz. Para colmo de mis trabajos, luego que regresamos á casa, todos los hidalgos de la vecindad, movidos de la admiración general, acudían sin cesar á verme. Hubo dia que se juntaron mas de treinta, con sus mugeres y sus hijos; que aquel país abunda tanto como la Inglaterra de hidalgos holgazanes.

Alucinado mi amo con el portentoso éxito de la invención, determinó de llevarme á todas las ciudades mas principales del reino. Proveyóse de todo lo necesario para un viaje largo; arregló sus negocios domésticos, y despidiéndose de su muger el 17 de agosto de 1703, casi dos meses después de mi arribo á aquel país, partimos para la capital, que está situada en el centro del imperio, distante sobre poco mas ó menos quinientas leguas del lugar de nuestra residencia. Mi amo iba á caballo, y á las ancas su hija, vestida de calzones, la cual me llevaba dentro de un cajon atado á su cintura, y forrado del paño mas fino que había podido encontrar.

La idea del labrador era recorrer conmigo todas las ciudades, villas y aldeas algo cultas de la carrera, hasta las quintas que la nobleza tiene en aquellas inmediaciones. Hacíamos jornadas muy cortas, que no pasaban de ochenta ó cien leguas, porque *Glumdalclitch*, atenta siempre á mi comodidad, se quejó de que no podía sufrir el trote del caballo, y de cuando en cuando me sacaba del cajon para que tomase aliento y viese el país. Pasamos cinco ó seis rios mas anchos y profundos que el Nilo y el Ganges: apenas había arroyo que no fuese mas caudaloso que el Támesis por el puente de Londres. Finalmente, tres semanas empleamos en el viaje, en cuyo tiempo me espusieron al público en diez y ocho ciudades principales, sin contar otras muchas villas y casas de campo.

El 26 de octubre llegamos á la capital, llamada en su idioma *Lorbrudrud* ó *el orgullo del universo*. Mi amo tomó un cuarto en la calle mas principal, no muy lejos del palacio real, y repartió billetes, segun costumbre, que contenían una descripción prodigiosa de mi persona y de mi talento. Allí dispuso un salon de trescientos ó cuatrocientos pies de anchura, donde colocó una mesa de sesenta pies de diámetro, sobre la cual debía de hacer yo mi papel, y para que no me cayese la cercó de una empalizada. Se dió principio al espectáculo, que me hicieron repetir diez veces en cada dia con grande admiración y gusto de todo el pueblo. Ya hablaba yo su idioma razonablemente, y entendía muy bien todo cuanto decían de mí: tambien había aprendido su abecedario, y aunque con algun trabajo, podía leer y explicar un libro; pues *Glumdalclitch* me había dado algunas lecciones en casa de su padre, y á las horas de descanso en nuestro viaje, á cuyo fin llevaba en su faltriquera un librito algo mas grande que un atlas, libro escrito espresamente para andar en manos de los niños del país. Este era una especie de cartil á un compendio, del cual se servía para instruirme en las letras del abecedario, y en la significación de los vocablos.

III.

El autor recibe orden de pasar á la corte, en donde le compra la reina, y le presenta al rey. Disputa con los sábios de S. M. Le dan habitación en palacio. Llega á ser favorito de la reina. Defiende el honor de su patria. Querellas con el enano de la reina.

Las penas y fatigas que diariamente sufría me ocasionaron un trastorno considerable en mi salud, pues cuando mas ganaba mi amo, tanto mas crecía su ambición. Había ya perdido enteramente el apetito, y me había quedado poco menos que en esqueleto. Mi amo lo advirtió, y viendo mi muerte próxima, determinó de aprovecharse del tiempo de manera que fuese mayor utilidad la que yo le proporciono-

na. De este modo discurría cuando llegó á la puerta un *Slardral* ó caballero del rey con órden de que me presentase al punto en la corte para divertir á la reina y á sus damas. Algunas de estas me habían visto ya, y habían contado maravillas de mi gallarda figura, buen talante y dulzura de ánimo. Mucho celebraron mis gracias la reina y su real familia. Yo me arrodillé á sus pies intentando besarlos respetuosamente; pero aquella afabilísima princesa me presentó el dedo pequeño de su mano, que estrechó contra mi pecho, aplicando su estremado con veneración á los labios. Me hizo algunas preguntas generales sobre mi país y mis viajes, á las cuales respondí con toda la circunspección y laconismo que me fueron posibles. Tambien me preguntó si viviría contento en su corte, á lo que, haciendo una reverencia hasta tocar con la cabeza en la mesa en que estaba, respondí con muchísima sumisión que yo no era dueño de mi voluntad, pero que si dependiese de mí solamente, tendría estremado placer en consagrar mi vida al servicio de S. M. Al instante propuso á mi amo si quería venderme, y como él no deseaba otra cosa, porque no me daba un mes de vida, admitió sin vacilar el partido, señalándome por precio mil monedas de oro, que sin detención le pusieron en la mano. Yo pedí entonces á la reina, que pues ya era un humilde esclavo suyo, me concediese por primera gracia que *Glumdalclitch*, en quien había hallado siempre tanta atención, amistad y esmero, fuese admitida igualmente al honor de su servicio, continuando con el cargo de directora mia. S. M. condescendió á mi súplica exigiendo tambien el consentimiento del labrador, que quedó tan contento de ver á su hija en palacio, como ella de no desampararme. Por último, él se retiró diciéndome por despedida que en buen paraje me dejaba, á lo cual le contesté silenciosamente con una afable cortesía.

Notó la reina la frialdad con que recibí el cumplimiento y despedida del labrador. Preguntándome la causa, me tomé la libertad de responder á S. M. que no reconocía otra virtud en mi antiguo amo, que la de no haber estirpado con el pie á un animalito inocente hallado por casualidad en sus tierras; que este favor quedaba bien pagado con el provecho que había sacado de manifestarme público por dineros, y con la suma que acababa de tomar por mi venta; que mi salud estaba muy quebrantada por su capricho y por la continua obligación que me impuso de divertir á la plebe á todas horas del dia; y que si mi amo no hubiera temido mi muerte, no me hubiera comprado S. M. tan barato. Pero que como ya no temía yo que la desgracia volviese á asaltarne, estando bajo la protección de una princesa tan grande y benigna, primor de la naturaleza, admiración del mundo, delicias de sus vasallos y fénix de la creación, esperaba que los recelos de mi amo saliesen fallidos, esperaba vivir, en suma, pues que sentía ya mi espíritu del todo recobrado con el influjo de su muy augusta presencia. Tal fué en resumen mi discurso, pronunciado con bastantes barbarismos, y no pocos temores.

La reina, disimulando con su bondad los defectos de mi arenga, quedó admirada de ver tanto valor y criterio en un animalejo tan infimo. Púsose sobre su mano, y sin detenerse me llevó á presentarme al rey, que estaba entonces recogido en su gabinete. S. M., príncipe muy grave y de semblante austero, no parando la vista por el pronto en mi figura, preguntó secamente á la reina que desde cuando se había hecho tan aficionada á los *Splacknocks* (pues me tuvo por un insecto de esta especie). Pero la reina, que era sumamente aguda, me puso de pies con mucho cuidado sobre el tintero del rey, y me mandó que dijese yo mismo á S. M. lo que era. Obedecí en muy pocas palabras, y *Glumdalclitch*, que se había quedado á la puerta del gabinete, no pudiendo sufrir que estuviese mas tiempo fuera de su presencia, entró, y añadió que los criados de su padre me habían hallado en el campo.

El rey, que era un sábio á quien no igualaba ninguno de los de sus estados, que había pasado su juventud en el estudio de la filosofía, y principalmente en el de las matemáticas, cuando examinó de cerca mi figura y manejo antes de haber principiado á hablar, discurrió que podría yo ser alguna máquina artificial, como un torno de asador, ó cuando mas alguna especie de reloj ejecutado por un buen artífice. Pero luego que escuchó mi voz, y se impuso en que aquellos débiles ecos eran producidos con discernimiento racional, no pudo disimular la admiración que sentía.

Mandó llamar á tres famosos sábios que á la sazón se hallaban de cuartel en la corte, y en su semana de servicio (segun la admirable costumbre de aquel país). Estos señores, después de haber examinado mi figura con mucha exactitud, discurrían con variedad. Todos convenían en que no podía ser un legítimo producto de la naturaleza por el órden regular, porque carecía de la facultad natural de conservar mi vida, ya fuese por agilidad, ya por la facilidad de trepar sobre un árbol, ó ya por la facultad de minar la tierra para hacer vivares donde esconderme como los conejos. Y habiendo observado mis dientes por largo rato, convinieron todos por primera vez en su vida que yo sería un animal carnívoro.

Uno de los filósofos fué mas adelante. Añadió que yo era un embrión, un feto abortado. Pero este parecer fué contradicho por los otros dos que habían advertido que mis miembros eran perfectos, y bien

formados en su especie; y que había vivido ya muchos años, como se dejaba entender por mi barba, que observaron con un microscopio. No quisieron declararme siquiera enano, porque mi pequeñez no tenía comparación con la del enano favorito de la reina, y eso que era el mas pequeño que se había visto jamás en el país: tenía cerca de treinta pies de altura. Por último, despues de un gran debate, convinieron unánimemente en que yo era un *Relphum Scalath*, que traducido literalmente, quiere decir *lusus naturæ*; decision muy conforme á la filosofía moderna de Europa, cuyos profesores desdeñando el antiguo refugio de las *causas occultas* que ayudaba tan maravillosamente á los sectarios de Aristóteles á encubrir y disimular su ignorancia, han inventado esta maravillosa decision de todas las dificultades de la física. ¡Admirable progreso de la ciencia humana!

Terminado este certámen, me atreví á hablar algunas palabras, y mirando al rey, protesté seriamente á S. M. que venía de un país donde mi especie vivía repartida en muchos millones de individuos de ambos sexos: que los animales, árboles y casas eran proporcionadas á mi cuerpo, y por consiguiente gozaba allí la facultad de defenderme y alimentarme, con todos los demás socorros y comodidades que podía disfrutar en sus estados cualquier vasallo de S. M. Esta respuesta arrancó una sonrisa desdeñosa á los filósofos; y aun no faltó uno que dijera que el labrador me tenía bien instruido, y que yo no había aprendido mal la lección. Pero el rey, que estaba dotado de mejores luces, despidiendo á sus sabios, mandó buscar al labrador, que por fortuna no había salido todavía de la corte. Examiné en particular, y confrontando despues su informe conmigo y con *Glumdalclitch*, conocí á S. M. que cuanto le había referido podía muy bien ser cierto. Encargó á la reina que diese orden de que me cuidasen bien, y que continuase bajo la custodia y direccion de *Glumdalclitch*, porque había notado que nos queríamos mucho.

Mandó la reina al carpintero de cámara que me hiciese un cajon que pudiese servirme de dormitorio con arreglo al modelo ó idea que le diésemos mi directora y yo. El ebanista era pasmoso; y en término de tres semanas me fabricó un cuarto de madera de diez y seis pies en cuadro y doce de altura, con sus ventanas, puertas y dos gabinetes.

Otro artesano escelente y muy celebrado por su habilidad para trabajar juguetes, emprendió la tarea de hacerme dos sillas de una materia semejante al marfil, dos mesas, y un armario donde poner mi ropa, y la reina mandó que al punto se buscasen en todas las lonjas las telas de seda mas finas para hacerme vestidos.

Aquella princesa gustaba tanto de mi conversacion, que no podía comer como yo no estuviese presente. Me ponían una mesita sobre la de S. M., y mi silla correspondiente, estando siempre *Glumdalclitch* al lado, puesta de pies sobre un taburete para que no me cayera.

Tambien quiso el príncipe un día conversar conmigo durante la comida. Me hizo varias preguntas relativas á las costumbres, religion, leyes, gobierno y literatura de Europa. Dile razon de todo como pude, y sobre cada cosa iba haciendo S. M. las reflexiones y observaciones mas sabias, lo que me dió á conocer su perspicaz talento y juicio sólido. Habiendo llegado á los dos partidos que dividen la Inglaterra, me preguntó si era yo *Wigh*, ó *Tory*; y volviéndose despues hacia su primer ministro que estaba detrás en pié con un baston blanco en la mano tan alto como el palo mayor del *Soberano Real*, exclamó: ¡Desdichada naturaleza humana! ¡Cuán poco valen tus grandezas, cuando unos viles insectos quieren tener tambien ambicion, y gozar de rangos y distinciones entre sí! No les faltan sus andrajos con que cubrirse, ni vivares, jaulas y cajones que llaman alcázares y palacios; equipajes, libreas, títulos, empleos, ocupaciones, y pasiones como nosotros. Entre ellos se encuentra el amor, el odio, el engaño, y la traicion como aquí.—De esta suerte filosofaba S. M. acerca de lo que le había referido de Inglaterra, y yo estaba brotando indignacion y coraje de ver mi patria, la maestra de las artes, la soberana de los mares, la árbitra de la Europa, la gloria del universo, tratada con menosprecio.

Pero nada me incomodaba ni me ofendía tanto como un enano que tenía la reina, que siendo de una talla nunca vista en aquel país, se hizo tan insolente desde que vió otro hombre mucho mas pequeño que él, que no podía sufrirse. Me miraba con una soberanía y desprecio singular, y no cesaba de burlarse de mi figurita. Yo no tenía otro despique que llamarle hermano; pero á tanto llegaba su malignidad, que un día mientras la comida estuvo esperando un descuido mio, y cogiéndome por medio del cuerpo me precipitó en un plato de leche y echó á correr. Quedé sumergido hasta las orejas, de manera que si no hubiera sido un nadador escelente, me ahogo sin remedio. *Glumdalclitch* había pasado por casualidad hacia el otro extremo del cuarto, y la reina consternada del suceso no tuvo ánimo para socorrerme. Acudió al instante mi directora; pero por pronta y diestramente que procuró sacarme, ya había yo tragado mas de una azumbre de leche. Me llevaron á la cama, y no resultó del lance otro mal que la pérdida del vestido, que quedó del todo inservible. El enano sufrió en castigo unos crueles azotes, que, lo confieso, presencié con cierto género de complacencia.

Quiero dar ahora al lector una ligera descripcion de aquel país, segun pude observar la parte del territorio que anduve. Toda su estension no es casi de tres mil leguas de longitud, y dos mil y quinientas de latitud, de donde infiero que nuestros geógrafos europeos se equivocan cuando asientan que no hay sino mar entre el *Japon* y la *California*. Yo siempre me imaginé que debía de haber por aquel lado un gran continente que sirviese de contrapeso al gran continente de la *Tartaria*. Asi pues, es preciso corregir los mapas, y unir esta vasta estension de tierra á las partes Noroestes de la América, en cuyo trabajo desde luego me ofrezco á ayudar con mis luces á los geógrafos. Pero volvamos á mi reino. Es una península terminada por la parte del Norte en una cadena de montañas que tienen cerca de treinta millas de altura, y todas son inaccesibles á causa de los volcanes que abundan en su cima.

Los mas sábios ignoran qué especie de mortales habita de la otra parte de aquellas montañas, ó si acaso está desierta. No se encuentra un puerto en todo el reino, y aquellos parajes de la costa por donde los rios tienen su embocadura, estan tan cubiertos de rocas escarpadas, y el mar tan agitado ordinariamente, que apenas hay hombre que se atreva á abordarlos; de modo que aquellos pueblos estan privados de todo comercio con el resto del mundo. Sus rios principales abundan de pesca escelente; pero ¿de qué les sirve, si aun los peces del Océano son del mismo tamaño que los de Europa, y para aquellas gentes no merecen la pena de pescarlos? De aquí deduzco, en mi entender justamente, que la naturaleza en sus producciones de plantas y animales tan enormes se limitó absolutamente al continente, sobre cuyo punto me remito á los filósofos. Sin embargo, alguna que otra vez suelen pescar en la costa ballenas, de que se alimenta la plebe, y lo tienen por regalo. Vi una tan grande, que apenas podía llevarla sobre sus hombros un natural del país. Tambien las envían en canastos por curiosidad á *Lorbrudrud*, y aun tengo recuerdos de otra que presentaron sobre un plato en la mesa del rey.

El país está bien poblado, pues comprende cincuenta y una ciudades, cerca de cien villas amuralladas, y un número mucho mayor de aldeas y alquerías. Para cumplir con el lector curioso, creo que bastará la descripcion de *Lorbrudrud*. Esta ciudad está situada junto á un rio que la atraviesa y divide en dos partes casi iguales, cuyo recinto ocupan mas de ochenta mil casas, y en ellas casi seiscientos mil habitantes. Tiene de largo tres *glonglungs* (que hacen cincuenta y cuatro millas de Inglaterra escasas) y dos y medio de ancho, segun las longitudes y latitudes que copio del mismo mapa real, dispuesto de orden de S. M., el cual, estendido en el suelo, me paseé perfectamente por su estension, que era de cien pies de largo.

El palacio del rey es de una fábrica bastante irregular. Hablando mas propiamente, puede decirse que es un conjunto de edificios de cerca de siete millas en circulo. Las salas principales tienen doscientos cuarenta pies de altura, y todo lo demás por este tenor.

Para que *Glumdalclitch* y yo saliésemos á ver la ciudad y sus edificios, nos destinaron un coche que, si no yerra mi cálculo, era en cuadro como el salon de *Wetsminster*, ó poco menos, aunque no tan alto. Un día paramos en diferentes tiendas, y aprovechando la ocasion los mendigos acudían en tropel á las portezuelas. Jamás vió ojo inglés espectáculo tan espantoso. Como allí había de todo, estropeados, contrahechos, sucios, mal vestidos, cubiertos de plagas, tumores y llagas, y todo aquello de una dimension enorme, hágase cargo el lector de la impresion que me harían semejantes objetos, y tenga la bondad de escusarme la descripcion.

Las damas de la reina gustaban mucho de que *Glumdalclitch* me llevase consigo á sus cuartos para tener el entretenimiento de observarme de cerca y hacerme caricias. A veces me ponían en cueros de pies á cabeza, para examinar mejor la delicadeza de mis miembros, y luego me agasajaban poniéndome en su pecho con otras mil caricias. Pero ninguna de ellas tenía el cútis tan fino como *Glumdalclitch*.

Todo esto, á mi modo de entender, lo hacían por tratarme sin ceremonia como á una criatura de quien nada se podía temer. Tampoco les estorbaba el desnudarse, lo que hacían en mi presencia hasta quitarse la camisa, sin acordarse del pudor y la buena crianza, mientras yo solía estar enfrente sobre su tocador, y á pesar mio, no podía escusarme de verlas. Digo á pesar mio, porque á la verdad aquella vision no me causaba el menor efecto. Su cútis me parecía áspero, desunido y de diferentes colores, sembrado de manchas tan grandes como platos: sus largos cabellos colgaban al modo de una madeja de cordones, y á este tenor veía toda la deformidad de su cuerpo; debiendo sacar por conclusion que la hermosura de las mugeres, que nos hace tanta gracia y tanta desgracia, no es más que una cosa imaginaria, pues no halláramos diferencia entre nuestras europeas y aquellas, si nuestros ojos fueran microscopios. Suplico al bello sexo de mi país no tome á enojo esta reflexion. Poco importa á las bonitas parecer feas á la perspicaz vista que nunca las ha de observar. Nada he dicho de nuevo para los filósofos; pero como sus ojos son lo mismo que los demás, á la vista de una hermosura se olvidan al instante de toda su filosofía.

La reina, con quien hablaba á menudo de mis viajes marítimos,

buscando siempre ocasiones de divertirme si estaba melancólico, me preguntó un día si llegaba mi habilidad hasta manejar una vela y un remo, y si sería conveniente á mi salud algun ejercicio de esta especie. Respondíle que entendía de ambas cosas bastante: que aunque mi empleo peculiar había sido médico de navío, me había visto muchas veces precisado á trabajar como un marinero; pero que ignoraba de qué modo se practicaba esto en aquel país, donde el barco mas pequeño equivalía á un navío de guerra de primer orden de los nuestros. Espúsele además, que un buque proporcionado á mi cuerpo y fuerzas no podría fluctuar mucho tiempo en sus rios, ni yo solo gobernarle. Entonces me dijo S. M. que si yo quería, su ensamblador me haría una barquita, y que no me faltaría paraje donde poder navegar. Con efecto, le di la norma, y en diez dias me construyó un navío pequeñito con todos sus cordajes, capaz de contener cómodamente ocho europeos. Luego que estuvo acabado, dió orden la reina á su ensamblador de que fabricase una artesa de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de profundidad, bien embetunada, la cual hizo colocar en el suelo de una sala exterior del palacio á lo largo de la pared. Para renovar el agua tenía su llave bastante baja, y en cosa de media hora podían muy bien volverla á llenar un par de criados. De esta suerte me proporcionaron que pudiese navegar para mi diversion y la suya, pues tanto la reina como sus damas manifestaban mucho gusto al ver mi destreza y agilidad. Alguna que otra vez alzaba mi vela y me ponía á gobernar la embarcacion, mientras que las damas me daban viento con sus abanicos, y cuando se cansaban, los pajes impelían y hacían caminar el navío á soplos, para que yo luciese mi habilidad á estribor ó á babor, segun me acomodaba. Concluida la maniobra, *Glumdalclitch* llevaba el navío á su gabinete, y le colgaba de un clavo para que se enjugase.

En este ejercicio me sucedió un día cierto accidente que pudo costarme la vida. Una criada de *Glumdalclitch* tuvo la gracia de cogermela para pasarme al navío que estaba ya en el agua, y dejándome escurrir entre sus dedos, hubiera caído infaliblemente de una altura como de cuarenta pies, si no tengo la fortuna de tropezar en la cabeza de un grueso alfiler, que tenía preso en su delantal, del cual quedé colgado por la prelina de los calzones, hasta que *Glumdalclitch* acudió á socorrermela.

En otra ocasion uno de los mozos que tenían el encargo de renovar el agua de la artesa cada tres dias, no vió una rana soberbia que iba dentro del cubo, y estuvo escondida hasta que entré con mi embarcacion, con lo que hallando el pobre animalito un sitio á propósito donde poder descansar, saltó sobre ella, y la inclinó tanto, que si no me echo prontamente por via de contrapeso al otro lado, sin remedio nos vamos á pique barco y marinero: por último, pude ahuyentar aquel enorme animal á golpe de remo.

Pero el mayor de los peligros en que me ví en aquel reino fué el que voy á referir. *Glumdalclitch* había salido á una visita, dejando echado el pestillo al salon donde estaba mi cajon, y abiertas todas las ventanas, porque el tiempo era caloroso. Yo me había sentado junto á mi mesa bastante pensativo y melancólico, cuando me sorprendió un ruido fuerte que sonaba ya á una parte ya á otra. Aunque con recelos, tuve valor para examinarlo sin abandonar mi puesto. ¡Cuál fué mi pavor al ver un animal que habiendo entrado por la ventana no cesaba de dar cabriolas por todo el aposento, que se acerca á mi jaula, y mirándola con apariencias de gusto y curiosidad, fué asomando la cabeza á todas mis ventanas! Llegó á la puerta, y á pesar de mis esfuerzos para retirarme á lo mas interior, sin fuerzas para esconderme debajo de la cama, que era el mejor asilo, no pude escusarme de que me viese. El picaro animal, que era nada menos que un mono del país, despues de mil gestos y cabriolas, metió una mano por la puerta, al modo de un gato que juega con un ratoncillo, y agarrándome por los vuelos de la casaca (que como era de tela del país tenía demasiada resistencia), me sacó fuera. Cogiéndome en brazos, reclinándome sobre el derecho como ama de cria con su rorro, y pasándome la mano por la cara con mucha suavidad, me trataba como si yo fuera un moñito recién nacido. Lo mismo he visto hacer á otro en mi país con un gato pequeño; pero me apretaba tanto el mio cuando me escusaba á sus lineas, que ya llegué á conocer que no me quedaba otro partido que pasar por todo cuanto se le antojase.

Asustado de un repentino ruido que sonó hacia la puerta del cuarto, como de alguno que la abría, saltó prontamente el mono á la ventana por donde había entrado, y de allí al ala del tejado inmediato, sin parar hasta lo mas alto, desde donde escuché los lastimosos clamores de *Glumdalclitch*, que al verme iba á perder el juicio. Todo aquel cuartel de palacio estaba alborotado, los criados corrían á buscar escaleras, y mi mono con gran serenidad sentado en los chapiteles del edificio, á la vista de todo el mundo, me tenía en sus brazos como á un niño, embutiéndome en la boca por fuerza algunas viandas que había podido acopiar en la cocina. La canalla que me miraba celebraba todo esto como una gracia, ó como una fiesta que otro paga; y á la verdad, excepto para mí, el espectáculo era gracioso. Algunos tiraban piedras por ver si bajaba el mono; pero tuvieron que dejarlo por no romperme la cabeza.

Trajeron finalmente las escaleras, y subiendo bastantes hombres, el mono se intimidó y desamparó el puesto, dejándose caer en una canal del tejado. Uno de los lacayos de mi directora, que era un mozo muy honrado, trepando como pudo me recogió y me puso en la faltriquera de los calzones para bajarme sin riesgo.

Ya me tenía el mono casi abogado con las porquerías que me había embutido en el gaznate; pero mi buena aya me hizo vomitarlas y recuperarme. Los abrazos de aquella fiera me dejaron tan quebrantado y débil, que me fué preciso guardar cama por quince dias, en cuyo tiempo el rey y toda la corte enviaban recados diariamente á saber de mi salud, y la reina me hizo varias visitas. El mono fué condenado á muerte, y ejecutada la sentencia, se espilió un real decreto para que desde entonces ninguna persona pudiese mantener semejantes animales en las inmediaciones de palacio. La primera vez que salí á visitar al rey, despues de recobrada mi salud, me dispusó S. M. el honor de darme bromas sobre esta aventura. Me preguntó qué reflexiones hacía mientras estaba entre los brazos del mono; qué gusto tenían las viandas que me daba, y si el aire fresco que respiraba sobre el tejado no me había escitado el apetito. Por último, me instó á que le dijese qué hubiera hecho en igual lance hallándome en mi país. Respondí á S. M. que en Europa no teníamos monos, á menos que los trajesen de países extranjeros, y que estos eran tan pequeños, que no inspiraban temor alguno; pero que respecto á aquella bestia feroz de mi aventura (que á la verdad abultaba tanto como un elefante), si el pavor me hubiera permitido hacer uso de mi sable (decía yo esto con gran denuedo, echando mano á la guarnicion), cuando introdujo la suya por la puerta de mi cuarto, le hubiera asestado una cuchillada tan fuerte, que acaso la hubiera retirado con mas prontitud que la metió. Esforzaba yo mi discurso con un tono firme, como de una persona celosa de su honor que se ve ofendida; mas todo el aplauso que conseguí mi coraje fué una gran carcajada de risa, que ni la respetable presencia de S. M. pudo reprimir en los que le acompañaban. Aquello me dió á conocer bien claramente lo que es la villanía del hombre y cuánto le engrie su superioridad á vista del inferior que no puede competir ni compararse con él. Sin embargo, había observado muchas veces en Inglaterra que un hombrezuelo, que no es nadie, se ensalza y vanagloria, hace de personaje, y trata de un modo dominante á todos los principales del reino, solo porque les lleva ventajas en talento ó en fortuna.

Era muy raro el día que no había que contar en la corte alguna nueva aventura mia, y *Glumdalclitch*, á pesar de su grandísimo amor, era la que traía y llevaba la noticia de mis sucesos á la reina, conociendo cuánto la divertían. Por ejemplo, habiendo salido á pesearnos, me llevaba en su coche dentro de mi cajon de camino, y para que hiciese ejercicio mandó parar y me puso en el suelo. Había allí muy cerca un escremento de vaca, y yo, queriendo hacer ostentacion de mi ligereza, fuí á saltar por encima y caí en medio. Quedé sumergido en basura hasta las rodillas, y no podía desenredarme; un lacayo me ayudó, y me limpió despues con su pañuelo; pero al instante lo supo la reina, y los mismos criados lo divulgaban por toda la corte.

IV.

Recursos de que se vale el autor para agradar á los reyes. El rey se informa del estado de Europa, que le describe el autor. Observaciones de S. M. sobre este punto.

Tenia yo la costumbre de asistir al cuarto del rey mientras le vestían una ó dos veces en la semana, y con esta ocasion ví afeitarse en varias ocasiones, con bastante temor al principio, eso sí, porque la navaja era casi doble de larga que una guadaña. No consentía S. M. esta operacion mas que dos veces en la semana, segun la costumbre del país. Ocurrióme la idea de pedir al maestro algunos despojos de la barba de S. M., y habiéndomelos dado, tomé un pedacito de madera, le hice muchos agujeritos á distancia igual con una aguja, clavé en cada uno un pelo de la barba con suma destreza, y me proveyé de un peine, que me hacía bastante falta, porque el que llevé estaba ya muy estropeado, y casi inútil, sin haber podido encontrar en todo el país un artesano capaz de hacerme otro.

Tambien me acuerdo de otro entretenimiento que me propuse por aquella época. Encargué á una de las camareras de la reina, que recogiese los cabellos mas finos que cayesen de la cabeza de S. M. cuando se peinase. Junté una cantidad considerable, y consultando al ebanista que tenía orden de hacer todas las obras menudas que yo le mandase, le di mis instrucciones para que me fabricase dos canapés del mismo tamaño que los que tenía en mi cajon, y que despues con una lesna fina les abriese muchos agujeritos todo alrededor. Luego que estuvieron armados, tejí el fondo con los cabellos de la reina, pasándolos por los agujeros, y formé dos canapés semejantes á los de junco de que nos servimos en Inglaterra. Tuve el honor de presentárselos á la reina, que los guardó dentro de una papellera como una baratija muy curiosa.

Quiso hacerme sentar en uno de ellos, pero yo me escusé, protestando que no era tan insolente y temerario que había de profanar

asi unos respetables cabellos que acababan de adornar la cabeza de S. M. Lo que si hice fué tejer un bolsillo de los cabellos sobrantes, de dos anas de largo, pues tenia bastante genio para la mecánica, le puse el nombre de la reina en letras de oro, y con el permiso de S. M. le regalé á *Glumdalclitch*.

El rey era muy aficionado á la música, y daba en su palacio frecuentes conciertos, á que yo asistia dentro de mi cajon. De otro modo ¿cómo hubiera podido sufrir un estruendo tal, que jamás pude distinguir la armonía ni las notas musicales? Todos los tambores y trompetas de un ejército real tocadas á un tiempo á la intermediación del oído no causarían de seguro tanto estrépito; pero yo tenia el cuidado de encargar que colocasen mi cajon distante de los músicos, cerraba bien todas las puertas, echaba las cortinas, y con esta precaucion no me parecia la orquesta tan desagradable.

En mi juventud me habia dedicado un poco al clavicordio. *Glumdalclitch* tenia uno en su cuarto donde la daba leccion un maestro que acudia dos veces en cada semana. Tentóme un dia el diablo por divertir á los reyes con una tocata inglesa en este instrumento; pero yo no habia previsto la invencible dificultad de que su longitud era de cien piés, y cada tecla de un pié de anchura; de suerte que estendiendo bien los brazos, apenas alcanzaba cinco teclas, y para hacerlas sonar tenia que emplear toda mi fuerza á puño seco sobre ellas. Preparé dos palos del grueso de un garrote ordinario, cubriendo el un extremo con piel de raton; delante mandé poner un banco, subí encima, y corriendo por aquella especie de tablado, con toda la ligereza imaginable, descargaba los garrotes sobre el teclado, y así conseguí tocar una giga inglesa, á entera satisfaccion de S. M.; mas no puedo menos de confesar que jamás hice un ejercicio tan violento y penoso.

El rey, que como he dicho, era un príncipe de mucho talento, hacia que me llevasen frecuentemente á su gabinete dentro de mi jaula. La ponian sobre su bufete, y despues me mandaba que saliese y me sentase en mi silla al nivel de su cara. En esta disposicion teniamos diferentes conferencias. Un dia tuve la libertad de manifestar á S. M. que aquel menosprecio que habia concebido de la Europa y del resto del mundo no me parecia adecuado á las excelentes cualidades que adornaban su alma; que la razon era independiente del tamaño del cuerpo, y que hasta habiamos observado en nuestro país que las personas de mayor talla no eran regularmente las mas ingeniosas; que entre los animales, la abeja y la hormiga gozaban la reputacion de mayor industria, artificio y sagacidad; y en fin, que por despreciable que fuese mi figura, esperaba, no obstante, hacer grandes servicios á S. M. El rey me escuchó con atencion, y mirándome de distinto modo, parecia no querer ya medir mi espíritu por mi talla.

Me mandó le hiciese una relacion exacta del gobierno inglés, manifestándome como para satisfacerme que por muy prevenidos que estuviesen los príncipes, como es regular, en favor de sus máximas y estilos, tendria mucho gusto de saber si habia en mi país alguna cosa que imitar. Considere mi amado lector cuánto hubiera celebrado yo en este lance ser un Demóstenes, un Ciceron, para poder con su talento y elocuencia pintar dignamente la *Inglaterra*, mi patria, inspirando la mas alta idea de su gobierno y de sus costumbres.

Principié mi relacion describiéndole geográficamente nuestros estados, que consistian en dos islas, formadas de tres poderosos reinos bajo un solo soberano, sin contar nuestras colonias de América. Me estendí cuanto pude sobre la fertilidad del terreno y temple del clima. Espliqué sucesivamente la constitucion del parlamento inglés llamado la *cámara de los pares*, compuesta de los personajes mas nobles y de los señores mas poderosos del reino; el esmero con que se cuidaba de su educacion en las ciencias y en las armas, para hacerlos capaces de poder ser consejeros natos del rey, de tener parte en la administracion del gobierno, de ascender á miembros del mas alto tribunal de justicia, y ser los defensores mas celosos de su príncipe y de la patria, por su valor, conducta y fidelidad. Que estos señores eran el adorno y seguridad del reino, dignos sucesores de sus antepasados, cuyos honores habian sido la recompensa de una virtud insigne, y cuya posteridad jamás se habia visto degenerar: que á estos personajes estaban unidos algunos varones santos, que tenian su lugar entre ellos con el título de *obispos*, cuya obligacion particular era velar sobre la religion y sobre aquellos que la predicaban al pueblo. Que buscaban y escogian entre el clero los hombres mas sábios y virtuosos, para condecorarlos de esta dignidad eminente.

Proseguí diciéndole que la otra parte del parlamento era una respetable asamblea llamada la *cámara de los comunes*, que se componia de nobles elegidos libremente, y diputados por el pueblo mismo, por sus luces, talento y amor á la patria, como que debian representar la sabiduria de toda la nacion; y añadí que estos dos cuerpos formaban la mas augusta asamblea del universo, que de acuerdo con el príncipe lo disponian todo, y arreglaban en cierta manera el destino de los demás pueblos de Europa.

De aquí pasé á los tribunales de justicia, donde estan sentados los verdaderos intérpretes de la ley, que deciden los litigios y las controversias de los particulares, que castigan el delito, y protegen la

inocencia. No me dejé en blanco la discreta y económica administracion de la real hacienda, estendiéndome tambien sobre el valor y hazanas de nuestros guerreros por mar y por tierra. Computé el número del pueblo, contando los millones de hombres que habia de diferente religion y de diferente partido político entre nosotros. Nada omití, ni de nuestros juegos y espectáculos, ni particularidad ninguna que juzgase capaz de poder dar honor á mi país; concluyendo con una breve relacion histórica de las últimas revoluciones de Inglaterra de un siglo á esta parte.

Cinco audiencias seguidas, y cada una de muchas horas, duró mi descripcion, y el rey atento á todo, con grande aplicacion iba extractando por escrito la mayor parte, poniendo una señal para conocer aquellas cuestiones que intentaba proponerme despues.

Cuanto hube acabado mi discurso, examinando S. M. en una sesta audiencia sus extractos, me manifestó muchas dudas y notables objeciones sobre cada artículo. Lo primero que me preguntó fué cuáles eran los medios ordinarios de cultivar el talento de nuestra noble juventud; qué medidas se tomaban cuando una casa ilustre se extinguía, cosa que debia suceder de tiempo en tiempo; qué cualidades necesitaban los que habian de ser creados nuevos pares; si el capricho del príncipe, una suma de dinero regalada ex profeso á una dama de la corte ó á un favorito, ó el designio de fortificar un partido contrario al bien público, no eran alguna vez el motivo de estas promociones; qué grados de conocimiento poseian los pares en las leyes de su país, y de qué modo se hacian capaces de decidir en última instancia sobre los derechos de sus compatriotas: si eran siempre hombres exentos de avaricia y preocupaciones: si aquellos santos obispos de quienes habia hablado, alcanzaban generalmente tan alto rango por su ciencia teológica y por su vida ejemplar, sin nota de flaquezas ni intrigas del tiempo en que habian sido unos simples sacerdotes; si eran atendidos los familiares de los pares, por su influjo, y despues seguian ciegamente la opinion de éstos, sirviendo á su preocupacion y á sus pasiones en la asamblea del parlamento.

Quiso saber cómo procedian á la eleccion de los que yo llamaba *los comunes*: si un incógnito con un bolsillo bien lleno de oro no podia alguna vez ganar el voto de los electores haciéndose preferir á su propio amo, ó á los principales y mas distinguidos nobles de su distrito. Qué los obligaba á una pasion tan violenta, cuando la eleccion á que aspiraban no les traia otra cosa que crecidos gastos, sin renta alguna. Que era preciso que estos electos fuesen hombres de un rarísimo desinterés, y de una virtud heroica y eminente, ó que contasen con ser indemnizados y reintegrados con usura por el príncipe ó sus ministros, sacrificándoles el bien público. Me propuso en fin S. M. sobre este artículo dificultades tan insuperables, que la prudencia no me permite repetir las.

Acercá de los *tribunales de justicia*, quiso tambien S. M. informarse de varios puntos; y me cogia tan instruido, como que en algun tiempo estuve á pique de arruinarme por un largo pleito con la chancillería, sin embargo de haberle ganado con costas. Preguntó cuánto tiempo gastaban ordinariamente para poner un negocio en estado de sentencia. Si eran costosos los procesos; si los abogados tenian la libertad de defender causas manifiestamente injustas; si no se habia notado alguna vez que el espíritu de partido ó de religion hiciese inclinar la balanza; si estos abogados no tenian algun conocimiento de los principios fundamentales y leyes generales de la equidad, ó si se contentaban con saber las leyes arbitrarias y costumbres locales del país; si ellos ó los jueces tenian poder para interpretar las leyes y comentarlas; si los litigantes y las sentencias se contradecian alguna vez entre sí.

Acto continuo se dedicó á preguntarme sobre la administracion de la real hacienda, y me dijo opinaba que yo habia padecido error calculando los impuestos á cinco ó seis millones anuales, cuando los gastos del Estado importaban mucho mas.

No puedo concebir, decia él, cómo un reino se atreve á gastar con exceso á sus rentas, y á comer de su hacienda como un particular. Me preguntó qué tal gente eran nuestros acreedores; de dónde sacábamos para pagarles, y si no observábamos con ellos las leyes de la naturaleza, de la razon y de la equidad. Teniale aturdido la descripcion detallada que le hice de nuestras guerras, y los exorbitantes gastos que exigian.—A la verdad, decia, es preciso que seais un pueblo muy turbulento y muy guerrero, ó perversos vuestros vecinos. ¿Qué teneis que disputar fuera de vuestras islas? ¿Qué otros negocios teneis que tratar allí sino los de vuestro comercio? ¿Por qué pensar en nuevas conquistas, no contentos con guardar bien vuestros puertos y costas?—Pero lo que mas le admiraba era que estuviésemos manteniendo un ejército permanente en tiempo de paz, y en medio de un pueblo libre. Díjome que si efectivamente nos regia un gobierno elegido por nosotros mismos, no se le alcanzaba de qué teniamos miedo, ó con quién podiamos reñir. Que si la casa de un particular no estaria mejor guardada por él mismo, por sus hijos y por sus criados, que no por una tropa de pícaros y bribones sacados por suerte de la hez del pueblo, con un sueldo tan corto, que solo podian granjearse medros haciéndonos traicion.

Rió mucho de mi rara aritmética (como se le antojó llamarla) cuando me oyó calcular el número de personas de diferentes sectas de religion y política que hay entre nosotros.

Notó que entre los entretenimientos de la nobleza habia yo hecho mencion del juego. Mostróse curioso por saber en qué edad usaban de esta diversion y cuándo la dejaban: cuánto tiempo la consagraban, y si no alteraba algunas veces la fortuna de los particulares haciéndoles acaso incurrir en acciones bajas é indignas. Si algunos hombres viles y abandonados no podian en ocasiones por su destreza en este oficio adquirir grandes riquezas, tener á nuestros pares mismos en una especie de dependencia, acostumbrarlos á malas compañías, estraviarlos enteramente de la cultura de su espíritu y del cuidado de sus negocios domésticos, obligándolos por las pérdidas que podian sufrir á aprender á servirse acaso de esta misma infame destreza que los habia arruinado.

La relacion que le hice de nuestra historia en el último siglo le habia pasmado con extremo: esto no era en su opinion otra cosa que un encadenamiento horrible de conjuraciones, rebeliones, homicidios, destrucciones, revoluciones, destierros y todos los mas enormes defectos que la avaricia, el espíritu de partido, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el rencor, la envidia, la malicia y la ambicion pueden producir.

En otra audiencia se tomó S. M. el trabajo de resumir lo esencial de todas nuestras conferencias, cotejando sus preguntas con mis respuestas. Despues me cogió en sus manos, y acariciándome con mucha dulzura, pronunció estas palabras, que no olvidaré jamás, como tampoco el tono en que las decia: «Mi amiguito *Grildrig*, por cierto que habeis hecho un panegírico excelente de vuestro país: habeis probado con hartas razones que la ignorancia, la pereza y el vicio pueden ser alguna vez las únicas cualidades de un hombre de estado: y que sus leyes son aclaradas, interpretadas y aplicadas con el mayor acierto por unas gentes cuyo interés é ignorancia son parte á corromperlas, embrollarlas y alterarlas. Advierto que la constitucion de vuestro gobierno, que en su origen pudo ser tolerable, hoy se halla totalmente desfigurada por el vicio. Tampoco puedo inferir, por lo que me habeis referido, que ni una sola virtud sea requisito necesario para alcanzar ningun rango ni empleo entre vosotros. Yo veo que los hombres no se ennoblecen allí por su talento; que los sacerdotes no medran allí por su piedad ó su sabiduria; los soldados por su conducta y valor; los jueces por su integridad; los senadores por el amor á la patria, ni los hombres de Estado por su cordura y sensatez. Bien creo, por lo que á vos toca (continuó diciendo), que habiendo pasado la mayor parte de vuestra vida en viajar, no estareis infestado de los vicios del país; pero por lo que me habeis declarado francamente, y por las respuestas á que os han obligado mis objeciones, juzgo que el mayor número de vuestros compatriotas forman una raza de insectos la mas perniciososa que jamás permitió naturaleza arrastrarse sobre la faz de la tierra.»

V.

Celo del autor por el honor de su patria. Hace al rey una proposicion ventajosa, que no le es admitida. Literatura de este pueblo, imperfecta é incompleta. Sus leyes, sus asuntos militares y sus partidos políticos.

El amor á la verdad no me ha consentido desnaturalizar las conferencias que tuve con S. M. Pero este mismo amor no pudo menos de enojarme cuando vi á mi amado país tan indignamente tratado. Hice, pues, por desfigurar las cuestiones, y daba á cada cosa el mejor colorido que podia; pues cuando se trata del honor de mi patria y de su gloria, me pico de tal manera, que no escucho razones, y solo atiendo á ocultar sus vicios y sus plagas, poniéndola en el mas alto punto sobre todos los pueblos de la tierra. Este fué mi intento en las diferentes conversaciones con aquel juicioso monarca, pero con la desgracia de no conseguirlo nunca.

Sin embargo, es preciso disimular á un rey que vive absolutamente separado del resto del mundo, y que por consiguiente ignora los usos y costumbres de las otras naciones. Esta será siempre la causa de muchas preocupaciones y de su indigno modo de pensar, de que el país de Europa está exento. Seria muy ridículo que las ideas de virtud y vicio de un príncipe extranjero y aislado las propusiese yo como reglas ó máximas imitables.

Para confirmar lo que acabo de decir, y hacer demostrables los defectos de una educacion limitada, traeré aquí un caso que quizás no podrá creer el lector sin trabajo. Con las miras de ganar la gracia de S. M., quise darle noticia de un descubrimiento que se habia hecho de tres ó cuatro siglos á esta parte, que era una especie de polvitos negros capaces de encenderse en un instante con la chispa mas débil, pero de tanta fuerza, que alcanzaba á hacer volar las montañas con un estruendo y destrozo mayor que el del trueno. Una cantidad de este polvo encerrado en un tubo de bronce ó de hierro, con proporcion á su grueso, arrojaba una bola de plomo ó un globo de hierro con tanta prontitud y violencia, que nada se resistía á su fuerza. Dije al rey que

estos globos disparados así de un tubo de fundicion, por la inflamacion de dichos polvos, rompian, trastornaban y destruian los batallones y escuadrones, abatian las mas fuertes murallas, destruian las torres mas grandes, y sumergian los navios mas valientes: que el mismo polvo encerrado en un globo de hierro y despedido con cierta máquina, quemaba y asolaba las casas, sembrando por todos lados rayos que consumian cuanto encontraban. Que yo sabia hacer la composicion de este polvo, en que solo entraban algunos simples muy comunes y baratos, y que podia enseñar el secreto á sus vasallos si S. M. lo consentia. Que con este arbitrio destruiria las murallas de la ciudad mas fuerte de su reino, si acaso se sublevaba en algun tiempo ó intentaba resistirse. Que yo le hacia este corto presente como un débil tributo de mi reconocimiento.

Hizo tanta impresion en el ánimo del rey mi descripcion de los terribles efectos de la pólvora, que no podia comprender cómo un insecto vil, flojo y miserable habia discurrendo una cosa tan espantosa, tratándola al mismo tiempo de un modo familiar, como si fuera una bagatela la desolacion y carnicería causada por tan pernicioso invento. Añadia, que no podia menos de haber sido algun mal intencionado enemigo de Dios y de sus obras cualquiera que fuese el inventor. Protestaba que aun cuando los descubrimientos, ya de la naturaleza ó ya del arte, eran sus amores, preferia la pérdida de su corona á la necesidad de hacer uso de un secreto tan funesto, en que me ponía pena de la vida si le revelaba á alguno de sus vasallos. ¡Lastimoso efecto de la ignorancia de un príncipe sin educacion! Aquel monarca, adornado de todas las cualidades que granjean la veneracion, el amor y estimacion de los pueblos; de un espíritu fuerte y penetrante, de una grande sabiduria, de profunda ciencia, dotado de talentos admirables para el gobierno, y casi adorado de su pueblo, se ve tantamente poseido de un escrúpulo excesivo y caprichoso, de que jamás hemos tenido la menor idea en Europa, y desprecia una ocasion que le ponen en las manos para hacerse dueño absoluto de la vida, libertad y hacienda de todos sus enemigos. No digo esto con la intencion de ofender la virtud y luces de aquel príncipe, aunque conozco que esta relacion no le hará el mayor favor en el ánimo de un lector inglés. Yo creo firmemente que este defecto no procede sino de la ignorancia, porque aquellos pueblos no han llegado todavía á reducir la política á arte, como nuestros sublimes ingenios de Europa.

Porque justamente ahora recuerdo que en una de las audiencias que tuve con el rey, habiendo dicho por casualidad que habia entre nosotros un gran número de volúmenes escritos sobre el *arte del gobierno*, concibió S. M. una idea muy baja de nuestro talento, y añadió que despreciaba y detestaba todo misterio, todo refinamiento y toda intriga en el proceder de un príncipe ó de un ministro de estado. No podia comprender qué queria yo decir con *secretos del gabinete*. En su concepto toda la ciencia del gobierno estaba reducida á un corto número de principios triviales, que en el sentido comun son la razon, la justicia, la dulzura, la pronta decision de los negocios civiles y criminales, y otras semejantes prácticas proporcionadas al juicio de cualquiera, y que no merecen se haga mencion de ellas. Finalmente, me propuso esta estraña paradoja. Si alguno pudiese conseguir la produccion de dos espigas de trigo ó dos tallos de yerba en el mismo recinto de tierra donde antes se hubiese criado sola una, mereceria mas bien la estimacion del género humano, y haria un servicio mas esencial á su país, que toda la casta de nuestros sublimes políticos.

La literatura de aquel pueblo es muy poca cosa, y no consiste mas que en el conocimiento de la moral, de la historia, de la poesia y de las matemáticas; pero es preciso confesar que se aventajan en estos cuatro ramos.

La última de estas ciencias no la ejercitan sino en lo útil; de manera que la mejor parte de nuestras matemáticas sería entre ellos muy poco apreciable. Con respecto á las entidades metafísicas, abstracciones y categorías, nada pude hacerle entender.

En aquel país está prohibido disponer una ley en mas palabras que letras tiene el abecedario, el cual consta de solas veinte y dos, y aun se ven muy pocas leyes que lleguen á este número. Todas ellas estan recopiladas en los términos mas claros y concisos. Sus ingenios no son bastante vivos y sagaces para encontrarlas diferentes sentidos, y además es un delito capital el escribir comentarios sobre ellas.

Poseen de tiempo inmemorial el arte de la imprenta, tan bien como los chinos, pero sus bibliotecas no son grandes. La del rey, que es la mayor, apenas tiene mil volúmenes colocados en una galeria de doscientos piés de largo, donde tuve la libertad de leer todos los que quise. Yo señalaba el que me parecia, y poniéndole sobre una mesa me subian encima; principiaba la página paseándome entre las líneas hasta su final, que regularmente era á los diez ó doce pasos, y volvía sobre la izquierda á tomar el principio de la otra, retrocediendo siempre á proporcion que iba leyendo, y cuando tenia que volver la hoja, aplicaba ambas manos, porque su grueso era como un carton muy doble.

El estilo es claro, expresivo y dulce, pero sin adornos, porque ignoran absolutamente lo que es multiplicacion de vocablos inútiles,

y variación de espresiones. Leí muchos libros, especialmente los de historia y moral, y no fué de los que menos me gustaron un tratado viejo que andaba rodando por el cuarto de *Glumdalclitch*, cuyo título era: *Tratado de las flaquezas del género humano*. Aunque no era estimado sino de las mugeres y el vulgo, me movió la curiosidad á ver qué podía decir un autor de aquel país sobre un asunto semejante. Este escritor hacía ver ámpliamente lo imposible que es al hombre ponerse á cubierto de las injurias del aire, y del furor de los brutos, con todas las ventajas que logran sobre él otros animales, ya por la fuerza, por la ligereza, por la precaución, ó ya por la industria, demostrando que la naturaleza había degenerado en estos últimos siglos, y que estaba ya en su declinación.



siendo estos títulos tan brillantes y honoríficos, hubieran hecho amenos los cumplimientos de los inferiores, y no hay cosa tan divertida como un discurso lleno de ironías.

La medicina, la cirugía y la farmacia están bien cultivadas en aquel país. Entré cierto día en un vasto edificio, que tuve por un arsenal bien provisto de balas y cañones, y era la tienda de un boticario que tenía un buen surtido de píldoras y jeringas, en cuya comparación nuestros cañones de mayor calibre son unas culebrinas.

Tocante á su milicia me informaron que el ejército real constaba de ciento setenta y seis mil infantes y treinta y dos mil caballos, si puede darse este nombre á un cuerpo compuesto solamente de comerciantes y labradores, cuyos comandantes son sus padres y la nobleza sin la menor paga ni recompensa. Confieso que están demasiado diestros en sus ejercicios, y que tienen una disciplina muy buena. Esto parecerá dificultoso al que no sepa que cada labrador es mandado por su propio señor, y cada ciudadano por los principales de su mismo pueblo, elegidos á estilo de Venecia.

Moviome la curiosidad de saber por qué un príncipe, cuyos estados son inaccesibles, cuidaba de instruir á sus vasallos en la práctica de la disciplina militar; pero muy presto me informé por las conversaciones que sobre este objeto tuve con ellos, y por la lectura de sus historias. Aquellos pueblos se han visto afligidos en estos últimos siglos de la enfermedad á que están sujetos tantos y tan distintos gobiernos. Los grandes y la nobleza disputan frecuentemente el poder, el pueblo la libertad, y el rey el dominio arbitrario. Estas cosas, aunque sabiamente arregladas por las leyes del reino, han ocasionado alguna vez partidos, inflamando las pasiones, y causando guerras civiles. La última fué terminada con felicidad por el abuelo del príncipe reinante; y la milicia que entonces se levantó en el reino, ha permanecido despues para precaver nuevos desórdenes.

VI.

El rey y la reina emprenden un viaje hacia la frontera, llevando consigo al autor. Circunstancias ocurridas en su salida de aquel país para volver á Inglaterra.

Siempre conservé en mi ánimo la esperanza de recobrar algun día la libertad, aunque no podía concebir de qué modo, ni formar proyecto



enseñaba que hasta las mismas leyes de la naturaleza exigían rigurosamente que hubiésemos sido en el principio de una constitucion mucho mas fuerte para no estar sujetos á una repentina destruccion por la casualidad de una teja que cae de un techo, una piedra que despiende un muchacho, ó un arroyo que nos arrastra al pasarle. De estos razonamientos sacaba el autor muchas aplicaciones útiles á la conducta de la vida. Por mí confieso que no pude menos de hacer varias reflexiones morales sobre esta moral misma, y sobre la propension universal de todos los hombres á quejarse de la naturaleza y exagerar sus defectos. Aquellos gigantes se creían aun pequeños y débiles. Pues ¿qué queda para nosotros los europeos? Añade el mismo autor, que el hombre no es mas que un vaso de barro, un átomo, y que su pequeñez debía humillarle continuamente. ¡Ay! ¿Pues qué será yo, decía para mí, yo que no soy nada en comparación de estos hombres que se tienen por tan pequeños y flacos?

Hablaba tambien el mismo libro de los tratamientos y distinciones sociales, haciendo ver la vanidad de estos títulos de grandeza, con todo lo ridiculo de un hombre que teniendo, cuando mas, cincuenta piés de alto, se atreve á llamarse *grande* á boca llena. ¿Cómo pensarán los grandes y señorones de Europa, decía yo entonces, si leyeran este libro? Ellos que apenas levantan cinco piés y algunas pulgadas, y pretenden sin melindre que les den *grandeza*? ¿Por qué no habrán exigido que tambien les demos títulos de latitud, longitud y profundidad? ó por lo menos pudieran haber inventado un término general que abrazase todas estas dimensiones, haciéndose llamar, por ejemplo, *vuestra estension*. Acaso me responderán que esta voz grandeza se refiere al alma, y no al cuerpo. Pero si esto es así, ¿por qué no deberían tomar unos títulos mas propios y determinados á un sentido espiritual? ¿Por qué no se han de llamar *vuestra sabiduría*, *vuestra penetración*, *vuestra prevision*, *vuestra liberalidad*, *vuestra bondad*, *vuestro juicio*, *vuestra generosidad*? Es preciso confesar que

ninguno con la menor apariencia de acierto. El barco que me había conducido, y que había encallado en aquellas costas, era el primer buque europeo que se supiese haber aportado allí, y el rey había dado

órdenes muy estrechas para que en cualquier tiempo que se presentase otro, le sacasen á tierra, y poniéndole sobre un carro con todo su equipaje y pasajeros, fuese conducido á *Lorbrubgrud*.

Deseaba con vivas ansias encontrar una muger de mi propia talla con quien pudiese multiplicar mi especie; pero yo hubiera preferido la muerte al cruel destino de procrear en un país donde mis hijos infelices serian forzosamente enjaulados como canarios, y vendidos por todo el reino á las gentes de calidad, como unos animalitos admirables y raros. Es verdad que me trataban con mucha bondad, que era el favorito de los reyes, y el recreo de toda la corte en cierto modo; pero todo esto nacía de un concepto indecoroso á la dignidad con que me había honrado naturaleza. Por otra parte no podía olvidar aquellas preciosas prendas que había dejado en mi casa, y deseaba con impaciencia verme entre pueblos donde pudiese tratar con mis iguales, y gozar la libertad de pasearme por las calles y campos, sin temor de recibir un puntapié, morir destripado como una lagartija, ó ser el juguete de un perrillo. Al fin llegó mi libertad antes que yo la esperaba, y de un modo bastante raro, como voy á referirlo fielmente con todas las circunstancias de este admirable suceso.

Hacia ya dos años que estaba en aquel país. A principios del tercer *Glumdalclitch* iba conmigo entre la comitiva de los reyes, en un viaje que emprendieron hacia la costa meridional del reino. Yo iba, como siempre, en mi cajon de camino, que era un gabinete bastante cómodo, de doce piés de anchura, y sobre sus cuatro ángulos habían formado, por disposicion mia, una especie de angarillas aseguradas con cordones de seda, para que no me molestase tanto el trote del caballo, en que un criado me llevaba delante de sí; y en el techo del mismo cajon había una ventana de un pié en cuadro para que entrase el aire, con su puerta correspondiente, que cerraban ó abrían cuando yo lo mandaba.

Habiendo llegado al término de nuestra marcha, resolvió el rey pasar algunos dias en una casa de recreo que tenía junto á *Flanflanic*, ciudad situada á diez y ocho millas inglesas de la costa. *Glumdalclitch* y yo íbamos muy fatigados: mi indisposicion no pasaba de un resfriado; pero ella se sentía tan mala que no salía de su cuarto. Que-



riendo ver el Océano, fingí que mi enfermedad era mayor, para obtener la licencia de acercarme á tomar los aires del mar, al cuidado de un paje, á quien me habían confiado otras veces, y era de mi gusto. No olvidaré jamás la repugnancia con que lo consintió *Glumdalclitch*,

la estrecha obligacion que impuso al paje para que me cuidase, y las lágrimas que derramó, como si tuviera algun presagio de lo que había de suceder. Cogió el paje mi cajon, y llevándome cerca de media legua de distancia del palacio, hacia unas rocas que guarnecían la ribera, le mandé que me pusiese en el suelo, y levantando el bastidor de una ventana, me puse á mirar al mar con suma tristeza. El sueño



me acosaba, y habiéndoselo manifestado con la esperanza de que me aliviaria, cerró bien la ventana para que el frio no me incomodase, y me quedé dormido al instante. Todo lo que puedo conjeturar es que mientras dormía, creyendo el buen paje que no había riesgo, trepó por las rocas á buscar huevos de pájaro, que antes le había yo visto recoger. Sea como fuese, yo desperté repentinamente por un violento vaiven de mi cajon, levantado en alto, y sucesivamente conducido adelante con una velocidad prodigiosa. El primer impulso me echó casi fuera de las angarillas; pero á esto se siguió un movimiento bastante suave que me repuso. Principié á gritar con toda mi fuerza, aunque inútilmente. Miré al través de la ventana, no ví mas que nubes; y oyendo un ruido espantoso encima de mí, como si fuera el movimiento de unas enormes alas, vine ya en conocimiento de mi peligrosa situacion, sospechando que alguna águila hubiese cogido en su pico el cordón del cajon, con el desiguio de dejarle caer sobre alguna peña, como á un galápago en su concha, y extraer luego mi cuerpo para devorarlo; pues la sagacidad y olfato de este pájaro le descubren la presa á la mayor distancia, aunque esté mas oculta que yo podía hallarme entre unas tablas que apenas tenían dos pulgadas de grueso.

Al cabo de un rato noté que el ruido y movimiento de las alas se aumentaba mucho, y que mi cajon fluctuaba por el aire al modo de una insignia de tienda, agitada por la fuerza del viento. Oí unos terribles golpes que descargaban sobre el águila, y en seguida me sentí caer de pronto y perpendicularmente por espacio de un buen minuto, pero con una viveza increíble. Mi caída terminó con un estruendo tan grande, que me pareció tener junto ó mis oídos la catarata del *Niagara*: quedé en tinieblas por espacio de otro minuto, y despues principió á subir el cajon, de manera que pude ver la luz por la parte superior de su ventana.

Entonces conocí que había caído en el mar, y que mi gabinete iba á discrecion de las olas. Yo conceptué, y lo creo así, que el águila que me llevaba, perseguida de otras dos ó tres, se vió obligada á soltarme para defenderse de sus enemigas que la disputaban la presa. Fué mi

fortuna que las planchas de hierro, que sujetaban el cajón por abajo, conservaron el equilibrio, y evitaron su destrucción en la caída.

¿Cómo clamaba yo en aquel lance por mi amada *Glumdalclitch*, de quien me había alejado tanto este impensado accidente! Puedo asegurar con verdad que en medio de mis desdichas ocupaban el primer lugar las de aquella inocente, que se me representaba en el mayor conflicto por mi pérdida, y en desgracia de la reina. ¡Qué viajero se habrá visto en tan terrible situación! Solo esperaba el instante en que destrozado mi cajón, ó cuando menos volcado á impulso del viento, me sepultara entre las olas. No daba por mi vida un cuarto. Toda la defensa de la ventana consistía en unos alambres de hierro muy gruesos que la sujetaban por afuera para precaver en algún modo las ordinarias incomodidades de una marcha. Veía entrar el agua por las aberturas; traté de taponarlas; pero ¡qué conseguía, si mis fuerzas no alcanzaban á levantar el techo del edificio para conservarme encima y no perecer en aquella especie de bodega sin respiración!

En tan deplorable estado oí, ó el deseo me lo fingió, algún ruido hacía un lado del cajón, y á corto rato advertí que tiraban de él, y en cierto modo le remolcaban, pues de tiempo en tiempo sentía algún esfuerzo que hacía subir las olas hasta la altura de las ventanas, dejándome en una casi total oscuridad. Ya principié á concebir algunas esperanzas de socorro, aunque débiles, porque no podía imaginarme de dónde pudiese venir. Subí sobre una silla, y aplicando la cabeza á una pequeña abertura que había en el techo, prorumpí en espantosas voces pidiendo auxilio en cuantas lenguas sabía. Alé mi pañuelo á un bastón, y sacándole afuera le movía hacia todas partes para que si acaso estaba inmediato algún barco ó navío pudiesen inferir los marineros que había un desdichado mortal encerrado en aquella caja. Yo no advertía que todo esto produjese el menor efecto; pero sí conocí con evidencia que mi cajón era llevado hacia adelante. Al cabo de una hora sentí que tocaba en una cosa muy dura, y temiendo desde luego que fuese alguna roca, me alarme todo. Oí un golpe en el techo como si fuera de un cable, y notando que había subido muy lentamente lo menos tres pies más de la situación en que había estado, volví á sacar mi bandera implorando socorro con tanto esfuerzo, que me puse ronco. En respuesta, escuché grandes aclamaciones, repetidas hasta tres veces, las cuales me infundieron tanta alegría, que solo el que la siente puede imaginarla. Al mismo tiempo sonaron pasos encima, y arremándose uno hacia la abertura, gritó en inglés:—*¿Hay aquí alguien?*—¡Ojalá no hubiera! respondí prontamente. Yo soy un pobre inglés reducido por la fortuna á la calamidad mayor en que jamás se ha visto criatura humana: por amor de Dios, libradme de este calabozo. Respondióme la misma voz:—Tomad aliento, no teneis que temer; vuestro cajón está amarrado al navío y va á pasar el carpintero á hacerle un agujero en el techo y á sacaros de allí.—Yo repliqué:—No es necesario, y esa operación exigirá mucho tiempo; basta que cualquiera del equipaje meta un dedo por el cordón, y sacando el cajón del mar al navío, le lleve luego al cuarto del capitán. Algunos de ellos que me oyeron hablar así, me tuvieron por un pobre loco, y no pudieron contener la risa. Yo no pensaba ni remotamente que estaba entre hombres de mi talla y de mi constitución. El carpintero vino, y en pocos minutos hizo una abertura á la cual aplicó una pequeña escalera, y subiéndolo por ella entré en el navío en un estado de suma debilidad.

Los marineros quedaron absortos al verme, y habiéndome hecho varias preguntas, no tuve valor para contestar á ninguna. Todos me parecían pigmeos, porque la vista estaba ya acostumbrada á aquellos objetos monstruosos que acababa de dejar. Pero su capitán, el señor Tomas Wilesteks, hombre de probidad y mérito, originario de la provincia de *Salop*, advirtiéndome que mi debilidad era estremada, me hizo entrar en su cuarto, me dió un cordial para repararme, mandándome acostar en su cama, y me aconsejó que me recogiese un rato, pues tenía necesidad de sosiego. Antes de dormirme quise darle cuenta de que tenía cosas esquisitas en mi cajón; una cama de eampana, dos sillas, una mesa y un estante; que mi cuarto estaba entapizado, ó por mejor decir, acolchado de tela de seda y algodón; que si gustaba de mandar á alguno de su equipaje que llevase mi habitación á su cuarto, yo la abriría en su presencia y le mostraría mis muebles. El capitán que me oyó hablar de tales absurdos, me tuvo por loco; sin embargo, para contentarme, ofreció hacerlo así, y subiéndolo á la tilla, envió algunos de su equipaje á registrar mi vivienda.

Dormí algunas horas, pero siempre agitado de la idea del país que recientemente dejaba, y del peligro en que me había visto. No obstante, cuando desperté, encontréme muy restablecido. Eran las ocho de la noche, y el capitán, creyendo que hubiese pasado muchas horas sin comer, mandó al punto que me sirviesen la cena. Tratéme con la mayor consideración, aunque había notado que la travesura de mis ojos no indicaba el mejor juicio. Luego que nos dejaron solos, me suplicó que le refiriese mis viajes, y le declarase por qué accidente había sido abandonado á la voluntad de las olas en aquel cajón. Me dijo que sería el mediodía cuando hallándose en observación con su anteojo, le descubrió muy distante; que creyó fuese un pequeño barco, y determinó buscarle para comprar bizcocho porque el suyo se iba acabando; que habiéndose acercado conoció su error, y enviando la cha-

lupa á reconocer lo que era, había vuelto su gente toda asustada, jurando que habían visto una casa flotante. Que se había reído de su bobería, y pasando personalmente á la chalupa, mandó á los marineros llevasen consigo un cable bastante fuerte. Que como estaba el tiempo en calma, después de haber remado al rededor de aquel gran cajón y dado la vuelta varias veces, descubrió una ventana, y danlo orden de remar y acercarse por aquel lado, pudieron prender el cable al pestillo, y llevarle á remolque, á cuyo tiempo vieron mi bastón con el pañuelo, y no le quedó duda de que algunos infelices venían allí encerrados. Le pregunté si él ó su equipaje no habían visto en el aire unos pájaros prodigiosos al tiempo que le descubrieron; á lo cual respondió que hablando con sus marineros sobre esta aventura mientras yo estaba durmiendo, uno de ellos le había dicho haber visto tres águilas volando hacia el Norte, pero que no le habían parecido mayores que las comunes. Es preciso atribuir esto á la inmensa altura en que se hallaban, según creo, como también á que él no pudo conocer la causa de mi curiosidad. Continué preguntándole á qué distancia juzgaba que estuviésemos de la tierra, y me contestó que por el cálculo mas razonable estábamos á cien leguas.—¡Ues vivis equivocado casi en la mitad (le repliqué yo), y debéis saber que cuando caí en el mar, apenas haría dos horas que había dejado el país de donde vengo. Esto acabó de ratificarle el concepto de que mi cerebro estaba perturbado, aconsejándome que me volviese á la cama en un cuarto que había mandado prepararme. Yo le aseguré que me hallaba ya muy sereno, gracias á su buen *pasaje* y dulzura de trato, y que conservaba el libre uso de la razón y de todos mis sentidos, tan perfectamente como podía apeteer. Pásose un poco serio, y con toda formalidad me pidió que le dijese francamente si no sentía algún remordimiento interior, ó si no me acusaba la conciencia de algún crimen, por el cual hubiese sido condenado de orden de algún príncipe y espuesto en aquel cajón, como i fezes se ejecutaba en ciertos países, donde los delincuentes eran abandonados á discreción de las olas dentro de una embarcación sin velas ni víveres: que aunque le fuese muy sensible haber recibido en su navío á un malhechor semejante, me prometía, no obstante, bajo palabra de honor, ponerme á seguro en el primer puerto donde llegásemos; añadiendo que sus sospechas se habían aumentado por algunos discursos muy absurdos que había yo hecho desde luego á sus marineros, y había continuado con él acerca de mi cajón y de mi cuarto, como también por la descompostura que se notaba en mis ojos y la singularidad de mis ademanes.

Le rogué tuviese la paciencia de escuchar la relación de mi historia, que le hice muy fielmente desde la última salida de Inglaterra, hasta el instante en que me había descubierto. Y como la verdad se abre siempre camino en los espíritus razonables, aquel prudente y digno caballero, que estaba dotado de un buen juicio, y no dejaba de tener bastante instrucción, quedó satisfecho de mi caudor y sinceridad. Mas con todo, para confirmar lo que le había referido, le supliqué diese orden de que llevasen allí mi estante, y tomando las llaves que conservaba en la faltriquera, le abrí en su presencia y fui enseñándole todas las curiosidades trabajadas en aquel país de donde había sido sacado de un modo tan extraño. Estaba entre otras cosas el peine que había formado de las barbas del rey, y otro de la misma especie cuyo lomo era de un desperdicio de la una del dedo pulgar de S. M. Allí estaba también un paquete de agujas y otro de alfileres, de pié y medio de largos, y un anillo de oro que cierto día me regaló la reina de una manera muy cortésana sacándole de su dedo pequeño, y poniéndomele sobre los hombros como un collar. Instéle á que tomase este anillo en recompensa de sus favores, pero se negó absolutamente. Al fin le hice que examinase con curiosidad los calzones que llevaba, que eran de la piel de un ratón.

El capitán quedó muy satisfecho de mi relación, pidiéndome que á nuestro regreso á Inglaterra me dedicase á escribirla y darla al público. Yo le respondí que me parecía teníamos ya demasiados libros de viajes; que mis aventuras pasarían por un perfecto romance y una ficción ridícula; que mi obra no podía contener mas que descripciones de plantas, de animales extraordinarios, leyes, costumbres y usos caprichosos; que estas descripciones eran muy comunes, y se habían hecho ya fastidiosas, y que no teniendo que decir otra cosa de mis viajes, no merecerían la pena de ser leídos. Pero le dí gracias por el buen concepto con que honraba mi talento.

Mostróse un poco aturdido de oírme hablar tan alto, y me preguntó que si el rey y la reina de aquel país eran sordos. Fue preciso decirle que estaba acostumbrado á hablar en este tono mas de dos años había, y que yo también hallaba novedad en su voz y la de su gente, que me parecía hablarme siempre en secreto junto al oído; pero que sin embargo los entendía bien. Que cuando hablaba en aquel país era siempre como el que contesta á otro que le pregunta desde las ventanas de un campanario, excepto en ocasiones que me ponían sobre una mesa ó me tenían en la mano. También le dije que había notado otra cosa, y era que luego que entré en su navío, y ví á sus marineros en pié al rededor de mí me habían parecido sumamente pequeños. Que desde que me hallaba allí estaba privado de mirarme á un espejo, porque mi vista acostumbrada á grandes objetos me hacía

despreciable á mí mismo. A esto me respondió el capitán que mientras estaba cenando había notado él también que miraba todas las cosas con cierta especie de desprecio, y le había parecido que me costaba pena reprimir la risa; que dudó cómo tomar esto, y por último lo había atribuido á trastorno de mi razón. Díjele que ni yo sabía cómo había podido contenerme al ver sus platos, que no eran mayores que una moneda de tres sueldos, una pierna de carnero que apenas tenía un bocado, un vaso mas pequeño que una cáscara de nuez, y sin embargo de haber pasado todo el día en ayunas; y prosiguiendo en el estilo burlesco añadió: que hubiera dado con gusto cien libras esterlinas por el buen rato de ver mi cajón en el pico del águila, y desprenderse después al mar desde una altura tan grande, que ciertamente sería un espectáculo muy extraño y digno de ser trasmitido á los siglos venideros.

Este señor *Viletek*, volviendo de *Tonquin* con rumbo á Inglaterra, se había estraviado hacia el Nordeste á cuarenta grados de latitud y ciento cuarenta y tres de longitud, pero á los dos días de estar yo en su compañía se levantó un viento de estación que nos dirigió al Norte por bastante tiempo, y costeando la *nueva Holanda* hicimos nuestro rumbo hacia el Oeste Noroeste y después al Sudoeste, hasta que hubimos doblado el cabo de *Buena-Esperanza*. Nuestro viaje fué feliz, y no quiero fastidiar al lector con su prolija relación. Baste decir que anclamos en uno ó dos puertos para proveernos de víveres y hacer aguada. Yo no salí del navío hasta que llegamos á las *Dunas*, que si no me engaño, fué el tres de junio de mil setecientos y seis, cerca de nueve meses después de mi libertad. Díje al capitán que le dejaría mis muebles empeñados á la seguridad del pago de mi pasaje. No lo consentió, protestando que no recibiría ni el valor de un maravedí. Nos despedimos muy afectuosamente dándole palabra de visitarme en *Redriff*. Y habiéndome prestado un escudo, alquilé un caballo y un guía para mi marcha.

Mientras duró esta, admirado todavía de la pequeñez de las casas, árboles, ganados y personas, me parecía que estaba en *Lilliput*, y temiendo estripar con mis piés á los viajeros que encontraba, solía darles voces para que se apartasen del camino, de manera que en muchas ocasiones estuve en riesgo de que me moliesen á palos, cansados ya de mi impertinencia.

Llegué á mi casa, y no me costó poco trabajo encontrarla. Salí un criado á abrir la puerta, y pareciéndome un postiguillo, tuve buen cuidado de bajar la cabeza al entrar por no rompérmela. Viendo á mi muger que acudía á abrazarme, doblé el cuerpo hasta tocar con su guardapiés, creyendo que no podría llegar de otro modo á mi boca. Mi hija se puso de rodillas esperando mi bendición, pero no pude verla hasta que se levantó; tal era mi costumbre de estar siempre en pié mirando hacia arriba. Mis criados y dos ó tres amigos que se hallaron presentes se me figuraban pigmeos, y yo me creía un gigante. Reconvine á mi muger porque habían vivido con tan estremada frugalidad, que su disminución y la de mis hijas casi no permitía sombra. En una palabra, eran tan extraños todos mis pensamientos, que no hubo persona que no fuese del mismo dictamen del capitán cuando me vió en su navío, viniendo todos á conformarse en que había perdido el juicio. Refiero todas estas menudencias para hacer ver el poder del hábito y de la preocupación.

En breve tiempo me acostumbré á mi muger, familia y amigos. Mi muger protestaba que no volvería jamás á embarcarme, pero mi mal destino lo dispuso de otra suerte, como podrá ver el lector en la continuación. Entre tanto pongo aquí fin á la segunda parte de mis desdichados viajes.

TERCERA PARTE.

VIAJE Á LAPUTA, Á LOS BALNIBARBAS, Á LUGG-NAGG, Á GLUBBUDRIB Y AL JAPON.

I.

El autor emprende un tercer viaje. Da en manos de piratas: infamia de un holandés. Llega á Laputa.

Haria unos diez días, sobre poco mas ó menos, que estaba en mi casa, cuando vino á visitarme el capitán Guillermo Robinson, de la provincia de *Cornualles*, capitán de la *Buena-Esperanza*, navío

de trescientas toneladas. Anteriormente ya había navegado de cirujano de otro navío mandado por el mismo en un viaje á Levante, sin tener por qué arrepentirme de su amistad y buen tratamiento. Noticioso de mi arribo venia á darme el parabien, con cuya ocasión me preguntó si me había fijado ya en mi casa para siempre, añadiendo que él meditaba un viaje á las Islas Orientales, que esperaba partir dentro de dos meses, y que si quería darle el gusto de acompañarle con el mismo empleo, llevaría otro cirujano y dos practicantes que me ayudasen, y me daría además paga doble; pues conociendo que mi experiencia en la navegación igualaba á la suya cuando menos, confiaba valerse de mi auxilio como si llevara un segundo capitán. En fin, se mostró tan oficioso y atento, que yo obligado de su cortesanía me dejé persuadir; bien es verdad que, á pesar de mis pasadas desdichas, creo que jamás me había sentido con una inclinación tan decidida á viajar. La única dificultad que se presentaba era el consentimiento de mi muger, que por último pude obtener sin demasiado trabajo, porque no quería privar á sus hijos del provecho que podía resultarles.

Nos hicimos á la vela el cinco de agosto de mil setecientos seis, y el primero de abril de mil setecientos y siete llegamos al fuerte de San Jorge, en donde descansamos tres semanas para recuperar nuestra tripulación, que la mayor parte iba enferma. De allí continuamos para *Tonquin* donde pasamos también algún tiempo, porque nuestro capitán deseaba surtirse de algunas mercaderías que no podían acopiarse en pocos meses. Para subvenir en algún modo á los gastos de esta larga detención, compré un barco cargado de diferentes géneros, con que los *tonquineses* hacen su ordinario comercio en las islas vecinas, y poniendo en él cuarenta hombres, incluso tres del país, me hizo su patron con licencia por dos meses mientras él evacuaba sus negocios en *Tonquin*.

Aun no había tres días que estábamos en el mar, cuando se levantó una borrasca tan fuerte, que en cinco días no cesó de impeler la embarcación hacia el Normordeste, y en seguida al Este. El temporal calmó alguna cosa, pero el viento Oeste soplabá siempre con bastante fuerza. Siete días después habiéndonos dado caza dos piratas no tardaron en cogernos, pues el barco iba tan cargado que no pudo huir, ni nos fué posible hacer las maniobras necesarias para defendernos.

Los dos piratas vinieron á bordo, y entrando en nuestro barco á la cabeza de su gente nos encontraron echados boca abajo todos como yo había mandado, en cuyas circunstancias se contentaron con atarnos, y poniéndonos una guardia empezaron á registrar todo el barco.

Paré la atención entre ellos en un holandés que parecía tener alguna autoridad, aunque no se le veía mandar, y conociendo que éramos ingleses nos dijo en su lengua que iban á atarnos á todos espalda con espalda para arrojarnos al mar. Yo que hablaba medianamente el holandés, le declaré entonces quiénes éramos, y le rogué en consideración al nombre comun de cristianos, y de cristianos reformados, de vecinos y aliados, que intercediese por nosotros con el capitán; pero mi súplica solo sirvió de irritarle mas para que rodoblase sus amenazas, y volviéndose hacia sus compañeros les habló en lengua japonesa repitiendo frecuentemente el nombre de cristianos.

El comandante del principal navío que llevaban, era un capitán japonés que hablaba algo de holandés, el cual se llegó á mí, y después de varias preguntas, á que satisfice con mucha humildad, me aseguró que no nos quitarían la vida. Correspondí á su insinuación con una gran cortesía, y dirigiéndome luego á los holandeses les dije que estrababa mucho hallar mas humanidad en un idólatra, que en un cristiano, reconvencción que me pesó bien pronto; pues aquel pícaro malvado, no habiendo podido sacar fruto de sus persuasiones con los dos capitanes para que me arrojasen al mar (que no quisieron concederle por no faltar á su palabra), logró por último que me diesen un castigo mas cruel que el de holandés, el cual se llegó á mí, y después de haber repartido toda mi gente en sus dos navíos, abandonarme á las olas en una pequeña canoa de dos remos y una vela con provision para cuatro días; gracias al capitán japonés que la duplicó de la suya propia, y no permitió que me registrasen. Al fin entré en mi canoa mientras aquel bárbaro holandés desde lo alto del puente no cesaba de colmarme de cuantas injurias y maldiciones podía dictarle su mal corazón.

Como una hora antes que descubriésemos á los piratas, yo había tomado altura y hallé que estábamos á cuarenta y seis grados de latitud meridional, y ciento ochenta y tres de longitud. A poco tiempo de habernos separado descubrí con un anteojo diferentes islas al Sudoeste, y gustándome el viento, hice velas con la idea de abordar á la mas próxima de ellas, que no me costó poco trabajo al cabo de tres horas, cuando me hallé en una roca donde solo encontré muchos huecos de pájaro. Encendí fuego, y arrojando algunas matas y juncos marinos pude cocerlos, que fué toda mi comida aquella tarde, por reservar mis provisiones en cuanto me fué posible, y haciendo la cama también con matas, pasé toda la noche sobre aquella roca, y no dormí muy mal.

Al día siguiente hice velas hacía la isla inmediata, y desde ella á otra hasta tocar en la cuarta, sirviéndome alguna vez de los remos; y para no fastidiar al lector diré por último, que al cabo de cinco días toqué en la última de aquellas islas que había descubierto, la cual estaba al Sudoeste de la primera.

Su distancia me había engañado, pues tardé hasta cinco horas en llegar á ella. La di una vuelta casi entera antes de encontrar paraje donde poder abordar; y habiendo tomado tierra en una pequeña bahía que sería de ancha como tres veces mi canoa, me vi en otra roca como la primera, á escepcion de alguno que otro espacio reducido, donde crecían céspedes, y otras yerbas muy olorosas. Eché mano á mis provisiones, y despues de haberme reparado en parte, guardé lo restante en una cueva, de que abundaba la isla, dedicándome en seguida á recoger huevos sobre la roca, y arrancar juncos y yerba seca para cocerlos el día siguiente, pues siempre llevaba conmigo eslabon, yesca y un espejo ustorio; y sirviéndome además de cama estos mismos combustibles, pasé la noche en aquella cueva que había destinado para despensa. Pero mi inquietud, que era mayor que el cansancio, me impedía el sueño, considerando como imposible el subsistir en un lugar tan miserable, donde á cada instante se me representaba mi desdichado fin. Estas reflexiones me tenían tan abatido, que aun para levantarme me faltaba el valor; de manera que el sol iba ya muy adelantado y yo no había salido de mi cueva, donde por lo fuerte de la estación me abrasaba tanto, que me vi obligado á volver la cara.

En esta postura estaba, cuando advertí que el sol se había oscurecido de repente, aunque no del mismo modo que cuando una nube se le interpone, y volviéndome á mirarle, hallé interpuesto un cuerpo movable y opaco muy grande, que parecía fluctuar en el aire. Este cuerpo, suspendido segun mi cálculo á dos millas de altura, me ocultó el sol por espacio de seis ó siete minutos, y como yo me hallaba casi en completa oscuridad, no pude observarle bien; pero luego que se acercó algo mas, me pareció de una sustancia sólida, cuya base era plana, compacta, y resplandeciente por la reverberacion del mar. Dejé al instante mi cueva, y poniéndome sobre una altura que estaba como á doscientos pasos de la ribera, vi descender aquella gran mole y acercarse tanto á mí, que apenas habria una milla entre los dos. Entonces pude descubrir con mi telescopio un gran número de personas en movimiento que desde arriba me contemplaban, mirándose unas á otras con extraña curiosidad.

El natural amor á la vida me inspiró cierta alegría con la esperanza de que esta aventura pudiese sacarme del triste estado en que me hallaba, al mismo tiempo que crecía mi aturdimiento al ver una especie de isla aérea habitada de hombres con ingenio y poder para subirla, bajarla, y dirigirla á su voluntad. Imagínesele el lector, pues por mi confieso que no estaba de humor de filosofar sobre tan extraño fenómeno; y así me contenté con observar á qué lado se inclinaba, pareciéndome que se había parado un corto rato. Ya se acercó algo mas, y pude distinguir muchas órdenes de galerías, con sus correspondientes escaleras de trecho en trecho para comunicarse de unas á otras. En la primera ó mas baja vi una porcion de hombres pescando pájaros con caña, y otros asomados, cuya ocasion me pareció á propósito para llamar su atencion, haciéndoles señas con misombbrero y pañuelo, hasta que estuve mas cerca, que principié á gritar con fuerza; y advertí que me habían visto, por la multitud de pueblo que acudía hacia la parte donde yo estaba, bien que sin hablarme una palabra, y entre tanto subieron cinco ó seis de ellos apresuradamente á la cumbre de la isla, que inferi irian enviados á alguna persona de autoridad á tomar órdenes de lo que debían hacer.

El concurso de los isleños se aumentó, y en menos de media hora la isla se aproximó tanto, que apenas distaría unos cien pasos de la tierra; mas sin embargo de haber esforzado mis súplicas variando de posturas, todas humildes y compasivas, tampoco recibí respuesta; solo noté que habían acudido algunos personajes, segun el primor de sus vestidos y preferente sitio que ocupaban.

Al fin uno de ellos me habló en un lenguaje claro, cortés y muy dulce, cuyo sonido imitaba al italiano, que fué lo que me determinó á contestar en este idioma, pareciéndome que su acento suave se acomodaria mejor al oido de ellos que ninguna otra lengua; y en efecto, comprendiendo mis intenciones, me hicieron señal de que bajase de la roca, lo que ejecuté prontamente. Descendí la isla á una distancia proporcionada, y descolgando una sillita, pendiente de una cadena, desde la galería mas inmediata, con el auxilio de una garrucha me subieron arriba en un momento.

II.

Carácter de los Laputienses. Sus sábios, su rey y su corte. Recibimiento que hacen al autor. Temores é inquietudes de los habitantes. Carácter de las mugeres.

A mi arribo me vi cercado de una muchedumbre inmensa que me miraba con el mismo asombro que yo á ellos, siendo la primera vez

que veía una casta de mortales tan extraños en su figura, modales y vestido. Ellos traian la cabeza en un continuo movimiento hacia uno y otro lado. Tenian un ojo vuelto hacia adentro, y el otro mirando al cielo: sus vestidos lo mas abigarrados que se ha visto. Soles, lunas y estrellas sembradas por todas partes, y violines, flautas, arpas, trompetas, guitarras, laudes, y otros instrumentos desconocidos en Europa. Andaban rodeados de una infinidad de criados, que iban prevenidos de vejigas atadas como zurriagos al estremo de un palo corto, y dentro de ellas una porcion de chinias y garbanzos muy menudos. Este era una especie de despertador con que daban de cuando en cuando ya en la boca, ya en las orejas del que tenían á su lado. Yo por entonces no pude comprender la idea, hasta que despues supe que la inteligencia de aquellas gentes está siempre como pasmada y sumergida en la meditacion, de tal modo, que ni hablan ni oyen sin el auxilio de estas vejigas bulliciosas con que les pegan en la boca ó en las orejas, segun la necesidad, para que despierten, y á cuyo empleo las personas acomodadas mantienen de continuo un criado que les sirve de *monitor*, acompañándolos á todas partes.

La ocupacion de este criado, cuando dos ó tres personas estan juntas, se reduce á dar diestramente con las vejigas en la boca del que debe hablar, é inmediatamente en la oreja derecha de aquel ó aquellos á quienes se dirige el discurso. El *monitor* va siempre al lado de su amo, y cuida de tocarle suavemente con la vejiga en los ojos de vez en cuando, porque sin esta precaucion su profundo letargo le espondria á caer en un precipicio, á romperse la crisma contra un poste, á toparse con otros en las calles, ó á meterse de patitas en cualquier arroyo.

Hiciéronme subir á la cumbre de la isla para presentarme al rey, y entrando en su cuarto vi á S. M. en su trono rodeado de personas de la primera distincion, con una gran mesa delante en que habia globos, esferas, y toda suerte de instrumentos matemáticos. Pero aunque mi acompañamiento hizo bastante ruido á la puerta, el rey nada advirtió, pues estaba justamente ocupado en resolver un problema, y primero que concluyó su operacion, esperamos lo menos una hora entera delante de S. M. Entonces dos *monitores* que le tenían en medio, le tocaron con mucha veneracion y suavidad, el uno en la boca, y el otro en la oreja derecha. El rey despertó como sobresaltado, y reparando en mí y en los que me acompañaban, vino al instante en conocimiento de lo que le habian contado de mi arribo poco antes. Hablóme algunas palabras, y acercándose un *monitor* á tocarme en la oreja, le di á entender que no se cansase en balde; por lo cual, tanto S. M. como todos los de su corte, formaron una alta idea de mi comprension, prosiguiendo en hacerme varias preguntas, y yo en contestarlas sin entendernos el uno al otro. De allí me condujeron á otra sala, donde haciéndome el honor de sentarse á la mesa conmigo cuatro de aquellos personajes, nos sirvieron de comer en seis platos, con que cubrieron la mesa dos veces. La primera fué de un cuarto de carnero cortado en *triángulo equiátero*, una pesta de vaca, bajo la figura de un *romboide*, y un *padding* (1), en la de un *cicloide*. La segunda de dos *ánades* figurando dos violines, salchichas y longanizas que parecian propiamente unas flautas, y oboes, y un hígado de ternera en forma de arpa. Los panes imitaban ya un *cono*, ya un *cilindro*, ó un *paralelógramo*.

De sobremesa entró otro que iba de órden del rey á instruirme en la lengua del país. Sacó recado de escribir; y en cuatro horas que estuvimos juntos, me hizo anotar en dos columnas una gran porcion de términos con la traduccion en frente, y me enseñó algunas frases cortitas, explicándome su sentido con demostraciones. Despues me puso delante un libro en que estaba pintado el sol, la luna, las estrellas, el zodiaco, los trópicos y círculos polares, y toda suerte de instrumentos de música, espresándome el nombre de cada cosa y los términos propios de esta arte; de modo que, concluida la leccion, pude componer por mi solo un diccionario muy curioso, y como tenía feliz memoria, en pocos días me hallé medianamente impuesto en la lengua *laputiense*.

A la mañana siguiente fué un sastre á tomarme medida de un vestido; mas no puede negarse que en aquel país ejercen este arte de distinta manera que en Europa. Tomó desde luego la altura de mi cuerpo con un cuarto de círculo, y con la regla y el compás, habiéndome medido mi latitud y todas las proporciones de mis miembros, formó su cálculo sobre un papel, y al cabo de seis días me llevó un vestido muy mal hecho; pero se disculpó diciéndome que había tenido la desgracia de equivocarse en las *supulaciones*.

Aquel mismo día mandó S. M. arrimar su isla hacia *Lagado*, que es la capital de su reino de tierra firme, y despues á otras varias ciudades y aldeas con el fin de oír las súplicas de sus vasallos. Esta ceremonia me dió un rato divertido, pues acudiendo todos á atar sus memoriales á unas cuerdas que espresado habían descolgado de la isla, con un pequeño plomo á su estremo, tiraron de ellas á un tiempo, y parecían otros tantos cometas en el aire.

Confieso que el conocimiento que tenían de las matemáticas, me

(1) Guisado que se usa mucho en Inglaterra.

ayudó mucho á comprender su modo de hablar y sus metáforas, sacadas la mayor parte de las matemáticas y de la música, en lo que tambien entiendo un tanto cuanto. Todas sus ideas (1) estan concebidas en líneas y figuras, y hasta su misma galanteria de estilo es toda geométrica. Si, por ejemplo, quieren alabar la hermosura de una doncella, dicen que sus blancos dientes son unos *arcos* hechiceros ó *paralelógramos*; que sus cejas son unos *arcos* hechiceros ó la mas bella *porcion de un círculo*; que sus ojos forman un *elipse* admirable; que su garganta está decorada de dos *globos asimptotos*, y así de lo demás. *El seno, la tangente, la línea recta, la línea curva, el cono, el cilindro, el óvalo, la parábola, el diámetro, el radio, el centro, el punto*, son entre ellos términos familiares en el lenguaje del amor.

Sus casas estan muy mal construidas, porque allí desprecian la geometría práctica, como una cosa vulgar y mecánica. Son matemáticos para la especulacion, y no para la utilidad pública. No vi jamás pueblo tan necio, simple, y mentecato en todo lo que atañe á las acciones comunes y gobierno de la vida. No saben hablar sino para contradecir, escepto alguna rara vez que piensan arregladamente, y entonces callan. Ignoran lo que es imaginacion, invencion, retrato, ni tienen voces en su idioma para declarar estos conceptos; y así todas sus obras, aun sus mismas poesías, si es que se acuerdan de componer alguna, parecen unos teoremas de Euclides.

Muchos de ellos, especialmente los que se aplican á la astronomía, dan en la astrología judiciaria, aunque no se atreven á confesarlo en público; pero lo que mas me admiró fué su inclinacion á la política y amor á las novedades, carácter que los obliga á estar hablando siempre de los negocios de estado, y los introduce francamente á dar su voto sobre cuanto pasa en los gabinetes de los príncipes. No he dejado de notar frecuentemente lo mismo en nuestros matemáticos de Europa, sin haber podido llegar á apurar todavía la menor analogia entre las matemáticas y la política, á menos que supongan que así como el círculo mas pequeño consistia del mismo número de grados que el mas grande, así tambien el que sabe discurrir sobre un círculo trazado en un papel, puede hacerlo igualmente sobre la esfera del mundo. ¿Pero no será mas bien este defecto natural de todos los hombres, que ordinariamente se complacen en hablar y discurrir de todo aquello que menos entienden?

Otra rareza de aquel pueblo es el sobresalto en que continuamente viven, gracias al conocimiento profundo que tienen de la alteracion de los cuerpos celestes; idea que jamás turbó el sosiego del resto de los mortales. Por ejemplo, temen que la tierra, no pudiendo sufrir las continuas aproximaciones del sol, sea algun día devorada por las llamas de este astro terrible: que esta antorcha de la naturaleza se vaya amortiguando poco á poco con su pavesa y deje de alumbrar del todo á los hombres: que el esperado cometa, que segun su cálculo debía aparecer dentro de treinta y un años, sacudiendo su cola sobre la tierra, la confunda á rayos hasta reducirla á cenizas. Y recelan tambien que el sol, á fuerza de repartir sus rayos á todas partes, se consuma al fin y pierda toda su sustancia. Hé aquí los ordinarios temores é inquietudes que les quitan el sueño y les impiden entregarse á los placeres; por cuya causa, luego que seven por la mañana, se preguntan unos á otros qué noticias tienen del sol, cómo se halla, en qué disposicion se puso y volvió á salir, etc.

Las mugeres de esta isla son muy vivarachas, desprecian á sus maridos, y gustan mucho de los forasteros, de que hay siempre un gran número entre el séquito de la corte, y entre los cuales eligen sus galanes las damas de calidad; pero lo mas odioso es que abusen impunemente de la distraccion de sus maridos en su propia presencia, pues embelesados de ordinario en sus especulaciones geométricas, ni ven ni oyen ni entienden lo que pasa en torno suyo, á menos que esté allí el *monitor* con sus vejigas.

Tanto las jóvenes como las viejas viven con mucha desazon por verse aisladas en un lugar determinado, aunque el mas delicioso del mundo, y ellas colmadas de riquezas y ostentacion. No contentas con poder correr libremente la isla entera, se consumen de ansia por visitar el orbe todo y pasar á la capital, que les está prohibido sin permiso especial del rey, y no es fácil de lograr, porque suele costar grandes trabajos á los maridos el hacerlas volver. Allí oí contar que una señora principal de la corte, casada con el primer ministro, gallardo joven que la amaba ciegamente, había pasado á *Lagado* con el pretesto de restablecer su salud; y habiendo desaparecido fueron á buscarla de órden del rey, y al cabo de algunos meses la encontraron en el mas lastimoso estado, metida en una pocilga, desnuda enteramente, por mantener á un lacayo viejo y horroroso que la apaleaba todos los días. Sacaronla de aquella miseria, por mas que lo resistió, para llevarla á su casa, donde la recibió su esposo con mucho agrado y dulzura,

(1) «De aquí en adelante (dice el autor del tratado de la *Pesadez* en una carta inserta en el *Mercurio* de enero de 1727), no tendre yo la culpa de que todo el mundo no sea geométrico, ni de que la geometría no se haga una conversacion á la moda como la moral, la física, la historia y los periódicos.»

sin hacerla la mas mínima reconvenccion acerca de su conducta; pero á pocos días desapareció otra vez con todas sus joyas para ir á buscar á su digno galán, y no se ha vuelto á saber de ella.

El lector tomará todo esto por una historia europea, ó acaso acaso inglesa. Yo le ruego considere que los caprichos femeniles no se limitan á una sola parte del mundo ni á un solo clima, sino que en todas partes son los mismos.

III.

Fenómeno explicado por los filósofos y astrónomos modernos. Los Laputienses son grandes astrónomos. Cómo apacigua el rey las sediciones.

Obtuve licencia del rey para estudiar las curiosidades de su isla, con órden de que me acompañase uno de sus cortesanos; y siendo mi principal objeto conocer la causa natural y artificial de que se valian para traer y llevar la isla á su antojo, voy á dar al lector una relacion exacta y filosófica.

La isla volante es perfectamente redonda; su diámetro, de siete mil ochocientas treinta y siete medias toesas, esto es, cerca de cuatro mil pasos, y por consiguiente contiene diez mil acres (1), con corta diferencia. Su profundidad es de ciento cincuenta toesas. El suelo ó superficie inferior, segun parece mirada desde abajo, es como un dilatado diamante pulido y cortado en forma regular, que hace reflejar la luz á cuatrocientos pasos. Encima tiene muchos minerales colocados por el órden general de las minas, y además un terreno fértil de diez ó doce pies de profundidad.

La inclinacion de las partes de la circunferencia hacia el centro de la superficie superior es la causa natural de que todas las lluvias y rocios que caen en la isla vayan en pequeños arroyos al medio, donde se recogen en cuatro famosos estanques, cada uno de casi media milla de circuito, que estan á doscientos pasos de distancia del centro de ella; y como esta agua es atraída y exhalada continuamente por el sol durante el día, nunca se experimentan inundaciones. Además, estando, como está, en la mano de aquel monarca el levantar su isla sobre la region de las nubes y vapores terrestres, puede evitar que caiga en ella la lluvia y el rocío cuando le dé la gana. Esto es lo que no puede hacer ningun potentado de Europa, que, sin depender de nadie, depende siempre de la lluvia y del buen tiempo.

En el centro de la isla hay un gran agujero como de veinte y cinco toesas de diámetro, por el cual bajan los astrónomos á una espaciosa bóveda, que por esta razon es llamada *Flandona Gagnole*, ó *la Cueva de los Astrónomos*, situada á la profundidad de cincuenta toesas debajo de la superficie superior del diamante. Alumbran incandescentemente esta cueva veinte lámparas, que por la reverberacion del diamante reparten una gran luz á todos lados; y todo su adorno consiste en sesentas, cuadrantes, telescopios, astrolabios, y otros instrumentos astronómicos; pero la mayor curiosidad, y de donde depende la suerte de la isla, es una piedra imán de prodigiosa magnitud, labrada en figura de lanzadera: tiene tres toesas de largo, y en su mayor latitud no baja de toesa y media. Este imán está suspendido de un grueso eje de diamante que pasa por el medio de la piedra, sobre la cual juega tan ajustadamente, que la mano mas delicada puede hacerle dar vueltas. Le rodea un círculo de diamante tambien redondo y cóncavo, al modo de un cilindro hueco, el cual tiene cuatro pies de profundidad, mucho mas de grueso, y seis toesas de diámetro, y está colocado horizontalmente y sostenido por ocho pedestales, todos de diamante, de tres toesas de altura cada uno. Del lado cóncavo del círculo hay una mortaja de doce pulgadas de profundidad, y en ella descansan las estremidades del eje, que voltea cuando es menester.

No hay fuerza que alcance á dislocar la piedra, porque el círculo y sus pies con el cuerpo del diamante que forma la base de la isla, es todo una pieza.

En la virtud y uso de este imán consiste que la isla suba ó baje, ó mude de lugar; pues con respecto á aquella parte de la tierra en que preside el príncipe, está dotada la piedra en uno de sus estremos de un poder atractivo, y en el opuesto de un poder repulsivo; de suerte que mandando volver el imán hacia la tierra por el *polo amigo*, la isla baja, y volviéndole por el *polo enemigo*, sube la isla: estando oblicua la posicion de la piedra, el movimiento de la isla es igual, porque en este imán obran siempre las fuerzas en línea paralela á su direccion, y de este mismo movimiento oblicuo es del que se valen para conducir la isla á diferentes parajes de los dominios de S. M.

El cuidado de la piedra está al cargo de ciertos astrónomos, que á su tiempo la dan el movimiento y direccion que el rey ordena. Estos astrónomos pasan la mayor parte de su vida en contemplar el cielo, y observar los astros por medio de telescopios algo mejores que los nuestros. Así es que han hecho bastantes descubrimientos mas que nuestros matemáticos de Europa. Han conseguido percibir distintamente diez mil estrellas fijas, mientras que nosotros, infelices euro-

(1) Acre, medida francesa.

peos, apenas hemos podido descubrir cinco mil: han logrado la fortuna de distinguir claramente al rededor del planeta Marte dos pequeños satélites, de los cuales el mas próximo á nosotros dista del centro del planeta exactamente el triple de su diámetro, y el mas elevado está á la distancia de un quintuplo. El primero acaba su revolucion en el término de diez horas, y el segundo tarda veinte y una y treinta minutos (cosa admirable y curiosa); de manera que comparado el tiempo de su revolucion con su distancia del centro del planeta, se deduce evidentemente que estos satélites siguen la misma ley de gravitación que los demas cuerpos celestes. Y en fin, ellos han observado además noventa y tres cometas diferentes, calculando su carrera con una exactitud envidiable. ¡Oh! cuánto debiéramos desear que nos diesen parte de sus admirables observaciones. ¡Qué ventajas no sacaría la Europa! ¡Qué progresos no haríamos en el importante estudio de los cometas, siendo así que estamos tan atrasados en una materia de tanto interés!

El rey sería el príncipe mas absoluto del universo si pudiese obligar á sus ministros á una ciega condescendencia; pero teniendo estos sus haciendas abajo en el continente, y considerando que el manejo de los negocios es pasajero, se guardan bien de perjudicarse á sí mismos olvidando la comodidad de sus compatriotas.

Si alguna ciudad se subleva, ó se resiste al pago de los tributos, tiene el rey dos medios de sujetarla. El primero y mas moderado es parar su isla encima de los rebeldes y sus tierras vecinas para privarlas del sol y del rocío, cuya falta les ocasiona enfermedades y una gran mortandad; pero cuando el delito lo merece, los hunde á pedradas, y no muy flojas, desde lo alto de la isla, sin dejarles otro efugio que el de encerrarse en sus cuevas ó bodegones, donde pasan el tiempo en pudrirse poco á poco mientras los techos de sus casas se van cayendo á pedazos. Si temerariamente prosiguen en su obstinación y levantamiento, entonces recurre el rey al último remedio, que es dejar caer su isla á plomo sobre ellos, y acaba de un golpe con casas y moradores. Sin embargo rara vez llega á tan terrible extremo, que los ministros tampoco se atreven á aconsejarle, porque un proceder semejante los haría odiosos al pueblo, y además les tocaría su parte teniendo, como se ha dicho, sus haciendas en el continente, pues la isla pertenece enteramente al rey, pues no tiene otras posesiones.

Pero aun hay otra razon mas fuerte que siempre ha detenido á aquellos reyes para determinar el último castigo, no siendo la necesidad absoluta; y es, que si la poblacion que pretenden destruir está situada al pié de algunas elevadas rocas (que no faltan en el país, como en Inglaterra, á la inmediación de las principales ciudades edificadas espresamente en tales sitios), ó si abunda de campanarios y chapiteles, la isla real padecerá en su descenso, que sería lo mas terrible, y el pueblo no lo ignora, habiéndolo observado que aun cuando S. M. está mas indignado, siempre hace bajar su isla muy serenamente como para escusar la total destrucción de él; mas los filósofos opinan que si sucediera tal fracaso, el ímán no podría sostenerla despues, y daría en el suelo.

IV.

El autor abandona la isla de Laputa para bajar al país de los Balnibarbas. Su llegada á la capital. Descripción de esta ciudad y sus contornos. Es recibido con agasajo de un personaje principal.

Aunque no me iba mal en aquella isla, lo cierto es que me veía aburrido y en algun modo menospreciado, no tratándose allí de otra cosa que de la música y de las matemáticas, en que á la verdad me llevaban grandes ventajas, sin que deba quejarme por esto del poco aprecio que de mí hacían.

Por otra parte, luego que acabé de examinar todas sus curiosidades principiaron á fastidiarme aquellos habitantes aéreos, y deseaba dejarlos. No puede negarse que ellos sobresalen en ciencias que estimo sobremanera, y de que no me falta alguna tintura; pero viven tan arrobados en sus especulaciones, que jamás me vi en mas triste compañía, precisado á tratar únicamente con las mugeres (buena conversacion para un filósofo marino), los artesanos, los monitores, y otras gentes de esta clase, que contribuía no poco á que me mirasen con mayor desprecio, sin poder remediarlo, porque los demás no me hablaban nunca: ¿luego con quién había de tratar?

Residia en la corte un personaje favorito del rey, que por esta razon era respetado, aunque no tenía oído para la música ni sabia llevar el compás, sobre no haber podido aprender en su vida los primeros rudimentos de las matemáticas siquiera, segun decían, y en concepto de todos pasaba por un ignorante y demasiado estúpido, aunque no le negaban algo de integridad y honradez. Este señor era el único que, dándome mil muestras de su bondad, me dispensaba el honor de visitarme á menudo, manifestando siempre deseos de informarse de los negocios de Europa, como de los usos, costumbres, leyes y ciencias de las naciones diferentes con quienes había habitado. Me

escuchaba con interés, y despues hacia bellísimas reflexiones sobre cuanto yo le había referido. Dos monitores le acompañaban por ceremonia, pues solo le servían en visitas de esta clase ó cuando se presentaba en la corte, y en nuestras conferencias les mandaba casi siempre retirarse.

Por su intercesion con el rey pude alcanzar permiso para mi partida, cuyo buen oficio me declaró que había practicado contra su gusto, y me hizo mil ofrecimientos ventajosos, que no admití sin faltar á las muestras de agradecido.

El diez y seis de febrero al despedirme de S. M. me regaló con esplendidez verdaderamente régia, y mi protector me presentó un diamante con una carta de recomendacion para cierto caballero amigo suyo que vivía en Lagado, capital de los Balnibarbas. Hallábase en esta ocasion la isla suspendida sobre una montaña, y con la misma facilidad que me habían subido, me volvieron á poner abajo desde la galería señalada.

El continente que reconoce por señor al rey de la isla volante, lleva el nombre de los Balnibarbas, cuya capital, como queda dicho, se llama Lagado. Mi gozo fué grandísimo cuando me vi lejos de la region aérea y en tierra firme. Estaba vestido al uso del país, sabia lo bastante de su idioma para el preciso comercio, y así contento con mi suerte, eché á andar con el mayor desembarazo hácia la ciudad. No tardé en encontrar la casa del caballero á quien iba recomendado; le presenté mi carta, me recibió muy bien, mandando ponerme cuarto al instante, y me trataron perfectamente todo el tiempo que permanecí en aquel país.

La mañana siguiente el señor Munodi (este era el nombre del caballero Balnibarba) me sacó en su coche á ver la ciudad, que será como la mitad de Londres, pero de fábrica muy extraña y de tan poca consistencia, que la mayor parte se iba arruinando. Sus habitantes, cubiertos de andrajos, tenían un aspecto tan melancólico como feroz. Salimos por una puerta al campo, y alejándonos cerca de tres millas, vi una multitud de gentes que denotaban ser labradores por los instrumentos de distintos géneros que tenían en sus manos; pero no se descubría por lado alguno la menor apariencia de plantío ni sementera, reflexion que me obligó á suplicar á mi protector me explicase lo que hacían tantos hombres ocupados dentro y fuera de la ciudad sin efecto visible; pues á la verdad no había encontrado jamás tierra peor cultivada, casas mas incómodas y destrozadas, ni pueblo mas pobre y miserable.

El señor Munodi había sido muchos años gobernador de Lagado, y por una cábala de los ministros le habían depuesto con general sentimiento de todo el pueblo, no obstante que el rey le estimaba como sugeto de rectas intenciones, aunque nada cortesano ó sea intrigante.

Habiéndome oido criticar libremente tanto al país como á sus habitantes, no me respondí otra cosa sino que necesitaba estar mas tiempo entre ellos para poder formar juicio acertado; que el mundo se componía de pueblos diferentes, y que en cada uno había tambien sus diferentes usos, alegando otras muchas razones semejantes. Pero cuando volvimos á casa me preguntó qué me parecía su palacio, qué absurdos notaba en él, y qué hallaba reprehensible en el traje y modales de su familia. Bien podía preguntarlo sin recelo, pues en su casa todo era decente, regular y magnífico. Respondíle que su grandeza, su prudencia y sus riquezas le hacían una excepcion de todos los defectos que habían reducido á los demás á un estado de locura y mendiguez. Finalmente, me dijo que si quería acompañarle á su casa de campo, que distaba veinte millas, tendría allí mas tiempo para instruirme de sus cosas; y habiendo insinuado á su excelencia que estaba pronto á darle gusto en cuanto me mandase, partimos á la mañana siguiente.

Durante nuestra marcha se dedicó á hacerme observar los distintos métodos de los labradores en sembrar sus tierras; mas con todo, escepto en uno que otro paraje, no presentaba el país la menor esperanza de cosecha, ni aun siquiera indicios de labranza, hasta que habiendo caminado tres horas mas, la escena mudó enteramente. Entramos en una hermosísima campiña cercada, que comprendía viñedos, mieses y prados, con sus casas para los gañanes muy bien hechas, y algo distantes: en fin, todo bueno y agradable. El caballero, advirtiéndome mi suspension, prorumpió entonces en un gran suspiro, y me dijo que allí principiaban sus haciendas; que á pesar de todo sus paisanos se mofaban de él, y le menospreciaban por descuidado en sus negocios.

Últimamente llegamos á la casa, que era de excelente estructura, no menos que sus fuentes, jardines, paseos, avenidas y bosques, dispuestos con tanta discrecion y gusto, que yo no me cansaba de ponderar cada cosa en particular, de que su excelencia no se dió por entendido hasta despues de cenar. Entonces, quedándonos solos, me dijo en un tono bastante triste que aun no sabia si tendría que demoler muy en breve todas sus casas dentro y fuera de la ciudad para levantarlas de moda, sin exceptuar su palacio, que principalmente debía ser de gusto moderno; que temía incurrir en la nota de avariento singular, ignorante y caprichoso, y aun acaso malquistarse con las

gentes de juicio; que mi admiracion cesaría cuando me contase algunas particularidades que ignoraba.

Que unos cuatro años antes (prosiguió diciéndome) ciertas personas habían ido á Laputa por gusto, ó á negocios propios, y habiendo vuelto cinco meses despues con una muy ligera tintura de las matemáticas, pero henchidos de ideas volátiles recogidas en aquella region aérea, habían principiado á desaprobarme cuanto pasaba en el país bajo, y habían formado el proyecto de poner las artes y ciencias sobre un nuevo pié. Que á este fin habían obtenido real despacho para la ereccion de una academia de ingenieros, es decir, de inventores de sistemas. Que el pueblo era tan fantástico, que tenía ya en cada ciudad de las principales un establecimiento de estos. Que en estas academias ó colegios los profesores habían encontrado nuevos métodos para la agricultura y arquitectura, y nuevos instrumentos y herramientas para todos los oficios y manufacturas, por cuyo medio un solo hombre podría trabajar por diez, y un palacio entero sería construido en una semana, de materias tan sólidas, que duraría eternamente sin necesidad de repararle. Todos los frutos de la tierra se reproducirían en cualquier estacion, y de mejor calidad que antes, con una infinidad de otros proyectos admirables.—La lástima es (repuso su excelencia) que ninguno de ellos ha sido perfeccionado hasta ahora: los campos se han perdido miserablemente en un instante: casi todas las casas se han arruinado, y el pueblo enteramente desnudo padece de frio, de sed y de hambre. Mas con todo eso, lejos de desmayar, se han animado en extremo á la prosecucion de sus sistemas, estimulados ya de la esperanza, ya de la desesperacion; y añadió que por lo tocante á sí, no siendo de un carácter intrépido, se había contentado con el antiguo método de vivir en las casas edificadas por sus antepasados, y hacer lo que ellos hacían sin innovar cosa alguna. Que un corto número de personas de calidad que habían seguido su ejemplo, eran miradas como gentes de mala intencion, enemigos de las artes, ignorantes y malos republicanos, que preferían su comodidad y desidia al bien general del país.

Últimamente me insinuó su excelencia que no quería hacerme una relacion circunstanciada de la academia, por no desvirtuar el gusto que ella misma debía darme cuando pasase á verla. Que entre tanto, solo me suplicaba observase un edificio arruinado que se descubría al lado de la montaña, como á media legua de su casa, el cual había sido un molino que la corriente de un caudaloso rio hacia andar, y abastecía su casa y á una infinidad de vasallos suyos, hasta que habiendo venido siete años antes una cuadrilla de ingenieros á proponerle que le demoliese para construir otro al pié de la montaña, en cuya cumbre, recogida el agua en una alberca (pues era facilísimo conducirla por medio de muchas bombas), el viento y la atmósfera la darian tal fluidez, que precipitándose con mayor fuerza, haría andar el molino con la mitad del caudal del rio; había admitido el proyecto, instado de sus amigos, y en atencion á estar mal conceptuado en la corte por no haber entrado hasta entonces en ninguno de los nuevos sistemas. Pero que despues de dos años de trabajo, la obra no surtió el efecto prometido, y los proyectistas desaparecieron.

Pasados algunos dias, y deseando ya ver la academia, su excelencia, que sin duda me tuvo por grande admirador de novedades, y por curioso y crédulo, se ofreció gustoso á disputar una persona que me acompañase. No puedo negar que en mi juventud tuve algo de esto, y aun hoy en dia me agrada estremadamente todo lo que es nuevo y atrevido.

V.

El autor pasa á verla Academia. Su descripción.

La casa de esta academia no es un solo y simple cuerpo de arquitectura, sino dos órdenes de edificios sobre los costados de un gran patio.

El conserje nos recibió con mucha urbanidad, advirtiéndonos desde luego que en aquellos edificios cada aposento encerraba un ingeniero, y tal vez varios juntos; que había cerca de quinientos en la academia; que subiésemos y recorriésemos todas las piezas con libertad.

El primer académico que ví, era un hombre sumamente flaco: tenía la cara y las manos cubiertas de mugre, la barba larga, el cabello desgreñado, una camisa del mismo color que su cutis, y un vestido todo desgarrado. Había gastado ocho años en un proyecto muy curioso, que era, segun nos dijo, recoger los rayos del sol para guardarlos en botellas tapadas herméticamente, á fin de poder calentar el aire cuando los veranos fuesen poco activos; y añadió que en otros ocho años podría proveer los jardines de los poderosos de rayos del sol á un precio razonable. Pero se quejaba de que sus fondos eran cortos, empeñándose á que le diese alguna cosa para alentarle.

De allí pasé á otro aposento, y al ir á entrar tuve que volver prontamente la cara, no pudiendo sufrir el mal olor que despedía. Mi conductor, que lo advirtió, me empujó hácia adentro, suplicándome por lo

bajo que me guardase bien de ofender á un hombre que se resentiría de la menor demostracion; de suerte que no me atreví siquiera á tápame las narices. Este era el ingeniero mas antiguo de la academia: la palidez y manchas de su rostro, el entrapado de su barba, la costra de sus mangas y hasta su vestido, todo publicaba su asquerosa ocupacion. Apenas me vió, salió corriendo á abrazarme con mucha estrechez; cumplimiento que le hubiera perdonado de muy buena gana, especialmente cuando supe que su aplicacion desde que entró en la academia había sido reducir el excremento humano á la naturaleza de los alimentos de que provenía, por su descomposicion y depuracion de la tintura que recibe de la hiel, y es la causa de su mal olor. Cuidaban de proveerle sus compañeros, enviándole cada semana un gran vaso, poco menos que un barril de Bristol.

Vi otro dedicado á calcinar el hiel, para estraer, segun decía, excelente salitre en beneficio de las fábricas de pólvora; y me enseñó un tratado que deseaba dar á luz sobre la posibilidad de machacar el fuego.

Tambien ví un ingeniosísimo arquitecto que había inventado un método admirable de construir edificios, principiando por el techo y acabando por los ciimientos: pensamiento que me probó con la mayor facilidad en el ejemplo de los dos insectos, la abeja y la araña.

Había un ciego de nacimiento que tenía á su cargo una porcion de aprendices ciegos como él, dedicados á componer colores para la pintura. Toda la ciencia del maestro consistía en el olfato y el tacto, por cuyo medio les enseñaba á distinguirlos. Tuvo la desgracia de llegar en tiempo que estaban todos muy atrasados, no menos que el maestro, como se deja discurrir.

Subí á un aposento donde encontré un hombre eminente que había descubierto el secreto de labrar la tierra con puercos, escusando el considerable gasto de mulas, bueyes, arados y gañanes. Estaba reducido su método á enterrar en el espacio de una acre, de seis en seis pulgadas, un puñado de bellotas, dátiles, castañas, ó cualquier otra fruta del gusto de estos animalitos, y metiendo seiscientos ó mas de ellos en dicho terreno, es claro que en poquísimo tiempo la pondrían en estado de poderse sembrar, moviéndola con sus piés y hocico, y volviéndola á dejar en ella lo que habían sacado. Se había hecho la experiencia, y aunque habían observado que, á mas de ser costoso é impertinente el sistema, no se había cogido fruto, con todo eso, no dudaban que la invencion llegase á ser de grande utilidad y consecuencia.

En el cuarto de enfrente habitaba otro académico de distintas ideas, aunque tendían al mismo objeto. Quería hacer andar un arado sin mulas ni bueyes, impelido tan solamente del viento, con cuyo fin había construido un instrumento de esta especie armado de su mástil y velas: y sostenía que por el mismo medio haría rodar los coches y carretas; de suerte que con el tiempo se podría correr la posta en silla dando velas en tierra, igualmente que sobre el mar; que pues en él se caminaba á todos vientos, no alcanzaba qué dificultad pudiese haber para practicar lo mismo en la tierra.

Llegamos á otro cuarto todo entapizado de telas de araña, á escepcion del preciso paso para el fabricante, quien al punto que me vió principió á gritar: tente, hombre, no rompas mis telas. Empecé conversacion con él, y principió á quejarse de la lastimosa ceguera en que habíamos vivido en orden á los gusanos de la seda, teniendo á nuestra disposicion tantos insectos domésticos sin hacer el menor aprecio de ellos, cuando por lo menos eran preferibles á aquellos que no sabían mas que hilar; pero que la araña hilaba y urdía á un mismo tiempo. Que el uso de las telas de estas ahorraria tambien en adelante los gastos del tinte, como podría conocer fácilmente en viendo el acopio que había hecho de moscas de distintos y admirables colores con el fin de cebar á sus arañas, siendo infalible que las telas tomarían sus respectivos colores, y como había moscas de cuantos se pueden imaginar, confiaba poder satisfacer en breve los diferentes caprichos de los hombres, siempre que encontrase para ellas otro alimento bastantemente glutinoso, que prestase al hilado mas solidez y fuerza.

En seguida entré á visitar á un célebre astrónomo que tenía el proyecto de colocar un cuadrante en la torre principal de las casas de ayuntamiento, ajustando de tal manera las alteraciones diurnas y anuales del sol con el viento, que se conformasen en el giro de la velleta.

Algunos minutos despues, sintiéndome desazonado de un leve dolor cólico, me hizo entrar mi conductor en el cuarto de un gran médico que se había adquirido mucha fama por el secreto de curar esta enfermedad de un modo ciertamente particularísimo. Había construido un disforme fuelle con el cañon de marfil, que haciendo veces de jeringa de viento debía atraer todo el aire interior para purgar las entrañas que se hallaban atacadas de dolor; pero por desgracia se puso á hacer la operacion en un perro, y reventó al instante, cuya casualidad desconcertó del todo á nuestro doctor, y á mí no me dejó muy inclinado á la experiencia.

Despues de haber visitado el Museo de artes, pasé al otro cuerpo del edificio que ocupaban los inventores de sistemas con relacion á las ciencias, principiando por el aula de lenguaje, donde encontré á tres

académicos que discurrían juntos sobre el modo de amenizar el idioma.

Uno opinaba que para abreviar la espresion se redujesen todas las palabras á simples monosílabos, y se desterrasen absolutamente los verbos y participios. Pero otro, que no se quedaba tan corto, pretendía que se aboliesen todos los vocablos, de manera que se conversase sin hablar, lo cual sería muy favorable al pecho, pues es claro que con la continuacion el pulmon se gasta y la salud padece; y consistía el expediente en llevar sobre sí todas aquellas cosas que hubiese que nombrar. El sistema hubiera tenido aceptación á no haberse opuesto las mugeres, porque habia muchos talentos superiores en la Academia que se acomodaban á este arbitrio de espresar las cosas por ellas mismas, en que no encontraban otro embarazo que la penalidad de tener que ir cargados de unas grandes alforjas cuando hubiese que tratar de muchos y diversos asuntos, si no habia un par de robustos lacayos de buenas fuerzas á quienes echar la carga. Ellos sin embargo defendían que si el sistema fuese bien recibido, todas las naciones de la tierra podrian entenderse fácilmente, y sería tan útil como que no se perdiera mas el tiempo en aprender las lenguas extranjeras.

De allí pasamos á la escuela de matemáticas, cuyo maestro enseñaba de un modo que apenas puede parecer creíble á los europeos. Mandaba escribir á sus discípulos la proposicion ó demostracion sobre un pedazo de oblea, y tragándosela despues, debían abstenerse de comer y beber en los tres dias siguientes, para que estando bien digerida pudiese subir al cerebro la virtud de cierta tinta cefálica con que habia sido escrita, y llevar á él la materia. Es verdad que el método no habia producido todavía el efecto que se deseaba; pero era (decían ellos) porque se habia equivocado un sí es no es en la g. s., esto es, en la medida de la cosa, ó porque los estudiantes malignos é indóciles hacían solo el ademán de tragar la píldora, no observaban la dieta con rigurosidad, ó no se abstienen de otras funciones opuestas enteramente á la retencion de la tinta.

VI.

Prosigue la descripción de la Academia.

La escuela de política que pasé á ver despues no me prendió tanto como las anteriores: sus doctores me parecieron poco juiciosos, y su aspecto era para mí melancólico y repugnante. Aquellos hombres extravagantes defendían que los grandes debían elegir sus privados entre los que mostrasen mas ciencia, capacidad y virtud, teniendo presente el bien público, la recompensa del mérito, el estudio, la habilidad y los servicios. Aun iban mas adelante: decían que los príncipes no debían otorgar su confianza sino á los mas instruidos y experimentados, con otras semejantes tonterías y quimeras de que pocos se habrán acordado hasta ahora, lo cual me confirmó aquel admirable pensamiento de Ciceron: Que no hay error, por grande que sea, sobre el cual no haya adelantado algo algun filósofo.

Pero no eran así todos los miembros de la Academia. Vi un médico de un talento superior que poseía á fondo la ciencia del gobierno, habiendo consagrado sus dias á la indagacion de los males de un estado, y á buscar remedios con que curar el mal temperamento de los que administran los negocios públicos. Todos convienen, decia, en que el cuerpo natural y el político tienen una perfecta analogía: luego deben curarse con unos mismos remedios. Sus frecuentes enfermedades son: plenitud de humores en movimiento que les debilitan la cabeza y el corazon causándoles á veces convulsiones y contraccion de nervios, un hambre canina, indigestiones, vapores, delirios y otras enfermedades. Para curarlas proponia nuestro sublime médico que al tiempo de entrar en la asamblea se tomase á todos el pulso para conocer de qué naturaleza era el mal, y en seguida, pero antes de la primera sesion, teniendo de repuesto algunos boticarios con surtido de medicinas astringentes, paliativas, laxantes, cefalológicas, histéricas, apopléticas, acústicas, etc., se fuesen aplicando á cada uno segun su dolencia, repitiéndose la receta cada vez que fuese á tomar asiento.

Esta práctica no podia ser muy costosa, y á mi ver produciría grande utilidad en los países donde las cámaras y parlamentos se mezclan en los negocios de estado; porque facilitaria la unanimidad, terminaría las disputas, abriría la boca á los mudos, la cerraría á los declamadores, aplacaría el ímpetu de los senadores jóvenes, encendería la frialdad de los ancianos, despertaría á los estúpidos, y refrenaría á los traviesos.

Y por cuanto se quejan ordinariamente de flaqueza de memoria los que gozan favor, quería el mismo doctor que el que tuviese algun negocio con ellos, despues de haber hecho su relacion en breves términos, pudiese tomarse la confianza de darles un papirote en las narices ó un tirón de orejas, sin otra intencion que la de que se les acordase el asunto, y repetir la insinuacion de cuando en cuando, hasta que la súplica fuese absolutamente concedida ó denegada.

En fin, pretendia tambien el mismo miembro que cada senador

en la asamblea general de la nacion, despues de haber propuesto su opinion, y haber dicho cuanto le ocurriese en su apoyo, fuese obligado á convencer al contrario, porque así serian infaliblemente muy favorables al bien público las resultas de tales asambleas.

Vi á dos académicos disputar con ardor sobre el medio de sacar las contribuciones sin murmuracion del pueblo. Uno defendía que se debían imponer sobre los vicios y locuras de los hombres, por el concepto y estimacion que cada uno tuviese hecha de su vecino. El otro académico, por el contrario, que se habian de cargar á las buenas cualidades de alma y cuerpo de que cada uno blasonase, mas ó menos segun sus grados; de manera que todo contribuyente fuese juez de sí mismo dando su propia relacion. Que la tasa mas alta debería caer sobre los favoritos de Venus y agraciados del bello sexo, á proporcion del favor de que gozasen, arreglándose aun en este artículo á la declaracion del interesado. Que tambien sería preciso cargar la mano fuertemente al valor, y al talento por consiguiente; pero que el honor, la probidad, la sabiduria y la modestia serian virtudes exentas de toda contribucion, pues que siendo demasiado raras no rendirian casi nada, sobre no haber quien quisiese confesar que se hallaban en otro, y apenas se encontraría alguno que tuviese el descaro de apropiárselas.



Tambien contribuirían las damas por su hermosura, gracia y atractivo, segun el aprecio que hiciesen de estas cualidades; mas la fidelidad, sinceridad, sano juicio y buen natural nada pagarían, porque es tan poca la estimacion que les merecen, que todo cuanto pudieran rendir no bastaría para los gastos de recaudacion.

Otro académico me enseñó un tratado curioso que habia escrito sobre el medio de descubrir las conjuraciones y cábalas, por el exámen de los alimentos de las personas sospechosas, la hora en que comen, del lado que se acuestan, la man y con que se limpian, etc.; y por el reconocimiento sus producciones en aquellos casos comunes, en que se observa que hallándose el espíritu mas recogido y sosegado se piensa con mas seriedad. De aquí quería él deducir las ideas y objetos que ocuparan la mente del sujeto observado. El mismo autor decia haberlo conocido palmariamente, cuando, solo por experimentar su sistema, se ponía á pensar en crímenes ó en revoluciones, habiendo advertido en el primer caso que su excremento era de un color sumamente amarillo, y en el segundo muy negro.

Quise añadir alguna cosita al sistema de es e político, y atropellando su discurso, le dije que convendría mantener continuamente ana tropa de espías y delatores, protegidos y premiados por las dela-

ciones que hiciesen, con una suma de dincro correspondiente á la importancia de ellas, fuesen ó no fundadas, por cuyo medio se lograría el temor y respeto de los vasallos; y que estos delatores ó acusadores deberían estar autorizados para dar el sentido que les pareciese á los papeles que cayesen en sus manos, es decir, que pudiesen interpretarlos al modo de los siguientes:

- Una criba. Una petimetra.
- Un perro cojo. Un desembarco ó una invasion.
- La peste. Un ejército sobre las armas.
- Un necio. Un ministro.
- El mal de gota. Un obispo.
- Una escoba. Una revolucion.
- Una cloaca. La corte.
- Una llaga enconada. Los negocios públicos.
- Una ratonera. Un recaudador.
- Un abismo. Un tesorero.
- Un sombrero y un cinturon. Una muger pública.
- Un tonel vacío. Un tribunal.
- Una caña rota. Un general.

Que tambien podrían traducir los anagramas de todos los nombres citados en un escrito, bien que para esto se necesitasen hombres de la mayor penetracion y del genio mas sublime, especialmente cuando se tratase de adivinar el sentido político y misterioso de la letras iniciales. Así N podría significar una conspiracion, B un regimiento de caballería, L una escuadra. A mas de todo lo dicho, por la trisposicion de las letras se lograría descubrir los designios ocultos de un partido malcontento. Por ejemplo, se leía en una carta de un amigo, nuestro hermano Tomás está con las almorranas: el diestro, deseñador encontraría en la conjuncion de estas palabras indiferentes una frase que dies á entender que estaba todo pronto para una sedicion.

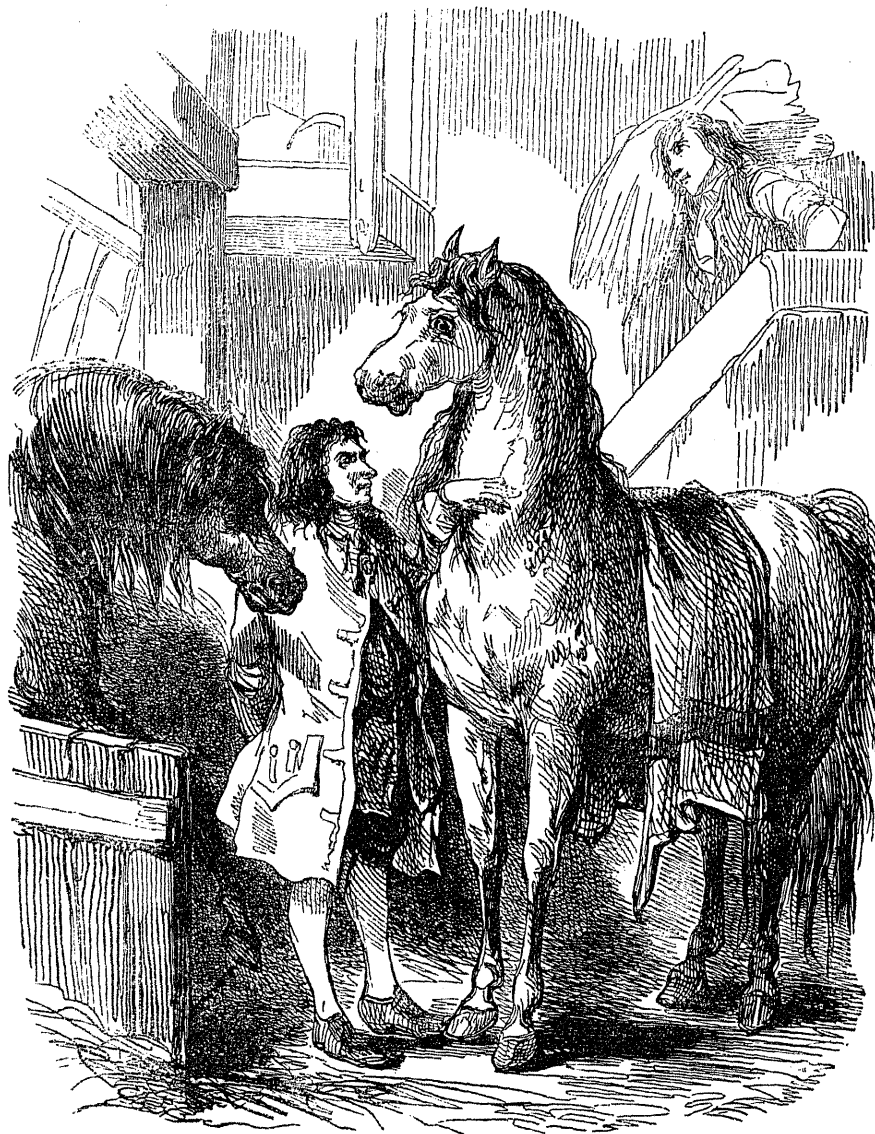
El académico me dió infinitas gracias por haberle comunicado mis observaciones, y me ofreció hacer una honorífica mencion de mí en la obra que iba á dar á luz.

No ví cosa en el país que pudiese obligarme á permanecer en él por mas tiempo, y así díme á pensar en mi regreso á Inglaterra.

VII.

El au'or deja á Lagado y llega á Maldonada. Hace un corto viaje á Glubbudubtrib. Como le recibe el gobernador.

El continente, de que es una parte este reino, se estiende, por el juicio que formé, al Este, hácia una comarca desconocida de la América; al Oeste, hácia la California, y por el Norte, hácia el mar Pacífico, que no dista mas de mil y cincuenta leguas de Lagado. Este país tiene un puerto famoso y mucho comercio con la isla de Luggnagg, SEXTA SERIE. —ENTREGA 7.ª



situada al Noroeste como á veinte grados de latitud septentrional, y ciento cincuenta de longitud, y al Sudeste del Japon, del cual dista unas cien leguas. Hay una estrecha alianza entre su emperador y el rey de Luggnagg, que proporciona con mucha frecuencia ocasiones de pasar de una isla á otra, razon por que resolvi tomar este camino para volver á Europa, alquilando dos mulas con un mozo práctico que me dirigiese; y habiéndome despedido de mi ilustre protector, que me habia tratado con tanto agasajo, y por último me hizo un magnifico presente, emprendí mi marcha.

No ocurrió en toda ella suceso digno de contarse. Llegué al puerto de Maldonada, ciudad casi tan grande como Portsmouth, donde no encontré navio pronto á salir para Luggnagg. Entre los conocimientos que á pocos dias adquirí en la ciudad, habia un caballero de distincion, el cual me propuso, que pues tardaría un mes lo menos en partir el primer navio para Luggnagg, haria muy mal en no hacer una excursion á la isla de Glubbudubtrib por divertirme, mediante que no distaba mas de cinco leguas al Sudoeste; que él me acompañaría con otro amigo suyo y aprontaría un barquichuelo.

Glubbudubtrib, segun su etimología, significa la Isla de los Hechiceros ó Mágicos. Es casi tres veces tan ancha como la isla de Vigt, y muy fértil. Obedece al jefe de una tribu compuesta toda de hechiceros, que no hacen alianza sino entre sí, y cuyo príncipe es siempre el mas anciano de ellos. Este príncipe ó gobernador tiene un palacio magnifico, con un parque de cerca de tres mil acres de estension, todo cercado de una muralla de piedra labrada, de veinte piés de altura. El y toda su familia se sirven de una especie de criados bastante extraordinarios por el conocimiento que tienen de la nigromancia, con cuya ayuda invocan los espíritus, obligándolos á su servicio durante veinte y cuatro horas.

Luego que llegamos á la isla, que serían las once del dia, uno de los caballeros que me acompañaban sílió á buscar al gobernador para darle parte de que un extranjero solicitaba el honor de saludar á S. A.: honor que me fué otorgado. Pasamos en el instante á palacio, y entrando en un patio por medio de dos filas de guardias, cuyo aspecto y armadura me causaron un miedo estremado, tuvimos que atravesar una porcion de aposentos, y que romper por una multitud de criados antes de llegar á la sala del gobernador. Habiendo saludado á S. A. con tres sumisas reverencias, nos mandó sentar en unos taburetillos al pié de su trono; y como entendia la lengua de los Balnibarbas, principiò á hacerme varias preguntas acerca de mis viajes; pero lo que mas me pasmó fué la prontitud con que desapareció su acompañamiento como humo á una leve seña que les hizo con el dedo, queriendo darme á conocer en esto la confianza con que me trataba. No me costó poco trabajo el serenarme, hasta que el gobernador me aseguró que no tenia que temer; y viendo á mis dos compañeros sin alteracion, como que estaban acostumbrados á aquel estilo, principié

á tomar ánimo, y referí á S. A. las diferentes aventuras de mis viajes, con algun sobresalto todavía, porque mi necia imaginacion no me dejaba, y á cada instante miraba á mis dos costados, sin poder olvidar el sitio donde habia visto desaparecer las fantasmas.

Aquel dia me honró el señor gobernador con su mesa, que hizo servir por una nueva tropa de espectros; duró la comida hasta la puesta del sol, y habiendo suplicado á S. A. tuviese la bondad de permitirme pasar la noche fuera de su palacio, nos retiramos todos tres y fuimos á buscar posada en la capital, que está inmediata. Por la mañana volvimos á cumplimentar á S. A., y al cabo de diez dias que permanecimos allí, llegué á familiarizarme tanto con los espíritus, que perdí totalmente el miedo, ó por lo menos si conservaba alguno, cedía á mi curiosidad, como verá el lector en la pronta ocasion que tuve de satisfacerla, y podrá juzgar si tengo mas de curioso que de cobarde.

Me propuso un dia el gobernador que le nombrase los muertos que quisiese ver, los obligaría á presentarse y responder á cuantas preguntas quisiese hacerles, con tal que me redujese á lo que hubiese pasado en su tiempo, muy cierto de que no me engañarian, pues que los muertos no tenían por qué mentir. Di gracias á S. A., y por no despreciar sus ofertas me puse á repasar la memoria de la *Historia Romana* que habia leído en otro tiempo, y al punto me ocurrió la idea de ver á aquella famosa Lucrecia que Tarquino habia violado, y que no pudiendo sobrevivir á su afrenta se dió la muerte á sí misma. No tardó mas en presentármese una hermosísima muger vestida á la romana. Yo me tomé la libertad de preguntarle por qué habia vengado en sí el delito de otro. Pero bajando sus ojos, solo me respondió que los historiadores por escusarla una flaqueza la habian atribuido una locura, y al instante desapareció.

El gobernador hizo señas á César y á Bruto de que se acercasen. La vista de este me llenó de admiracion y respeto; y aquel me confesó que todas sus brillantes acciones se quedaban muy por bajo de las de Bruto, que le habia quitado la vida por libertar á Roma de su tiranía.

Deseando ver á Homero, apareció luego; le hablé, y preguntándole cómo pensaba de su *Iliada*, me declaró que estaba absorto de las escensivas alabanzas que le tributaban al cabo de tres mil años: que su poema era mediano y estaba sembrado de necedades: que si agradó en su tiempo, fué por las gracias de su recitacion y de la armonia de sus versos; pero que habiendo muerto su lengua, y no pudiendo ya ninguno distinguir sus bellezas, gusto y finura, le tenia absorto que pudiese haber gentes tan vanas y estúpidas que todavía le admirasen. Sófoeles y Eurípides, que le acompañaban, me hablaban con corta diferencia del mismo modo, mofándose especialmente de nuestros sabios modernos, que viéndose obligados á confesar los errores de las antiguas tragedias, que se notan, si cuando esten fielmente traducidas sostienen por lo menos que son primores del griego, y que seria preciso poseerle para juzgarlas bien.

Quise ver á Aristóteles y á Descartes. El primero me confesó que no habia entendido una palabra de física, así como todos los demás filósofos sus contemporáneos, y aun los que vivieron entre él y Descartes, añadiendo que este habia elegido un buen camino, á pesar de que habia padecido muchas equivocaciones y á menudo, especialmente con relacion á su sistema extravagante sobre el alma de los brutos. Descartes habló en seguida, y me dijo que sobre un átomo de verdad que logró coger al vuelo, habia sabido fundar principios bastante buenos, pero que no habia pasado de aquí; y que todos los que en adelante intentasen correr la misma ruta, se verian siempre detenidos por la poquedad de su talento, y precisados á andar á tientas; que era una insigne locura pasar su vida á caza de sistemas, y que la verdadera física útil y conveniente al hombre consiste en una buena experiencia, y limitarse á ella: que habia tenido una infinidad de insensatos por discípulos, entre los cuales podia y debia contar á cierto español llamado Espinosa.

Como siempre he profesado veneracion á la nobleza, tuve la curiosidad de conocer á muchos muertos ilustres de nuestros tiempos, principalmente de los de primera distincion. ¡Oh! que vi de cosas admirables en esta variedad de facciones y sentimientos, que distingue á algunos, como sus blasones y libreas, comprendiendo entonces la razon por qué Polidoro Virgilio ha dicho sobre ciertas familias:

Nec vir fortis, nec femina casta.

Lo que mas me llamó la atencion fué conocer á fondo el origen de ciertos nobles. Habíais hijos adulterinos de pajes, de lacayos, de maestros de baile, etc.

Tambien conocí claramente la causa secreta por qué han trasformado los historiadores á unos guerreros flojos y cobardes en esforzados capitanes; á insensatos y necios en grandes políticos; á adúladores en hombres de bien; unos infames, ateos y viciosos, en gentes castas y religiosas; y á delatores de profesion en hombres verídicos y sinceros. Supe de qué modo fueron condenados á muerte ó destierro algunos inocentes, por intriga de los favoritos que corrompieron á los jueces: cómo alcanzaron hombres de baja ralea y sin mérito alguno los mas altos empleos; y cómo pudo ser que unas mugerzuelas y sus confidentes manejasen en bastantes ocasiones los negocios mas importantes, haciendo el primer papel en los mayores sucesos del orbe. ¡Oh!

qué baja idea concebí de la humanidad! ¡Qué poca cosa me pareció la sabiduría y probidad de los hombres, á vista del origen de las revoluciones, de la vergonzosa ocasion de las empresas mas brillantes, y del móvil, ó por mejor decir, de las casualidades y fruslerías á que se debió su logro!

Descubrí la ignorancia y la temeridad de nuestros historiadores, que quieren atribuir á un veneno la muerte de ciertos reyes; que atrevidamente dan parte al público de las conferencias secretas de un príncipe con su primer ministro; y que si se les debe creer, descerrajaron, por decirlo así, los gabinetes de los soberanos y las secretarías de los embajadores para saber anécdotas curiosas.

Allí averigüé las causas ocultas de varios sucesos que han aturrido al mundo: cómo una prostituta gobernó á un ministro, un ministro á un consejo, y un consejo á todo un parlamento.

Un general me confesó que habia ganado una victoria por su cobardía ó imprudencia, y un almirante me dijo que contra su voluntad habia derrotado la escuadra enemiga, cuando mas deseaba que pereciese la suya. Finalmente, habiendo querido informarme de otras rarezas semejantes, hallé por todas partes el perjurio, la violencia, el soborno y la perfidia. Confesáronme tres reyes que en su tiempo ni honraron ni recompensaron á ningun hombre de verdadero saber; y que si alguna vez lo hicieron, fué engañados por sus ministros, que á su vez se habian dejado engañar; y que de esto no les pesaba, porque cierta clase de hombres no sirve para tratar con reyes ni cortesanos.

Yo me acordaba de haber leído no obstante grandes servios ó hechos por ciertos vasallos á su príncipe y á su patria: quise verlos, pero me dijeron que estaban olvidados sus nombres; que si se conservaba alguno, era solamente porque los historiadores los habian presentado como modelos de pícaros y criuivales. Presentáronse sin embargo, y viéndolos muy melancólicos y mal equipados, me declararon que habian muerto en pobreza y desgracia, y aun algunos de ellos en el exilio.

Entre estos habia un hombre, cuyo caso me pareció extraordinario, que tenia á su lado un jóven de diez y ocho años. Me dijo que habia sido capitán de navio durante muchos años; que en el combate naval de Accio habia echado á pique la primera línea, y sumergido tres navios del primer orden, apresando otro del mismo calibre, única causa de la huida de Antonio y de la entera derrota de su armada; que aquel jóven que estaba á su lado era su hijo único, el cual habia perecido en el combate; y añadió que, concluida la guerra, pasó á Roma á solicitar por premio el mando de otro navio mayor, cuyo capitán habia muerto tambien en la batalla; pero que sin hacer caso de su pretension dieron el empleo á un niño que todavía no habia visto el mar, hijo de un criado manumiso de una de las concubinas del emperador. Determinó de volverse á su antiguo navio, y supo que acusándole de faltar á su obligacion, habian provisto su plaza en un paje favorito del vicealmirante Publicola. Visto esto, tuvo que retirarse á su casa, y se estableció en una pequeña hacienda que poseia lejos de Roma, donde acabó sus dias. Deseando averiguar lo que en esto hubiese de cierto, pedí que compareciese Agripa, almirante de la armada victoriosa en aquel combate, y confirmando la verdad del caso, añadió otras circunstancias que la modestia del capitán habia omitido.

Como cada uno de estos personajes se presentaba segun habia sido en el mundo, noté con dolor cuánto ha decaído el género humano en el discurso de un siglo, y qué alteraciones ha producido el desenfreno con todas sus funestas consecuencias, desfigurando los rostros, disminuyendo los cuerpos, encogiendo los nervios, dilatando los músculos, apagando los colores y corrompiendo la carne en los ingleses.

Quise ver por último algunos de mis antiguos paisanos cuya sencillez, solriedad, justificacion, valor y amor á la patria son tan ponderados. Los ví; mas no los hallé diferentes de los del dia, que venden á buen precio sus votos para la eleccion de diputados del parlamento, y que sobre este punto pueden competir en destreza y manejo con el mas truhan.

VIII.

Regreso del autor á Maldonada. Embarcarse para el reino de Luggnagg. Es arrestado á su arribo, y conducido á la capital. Cómo le reciben.

Habiendo llegado el dia de nuestra partida, me despedí de S. A. el señor gobernador de *Glubbudubrib*, y volví con mis dos compañeros á *Maldonada*, en donde pasados quince dias, me embarqué al fin en un navio que salió para *Luggnagg*. Los dos compañeros, y otros amigos con ellos, tuvieron la galantería de proveerme de lo necesario para este viaje, y me acompañaron hasta dejarme á bordo. Sobrevino una fuerte tempestad, que nos obligó á gobernar al Norte para aprovechar cierto viento á propósito que sopla por aquel paraje en espacio de sesenta leguas. El veinte y uno de abril de mil setecientos y once entramos en el rio de *Chumegnig*, que es una ciudad puerto de mar al Sudest de *Luggnagg*. Echamos el áncora á una legua de

la plaza, y haciendo señal de que acudiese un piloto, en menos de media hora llegaron dos á bordo, que nos guiaron por medio de unas rocas y escollos muy peligrosos que hay en aquella rada, y en el paso á una bahía donde se abrigan las embarcaciones, la cual dista de las murallas de la ciudad como el largo de un cable.

Algunos de nuestros marineros, por malicia ó por imprudencia, dijeron á los pilotos que yo era extranjero y un viajero famoso: estos se lo advirtieron al vista de la aduana, y empezando á examinarme en lengua *bahnibarbiense*, que allí es bastante conocida, especialmente entre marineros y aduaneros á causa de su comercio, procuré con testarle sucintamente con la verosimilitud posible, porque me era necesario ocultar mi patria y hacerme holandés, pues pensaba pasar al Japon, donde sabia muy bien que solo los holandeses eran admitidos. Díjele que habia naufragado en la costa de los *bahnibarbas*, y encallado en una roca: que habia estado en la isla volante de *Laputa*, de la cual tenia ya bastantes noticias, y que meditaba volver á mi país por el Japon. El vista me respondió que no podia menos de detenerme hasta recibir órdenes de la corte, adonde iba á despachar un pliego inmediatamente, cuya respuesta vendria dentro de quince dias; y entre tanto me pusieron en un alojamiento decente con centinela de vista. Tenia un gran jardin en que pasearme, me trataban muy bien, todo á espensas del rey; y las gentes, llevadas de la curiosidad de ver á un hombre que venia de un país tan remoto que jamás habian oido hablar de él, me visitaban sin cesar.

Tomé para intérprete un jóven de nuestro navio, que aunque nativo de *Luggnagg*, habia residido muchos años en *Maldonada*, y poseia ambas lenguas, por cuyo medio lograda el de poder conversar con los que me hacian la honra de visitarme: es decir, que comprendia sus preguntas, y les hacia entender mis respuestas.

La de la corte llegó al cabo de los quince dias como se esperaba, reducida á que me llevasen custodiado de una partida de caballería con toda mi comitiva á *Traldragenbh*, ó *Trildragdrib*, que segun mis recuerdos lo pronunciaban de uno y otro modo. Yo no tenia otra que aquel pobre mozo que me servia de intérprete, y estaba en clase de criado. Delante de nosotros salió un correo que nos sacó media jornada de ventaja, para dar parte al rey de mi próximo arribo, y pedir á S. M. dia y hora en que pudiese disfrutar el honor y placer de *lamer el polvo del suelo de su trono*.

Así se verificó al tercer dia, habiéndome hecho que me tendiese en el suelo y llegar hasta el trono del rey arrastrando como una culebra y barriendo con la lengua el pavimento; bien es verdad que por la cualidad de extranjero habian usado la precaucion de limpiarle, para que el polvo no me ahogase. Esta era una gracia especial que no se concedia ni á los vasallos de primera clase cuando conseguian audiencia; y si era alguno que tuviese enemigos en la corte, ponian el suelo espeso sucio, que como yo mismo ví cuando llegó al trono el interesado, llevaba la boca repleta de inmundicia, de manera que no pudo articular palabra. A tal desgracia no hay consuelo, pues está prohibido bajo las penas mas graves escupir ó limpiarse la boca en presencia del príncipe. Otro estilo que tampoco puedo aprobar es el de que cuando S. M. impone castigo de muerte á algun magnate ó cortesano en circunstancias que no resulte deshonor, manda rociar el suelo con una especie de polvo moreno de veneno tan activo, y en lo que cabe tan dulce, que á las veinte y cuatro horas indefectiblemente revienta el reo con una tranquilidad increíble. Y para no omitir nada de lo que toca á la justicia y benignidad de aquel príncipe, y á su celo por la conservacion de sus vasallos, es preciso decir, que ejecutada la sentencia, no se olvida de mandar que se limpie cuidadosamente el pavimento, so pena de incurrir en su desagrado si por cualquier casualidad no se obedece. Fui testigo de este caso con un pajecondenado á azotes por haberse descuidado maliciosamente en dar la orden, de lo que resultó la muerte de un jóven caballero de grandes esperanzas; y hubiera sufrido el paje sus azotes á no haberle perdonado despues S. M. en gracia de su misma benignidad.

Volviendo á mi historia, luego que estuve á cuatro pasos del trono, me puse de rodillas, di siete cabezadas con la frente en el suelo, y pronuncié mi arenga en las siguientes palabras, que la vispera me habian hecho aprender de memoria: *cikpling Glofttrob sgmutserrumm blihop mlashnalt zwin rnodba:kquff h sthophad qurdubh asht*. Este es un formulario establecido allí por las leyes del reino para todos los que son admitidos á audiencia, el cual puede traducirse así: *logre vuestra celeste majestad sobrevivir al sol*. A la respuesta del rey, que no entendí, contesté con otra espresion que tambien me habian enseñado, y fué esta: *flust drin Vairick dwultom prastrod mirpush*, que quiere decir: *mi lengua está en la boca de mi amigo*, para dar á entender que queria valerme de mi intérprete. Entonces le mandaron entrar, y con su auxilio pude responder á todas las preguntas que S. M. me hizo durante una media hora, explicándome yo en *Bahnibarbiense*, y traduciéndolo mi intérprete en *Luggnaggiense*.

El rey quedó muy complacido de mi conversacion, y mandó á su *Blisfmarklub* ó camarero mayor me diese cuarto en palacio con mi intérprete, un diario para la mesa, y un bolsillo lleno de oro para mis gastos menudos.

Tres meses permanecí en aquella corte por obedecer á S. M., que me colmó de agasajos, haciéndome ofrecimientos muy ventajosos para obligarme á establecerme en sus estados; pero yo me juzgué mas obligado á agradecerlos, y pensar en volver á mi país á pasar el resto de mis dias al lado de mi amada esposa, que habia carecido tanto tiempo de las dulzuras de mi compañía.

IX.

Los Struldbruggs, ó inmortales.

Los *Luggnaggienses* es un pueblo muy civilizado y muy valiente, y aunque tengan algo de orgullo, que es comun á todas las naciones de Oriente, son por lo menos atentos y corteses con los extranjeros, especialmente si son bien recibidos de la corte. Principié á adquirir conocimientos, uniéndome con aquellas gentes del gran mundo y de buen humor, que por medio de mi intérprete me instruian y deleitaban con su conversacion á un mismo tiempo.

Uno de ellos me preguntó un dia si habia visto algunos de sus *Struldbruggs*, ó inmortales. Respondíle que no, pero que tenia gran curiosidad de saber cómo habian podido dar tal nombre á los humanos. Entonces me refirió que algunas veces (aunque de las menos) nacia en una familia un niño con cierta mancha roja y redonda, directamente sobre la ceja izquierda, cuya dichosa marca le preservaba de la muerte; que esta mancha, que en un principio no era mayor que una pequeña moneda de plata (que en Inglaterra llamamos *Tree-pence*), iba creciendo y mudando de color: que á la edad de doce años se ponía verde, hasta los veinte que se ponía azul, y á los cuarenta y cinco años se quedaba totalmente negra, y tan grande como un *che-lin*, para siempre. Que eran tan pocos los que nacia con esta señal, que apenas podrian contarse mil y cien inmortales de ambos sexos en todo el reino: que habia unos cincuenta en la capital, y que en los últimos tres años no habia nacido mas que uno solo de esta especie, que era hembra. Que el nacimiento de un inmortal no estaba precisamente ligado á una familia con preferencia á otra, sino que era un presente de la naturaleza ó de la suerte, y que aun los mismos hijos de los *Struldbruggs* nacia tambien mortales como los de los otros, sin privilegio alguno.

Esta relacion me divirtió en extremo, y como la persona que me la hacia entendia la lengua de los *Bahnibarbas*, que yo hablaba á maravilla, le manifesté mi admiracion y gusto con los términos mas espresivos y aun exagerados.—¡Oh! exclamaba yo como en un raptó de entusiasmo, ¡dichosa nacion cuyos hijos todos pueden optar en el vientre de su madre á la inmortalidad! ¡Feliz comarca donde el ejemplo de los tiempos antiguos subsiste siempre, donde la virtud de los primeros siglos no ha perecido, y donde los primeros hombres viven todavía y vivirán eternamente para dar sabias lecciones á todos sus descendientes! ¡Dichosos esos sublimes *Struldbruggs* que gozan el privilegio de no morir, y por consiguiente la idea de la muerte no los intimida, no los aniquila, no los acaba!

En seguida les manifesté que extrañaba mucho no haber visto todavía ninguno de aquellos inmortales en la corte, porque si hubiera encontrado alguno, precisamente me hubiera herido la vista la gloriosa marca impresa sobre su frente.—¿Y cómo, añadió, el rey, siendo un príncipe tan juicioso, no los emplea en el ministerio y deposita en ellos toda su confianza? Pero acaso la rigidez de estos viejos le importunaria, y daria en rostro á los de su corte. Como quiera que sea, yo estoy resuelto á hablar á S. M. en la primera ocasion que se ofrezca, y sea ó no de mi pinion, desde luego aceptaré el permiso que S. M. me dió para establecerme en sus dominios. Quiero pasar el resto de mi vida en la ilustre compañía de esos hombres inmortales, siempre que ellos se dignen de sufrir la mia.

Aquel á quien dirigia el discurso, mirándome entonces con una sonrisa que indicaba la compasion á que le movia mi ignorancia, me respondió que se alegraba mucho de que quisiese quedarme en el país; pero que le permitiese explicar á sus compañeros cuanto acababa de oirme. Así lo hizo, y siguieron hablando entre ellos un gran rato en su lengua, que para mí era desconocida. Tampoco pude inferir por sus gestos y ojeadas la impresion que mi discurso habia hecho en sus ánimos. En fin, el intérprete se volvió á mí y me dijo cortésmente que sus amigos quedaban complacidos de mis juiciosas reflexiones acerca de la fortuna y ventajas de la inmortalidad; pero que deseaban saber qué sistema de vida emprendería, y cuáles serian mis ocupaciones y mis miras si la naturaleza me hubiese hecho *Struldbrugg*.

A proposicion tan sin rebozo contesté que iba sobre la marcha á satisfacerles con gusto; que las suposiciones é ideas me costaban poco, y estaba acostumbrado á imaginarme lo que hubiera hecho siendo rey, general ó ministro de Estado. Que respecto á la inmortalidad, habia ya meditado tambien alguna vez sobre la conducta que observaria si hubiese de vivir eternamente; y que, pues así lo querian, iba desde luego á desplegar las velas de mi imaginacion en el asunto.

Dije pues que, á gozar yo la preeminencia de nacer *Struldbrugg*, en el instante que hubiera podido conocer mi fortuna, y saber la di-

ferencia que hay entre la vida y la muerte, hubiera puesto todo mi conato en hacerme rico, y á fuerza de intrigas, bajezas y otras fruslerías, hubiera llegado á verme bien acomodado al cabo de doscientos años. Que en segundo lugar, me hubiera aplicado tan seriamente al estudio desde mi infancia, que pudiera lisonjearme de llegar á ser algún día el hombre mas sabio del universo; hubiera notado con cuidado todos los grandes sucesos; hubiera observado atentamente todos los príncipes y ministros de Estado que se sucedían unos á otros, y hubiera tenido el gusto de cotejar sus caracteres, haciendo sobre este punto reflexiones y comentarios. Hubiera formado una memoria fiel y exacta de todas las revoluciones de la moda y del lenguaje, de las mutaciones ocurridas en las costumbres, en las leyes, en los usos y aun en los placeres; de suerte, que por mi estudio y observaciones hubiera llegado á ser finalmente un almacén de antigüedades, un registro vivo, un tesoro de conocimientos, un diccionario parlante, y el oráculo perpétuo de mis compatriotas y de todos mis contemporáneos.

En este estado no me casaría jamás, añadir, haría una vida de muchacho alegre y libremente, pero con economía, porque habiendo de vivir siempre, tuviese siempre de qué vivir. Me dedicaría á formar el espíritu de algunos jóvenes, ilustrándolos con mi saber y larga experiencia. Mis íntimos amigos, mis compañeros y confidentes serían mis ilustres hermanos los *Struldbruggs*, entre los cuales escogería una docena de los mas antiguos, para estrecharme mas íntimamente con ellos; sin dejar por esto de tratar con algunos mortales de mérito, cuya muerte me acostumbraría á mirar sin pena ni sobresalto, porque su posteridad me consolaría de su falta, y aun podría ser para mí un espectáculo bastante agradable, al modo que un jardinero se deleita en ver los tulipanes y claveles de su jardín nacer, marchitarse y renacer.

Nos comunicáramos mutuamente entre nosotros mismos cuantas observaciones y reparos hubiésemos hecho sobre la causa y progreso de la corrupción del género humano; y compondríamos un bello tratado de moral, lleno de lecciones útiles y capaces de detener la degeneración de la naturaleza humana, que se advierte cada día mayor, y que nos están echando en cara los filósofos de dos mil años á esta parte.

¡Qué espectáculo tan noble y embelesador, como ver por sus propios ojos las decadencias y revoluciones de los imperios! ¡La faz de la tierra renovada; las soberbias ciudades transformadas en viles aldeas, ó tristemente sepultadas debajo de sus vergonzosas ruinas; las poblaciones oscuras convertidas en cortes de los reyes; los rios célebres reducidos á pequeños arroyos; el Océano bañando otras riberas; nuevas comarcas descubiertas; un mundo desconocido, saliendo, por decirlo así, del caos! La barbarie y la ignorancia apoderadas de las naciones mas cultas ó ilustradas. La imaginación apagando al juicio, y el juicio helando á la imaginación; el gusto de los sistemas, de las paradojas, de la pomposidad, del chiste, de las antítesis sofocando á la razón y al buen gusto. La verdad oprimida en un tiempo, triunfante en otro; los perseguidores perseguidos, y los perseguidos transformados en perseguidores á su vez. Los soberbios abatidos, y los humildes elevados; esclavos, manumisos y mercenarios, ascendidos á una fortuna inmensa, colmados de riquezas exorbitantes por el manejo de los fondos públicos, por las desdichas, por el hambre, por la sed, por la desnudez y por la sangre de los pueblos. Finalmente, la posteridad de estos salteadores públicos reducida otra vez á la nada, de donde la injusticia y la rapiña los había sacado.

Como en este estado de inmortalidad la idea de la muerte no se representaría jamás á mi espíritu para turbarle, ó para templar mis deseos, me abandonaré á cuantos placeres sensibles me permitiesen la naturaleza y la razón. Las ciencias serían, no obstante, mi primer objeto favorito, y yo me figuro que, á fuerza de meditar, encontraría por último las *longitudes*, la *cuadratura del círculo*, el *movimiento perpétuo*, la *pedra filosofal* y la *panacea*; en una palabra, que llevaría todas las ciencias y artes á su última perfección.

Luego que acabé mi razonamiento, aquel que únicamente le había entendido se volvió hácia sus compañeros y les hizo el extracto en su lengua propia; despues de lo cual principiaron á conferenciar unos con otros, aunque sin demostrar en su modo y acciones el menor desprecio de lo que acababan de oír; solo sí exhortaron al traductor de mi discurso á que tuviese la caridad de abrirme los ojos y descubrirme mis errores.

Así lo hizo, confesándose desde luego que no era el primer extranjero que había mirado con admiración y envidia el estado de los *Struldbruggs*: que había observado entre los *Balnibarbas* y japoneses, con corta diferencia, las mismas disposiciones; que el deseo de vivir era natural al hombre; que el que tenía un pie en el sepulcro se esforzaba á mantenerse sobre el otro; que el viejo mas achacoso y acabado se representaba siempre un día siguiente, un porvenir, y no miraba la muerte sino como un mal distante y digno de huírse; pero que en la isla de *Luggnagg* se pensaba muy distintamente, y que el ejemplo familiar y la vista continua de los *Struldbruggs* había preservado á sus habitantes de este necio amor á la vida.

El sistema de conducta (prosiguió diciendo) que os proponéis en

la suposición de vuestra inmortalidad, y que nos habeis pintado en este instante, es ridículo y totalmente opuesto á la razón. Contais sin duda con que en ese estado gozaríais de una juventud perpétua, de una lozanía y salud inalterable. ¿Pero se trataba de esto cuando os preguntamos qué haríais si hubierais de vivir eternamente? ¿Hemos supuesto nosotros que no envejeceríais jamás, y que vuestra pretendida inmortalidad sería una primavera eterna?

A continuación me hizo el retrato de los *Struldbruggs*, diciéndome que seguían á los mortales y vivían como ellos hasta la edad de treinta años. Que despues iban cayendo poco á poco en una negra melancolía, que crecía con la edad hasta que llegaban á la de ochenta años, en la que no solo vivían sujetos á todas las enfermedades, miserias y debilidades que trae de suyo la vejez, sino que la dolorosa idea de su miserable caduqueza sin cesar los atormentaba tan cruelmente, que en nada encontraban consuelo. Que á mas de ser, como todos los demás viejos, tercicos, caprichudos, avaros, enfadosos y charlatanes, se hacían egoístas; renunciaban á las dulzuras de la amistad, no tenían inclinación á sus hijos, y en pasando de la tercera generación, no reconocían ya su posteridad. Que la envidia y los celos los devoraban incesantemente; que la vista de los placeres de que gozaban los jóvenes mortales, sus entretenimientos, sus amores, sus ejercicios; les daban en cierto modo la muerte á cada instante, y hasta la muerte misma de los ancianos que pagaban el tributo á la naturaleza escitaba su envidia y los precipitaba en la desesperación, por cuya causa siempre que asistían á un funeral, maldicían su fortuna y se quejaban amargamente de la naturaleza por haberles negado la dulzura de morir, de acabar su carrera escabrosa y entrar en un descanso eterno. Que entonces no quedaban ya en aptitud de cultivar su espíritu y amenizar su memoria, pues, cuando mas, se acordaban de lo que habían visto y aprendido en su juventud; siendo los menos miserables é infelices aquellos que chocheaban ya, y habiendo perdido totalmente la memoria, habían vuelto al estado de niños; porque si quiera conseguían que se compadeciesen de ellos, y les diesen cuantos auxilios pedían su imbecilidad.

El matrimonio de dos *Struldbruggs*, añadió, queda disuelto por las leyes del estado luego que el mas joven llega á la edad de ochenta años; pues no sería justo que unos desgraciados humanos condenados por fuerza, y sin culpa suya, á vivir eternamente, fuesen obligados por colmo de su desdicha á vivir con una muger eterna. Pero lo mas lastimoso es que en tocando á esta edad fatal los miran como muertos civilmente, y poniéndolos en tutela, sus herederos se apoderan de sus bienes, los despojan de todo; y les señalan una simple pensión alimenticia (ley merecida de la sórdida avaricia tan comun en todos los viejos), bien que para los pobres hay su casa de reclusión, que llaman *el hospital de los pobres inmortales*, donde el público cuida de su manutención. Desde la misma edad quedan escluidos de todo cargo y empleo, privados de negociar, contratar, vender y comprar, y aun su declaración no es admitida en juicio.

Mas en cumpliendo los noventa años es todavía peor. Todo el caballo y los dientes se les caen, pierden el paladar; de suerte que comen y beben sin gusto alguno, y pierden hasta la memoria, no pudiendo retener ni las cosas mas fáciles. Olvidan el nombre de su amigo, y quedan incapaces de distracción, porque si intentan leer una oración de cuatro palabras, olvidan las dos primeras mientras pasan á las dos últimas: si quieren hablar, se ven en el mismo caso; á mas de que como la lengua del país está sujeta á frecuentes mutaciones, los *Struldbruggs* nacidos en un siglo no pueden entender el lenguaje de los hombres que nacieron en otro, y son siempre extranjeros en su patria.

Tal fué la relación que me hicieron de los inmortales de aquel país, relación que me sorprendió estremadamente. Despues me enseñaron cinco ó seis de ellos; confieso que no ví jamás cosa tan fea y desagradable: las mugeres en particular eran espantosas, y parecían espectros.

Crea seguramente el lector que entonces perdí del todo el deseo de immortalizarme á tal precio, avergonzándome de haber abrigado tan necias ilusiones sobre el sistema de una vida eterna en este pícaro mundo.

Cuando cupo el rey lo que había pasado en la conferencia, rió mucho de mis ideas de inmortalidad y la envidia que me habían dado los *Struldbruggs*. Luego me preguntó seriamente si no quería llevarme dos ó tres de ellos á mi patria para curar á mis paisanos del deseo de vivir y del temor de la muerte. Por mi parte hubiera admitido el presente de muy buena gana; pero está prohibido á los inmortales salir del reino por una ley fundamental.

X.

El autor deja la isla de Luggnagg por el Japon, donde se embarca en un navio holandés. Llega á Amsterdam, y de allí pasa á Inglaterra.

Presumo que cuanto acabo de referir de los *Struldbruggs* no habrá fastidiado al lector. Esto no se parece á relaciones triviales de los via-

jeros, ó por lo menos puedo asegurar que no he hallado cosa que se le parezca en las que he leído. Y últimamente, si estas son repeticiones ó noticias viejas, le ruego considere que los viajeros son copiarlos unos á los otros pueden muy bien referir una misma cosa si han estado en un mismo país.

Como es tanto el comercio entre el reino de *Luggnagg* y el imperio del Japon, es de creer que los autores japoneses no se habrán olvidado de hacer mención de aquellos *Struldbruggs* en sus obras. El corto tiempo que residí en el Japon, y el no tener siquiera una ligera tintura de su lengua, no me permitieron averiguar si esta materia ha sido tratada en sus libros.

El rey de *Luggnagg*, viendo que no me vencían sus eficaces instancias á quedarme en sus estados, me concedió al fin su permiso; y haciéndome el honor de darme á la despedida una carta de recomendación escrita de su propia mano para S. M. el emperador del Japon, me regaló además cuatrocientas cuarenta y cuatro monedas de oro, cinco mil quinientas y cincuenta y cinco perlas pequeñas, y ochocientos ochenta y ocho mil ochocientos ochenta y ocho granos de una especie de arroz muy raro. Este modo de contar multiplicando por diez es muy acomodado al genio de aquellos naturales.

El 6 de mayo de 1700 di el último adiós á los amigos que tenía en la corte, y emprendí mi marcha acompañado de un destacamento de guardias que me destinó S. M. hasta el puerto de *Glan-guenstald*, situado al Sudoeste de la isla. Al cabo de seis dias encontré un navio que me trasportase al Japon, y á los cincuenta de navegación desembarcamos en un pequeño puerto llamado *Xamoski*, al Sudoeste del Japon.

Presenté inmediatamente á los oficiales de la aduana la carta que el rey de *Luggnagg* me había dado para S. M. japonesa, y viendo el sello, que representaba un príncipe sosteniendo á un pobre estropeado y ayudándole á andar, le conocieron al instante.

Los magistrados de la ciudad, tan pronto como supieron que era yo portador del augusto pliego, tratándome de ministro, me dieron coche para pasar á Yedo, capital del imperio, donde conseguí audiencia de S. M. I., y el honor de presentarle mi carta, que se abrió en público con grandes ceremonias, y el emperador mandó á su intérprete que se la explicase, haciéndome saber inmediatamente por el mismo dijes que gracia pedía, en la seguridad de que me la concedería al momento por los respetos de su muy amado hermano el rey de *Luggnagg*.

Este intérprete, cuya ordinaria ocupación era en los negocios de comercio con los holandeses, conoció desde luego que no era europeo, y por esta razón me dió en holandés la respuesta de S. M., á que contesté diciendo que era un comerciante de Holanda que había naufragado en unos mares distantes, de donde había venido á *Luggnagg* cansado de andar por mar y por tierra con intención de pasar al imperio del Japon por ver si lograba volver á Europa, confiado en el comercio que allí hacían mis compatriotas los holandeses; y que así suplicaba á S. M. se dignase hacerme conducir con seguridad á Nangazaqui, dispensándome al mismo tiempo (pues la recomendación que me otorgaba el rey de *Luggnagg* á todo alcanzaba) de la ceremonia de pisotear el *Crucifijo*, que obligaban á practicar á todos mis paisanos, puesto que yo no iba al Japon á comerciar, sino de paso para Europa.

Llamó la atención á S. M. japonesa esta última súplica, reconviéndome con que era el primero de mi país á quien le había ocurrido un escrúpulo semejante, lo cual le hacia dudar de que yo fuese verdadero holandés como le había asegurado, y que mas bien sospechaba fuese cristiano. Sin embargo, atendiendo á la razón que le había alegado, y principalmente á los respetos del rey de *Luggnagg*, tuvo á bien el emperador, compadecido de mi escrúpulo, condescender con mi súplica, siempre que guardase secreto, respondiéndome que daría orden á los oficiales encargados de la observancia de aquel uso, para que me dejasen pasar como por descuido; pero que á nadie interesaba mas que á mí el secreto, porque si mis compatriotas llegaban á entender la dispensa que había obtenido, y el escrúpulo que había concebido contra ellos, me matarían á puñaladas en el viaje.

Di las mas humildes gracias á S. M. por favor tan singular; y estando justamente para marchar á Nangazaqui ciertas tropas, el comandante fué encargado de mi conducción, con una instrucción secreta sobre el asunto.

El 9 de junio de 1709, despues de un viaje largo y penoso, llegué á Nangazaqui, donde encontré una compañía de holandeses que iban á negocios de Amsterdam á Amboina, los cuales estaban próximos á embarcarse de regreso en un famoso navio de cuatrocientas cincuenta toneladas. Yo hablaba muy bien su lengua por haber, como dije, estudiado en Leyda, y así hice perfectamente entre ellos el papel de holandés, respondiéndolo lo que se me antojaba á las frecuentes preguntas que me hacían acerca de mis viajes, diciendo que tenía amigos y parientes en las Provincias Unidas, y fingiéndome nativo de Gelderland.

Siempre conté con pagar al capitán del navio, que era un tal Teodoro Vangrult, lo que me pidiese por mi pasaje; pero habiendo este sabido que yo era cirujano, se contentó con la mitad del precio, bajo la condición de que ejercería mi profesión en el viaje.

Antes de embarcarnos, algunos de los que me acompañaban me preguntaron mil veces si había practicado la ceremonia del *Crucifijo*. Yo siempre respondía en general que había hecho todo lo necesario; mas no satisfecho todavía un picaruelo charlatan de ellos, creyó contraer un gran mérito en presentarme al oficial, y decirle que no había pisoteado el *Crucifijo*. El oficial, que tenía órdenes secretas sobre esto, le contestó á bastonazos, y así logré que no volviese á preguntario ninguno (1).

No ocurrió en el viaje cosa digna de contarse. Navegamos con viento favorable, habiendo anclado en el cabo de Buena Esperanza para hacer aguada, y el 16 de abril de 1710 desembarcamos en Amsterdam, desde donde volví á Inglaterra. ¡Qué gusto recibí al ver mi patria amada, despues de una ausencia de cinco años! Fuíme derecho á Redriff, donde encontré á mi muger y á mis hijos, todos sin novedad.

CUARTA PARTE.

VIAJE AL PAIS DE LOS HOUYHNHIMS.

I.

El autor emprende otro viaje de capitán de navio. Su tripulación se subleva, le encierra, y despues le abandona en una costa desconocida. Descripción de los yahous. Dos houyhnhnms se le presentan.

Cinco meses pasé dulcemente con mi muger y mis hijos, en cuyo tiempo me hubiera creído feliz á hallarme en estado de conocerlo; pero me estimulaba demasiado este insaciable deseo de viajar, á que no pude resistir, y sobre todo viéndome lisonjeado con el honorífico cargo de capitán de *La Aventura*, navio mercantil de trescientas toneladas, que por mi desgracia me ofrecieron. Estaba perfectamente instruido en la navegación, y cansado ya del subalterno cargo de cirujano, aunque no quise abandonar la profesión por si alguna vez necesitaba de ella, como en efecto sucedió, y así me contenté con llevar á mi lado un joven cirujano. Me despedí de mi infeliz muger, que estaba á la sazón embarazada, y embarquéme en Portsmouth el 2 de agosto de 1710.

Las enfermedades disminuyeron mi tripulación, y viéndome obligado á hacer recluta en las Barbadas ó islas de Leeward, donde los comerciantes de quienes dependía me habían mandado anclar, tuvo muy pronto que arrepentirme de aquel refuerzo, cuya mayor parte se componía de bandidos. Estos pervirieron á los demás, y todos juntos concertaron apoderarse de mí y del navio. Sorprendiéndome una mañana en mi camarote, me maniataron, amenazándome con arrojarme al mar si hacía la menor resistencia. Fué preciso confesarles que mi suerte estaba en sus manos; que podían hacer de mí lo que quisiesen; y de este modo conseguí que me quitasen las cadenas, bajo palabra de honor, dejándome solo un pié atado á la armadura de la cama, con centinela de vista, á quien dieron orden de matarme si intentaba huir, y pasaron á continuar su proyecto. Su idea era ejercer la piratería con el navio; pero no tuvieron por suficiente su tripulación, y resolvieron vender el cargamento, dirigiéndose á Madagascar para hacer gente. Entre tanto yo permanecía preso en mi camarote esperando con zozobra la suerte que me preparaban.

El 9 de mayo de 1711 un tal Jacobo Welch entró á decirme que tenía orden de su capitán para dejarme en tierra. Quise detenerle y preguntarle á quien llamaba *su capitán*; mas todo fué inútil. Al fin me permitieron recoger mi ropa, dejándome el sable y algún dinero que tenía en las faltriqueras, que por política no me registraron, y saltamos á la chalupa. Anduvimos como una legua, y me dejaron en la costa. Preguntéles qué país era aquel, y todos á una voz me respondieron: —en verdad que no lo sabemos, como vos; pero guardaos no os sorprendan la marea:—y la chalupa se alejó en el instante.

Dejé las arenas para buscar alguna altura donde sentarme á meditar qué partido tomaría; y despues de haber reposado un poco me interné en el país, resuelto á entregarme al primer salvaje que encontrase, y ver si podía rescatar mi vida por algunas sortijas, brazaletes y otras bagatelas, de que siempre van provistos los viajeros, y yo llevaba en los bolsillos.

Descubrí grandes árboles, vastas praderas y campos, en que crecía la avena por todas partes. Caminaba siempre con precaución para no ser sorprendido ó herido de algun flechazo; y llegando á un espacioso camino, donde advertí bastantes pisadas de hombres y caballos, y algunas otras de vacas, ví en un campo inmediato un copioso rebaño de animales, dos de ellos encaramados sobre los árboles. Su figura me pareció estraña, y habiéndome acercado unos cuantos, me escondí detrás de una mata para observarlos mejor.

(1) Este párrafo está dictado por la animosidad que, cuando el autor vivía, reinaba entre ingleses y holandeses. Sin embargo, justo es decir que no dista mucho de la verdad, segun la historia. (N. del T.)

Una gran cabellera les caía sobre la frente: su pecho, espalda y patas delanteras estaban cubiertas de espeso pelo; tenían barbas como los cabrones, pero en el resto del cuerpo no tenían pelo y descubrían una piel muy morena. Tampoco tenían cola. Usaban de diferentes posturas, ya sentándose sobre la yerba, ya echándose, ya poniéndose en dos pies. Saltaban, brincaban, y con el auxilio de sus feroces uñas trepaban por los árboles como ardillas. Las hembras se distinguían por sus enormes tetas, que á algunas les arrastraban: eran algo pequeñas que los machos; tenían la cabellera mas hermosa, y apenas algun poco de vello en ciertos parajes de su cuerpo. Los habia de varios colores, morenos, rojos, negros y castaños. Finalmente, jamás ví en todos mis viajes animal mas feo y desagradable.

Habiéndolos examinado á mi satisfacción, seguí el camino ancho con la esperanza de que me condujese á alguna barraca de indios; pero en medio de él me detuvo uno de dichos animales haciéndome mil gestos, como estrañando mi figura. Fué á ponerme una mano encima, y yo, tirando del sable, le pegué de plano para no herirle, temeroso de que acudiese el dueño; sin embargo, el animal se irritó tanto de verse castigado, que á sus clamores vinieron mas de cuarenta de ellos, haciéndome las muecas mas horribles. Tuve que acogerme á un árbol que me guardase las espaldas mientras me defendía con mi sable por delante, y aun así tuvieron la avilantez de subir al mismo árbol y llenarme todo de basura, echando á huir inmediatamente.

Continué mi camino bastante admirado de su huida, sin motivo en la apariencia, hasta que volviendo la cabeza á la izquierda, ví pasearse con mucha gravedad por un prado un hermoso caballo, que era el que los habia ahuyentado. El animal se acercó á mí, paróse, dió algunos pasos hacia atrás, y se quedó mirándome con singular atención: despues me observó igualmente por todos lados dando algunas vueltas, y al ir á proseguir mi marcha, me detuvo, no con violencia, sino de un modo muy cortés. Al cabo de un rato que estuvimos observándonos mutuamente, quise acariciarle pasándole la mano por el cuello, silbando y hablándole como suelen hacer nuestros palafreneros; pero el soberbio animal, desdeñando el cumplimiento, arrugó la frente, levantó con fiereza una mano, y me hizo retirar la mia. Al mismo tiempo principié á relinchar con acentos tan variados, que yo llegué á sospechar que hablaba algun lenguaje propio, con sentido acomodado á la variedad de sus relinchos.

Entre tanto llegó otro caballo, saludó al primero con mucha cortesania, se hicieron sus cumplimientos recíprocos, y siguieron relinchando de mil modos, que parecían formar sonidos articulados. Apartáronse un poco, como para tratar alguna cosa reservada, y de cuando en cuando iban y venían paseándose con mucha gravedad, como dos personas que conferencian sobre un negocio interesante; pero sin perderme de vista por si me escapaba.

Absorto de ver á unas bestias portarse de esta manera, me decia yo á mí mismo:—pues los brutos en este país tienen tanta razon, es preciso que los hombres sean racionales en sumo grado;—y esta reflexión me dió tanto aliento, que resolví internarme hasta descubrir alguna aldea ó casa donde poder encontrar algun habitante, dejando á los dos caballos que tratasen cuanto quisiesen en buena compañía. Uno de ellos (que era tordillo) advirtió que me iba, y relinchando tras mí de un modo espresivo que me hizo conocer su intencion, volví á encontrarle, procurando disimular mi turbacion, propia del caso; pues como puede discurrir el lector, yo ignoraba en qué vendría á parar todo esto.

Cogiéndome en medio, estuvieron observando otro corto rato mi cara y manos, al parecer muy complacidos de la delicadeza de mi cutis, especialmente el tordillo, que me asió la mano derecha para acariciarla; y me la apretó tanto entre el casco y la ranilla, que no pude menos de quejarme á gritos, lo cual me atrajo nuevos halagos llenos de amistad y ternura. Manifestaron grande admiracion de los faldones de mi casaca y del sombrero; pero lo que les dió mas que hacer fueron mis medias y zapatos: les pasaban la mano por encima haciendo mil visajes, como un filósofo que pretende explicar algun fenómeno.

Noté cosas tan racionales y juiciosas en aquellos animales, que los tuve por encantadores que se habian transformado en caballos con algun fin particular; y que habiendo visto á un extranjero en el camino, porque les hubiese chocado mi figura, aire y vestido, habian querido entretenerse un rato á mi costa. Esto fué lo que me animó á tomarme la libertad de hablarles en los siguientes términos:—Señores caballos, si sois encantadores como me haceis sospechar, debéis entender todas las lenguas; así, pues, tengo el honor de deciros en la mia que soy un pobre inglés que he tenido la desgracia de encallar en estas costas, y si sois perfectos caballos, os ruego me permitais montar sobre uno de vosotros, para buscar alguna aldea ó casa donde recogerme, admitiendo en recompensa este cuchillo y este brazaletes.

Los dos animales estaban atentos á mi discurso, y cuando acabé principiaron á relinchar alternativamente vuelto el uno hácia el otro. Entonces conocí claramente que sus relinchos eran significativos, y encerraban vocablos que quizá pudieran componer un abecedario tan fácil como el de los chinos.

Repetieron frecuentemente la palabra *yahou*, cuyo sonido distin-

guí, aunque no pude encontrar la significacion por mas que lo procuré mientras su conferencia. Concluida esta, pronuncié en alta voz *yahou*, *yahou*, tratando de imitarlos, cosa que les pasmó, aunque notaban imperfeccion, porque el tordillo volvió á repetirla dos veces como para enseñarme á pronunciarla bien. Tomé la leccion acomodándome en lo posible á su modo, y creo que aunque distante de la perfeccion, no lo hice tan mal. El otro caballo (que era bayo) quiso á mi entender enseñarme otro vocablo mucho mas difícil, que reducido á la ortografía inglesa puede espresarse así, *houyhnhnm*. No aproveché tanto ni tan rápidamente en esta segunda leccion; pero despues de varios ensayos la aprendí aun mejor, de suerte que, á lo que juzgo, ellos quedaron satisfechos de mi inteligencia.

Volviéron á conversar (sin duda acerca de esto), y con la misma ceremonia que se habian unido se despidieron. El bayo me hizo seña de que marchase delante de él, como ejecuté, pareciéndome conveniente obedecer mientras encontraba otra compañía mejor; mas viendo que caminaba poco me relinchó *hhuuum*, *hhuuum*. Conocí su intencion, y dándole á entender que iba muy cansado, se paró movido de caridad para que descansase.

II.

Llevan al autor á la morada de un houyhnhnm. Cómo le reciben. Cuál era el alimento de los houyhnhnms. Dificultad de encontrarle para sí el autor.

Habiendo caminado cerca de tres millas, llegamos á una casa de madera, muy baja, cubierta de pajas, á cuya vista principié á sacar de mis faltriqueras los cortos presentes que destinaba para ser bien recibido de sus moradores. El caballo me hizo entrar delante en una gran sala muy limpia, pero sin otro adorno que un pesebre y una gamella. Vi tres caballos enteros con dos yeguas, sentados en cuclillas sin comer, y entrando á este tiempo el tordillo dando magistrales relinchos, atravesamos juntos otras dos salas en el mismo piso. En la última me hizo seña de que aguardase mi introductor, mientras pasaba él á otra inmediata: ceremonia que me dió una grande idea de la dignidad de su amo, en medio de que no podia persuadirme de que una persona de calidad tuviese caballos para pajes. Llegué á sospechar que mis pasadas desdichas me habian turbado el juicio, y que estaba loco. Miraba atentamente á todas partes, examinaba la antecámara, que con corta diferencia estaba amueblada como la otra pieza, me desgarraba los ojos á escudriñar prolijamente cuanto me cercaba, y siempre veía una misma cosa. Me pellizqué los brazos, me mordí los labios, me dí papirotes en la frente por si aquello era sueño, y como siempre hablaba los mismos objetos, decidí que todo aquello era cosa de brujería.

Volvió á buscarme el tordillo, me hizo seña de entrar con él en otra sala, y me presentó á una hermosa yegua que tenia á su lado un potro y una potranquita muy graciosa, todos sentados con mucha modestia sobre una estera tan fina como aseada. La yegua se levantó á recibirme, miró con atención mi cara y manos, y volviéndome desdeñosa la espalda, relinchó repetidamente *yahou*, *yahou*. No tardé en comprender el funesto sentido de esta voz, por mi desgracia, pues el caballo introductor, haciendo seña de que le siguiese y gritando *hhuum*, *hhuum*, me condujo á un trascorral, donde habia otro edificio algo separado de la casa, y en él lo primero que hirió mis ojos fueron tres de aquellos perversos animales, cuya descripción he hecho mas arriba, atados por el cuello, desgarrando entre sus dientes y uñas pedazos de carne de jumento, perro y vaca (segun me informé despues) y algunas raices.

El caballo mandó á una pequeña haca, lacayo suyo, que desatase al mas grande de ellos para cotejarle conmigo, y entonces fué cuando conocí la significacion de *yahou*, nombre que daban á aquellos monstruos, por las repetidas veces que los nombró en el acto; pero ¡cuál fué mi sorpresa y horror al ver en una fiera todas las facciones y figura de un hombre! Solo si noté la diferencia de que su cara era larga y plana, la nariz quebrantada y la boca muy grande; y aun esto es comun á todas las naciones salvajes, porque las madres los paren con la cara contra el suelo, y los llevan á la espalda golpeando siempre las narices. Sus manos estaban armadas de unas grandes uñas, y su piel era morena, áspera y cubierta de pelo. Respecto á los pies habia la misma diferencia, que favorecida de las medias y zapatos habia parecido mucho mayor á los señores caballos. En todo lo demás éramos iguales, esceptuando el color y el pelo.

Como quiera que fuese, ellos la encontraban bastante grande, porque creían que mi ropa era mi piel natural y una parte de mi sustancia propia, bien diferente de la de sus *yahous*. La haca lacayo me presentó una raiz que tenia entre su casco y la ranilla, la cual tomé por no hacerla desaire, la llevé á la boca y se la volví. Ella, poco satisfecha de mi aprecio, fué corriendo al establo de los *yahous*, y me trajo un pedazo de carne de jumento; pero yo no me atreví siquiera á cogerla, dándole á entender como pude que me hacia daño, y entonces se la echó á un *yahou*, que sin hacerse rogar la devoró con gran delicia. Viendo que el alimento de los *yahous* no me hacia gracia, me ofreció

del suyo, que era avena y heno, para mí igualmente inútil: y por último, aburrida de no saber qué darme, quiso demostrármelo de un modo tan espresivo como natural, llevando una mano á la boca, á que contesté sin fruto alguno, porque ni pudo entenderme, ni se hablaba con disposicion para satisfacer mi apetito.

Entonces pasó por allí una vaca, se la señalé con el dedo, y le expliqué de un modo bastante claro mi deseo de ordeñarla. Esto lo entendió mejor, mandando al instante á una yegua, criada de casa, que me abriese una sala, donde encontré gran porcion de barreños de leche con mucho aseó, y en uno de ellos salí de mi apuro por esta vez.

Como á la hora de mediodía paró á la puerta un coche ó carro, tirado por cuatro *yahous*, y dentro un caballo viejo, al parecer persojado de primera jerarquía, que iba á visitar á mis huéspedes y acompañarlos á comer. Recibíeronle con mucha cortesania y respeto, y pasando todos á la sala principal, se colocaron estribados sobre haces de paja al rededor de una gran gamella circular con varias separaciones, semejante á una rueda de lugar de Normandía, en que les sirvieron primeramente paja y heno, y despues avena hervida con leche. Cada uno comia en su separacion correspondiente, con mucha decencia y comodidad. El potro y la potranquita, señoritos de la casa, estaban al lado de sus padres, por quienes eran asistidos con particular interés. Yo tambien fuí de la mesa, habiéndome mandado el tordillo que me sentase junto á él, y aun sospecho que habló largamente de mí con su amigo, porque me miraba á menudo y repetía la palabra *yahou*.

A esto se agregó la novedad de haberme puesto casualmente los guantes, y como notaba la diferencia de mis manos, no sabia de qué modo esplicar su confusion y deseo de volverlas á ver como antes, hasta que me las desnudé, granjeándome por la docilidad el afecto de toda la tertulia, que á competencia se empeñó en perfeccionarme en su idioma, especialmente en los nombres de la avena, leche, fuego, agua y otros de primera necesidad que ya entendia, pero no sabia pronunciarlos. Desde entonces me apliqué á retenerlos en la memoria, valiéndome como nunca de esta admirable disposicion que la naturaleza me ha dado para aprender lenguas.

Concluida la comida, el caballo amo me llamó aparte, y por señas acompañadas de algunas palabras, me insinuó su pesadumbre de ver que no comia ni encontraba cosa que me gustase. *Hhuum* en su lengua significa la avena, y aunque al principio no me acomodó, despues reflexioné que mezclándola con leche podia proporcionarme un plato regular para mi sustento mientras encontraba ocasion de escaparme. Pronuncié esta palabra dos ó tres veces, y al momento dió orden á otra criada, que era una yegua blanca bastante graciosa, de que me trajese una porcion de avena en un plato de madera. La hice tostar, como se pudo, la estregué para quitarla la cáscara, la limpié, la molí entre dos piedras y amasé tortas, que recién cocidas y remojadas en leche fueron mi alimento.

Al principio confieso que para mí era un manjar bastante insípido, aunque en algunos parajes de Europa sea muy comun; pero con el tiempo me acostumbé á él, y como estaba enseñado á trabajos, no fué esta la primera vez que experimenté cuán poco es menester para contentar las necesidades de la naturaleza, y que el cuerpo se habita á todo: debiendo notar aquí tambien que mientras residí en aquel país no tuve la menor alteracion en mi salud. De cuando en cuando salía á cazar pájaros y conejos con lazos que armaba de pelos de *yahou*: otras veces cogia yerbas y las cocía ó hacia ensalada, y para extraordinario batía manteca. Lo que sí echaba menos en los primeros dias era la sal, hasta que me acostumbré á escusarla, tanto que me costó trabajo volver á ella cuando dejé aquel país, y ahora conozco que su uso es efecto de nuestra intemperancia, introducido solamente para escitarnos á beber; siendo de notar que ningun animal sino el hombre la mezcla en sus comidas.

Baste de alimentos, que si me he estendido demasiado sobre este artículo, ha sido por imitar á la mayor parte de los viajeros, que se figuran cuando escriben que importa mucho al lector saber si han comido bien ó mal en sus viajes. Además aquí he creído no debía omitirse; pues de otro modo, ¿cómo haria creer que he vivido tres años en tal país, y entre tales habitantes?

Al anochecer mandó el caballo amo destinarme cuarto como á seis pasos de la casa, separado del cuartel de los *yahous*. Hice mi cama con unos haces de paja y los vestidos, y pasé la noche bastante bien, durmiendo con gran tranquilidad, aunque en adelante me fué todavía mejor, como se verá cuando trate de mi modo de vida en aquel país.

III

El autor se aplica al estudio de la lengua, aprovechando las lecciones del Houyhnhnm su amo. Diferentes Houyhnhnms le visitan por curiosidad. Refiere á su amo en compendio sus viajes.

Asombrados de ver en un bruto todas las señas de un racional no solo me miraban como prodigio, sino que merecí que mi amo (es- te es el nombre que le daré de aquí adelante), sus hijos y demas figu-

lia, deseando que me instruyese con perfeccion en su lengua, se dedicaran á darme lecciones y yo á aprovechar en ellas. El modo era señalarles con el dedo la cosa cuyo nombre queria saber, y le retenia en la memoria para escribirle despues en mi diario cuando me hallaba solo. Procuraba coger el acento escuchándoles con atencion, y en seguida hacia mis ensayos; pero á no ser por la haca alazana de poco me hubiera servido.

Confieso que hallé su pronunciacion sumamente difícil, porque ellos hablan á un mismo tiempo con la nariz y la garganta: lengua *narici-gutural* muy parecida á la alemana, aunque sin comparacion mucho mas graciosa y espresiva. Así decia el emperador Carlos V, habiendo hecho la misma observacion, que si hubiera de hablar á su caballo le hablaría en aleman.

Era tanta la impaciencia de mi amo por satisfacer su curiosidad con mi conversacion, que destinaba todo su tiempo libre á instruirme en su lengua. El me tenia por *yahou*, segun confesó despues; pero mi compostura, docilidad y disposicion para aprender le encantaban en extremo, no pudiendo concebir estas cualidades con las del *yahou*, animal grosero, puerco ó indócil; y como nunca me acostaba hasta que todos estaban recogidos, y por la mañana me encontraban siempre vestido, vivía en el concepto de que mi ropa era parte de mi cuerpo, lo cual acrecentaba su confusion. Por último, á vista de los progresos que de día en día iba haciendo en la inteligencia y pronunciacion del idioma, se prometia saber muy presto de qué país procedia, cómo y cuándo habia adquirido esta especie de razon que me distinguía, y lo que el resto de mi historia. Para ayudar en algo á mi memoria iba formando un abecedario de los vocablos que aprendia, poniendo por bajo su significacion en inglés. Al principio me reservaba de su vista; pero pasado algun tiempo no tuve reparo en escribir delante de mi amo, ni él pudo comprender lo que hacia, porque los *houyhnhnms* no tienen la menor idea de lo que es escritura.

Al cabo de diez semanas entendia ya muchas de sus preguntas, y tres meses despues me hallé suficientemente instruido para poder contestarles. Viéndome mi amo en estado de poder seguir una conversacion, me preguntó entre otras cosas de qué país venia, y cómo habia aprendido á remedar al animal racional no siendo mas que un *yahou*;—pues aunque estos *yahous* á quienes os semejais en la cara y en las manos (añadió) no dejan de tener algun vislumbre de conocimiento, astucia y malicia, carecen de esa comprension y docilidad. Mi respuesta fué: que venia de muy lejos; que habia atravesado los mares con otros muchos de mi especie en un gran edificio de madera hasta llegar á aquellas costas, donde me habian abandonado; pero tuve que acompañar todo esto de mil señas y acciones para hacerme entender. Mi amo me replicó que era preciso me hubiese equivocado, que habia dicho la cosa que no era, queriendo darme á entender que mentía; pues los *Houyhnhnms* no tienen en su lengua palabra que espese la mentira ó falsedad, y no concebía que hubiese tierra de la otra parte de las aguas, ni que un vil rebaño de animales fuese capaz de conducir á su voluntad sobre este elemento un edificio de madera tan grande. Apenas (decia él) un *Houyhnhnm* podria hacerlo, y en tal caso no haria su direccion á los *yahous*.

Yo sabia que esta voz *Houyhnhnm*, que en su lengua significa caballo, traia su etimología de la perfeccion de la naturaleza, y así no quise responderle mas sino que faltándome todavía espresiones, me reservaba para otro día el darle parte de cosas que le pasarian. Entonces exhortó á madama yegua su esposa, á los señoritos potro y potranca sus hijos, y á todos sus domésticos á que concurriesen con celo constante á perfeccionarme en el idioma; y aun él mismo destinó dos ó tres horas diarias á esta ocupacion.

Eran continuas las visitas de caballos y yeguas de primera distincion, que informados de que en casa de mi amo habia un *yahou* prodigioso, que hablaba como un *Houyhnhnm*, y en cuyas espresiones y modales se traslucía algo de razon, acudian llenos de curiosidad; y como todos me preguntaban y me veia precisado á contestarles segun podia, todo esto contribuyó á instruirme y ejercitarme, de suerte que dentro de cinco meses no me quedó que aprender entre la mayor parte de sus cosas.

Algunos de los concurrentes hallaban dificultad en creer que fuese un verdadero *yahou*, atendida la diferencia de mi piel; pues decian que solo se advertia semejanza en la que cubria mi cara y manos, aunque sin pelo. Solo mi amo sabia este secreto, que un accidente ocurrido pocos dias antes me habia obligado á descubrirlo, y hasta entonces habia podido ocultar por el temor de que me confundiesen con sus *yahous*.

Ya dije al lector que por las noches aguardaba á que todos estuviesen recogidos para desnudarme, y los vestidos me servian de cobertor. Una mañana envié mi amo á su lacayo alazan á buscarme muy temprano. Yo dormia desentendadamente, la ropa se habia caido, y mi camisa estaba arrollada. Despertando con el ruido advertí su turbacion, y que se volvia sin evacuar la comision, sin duda á dar parte al amo de lo que habia visto. Vestíme al instante para ir á dar los buenos dias á su Honor (que es el tratamiento que ellos usan, como nosotros la excelencia, señoría ó reverendísima), y apenas entré me preguntó qué era

lo que su lacayo había visto en mí aquella mañana, pues le había dicho que yo no era el mismo dormido que despierto, que tenía otra piel distinta.



A pesar de mis temores fué preciso descubrirle el misterio, que no podía llevar mas adelante, porque además mis vestidos y zapatos se iban destruyendo, y veía próxima la necesidad de tener que recurrir á la piel de algun *yahou* ó de otro animal para reemplazarlos. Respondí á mi amo que en el país de donde procedía todos los de mi especie acostumbraban cubrir su cuerpo con el vellón de ciertos animales, preparado con arte, bien fuese por la honestidad y decencia, ó bien por defenderse del rigor de las estaciones, y que estaba pronto á hacerle ver claramente esta verdad desnudándome en su presencia, con tal que me permitiese reservar lo que la naturaleza nos prescribía. A esto no pudo ya disimular su sorpresa, y me replicó:—¿Pues qué, la naturaleza nos ha hecho efectivamente presentes de que debemos avergonzarnos? Pues nosotros nunca nos hemos avergonzado de sus dádivas, ni tenemos reparo en esponerlas á la luz; pero no quiero olvidarnos.

Me desnudé honestamente por satisfacer la curiosidad de *su Honor*, que dió grandes muestras de admiración al ver mi cuerpo. Después fué examinando con igual atención todos mis vestidos, cogiendo pieza por pieza entre su casco y la ranilla, y sin dejar de acariciarme y dar vueltas al rededor de mí, hasta que se creyó bien enterado. Entonces con mucha gravedad me dijo que estaba claro que era un verdadero *yahou*; que no me diferenciaba de todos los demás de mi especie sino en tener las carnes menos duras y mas blancas, la piel mas suave, nada de pelo en la mayor parte de mi cuerpo, las garras mas cortas, con alguna diferencia en su figura, y que afectaba andar en dos piés. Que no quería ver mas; que me vistiese; lo cual agradecí infinito porque ya principiaba á enfriarme.

Encarecí á *su Honor* cuánto me mortificaba dándome seriamente el nombre de un animal tan inflame y odioso: que me escusase tal ignominia, y tuviese á bien encargarme lo mismo á su familia, criados y amigos; mas todo fué en balde. También le supliqué guardase el secreto de mis vestidos, por lo menos hasta que me viesse precisado á renovarlos, y que mandase á su lacayo alazan que no publicara lo que había visto.

Me prometió el secreto, y con efecto nada se supo hasta que me vi obligado á buscar de qué vestirme, como diré mas adelante. Pero me volví á encargarme que me perfeccionase en la lengua, porque le pasaba aun mas el oírme hablar y razonar, que el verme blanco y sin pelo: que tenía un inesplicable deseo de saber de mí aquellas cosas admirables que le había ofrecido. Esto le hizo dedicarse cada día mas á mi enseñanza, y para ejercitarme principió á llevarme consigo á las tertu-

lias, cuidando de que me tratasen con decencia y aprecio, con la idea (según me declaró después en confianza) de suavizar mi humor, y hacerme mas agradable y divertido.

Después de cada lección siempre me preguntaba alguna cosa relativa á mi historia; y como procuraba contestarle con la expresión posible, él fué adquiriendo unas ideas generales, aunque imperfectas, de lo que había ofrecido explicarle, y yo llegué al punto de poder seguir una conversacion seria y larga. Baste decir que la primera que tuvimos de esta clase fué tal cual voy á referir.

Dije á *su Honor* que venía de un país muy distante, con otros cincuenta, sobre corta diferencia, de mis semejantes, que habíamos atravesado los mares en un navío, esto es, en un edificio construido de tablas: le describí como pude la forma del navío, y desplegando un pañuelo, le hice comprender de qué modo avanzábamos por medio de las velas infladas del viento. Le dije tambien que con motivo de una pendencia suscitada entre nosotros, me abandonaron los compañeros en la ribera en que me había encontrado: que al pronto me vi perplejo sin saber qué país ocupaba, hasta que *su Honor* tuvo la bondad de librarme de los villanos *yahous* que me perseguían.—¿Quién fué el que construyó ese navío?—me preguntó:—¿cómo fiaron su direccion los *houyhnhms* de vuestro país á unas bestias? A esto le respondí que me era imposible satisfacer á su réplica, ni continuar mi relacion, á menos que me empeñase su palabra, y me prometiese sobre su honor y su conciencia no ofenderse de cuanto me oyes: que solo en estos términos podría seguir adelante, y manifestarle con sinceridad aquellas cosas admirables que había ofrecido referirle.

Me aseguré con toda seriedad que no se resentiría de nada, y en esta confianza le declaré que el navío había sido fabricado por criaturas semejantes á mí: que en mi país, y en cuantas partes del mundo había corrido, éramos los únicos animales dominantes y racionales: que cuando llegué allí me había sorprendido estremadamente el ver á los *Houyhnhms* manejarse como criaturas dotadas de razon, del mismo modo que él y todos sus amigos se manifestaban tan aturdidos de encontrar razon en mí, llamándome por su antojo *yahou*, sin otra semejanza de aquellos viles animales que en la figura exterior, pero con grande diferencia en las cualidades del alma; y añadí que si algun día me permitiese el cielo volver á mi patria, y publicar en ella la relacion de mis viajes, particularmente la residencia entre los *Houyhnhms*, todo el mundo esclamaría que decía la cosa que no era, que les contaba una historia fabulosa ó impertinente inventada por mí mis-



mo; y en fin, que á pesar del respeto que le profesaba, como á su ilustre familia y amigos, me atrevía á decirle con seguridad que jamás creerian en mi país que un *Houyhnhnm* era un animal racional, y un *yahou* una bestia.

IV.

La verdad y la mentira, como la comprenden los *houyhnhms*. Los discursos del autor criticados por su amo.

Mientras pronunciaba estas últimas expresiones, parecía mi amo desasosegado, inquieto y como fuera de sí: *dudar* y *no creer* lo que se oye (decía) es una operacion del espíritu, á que no estan acostumbrados los *houyhnhms*, y en una precision sale, por decirlo así, fuera de su asiento natural. Bien me acuerdo de que conferenciando un dia sobre las propiedades de la naturaleza humana, cual se experimenta en el resto del mundo, no podia concebir lo que significaban estas voces *mentira* y *engaño*, razonando de este modo: el uso de la palabra nos ha sido concedido para comunicarnos unos á otros nuestros pensamientos, y para instruirnos de lo que ignoramos: *decir cosa que no es* no es obrar según la intencion de la naturaleza; es abusar de la palabra, hablar sin hablar; porque si hablar es dar á entender lo que se piensa, cuando haceis aquello que llamais *mentir*, me haceis entender lo que no pensais, me decís lo que no es, en vez de decirme lo que es; luego no hablais entonces, sino que abris la boca para despedir unos sonidos vanos, y cuando esperaba salir de mi ignorancia, me la aumentais. Tal es la idea de los *houyhnhms* sobre la facultad de mentir, que poseemos los humanos en un grado tan perfecto y eminente.

Pero volviendo á nuestra conversacion, ¿cuál fué la sorpresa de mi amo al oír que los *yahous* eran en mi patria los animales dominantes y maestros! Preguntóme si teníamos *houyhnhms*, y qué destino ú ocupacion les dábamos. Le dije que teníamos un gran número de ellos; que el verano pacian en los prados, y en entrando el invierno estaban recogidos en casa al cuidado de ciertos *yahous* que los peinaban, les limpiaban la piel, les lavaban los piés y les daban de comer y beber. Ya os entiendo, me contestó entonces; es decir, en suma, que aunque vuestros *yahous* blasonan de poseer alguna razon, los *houyhnhms* son siempre los amos como aquí. ¡Ojalá que nuestros *yahous* fuesen siquiera tan dóciles y buenos criados! Pero continuad, que me dáis gusto.

Volví á suplicar á *su Honor* que me dispensase, porque no podia referir el resto sin faltar á las leyes de la prudencia, moderacion y buena crianza. Quiero saberlo todo, me repitió; proseguid, y no temais que recibia pesadumbre.—Pues que así lo queréis, continué, debo obedecer. Los *houyhnhms*, que nosotros llamamos *caballos*, son unos animales muy hermosos y muy nobles, tan vigorosos como ligeros en la carrera. Los que estan en casas de tono no tienen otra ocupacion que viajar, correr y tirar de carros triunfales, muy cuidados y estimados mientras son jóvenes y se mantienen sanos; pero en llegando la vejez ó quedando inútiles, son desechados y vendidos á *yahous*, que los dedican á trabajos penosos, duros y bajos, hasta que mueren. Entonces los desuellan para aprovechar la piel, y los abandonan á las aves de rapiña. Tal es en mi país la suerte de los mas bellos y nobles *houyhnhms*. No son tan felices en su juventud los que caen en manos de labradores, carreteros, caleteros y otras gentes semejantes, que les hacen trabajar mucho mas sin estar tan bien mantenidos. En seguida describí á *su Honor* nuestro modo de caminar á caballo, con todo el equipaje de un caballero, explicándole como pude la brida, la silla, las espuelas, el látigo, los arneses de los caballos de tiro, ya fuesen destinados á un coche ó á un carro; y terminé mi relacion con la costumbre de clavarles en el asiento de los piés una plancha de cierta sustancia muy dura que llamábamos *hierro*, con el fin de conservarles el casco, y evitar que se rompiese en los caminos pedregosos.

Indiguado del modo brutal con que tratábamos á nuestros *houyhnhms*, me manifestó que estaba absorto de que tuviésemos la avilantez y atrevimiento de montar en ellos: que si el mas valiente de sus *yahous* lo hiciera con el mas infimo *houyhnhnm* de sus criados, seria inmediatamente arrastrado y hecho añicos. A esto le repliqué que ordinariamente los domábamos y adiestrábamos en la edad de tres á cuatro años, y que si alguno resultaba indócil, rebelde y falso, le aplicábamos á tirar de los carros y á labrar las tierras á fuerza de golpes. Que los machos destinados á la silla ó tiro de un coche, eran por lo regular castrados, á fin de hacerlos mas quietos y obedientes. Que eran sensibles á los halagos como al castigo, y que sin embargo carecian de razon como los *yahous* de su país.

Me costó sumo trabajo hacerle comprender todo lo dicho, teniendo que valerme de circunloquios á causa de la pobreza de su lengua, tan escasa de términos como ellos de pasiones; pues no tiene duda que lo que forma la riqueza y amenidad de un idioma es la multiplicacion y subdivision de las pasiones.

La impresion que mi discurso hizo en su ánimo, y la noble ira de que se vió arrebatado, especialmente cuando le declaré la costumbre de castrarlos para hacerlos mas dóciles y evitar que procrasen, son superiores á toda exageracion. El convenia en que si había un país donde los *yahous* fuesen los únicos animales racionales, era muy justo que dominasen y se sometiesen á sus leyes todos los demás, supuesto que la razon debe mandar á la fuerza: pero añadía que, bien considerada mi figura, era muy contrachecho para poder ser racional, ó siquiera

ra poder servirme de la razon en la mayor parte de las cosas de la vida. En seguida me preguntó si todos los *yahous* de mi país eran semejantes á mí. Le respondí que con diferencia todos teníamos la misma figura, y que yo pasaba por uno de los mas perfectos: que los jóvenes y las hembras tenían la piel mas fina y delicada, y que estas eran por lo comun blancas como la leche. Confesóme que era cierto había alguna diferencia de los *yahous* de su trascorra á mí; pero que en cuanto á las ventajas sólidas, juzgaba que me escedían en muchas: que mis cuatro piés estaban desnudos, pues el poco pelo que tenían no era bastante para preservarme del frio; que los delanteros no eran verdaderos piés, pues no me servían de ellos para andar por su debilidad y delicadeza, y que aquella cosa con que los cubría á veces, no era tampoco tan dura y fuerte como la cubierta de los traseros; y en suma que no marchaba con seguridad, porque en deslizándose cualquiera de ellos era preciso que diese en el suelo. Por este estilo fué censurando toda mi figura: la *platitude* de mi cara, la *prominencia* de



la nariz, la direccion de mis ojos al frente, de modo que no podia mirar á los costados sin volver la cara, la imposibilidad de comer sin el auxilio de los piés delanteros, y que sin duda para suplir el defecto me había puesto la naturaleza en ellos tantas coyunturas. No concebía para qué pudiesen servirme todos aquellos miembros separados al extremo de los piés traseros, demasiado débiles para resistir á las piedras y al monte, por cuya razon tenía que cubrirlos con piel de alguna otra bestia. Que mi cuerpo sin pelo estaba espuesto á la intemperie, y me veía precisado á cubrirle del ageno diariamente, esto es, á vestirme y desnudarme, que á su entender era lo mas fastidioso y cansado que podia imaginarse. Y por último, que había observado un natural horror en todos los animales de su país á los *yahous*, tanto que huían de ellos; y concediendo que en el nuestro hubiésemos recibido de la naturaleza esta prerogativa de la razon, no sabía cómo pudiésemos curar con toda ella una antipatia semejante, ni exigir servicio alguno. Pero no quiero llevar mas adelante este punto (añadió): os perdono cuantas respuestas pudiérais darme, y solo os ruego tengais la bondad de contarne vuestros sucesos, y describirme el país donde habeis nacido.

Si el respeto y la modestia me hubiesen permitido contradecir á mi amo, era esta la ocasion de haber soltado las riendas á la presuncion humana sobre la esclencia propia y hermosura de nuestra configuracion. A fe que no hubiera dejado de decir con Ovidio:

Os homini sublimis dedit, etc.

Pero por no incurrir en sandeces no dije nada absolutamente, quedándome con el ánsia de hacerle ver que en estos piés delanteros,

de que él hacia tan poco aprecio, consiste toda la fuerza y poder de la naturaleza humana: que estos diez miembros que terminan bastan para sujetar á todos los animales y poner en ejecución cuanto la imaginación ofrece; y que conducidos con un poco de inteligencia son el terror del mundo entero. Hubiera fabricado fácilmente unas espuelas de hueso, y una brida de piel de vaca, y habiendo montado en cualquier *Houyhnhnm*, le hubiera demostrado lo que es un *yahou* que posee un poco de razón, y conoce el uso de sus dedos.

¡Cómo me había de propasar á tal cosa! No respondí mas sino que estaba pronto á satisfacer todos los particulares que interesaban su curiosidad, aunque dudaba mucho de poder conseguirlo, en unas materias de que su *Honor* no podía tener la menor idea, por no haber en aquel país semejanza siquiera; que sin embargo procuraría cumplir por mi parte, valiéndome de parábolas y metáforas, suplicándole primero me disculpase si acaso no me servía de los términos propios.

Dije pues que había nacido de padres honrados en una isla que se llamaba Inglaterra, tan distante, como que el mas robusto *Houyhnhnm* apenas podría hacer este viaje en toda la carrera anual del sol: que había ejercido en mis principios la cirugía, esto es, el arte de curar las heridas: que mi país estaba gobernado por una hembra que llamábamos la Reina: que yo lo había abandonado por adquirir riquezas, para proporcionar á mi regreso mayores comodidades á mi familia, habiendo logrado en el último de mis viajes el título de capitán de navío, llevando á mis órdenes cerca de cincuenta *yahous*, cuya mayor parte había perecido en el camino, y me había sido forzoso reemplazar con otros de diversas naciones: que nuestro navío había estado dos veces en peligro de naufragar, la primera por una violenta tempestad, y la segunda por haber chocado contra una roca.

Aquí me interrumpió para preguntarme cómo había podido enganchar extranjeros de distintos climas, viendo los riesgos y pérdida que había sufrido. Le respondí que todos eran gentes infelices, sin casa ni hogar, que habían dejado su patria ó por el mal estado de sus negocios, ó por delitos que habían cometido; unos consumidos en procesos y despojados por la ley; otros por el juego y sus descubiertos, y casi todos traidores, asesinos, ladrones y falsarios, que no se atrevían á volver á su patria por temor de ser ahorcados, ó cuando menos de verse miserables en un calabozo.

Mientras le hacia esta relacion, volvió á interrumpirme varias veces con sus objeciones, teniendo que valerme de circunloquios y otros arbitrios para explicar los crímenes que habían obligado á aquellos hombres á dejar su domicilio, y con todo eso no podía concebir qué fin los arrastraba á cometerlos. Fué preciso darle á conocer en algun modo lo que era nuestro insaciable deseo de engrandecernos y adquirir riquezas, y los funestos efectos del lujo, de la intemperancia, de la malicia y de la envidia. Pero no pude conseguir nada por mas ejemplos é hipótesis de que usaba: cada vez mas negado á comprender que estos crímenes existían realmente, estaba con los ojos bajos sin poder explicar su sorpresa ó indignacion, como una persona que siente su imaginacion herida de una cosa que no ha visto ni oído jamás.

No hay en la lengua de los *houyhnhnms* modo de explicar estas ideas de poder, gobierno, guerra, ley, castigo, ni otras semejantes, sino valiéndose de dilatadas perifrasis; y así me ví apurado para hacer á mi amo la pintura de Europa, y particularmente la de Inglaterra mi patria.

V.

El autor explica á su amo los motivos que suelen encender la guerra entre las naciones de Europa; y cómo se la hacen los particulares unos á otros. Pintura de los procuradores y jueces de Inglaterra.

Tenga presente el lector, si quiere, que lo que voy á esponer es el extracto de varias conversaciones que tuve con mi amo el *houyhnhnm* en los dos años que residí en aquel país. Su *Honor* me proponía cuestiones diferentes; y á proporcion de los conocimientos que yo iba adquiriendo en el uso de su idioma, me exigía la respuesta mas ó menos prolija. Yo le manifesté como pude el estado de toda Europa: discurrí sobre las ciencias, artes, manufacturas y comercio; de suerte que de una série de preguntas y respuestas sacamos asunto para una conversacion interminable. Me limitaré aquí á lo sustancial de aquellas que tocan á mi patria, y dándolas el mejor orden, no me ceñiré tanto á los tiempos y circunstancias, como á la exactitud de la verdad. Solo me desanima la dificultad de traducir con su propia gracia y energía los bellos discursos de mi amo, y sus sólidos razonamientos. Ruego al lector me lo disimule, disculpándome en parte por la defectuosidad de la lengua en que tengo que explicarme ahora.

A instancias de mi amo le referí un dia la última revolucion acaecida en Inglaterra por la invasion de un príncipe ambicioso, que en seguida hizo la guerra á uno de los monarcas mas poderosos de Europa, dotado de todas las virtudes régias, y cuya gloria resonaba por el universo. Que la reina sucesora había continuado esta guerra, en que las potencias todas de la cristiandad habían tomado interés, y que en esta misma guerra funesta habria ya acaso perecido un millon de *yahous*:

que habían sido tomadas por asedio mas de cien ciudades, y sumergidos ó incendiados mas de trescientos navios.

Quiso saber cuáles eran las causas ordinarias de nuestras refriegas, y de aquello que llamaba la guerra. Respondíle que eran innumerables, pero que le manifestaría algunas. Tal vez, le dije, suele ser la ambicion de un príncipe que no se sacia de poseer tierra y gobernar pueblos, y tal vez la política de los ministros que quieren dar ocupacion á los vasallos malcontentos. La division de los ánimos en la adopcion de opiniones tambien puede causarla: el uno cree que silbar es una accion buena, el otro que es un delito: uno dice que es preciso vestir de blanco, otro que de negro, colorado ó amarillo. Este quiere que llevemos un sombrero muy chico y apuntado: aquel sostiene que debe ser muy grande y tendido, etc. Inventé espresos estos ejemplos quiméricos, por declararle las verdaderas causas de nuestras desavenencias con respecto á la opinion, previendo la pena que me hubiera costado hacérselas entender; solo si añadí que nuestras guerras nunca eran tan largas y sangrientas como cuando provenian de las opiniones diferentes que unos cerebros exaltados sabian hacer prevalecer por una y otra parte, hasta tomar las armas.

Ciertamente que cuanto acabais de contarme (me replicó su *Honor*) me da una alta idea de vuestra razon. Como quiera que sea, tenéis la fortuna de que, en medio de ser tan malos, no podeis haceros mucho daño; pues por mas que hayais querido exagerarme los efectos terribles de esas guerras crueles en que perecen tantos, yo creo que me habeis dicho la cosa que no es. La naturaleza os ha dado una boca chata sobre una cara chata tambien; y yo no alcanzo cómo podreis morderos sino amigablemente. Vuestras garras, tanto de los pies delanteros como de los de atrás, son tan sumamente débiles y cortas, que sin disputa un solo *yahou* de los nuestros desgarraría á una docena como vos.

Yo no pude menos de sonreirme de la ignorancia de mi amo. Como sabia un poco del arte de la guerra, le hice una amplia descripcion de nuestros cañones, culebrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, sables y bayonetas; le pinté el sitio de una plaza, las trincheras, los ataques, las salidas, minas y contraminas, los asaltos, las guarniciones pasadas á cuchillo. Le expliqué nuestras batallas navales. Le representé los gruesos navios echados á pique con todas sus tripulaciones; otros cribados á cañonazos, destrozados, incendiados en medio de las aguas; el humo, el fuego, las nieblas, los relámpagos, los clamores de los heridos, los gritos de los combatientes, los miembros saltando en el aire, el mar ensangrentado y cubierto de cadáveres. Luego le pinté nuestras batallas por tierra, en que se derramaba mucha sangre, y en un solo dia perecian cuarenta mil combatientes de una y otra parte; y para exaltar un poco el valor y bravura de mis amados compatriotas, le dije que había visto en un sitio hacer volar por los aires con la mayor facilidad un ciento de enemigos, y en un combate naval un número todavía mayor; de manera que los miembros de tantos *yahous* dispersos por todas partes parecían una lluvia espesa, formando á nuestra vista un espectáculo muy agradable.

Iba á proseguir y hacer alguna otra bella descripcion, cuando su *Honor* me mandó que callase. El natural del *yahou*, me dijo, es tan perverso, que ya no encuentro dificultad en creer que cuanto acabais de contarme sea posible, desde que supusisteis en él una fuerza y una industria igual á su perversidad y malicia. Por muy convencido que antes estuviese de la maldad de este animal, ahora mi opinion se afirma. Vuestra narracion turba mi espíritu y me pone en una situacion en que jamás me he visto. Recelo que mis sentidos, intimidados de las horribles imágenes que habeis trazado, lleguen poco á poco á acostumbrarse á ellas. Aborrezco á los *yahous* de este país; y mas ya les perdono todas sus cualidades odiosas, pues que la naturaleza los ha hecho tales que carezcan de razon para gobernarse. ¡Que una criatura que se lisonjea de poseer esta cualidad como propia, sea capaz de cometer acciones tan detestables, y de entregarse á excesos tan horribles! No puedo comprender cómo sea, al mismo tiempo que me convence de que el estado de los brutos es aun preferible á una razon corrompida y depravada. Pero á fé, ¿vuestra razon es en efecto verdadera razon? ¿No será mas bien un talento que la naturaleza os ha dado para perfeccionar vuestros vicios?

Demasiado me habeis dicho sobre eso que llamais la guerra; vamos á otro artículo que excita mi curiosidad. Creo haberos oido que en esa tropa de *yahous* que os acompañaba en el navío habia miserables á quienes los procesos habían arruinado y despojado de todo, y que era la ley la que los había puesto en tan triste estado. ¿Cómo puede ser que la ley produzca semejantes efectos? Además, ¿á qué es esa ley? ¿Vuestro natural y vuestra razon no os bastan, no os prescriben con bastante claridad lo que debéis hacer y lo que no debéis hacer?

Respondí á su *Honor* que no estaba suficientemente versado en la ciencia de la ley; que apenas tenia algun corto conocimiento de la jurisprudencia por el comercio con los abogados en el tiempo que les consultaba sobre mis negocios; pero que le enteraría de cuanto alcanzaba en la materia. El número (le dije) de los que se aplican á la jurisprudencia entre nosotros, ó que hacen profesion de interpretar la

ley, es tan crecido, que escede al de las orugas, aunque no todos iguales en clase, nombre y distinciones. Como su multitud desmedida hace el oficio poco lucrativo, para sacar siquiera con qué mantenerse tienen que recurrir á la industria y al manejo, por medio del maravilloso arte de probar en un discurso embrollado que lo negro es blanco y lo blanco es negro.—¿Son esos, me preguntó prontamente su *Honor*, los que arruinan y despojan á aquellos otros por su habilidad?—Así parece (le respondí), y ahora os pondré un ejemplo para que podais comprender mejor lo que os he referido.

Supongamos que mi vecino tiene deseos de una vaca mia: al punto va á buscar á un procurador, esto es, un docto intérprete de la práctica de la ley, que por la esperanza del premio, haga ver que la vaca no me pertenece. Yo me veo precisado á buscar otro *yahou* de la misma profesion que defienda mi derecho, pues la ley no me permite hacerlo por mí mismo. La justicia es mia y mi derecho innegable; pero me hallo entre dos embarazos insuperables. Uno es que este *yahou*, mi defensor, está acostumbrado toda su vida á defender lo falso, y al verse encargado de defender la verdad pura y clara, se halla como fuera de su elemento, sin saber por dónde ha de principiar: el segundo es que, á pesar de la sencillez del negocio que he puesto á su cuidado, debe precisamente embrollarle para conformarse al estilo de sus compañeros, y alargarle todo lo posible, porque de otro modo le acusarian de que perdía el oficio y daba mal ejemplo. En este apuro, solo me quedan dos medios: el primero es ir á buscar al procurador contrario y tratar de sobornarle, dándole el duplo de lo que le ofreció su cliente: el segundo, que acaso os sorprenderá, pero que no es menos seguro, consiste en encargar á mi defensor que haga ver á los jueces que efectivamente la vaca podría ser muy bien de mi vecino y no mia. Entonces los jueces, poco acostumbrados á las cosas claras y sencillas, prestarán mas atencion á sus argumentos, hallarán gusto en escucharle, y balanceando entre el *pro* y el *contra*, estarán mejor dispuestos á fallar en mi favor que si se redujese á probarles mi derecho en cuatro palabras.

Es una máxima entre los jueces, que todo aquello que ha sido antes juzgado ha sido bien juzgado. Estas sentencias se conservan cuidadosamente en una secretaria, y son las que forman lo que llamamos jurisprudencia; de modo que estando calificadas de autoridades, no hay cosa que no se pruebe y justifique con citarlas. Sin embargo, de algun tiempo á esta parte no dan tanta fuerza á la autoridad de cosa juzgada: citan juicios en *pro* y en *contra*, y se aplican á hacer ver que los casos no pueden ser jamás enteramente semejantes. He oido decir á un juez muy hábil que las sentencias son para aquellos que las obtienen.

Por lo que hace á lo demás, la atencion de los jueces tal vez se inclina mas hácia las circunstancias que al fondo del negocio. Por ejemplo, en el caso de mi vaca querian saber si era roja ó negra, si tenía los cuernos muy grandes, en qué campos acostumbraba paecer, cuánta leche daba cada dia, etc. Bien reflexionado todo esto, van á consultar á las antiguas sentencias: á ciertos tiempos sale en el proceso sentencia, y el que al fin de diez años está sentenciado no es poco feliz.

Tambien es digno de notarse que los letrados tienen idioma aparte, una gerga que les es propia, un modo de producirse que los demás no entienden. Ya veis que en tal laberinto el buen derecho puede confundirse fácilmente: que el mejor pleito no ofrece seguridad, y que si un extranjero distante trescientas leguas de mi país quisiese venir á disputarme una herencia que estuviese en mi familia trescientos años há, acaso en treinta mas no veria terminada la disputa, ni se desenredaría del negocio.

¡Qué lástima (esclamó su *Honor*) que unas gentes de tanto genio y talento no se dediquen á otra cosa, y hagan mejor uso de él! ¿No sería mejor que se ocupasen en dar lecciones sábias y virtuosas á los demás, partiendo sus luces con el público? Pues á lo que entiendo, esas doctas gentes poseen sin duda todas las ciencias.—Nada de eso, le repliqué; ellos no saben mas que su oficio, ni se les puede hablar de otra materia; aborrecen las bellas letras y todas las otras ciencias. En el trato ordinario parecen estúpidos, pesados y groseros (hablo en general), sin que por esto dejen de encontrarse algunos inteligentes, agradables y galantes.

VI.

Del lujo, la intemperancia y plagas de Europa.—Carácter de la nobleza.

No me fué posible hacer comprender á mi amo por qué esta raza era tan perjudicial y temible. ¿Qué miras los conducen (me decía) á hacer tanto daño á los mismos que los mantienen? ¿Y qué premio es ese que espera el procurador encargado de la defensa? Respondíle que era dinero, y me costó algun trabajo hacerle entender la significacion de este nombre. Le expliqué nuestras diferentes especies de monedas, los metales de que se fabrican, y su utilidad. Que el que llegaba á juntar mucho era feliz, pues podia procurarse buenos vesti-

dos, buenas casas, grandes tierras, mucho regalo y las mejores hembras. Que por esta razon no nos saciábamos nunca de dineros, y cuanto mas teniamos mas deseábamos, aprovechándonos hasta del sudor del pobre, que para ganar su vida trabajaba desde el amanecer hasta la noche sin un instante de descanso; todo en beneficio del ocioso rico.—¿Cómo, replicó su *Honor*, no tienen parte en esa tierra todos los animales? ¿Hay algunos que carecen de derecho á los frutos que produce para su sustento? No sé por qué ha de haber *yahous* privilegiados que recojan por entero esos frutos con exclusion de sus semejantes; y cuando eso fuese por un derecho particular, ¿no debieran ser atendidos los que han contribuido con su trabajo á fertilizar la tierra?—Nada menos que eso, le respondí; justamente los que mantienen á los demás con el cultivo de las tierras, son los que perecen de hambre.

¿Y qué quereis significar, me preguntó, con esa espresion *mucho regalo* que aplicásteis á los que juntan dineros en vuestro país? Tuve que pintarle la mesa de un poderoso, los exquisitos manjares que la cubrian y los diferentes modos de aderezarlos, sin reservar nada de cuanto me vino á la memoria: instruyéndole tambien de que para sazonzarlos mejor y proveernos de buenos licores equipábamos navios, y emprendiamos largos y peligrosos viajes; de modo que para dar una colacion decente á cuatro damas de la corte era preciso despachar muchos navios á las cuatro partes del mundo.

Harto miserable será vuestro país, me dijo, cuando no puede mantener á sus habitantes: ni agua teneis que beber si no atravesais los mares.—Entonces le repliqué que la Inglaterra producía mas frutos que todos sus habitantes podian consumir: que haciamos bebidas muy buenas con el jugo de ciertas frutas ó con el extracto de algunas granas, y que, en una palabra, nada faltaba á nuestras necesidades naturales; pero que para fomentar nuestro lujo y nuestra intemperancia enviábamos á los países extranjeros las producciones del nuestro, y traíamos en cambio cosas que nos destruían la salud y alimentaban nuestros vicios, siendo este amor al lujo, al regalo y al placer el móvil de todos nuestros *yahous*; y como para conseguirlos eran necesarias las riquezas, de aquí provenian los ladrones, los perjuros, los aduladores, los sobornadores, los falsarios, los jugadores, los malos autores, los envenenadores y los charlatanes. Despues tuve que explicarle todos estos términos en particular.

El trabajo que nos tomamos (añadió) de ir á buscar vinos en los países extranjeros, no es porque nos falten aguas ni otros buenos licores para beber, sino porque el vino nos pone de humor festivo hasta hacernos salir en cierto modo fuera de nosotros mismos; ahuyenta de nuestro espíritu toda idea seria; nos llena la cabeza de mil imaginaciones ridiculas; restablece el valor, destierra el miedo, y nos libra por algun tiempo de la tiranía de la razon.

Surtiendo á los ricos de cuanto han menester es como nuestra plebe se mantiene. Por ejemplo, yo cuando estoy en mi patria, si he de ir vestido completamente segun nuestro estilo, llevo sobre mí el trabajo de cien oficiales, un millon de manos se han ocupado en fabricar y alhajar mi casa, y tal vez no ha bastado el duplo para vestir á mi muger.

Iba á pintarle ciertos *yahous* que pasan su vida al lado de los que se hallan amenazados de perderla, esto es, nuestros médicos, habiéndole dicho antes que la mayor parte de mis compañeros habían muerto de enfermedad en el viaje; pero apenas tenia idea de lo que es enfermedad, firmemente persuadido de que nosotros moriamos como todos los demás animales, ó por flaqueza ó por pesadez, escepto en casos de heridas. Para prevenirle con alguna instruccion de nuestra naturaleza y origen de las enfermedades, le declaré que comiamos sin tener hambre, bebiamos sin sed, y pasábamos las noches enteras en beber licores ardientes, que no encontrando sustento en el estómago, le estragaban, nos abrasaban las entrañas, y difundian por todo nuestro cuerpo una flaqueza y angustia mortal. En fin, sería nunca acabar el intentar pintarle todas las enfermedades á que estábamos sujetos; pues había cuando menos quinientas ó seiscientas respectivas á cada miembro, y una infinidad de ellas correspondientes á cada parte, fuese interna ó esterna.

Para curar estas enfermedades (proseguí) tenemos *yahous* que consagran su vida únicamente al estudio del cuerpo humano, tratan de estirparlas por medio de medicamentos eficaces, y luchan con la naturaleza por alargar nuestros dias. Como era del gremio, expliqué con gusto á su *Honor* el método de nuestros médicos, con todos los misterios de la medicina.—Es preciso suponer, le dije, que cuantas enfermedades padecemos provienen de replecion, de que concluyen cuerdamente nuestros médicos que es necesaria la evacuacion, bien sea por arriba ó por abajo. Al intento se escogen ciertas yerbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, excrementos, cortezas de árboles, serpientes, escuerzos, ranas, arañas, peces: de todo esto se compone una bebida cuyo olor y gusto abominable horrorizan, levantan el corazon y trastornan todos los sentidos, se llama vomitivo, y sirve para la evacuacion superior. Luego mandan sacar de sus almacenes otras drogas que nos hacen tomar segun su capricho, ya como purga que arranca las entrañas, ó ya como clíster que lava y

relaja los intestinos, y racione de este modo:—La naturaleza, muy ingeniosa, nos ha dado el orificio superior y visible para *inzerir*, el inferior y secreto para *acerir*; es así que la enfermedad invierte el orden natural del cuerpo, luego es necesario que el remedio obre por el mismo estilo para combatir á la naturaleza, invirtiendo el uso de los orificios: esto es, tragar por el inferior y evacuar por el superior.

Padecemos otras enfermedades que nada tienen de real sino la idea. A los que adolecen de ellas llamamos enfermos imaginarios, y para curarlos hay remedios imaginarios también; pero es el caso que nuestros médicos los aplican frecuentemente á los males reales. Las violentas enfermedades de imaginación atacan en general á las mugeres, para las cuales conocemos específicos que surten un efecto maravilloso.

En la continuación de nuestras conferencias llegué á merecer á mi amo una espresion á la verdad demasiado lisonjera. Como solia hablarle de las personas de calidad de Inglaterra, me dijo que vivia persuadido de que yo era de la primera nobleza, porque notaba en mí otra finura y mejor presencia que en ninguno de sus *yahous*, aunque no les igualase en fuerza y agilidad: que esto provenia sin duda de mi diferente modo de oír, y que además gozaba el don de la palabra, con algunos principios de razon que descubria, y podrian perfeccionarse con el tiempo y su trato.

A propósito me hizo la reflexion de que entre ellos no eran tan bien formados los *Houyhnhnms* blancos y alazanes oscuros como los bayos, los tordillos y los negros, ni aquellos sacaban el mismo talento y disposiciones que estos, por cuya razon permanecian siempre en el estado de servidumbre que les correspondia, sin aspirar jamás al de amos, porque se miraban en el país como una cosa enorme y monstruosa.—Es preciso (añadió) mantenerse en aquella clase que la naturaleza destinó; lo contrario seria ofenderla ó rebelarse contra ella. Pero vos creo que habeis nacido el mismo que sois, pues merecisteis al cielo vuestra nobleza, esto es, vuestro talento y buena índole.

Dí á su *Honor* las mas rendidas gracias por el alto concepto con que me favorecia, y al mismo tiempo le aseguré con ingenuidad que mi nacimiento era muy humilde, aunque de padres honrados, celosos de mi educacion. Nuestra nobleza (le dije) no es lo que habeis imaginado: desde niños acostumbrados á la ociosidad y al lujo, luego que la edad lo consiente se abandonan á la disolucion, contraen enfermedades odiosas, consumen toda su hacienda, y cuando se ven ya ruuinados, suelen casarse con una muger plebeya, contrahecha y enferma, con tal que sea rica. Ya veis qué puede producir una union semejante sino es hijos imperfectos, raquíuticos, escrofulosos y deformes, mal que si la prudente madre no lo previene, sigue á veces hasta la tercera generacion. De aquí es que en nuestro país un cuerpo seco, flaco, descarnado, débil, enfermizo, se ha hecho una insignia de nobleza, tanto que no parece jóven de calidad el que está sano y robusto, y mucho menos sino es caprichoso, afeminado, brutal, grosero y estúpido.

VII.

Paralelo entre los *yahous* y los hombres.

El lector se habrá escandalizado acaso de la fiel pintura de la especie humana que hice á un animal orgulloso que habia concebido ya una opinion bastante mala de todos los *yahous*: mas confieso que el carácter de los *Houyhnhnms* y sus excelentes cualidades me hicieron tanta impresion, que no podia entrar en el cotejo de unos y otros sin despreciar á mis semejantes, y este desprecio fué el que me obligó á tratarlos como indignos de todo respeto. Por otra parte, mi amo, que con su perspicacia natural advertia cada vez en mi nuevos defectos, que yo jamás habia conocido, ó cuando mas habia mirado como leves imperfecciones, me habia inspirado en juiciosas censuras tal espíritu de crítica y aversion á nuestra sociedad, que á vista de su amor á la verdad no pude menos de detestar la mentira escusando todo disfraz en mis relaciones.

Todavía daré otra prueba de mi sinceridad, y es, que al año de estar en compañía de los *Houyhnhnms*, era tanta la estimacion, respeto y veneracion que les profesaba, que estuve resuelto á quedarme entre ellos y concluir mis dias en aquella dichosa comarca, donde el cielo me habia llevado para enseñarme á cultivar la virtud. ¡Ojalá mi resolucion hubiera sido mas fuerte! Pero la suerte, que siempre me ha perseguido, no quiso que gozase de su felicidad. Como quiera que sea, ahora que estoy en Inglaterra me alegro de haberles llamado las tres cuartas partes de nuestros vicios y extravagancias, pues algo habia de hacer por nuestros compatriotas; y cuando no tenia este arbitrio, usaba de restricciones mentales, y procuraba decir lo que no era, sin mentir. Sobre todo, ¿quién es el que no da en la parcialidad hablando de su patria amada?

Hasta aquí lo sustancial de las conversaciones con mi amo mientras tuve la honra de estar en su servicio, aunque por no parecer molesto he omitido varios artículos. Una mañana muy temprano me mandó llamar, y haciéndome tomar asiento bastante cerca de él (ho-

nor que hasta entonces no habia obtenido), me habló de esta manera:—He repasado en mi espíritu todo cuanto me habeis dicho, tanto vuestro como de vuestra patria; veo claramente que todos teneis algo de razon, que no alcanzo de dónde pueda haberos venido; pero tambien veo que no habeis uso de ella sino para acrecentar vuestros defectos naturales y adquirir otros que la naturaleza no os ha dado. Lo cierto es que en la figura os asimilais enteramente á los *yahous* de este país; que no os distinguiria si tuviérais su fuerza, su agilidad y las garras mas largas, y que en cuanto á las costumbres son las mismas. Ellos se aborrecen de muerte unos á otros, sin duda porque les horroriza su fealdad, no pudiendo verla ninguno en sí mismo. Vosotros con ese pequeño grano de razon que gozáis, procurais cubrirlos para no hacerlos odiosos, bien sea por prudencia ó por amor propio; mas á pesar de vuestra precaucion no os aborreceis menos, pues veo que os dividen otros motivos de desavenencia que reinan tambien en nuestros *yahous*. En efecto, si echamos á cinco una porcion de carne que sobria para cincuenta, estos cinco animales glotonos y voraces, en vez de comer pacíficamente su abundante racion, se abalanzan unos á otros, se muerden, se desgarran y cada uno quiere comerlo todo; de modo que tenemos que darles de comer aparte y atar á los que han acabado, porque no vayan á arrojarse sobre los demás. Si en las inmediaciones muere alguna vaca desgraciadamente ó de vejez, al instante acuden atropelladamente, riñen, se arañan, se despedazan hasta declararse la victoria, y si no se matan es porque no tienen la razon que los *yahous* de Europa para inventar esas máquinas destructoras ni esas armas ofensivas.

Se encuentran en algunos parajes de esta comarca ciertas piedrecillas brillantes de diferentes colores, que nuestros *yahous* aman con esceso. ¡Qué esfuerzos no hacen para sacarlas de la tierra donde regularmente suelen estar encajadas! Las llevan á sus establos, hacen un monton y las guardan con el mayor cuidado como si fuera un tesoro, procurando que no lo vean sus camaradas; sin que hayamos podido indagar de qué proviene esta violenta inclinacion, ni para qué puedan serles útiles. Pero ahora advierto ser efecto de esa misma avaricia vuestra que me habeis pintado; porque una vez habiéndole quitado á uno su amado tesoro, cuando fué á buscarle y se halló sin el objeto de su pasion, prorumpió en espantosos aullidos, se puso furioso, se desmayó, quedó macilento, no comia, no dormia ni podia trabajar, hasta que di orden á uno de mis criados de que le volviere al sitio de donde le habia sacado. Entonces recobró su buen humor el *yahou*, y no se olvidó de esconder su depósito en otro lugar.

Sucede frecuentemente que estando algun *yahou* ocupado en sacar una piedrecilla de estas, llega otro á disputársela, y mientras riñen se la lleva un tercero y decide el pleito. En vuestro país, por lo que os he oido, no son tan breves y baratos los procesos. Aquí ambos litigantes (si es que puede dárselos este nombre) quedan como estaban; pero allá parece que ordinariamente pierden lo que pretenden tener y lo que tenían.

Domina á veces en nuestros *yahous* un capricho cuya causa no hemos podido descubrir. Gordos, bien mantenidos y tratados de sus amos, vertiendo salud y lozanía, caen repentinamente en una angustia, disgusto y melancolia que los pone molinos y estúpidos. Huyen de sus camaradas, no quieren comer, y se retiran á un rincon de su establo como abismados en sus tristes pensamientos. No hemos encontrado otro medio de curarlos cuando estan así, que el de despertarlos con un tratamiento algo duro, y emplearlos en trabajos penosos que ponen en movimiento sus espíritus volviéndoles su vivacidad natural. Al oír esta pintura á mi amo, me acordé de mi país, donde se ven á menudo los mismos casos: hombres colmados de bienes y honores, sanos y robustos, rodeados de delicias, exentos de toda inquietud, contraen de un instante á otro la tristeza mas cruel, aniquílanse, hácese gravosos á sí mismos, consúmense en reflexiones quiméricas, alligense, aletárganse, y no vuelven á hacer el menor uso de su razon, siempre poseidos de vapores hipocondriacos. Vivo persuadido de que el remedio único es el que aplican á los *yahous*: vida laboriosa y dura, excelente régimen contra la tristeza y melancolia. Yo le he experimentado, y no puedo dejar de aconsejárselo al lector cuando se halle en semejante estado, exhortándole al mismo tiempo á que, para evitar el peligro, procure no estar nunca ocioso; y si por desgracia no tuviere ocupacion en la sociedad, debe saber que hay gran diferencia de no hacer nada á no tener nada que hacer.

Nuestros *yahous*, prosiguió mi amo, muestran suma aficion á cierta raiz muy jugosa, que buscan con ansia para chuparla, y de que jamás se ven hartos. Luego se les ve tan pronto arañarse como acariarse, aullar, hacer gestos, bailar, revolcarse por el suelo, echarse á rodar hasta que se quedan dormidos en cualquier lodazal.

Las hembras aparentan rubor y escusas al galanteo de los machos: no sufren caricias en presencia de otros; la mas pequeña libertad en público les ofende, las irrita y las exaspera. Solo cuando ven fuera de camino algun *yahou* jóven bien formado, suelen estas castas hembras esconderse detrás de un árbol ó de una mata, sin precaverse de que el *yahou* lo vea, y si las persigue echan á huir mirando siempre hacia atrás, de modo que regularmente llegan ambos á un tiempo al bosque

ó quebrada mas inmediata. Esto basta para que no olvide el sitio de allí adelante, ni él se descuide en concurrir, á menos que á uno ú otro le detenga otra aventura igual en el camino. Ellas por otro lado se complacen de verlos lidiar, morderse y desgarrarse por sus amores despues que han sido la causa de la pendencia; y aunque tambien son el premio del vencedor, tal vez es para arañarle un poco mas, ó para ser arañadas si se cambia la suerte. Hé aquí el fin de todos sus amores; pero quieren estremadamente á sus hijos, tanto las hembras como los machos, que de buena fé se creen sus padres y les hacen tiernas caricias.

Bien temí que fuera su *Honor* á estenderse mas sobre las costumbres de los *yahous*, sin perdonar ninguna de las que por desgracia nos comprenden, sonrojándonos anticipadamente en honor de mi especie de los infames juicios que reinan entre sus *yahous*, y que acaso hubieran sido una horrenda imagen del imperio de nuestra disolucion, disolucion superior á nuestro deleite, en que la naturaleza misma se busca y no se encuentra, haciéndonos reprobables hasta de los brutos.

VIII.

Filosofia y costumbres de los *Houyhnhnms*.

La relacion de mi amo me puso deseo de examinar personalmente las inclinaciones y modales de los *yahous*, con cuya idea solia pedir licencia para ir á verlos, que nunca me negó, porque sabia mi aversion á aquellos animales, y así no temia que el trato y comercio con ellos pudiese inficionarme. Solo sí por evitar algun suceso funesto mandó que me acompañase siempre un corpulento caballo alazan-tostado, criado suyo muy leal y muy bonachon.

Desde el primer dia advertí que mi figura no les causaba demasiada novedad: si alguna semejanza hallaban, era por el vestido, hasta que me vieron el pecho y los brazos desnudos. ¡Qué carcajadas de risa daban, y cuánta burla hicieron! Ya entonces se atrevieron á acercarse á mí, y poniéndose en jarras andaban en dos piés, levantando la cabeza y remedándose en todo lo posible, no con muy buena intencion, como se ve en los monos salvajes respecto de los domésticos que miran armados de vestido, medias y sombrero.

Pero solamente un fracaso tuve con ellos, y fué que viéndome bañar con motivo del excesivo calor una jóven *yahousa*, se arrojó al agua y me abrazó con toda su fuerza. Yo creí que iba á despedazarme entre sus uñas, y principié á gritar: acudió el brioso alazan, y la *yahousa*, temerosa de sus amenazas, huyó; siendo lo mas particular que á pesar del furor que la animaba y la rabia que centelleaba en sus ojos, no me dió el menor arañazo siquiera. Con todo no me escusó la vergüenza de oír contar en casa la ridicula aventura, y cómo la celebraba mi amo con la familia. No sé si será del caso advertir que esta *yahousa* tenia el pelo negro, y la piel mucho menos morena que las demás.

Habiendo dicho que pasé tres años enteros en aquel país, el lector esperará precisamente que como buen viajero le haga una amplia descripción de sus habitantes, esto es, de los *Houyhnhnms*, explicándole por menor sus usos y costumbres, sus máximas y sus modales. Voy á hacerlo sobre la marcha en muy pocas palabras.

Como los *Houyhnhnms*, que son los dueños y únicos animales dominantes en aquella comarca, nacen todos con disposicion á la virtud, sin la mas leve idea de lo que es la maldad en comparacion de una criatura racional, su principal máxima es la de cultivar y perfeccionar su razon, llevándola por guia en todas las acciones de la vida. Entre ellos la razon no produce problemas como entre nosotros, ni forma argumentos igualmente verosímiles en pro que en contra. No saben reducir las cosas á cuestion, ni defender opiniones absurdas y máximas indecentes y perniciosas con el auxilio del *probabilismo*. Todo cuanto dicen es convincente, porque no dicen nada oscuro ni dudoso, ni cosa disfrazada ó desfigurada por las pasiones é intereses. Así me costó tanto trabajo hacer entender á mi amo esta palabra *opinion*, y cómo era posible que nosotros los de mi país disputásemos tan continuamente sin conformarnos casi nunca.—¿La razon, decia él, no es inmutable? ¿La verdad no es siempre una? ¿Deberemos afirmar como cierto lo que es dudoso? ¿Hemos de negar positivamente lo que dudamos solo? ¿Por qué fomentais cuestiones que la evidencia no puede decidir, ó en que (tómese el partido que se quiera) os hallareis siempre sujetos á la duda y á la incertidumbre? ¿De qué sirven todas esas conjeturas filosóficas, todos esos vastos razonamientos sobre materias incomprensibles, todas esas investigaciones estériles y esas disputas eternas? El que tiene buenos ojos no tropieza; con una razon perspicaz no se debe altercar; y pues vosotros lo habeis, es preciso que vuestra razon esté cubierta de tiñeblas, ó que aborrezcais la verdad.

La filosofia de aquel caballo era por cierto admirable. Sócrates no pudo razonar con mas juicio. Si nosotros siguiéramos estas máximas, hubiera seguramente en Europa menos errores que los que hay; ¿pero qué seria entonces de nuestras bibliotecas? ¿Qué de la reputacion de nuestros sábios y del negocio de los libreros? La república de las letras no seria otra que la de la razon, y no habria en las universidades mas escuelas que la del sano juicio.

Amanse los *Houyhnhnms* fraternalmente entre sí: se ayudan, se alivian y se sostienen recíprocamente. No reciben celos ni envidia de la fortuna de su vecino. No conspira el uno contra la vida y libertad del otro: se crearian infelices si cualquiera de su especie lo fuera, y dicen á ejemplo de un antiguo: *Nihil caballini a me alienum puto*. No hablan mal los unos de los otros: la sátira no encuentra entre ellos ni principio ni objeto: los superiores no abruman á los inferiores con el peso de su autoridad: su conducta sábia, prudente y moderada no da jamás ocasion á la murmuracion: la dependencia es un vínculo, no un yugo; y el poder, siempre sumiso á las leyes y á la equidad, es respetado sin violencia.

Sus matrimonios son algo mas iguales que los nuestros. El macho elige esposa del mismo color que él: un tordillo casará siempre con una tordilla, y así de los demás. No se ve mudanza, trastorno ni degradacion en las familias: los hijos son como los padres. Sus blasones y títulos de nobleza consisten en su figura, en su marca, en su fuerza, en su color, cualidades que se perpetúan en su posteridad; de suerte que no se ve un caballo magnífico y suntuoso engendrar jamás un rocín, ni de una yegüezuela nacer un hermoso caballo, como sucede frecuentemente en Europa.

Allí no se conoce el adulterio: la consorte es siempre fiel al marido, como el marido á su consorte.

Uno y otro envejecen sin que su corazon se corrompa. El divorcio y la separacion, aunque permitidos, no ofrecen ejemplo. Los maridos son unos eternos galanteadores de sus esposas, y estas siempre sus damas. Ellos no son imperiosos: ellas no son altaneras, ni se jactan á lo que el derecho ha conformado con su constitucion.

La castidad recíproca es el fruto de su razon, no del temor, de los respetos ni del capricho. Son castos y fieles, pues por la dulzura de la vida y buen orden prometieron serlo, que es en lo que fundan esta virtud, al paso que miran como vicio condenado por la naturaleza el desquite de la propagacion legítima en la propia especie, y detestan cuanto puede impedirlo ó retardarla en algun modo.

Crian á sus hijos con cuidado: mientras la madre atiende al cuerpo y á la salud, el padre vela sobre el alma y la razon. Procuran reprimir en ellos cuanto es posible el ímpetu y los fuegos de la juventud: los casan sin pérdida de tiempo segun lo dicta la razon y los estímulos de la naturaleza, y entre tanto solo les permiten una concubina, que está en la clase de criada, y que en el instante que se casan es despedida.

La educacion de las hembras es casi la misma que la de los machos. Sobre este punto me acuerdo que censuraba mi amo de ridiculo é imprudente nuestro método, diciendo que la mitad de nuestra especie no tenia otro talento que el de multiplicarla.

El mérito de los machos consiste principalmente en sus fuerzas y agilidad: el de las hembras en la docilidad y dulzura. Si una hembra saca por casualidad cualidades de macho, la buscan un marido que tenga cualidades de hembra, y queda todo compensado, como sucede á veces entre nosotros, que la muger es el marido y el marido la muger; de suerte que ni aun en este caso degenera la sucesion, pues heredan y perpetúan dichosamente las propiedades de los que les dieron el ser.

IX.

Parlamento de los *Houyhnhnms*. Cuestion importante tratada en esta asamblea de toda la nacion. Algunos usos del país.

Durante mi estancia en aquel país, y como tres meses antes de mi partida, hubo una asamblea general ó parlamento de toda la nacion, en que se trató un negocio que habia estado ya mil veces á la orden del dia; una cuestion que solamente ella pudo dividir jamás los ánimos de los *Houyhnhnms*. Mi amo asistió como diputado de su canton, y me refirió en casa cuanto habia pasado sobre el asunto.

Tratábase de decidir si convendria exterminar absolutamente la raza de los *yahous*. Uno de los miembros sostenia la afirmativa, apoyando su voto en pruebas muy fuertes y muy sólidas. Alegaba que el *yahou* era el animal mas deforme, perjudicial y perverso que habia producido la naturaleza, no menos maligno que indócil, siempre maquinando cómo ofender á los demás. Trajo al intento una antigua tradicion esparcida por el país, segun la cual no siempre habia habido *yahous* en él, sino que en tal siglo habian aparecido dos en la cima de una montaña, sea que hubiesen salido del limo craso y glutinoso fermentado por los rayos del sol, ó que la espuma del mar los hubiese engendrado, y que estos dos *yahous* habian procreado tanto, que el país se hallaba todo infestado. Que para prevenir los daños de semejante multiplicacion, los *Houyhnhnms* de otros tiempos habian dispuesto una caza general en que habian cogido una infinidad de ellos, y despues de haber destruido á todos los viejos, habian reservado los mas jóvenes con el fin de domesticarlos, en cuanto permitiese su malignidad, y destinarlos al tiro y carga. Que lo muy cierto de la tradicion era no ser los *yahous ynhuamshy*, esto es, *ebortycnos*. Y últimamente, que habiendo incurrido los habitantes del país en el imprudente capricho de servirse de *yahous*, habian abandonado sin motivo el uso

de los jumentos, animales bellísimos, tan dóciles, pacíficos y humildes, incansables y de poca costa; pues aunque tenían la voz algo desagradable, no lo era tanto como la de la mayor parte de los *yahous*.

Otros muchos senadores peroraron con igual elocuencia, pero con alguna variedad en cuanto al asunto, hasta que al fin poniéndose en pie mi amo propuso un prudente arbitrio, de cuya idea me era deudor. Entró confirmando con su voto la tradición vulgar, y apoyó todo lo que sábiamente había dicho sobre este punto de historia el *Houyhnhn* más miembro que acababa de hablar; que en su concepto aquellos dos *yahous* de quienes se trataba habían venido de países ultramarinos, y que abandonados de sus camaradas en la costa, se habían acogido á los bosques y montañas, donde con el tiempo su naturaleza había variado hasta declinar en salvajes y feroces, sin semejanza alguna de todos los demás de su especie que habitaban climas remotos. Que en corroboración de ello tenía en su casa tiempo había un *yahou* muy particular, de quien precisamente habían oído hablar todos los vocales de la asamblea, y algunos le habían visto: refiriendo en seguida cómo me había encontrado, y que mi cuerpo estaba cubierto de una composición artificial de pelos de bestias. Dijo también que poseía algo su idioma, y que tenía *ya* uno particular, por cuyo medio había logrado saber cómo había sido conducido allí; y que habiéndome visto despojar de aquella cubierta, había observado que era un verdadero *yahou*, con la sola diferencia de tener la piel blanca, poco pelo y las garras muy cortas. Este *yahou* extranjero, prosiguió, ha querido persuadirme que en su país y otros muchos que ha corrido, los *yahous* son los únicos animales racionales, dominantes y maestros, y que los *Houyhnhnms* viven en esclavitud y miseria. El tiene sin disputa todas las cualidades estereotipadas de nuestros *yahous*; pero es preciso confesar que es más comedido, y aun con asomos de razón, no porque discorra como un *Houyhnhnm*, sino porque posee conocimientos y luces muy superiores á las de nuestros *yahous*. En medio de todo esto, señores, os va á sorprender una cosa, á que os ruego apliqueis toda vuestra atención. ¿Lo creéis? Pues él mismo me ha asegurado que en su país hacen eunucos á los *Houyhnhnms*, desde su más tierna juventud: que así los domestican y amansan, y que la operación es fácil y nada peligrosa. ¿Será esta la primera vez, señores, que las bestias nos han dado alguna lección, ó que hayamos seguido su útil ejemplo? ¿La hormiga no nos enseña á ser industriosos y prevenidos? ¿A quién debemos los primeros elementos de la arquitectura sino á la golondrina? Concluyo, pues, que se pudiera muy bien introducir en esta comarca con respecto á los jóvenes *yahous* el uso de la castración: de este modo conseguiríamos la ventaja de hacerlos dóciles, humildes y pacíficos, y de ir destruyendo poco á poco la perversa raza. Opino juntamente que se debe exhortar á todos los *Houyhnhnms* á la importante cría de los jumentos, animales sin duda preferibles á los *yahous* por todos conceptos, y especialmente porque á la edad de cinco años principian ya á servirnos, cuando el *yahou* no es capaz de nada hasta los doce.

Esto fué lo que mi amo me contó de la asamblea, reservándome un punto que era el que más me interesaba, como particular á mi persona. ¡Ah! la principal época de mi vida desdichada, cuyos tristes efectos percibí bien pronto. Pero antes es menester decir algo del carácter y usos de los *Houyhnhnms*.

Los *Houyhnhnms* no tienen librerías, ni saben leer ni escribir, y por consiguiente toda su ciencia es la tradición. Como pueblo pacífico, modesto, unido, virtuoso, racional y sin ningún comercio con el extranjero, los grandes sucesos son allí muy raros, y todos los puntos de su historia dignos de noticia, pueden conservarse fácilmente en la memoria sin abrumarla.

No conocen enfermedades ni médicos. Por lo que á mí toca, no me atreveré á decidir si la falta de estos proviene de la de aquellas, ó si la de aquellas proviene de la de estos. Ni es decir que no padezcan algunas veces ligeras indisposiciones; pero saben curárselas con facilidad por el conocimiento que tienen de las plantas y yerbas medicinales, por el continuo estudio de la botánica en sus paseos, y frecuentemente en sus comidas.

Su poesía es muy bella, y sobre todo muy armoniosa. No consiste en juguetes familiares y bajos, ni en un lenguaje afectado, ni en una jerga extravagante, ni en chistes epigramáticos, sutilezas oscuras, antitesis pueriles, agudezas españolas y *concetti* italianos, ni en las figuras violentas de los orientales. La gracia y precisión de los símiles, la riqueza y exactitud de las descripciones, la relación y viveza de las imágenes son la esencia y carácter de su poesía. En los admirables trozos de sus mejores poemas, que mi amo solía recitarme tal cual vez, yo notaba claramente ya el estilo de Hemero, ya el de Virgilio, ya el de Milton.

Cuando muere un *Houyhnhnm*, ni se aflige ni se alegra nadie. Sus parientes más próximos, sus más íntimos amigos, todos miran su muerte con ojo enjuto é indiferente. El moribundo tampoco demuestra sentimiento de dejar el mundo: parece despedirse de una tertulia en que ha estado largo tiempo, para volver á ella el día siguiente. Así sucedió, que habiendo citado mi amo á un amigo para que concurriese á casa con toda su familia á fin de tratar un negocio importante, llegó la hora señalada y nadie apareció. Estábamos cuidadosos de la tardanza,

cuando vimos entrar á su esposa con dos hijos, la cual nos pidió muy frescamente disimuláramos la falta, pues acababa de morir su marido de un accidente imprevisto; y aun no se sirvió de la voz *morir*, que es malsonante entre ellos, sino de *shnuwih*, que literalmente quiere decir *ir á buscar á su abuela*. Estuvo muy placentera en la visita, y tres meses después murió ella con la misma serenidad en la más deliciosa agonía.

Los *Houyhnhnms* viven comunmente setenta ó setenta y cinco años, y algunos hasta los ochenta. No se asustan aunque por lo regular prevén su muerte bastante tiempo antes. Abren audiencia á los cumplimientos de sus amigos que van á anunciarles un feliz tránsito, y en los diez días últimos, el futuro muerto, que rara vez se equivoca en su cálculo, sale de ceremonia en litera, conducido por sus *yahous*, á despedirse de los que le han visitado, como si fuese á dejar un país para pasar en otro el resto de su vida.

Debo advertir aquí que los *Houyhnhnms*, careciendo su lengua de términos con que explicar lo malo, se sirven de metáforas tomadas de la deformidad y malas propiedades de los *yahous*. Así, cuando quieren expresar la imprudencia de un criado, el defecto de un hijo, una herida que recibieron, un mal temporal ó otra cosa semejante, nombran el sujeto, y añaden simplemente el epíteto *yahou*, de este modo: para explicar los ejemplos que acabo de poner, dirían ellos *hhhm yahou*, *Whuaholm yahou*, *yhndwihlma yahou*: que una casa está mal construida *yhndwihlma yahou*.

El que deseara saber más de los usos y costumbres de los *Houyhnhnms*, tendrá, si gusta, la mortificación de esperar que concluya un grueso tomo *in quarto* que estoy componiendo sobre la materia. Publicaré prospectos pronto, y no quedarán frustradas las esperanzas y derechos de los suscritores. Entre tanto ruego al público se contente con este epítome, permitiéndome que acabe de contarle el resto de mis aventuras.

X.

Felicidad del autor en el país de los Houyhnhnms. Delicias que goza con su conversacion. Modo de vida que emprende. Es desterrado de la comarca por decreto del parlamento.

He amado siempre el orden y la economía, por lo que en cualquiera situación que me haya visto nunca he dejado de arreglarme un establecimiento industrioso para vivir con método. Mi amo me había señalado habitación como á seis pasos de distancia de su casa, en una especie de barraca al estilo del país, y poco más ó menos que las de los *yahous*, sin aliño ni comodidad; pero yo me eché á buscar acilla, levanté cuatro paredes con su techo, y de juncos fabriqué una estera para cubrirle. Recogí cañamo, que allí crece naturalmente por todas partes, y habiéndole beneficiado, tejí una especie de bolsa, la llené de plumas de pájaros, y me proveí de cama muñida y cómoda. Hice una mesa y una silla con ayuda del alazan, sin más instrumentos que mi cuchillo. Cuando me ví sin vestido, me procuré uno nuevo de pieles de conejo, forrado con las de otros animales llamados *nuhnoh*, que son muy hermosos, y de un pelo tan fino, que también me servía para hacer medias bastante buenas. Remonté mis zapatos con tablitas bien afianzadas alcordoban, y luego que este acabó de romperse, le reemplacé con piel de *yahou*. En cuanto á mi alimento tengo dicho lo que hacía, y además sacaba miel de los troncos de los árboles, que comía con el pan de avena. En suma, nadie esperó jamás como yo que la naturaleza se contenta con muy poco, y que la necesidad es la madre de la invención.

Gozaba de una salud perfecta y una tranquilidad de ánimo inalterable. No me veía espuesto á la inconstancia ó traición de los amigos, ni á los lazos invisibles de los enemigos ocultos. No me tentaba el vergonzoso deseo de ir á hacer la corte á los personajes ó á sus damas, por conseguir su protección. Ni temía á nadie ni de nadie tenía que guardarme. Ni había allí soplones, ni menos *lord mayor* (1) crédulo, loco y mal intencionado. Mi honor no corría el riesgo de verse ajado por acusaciones indignas, ni mi tranquilidad perturbada por conjuraciones perversas. No había médicos ignorantes que me envenenasen, abogados imprudentes que causasen mi ruina, ni otros adocenados que me fastidiasen. No me asediaban bufones, murmuradores, censuradores, calumniadores, petarderos, rateros, truhanes, jugadores, impertinentes novelistas, incrédulos hipocondriacos, balbucientes, disputadores, gentes de partido, seductores ni charlatanes. Allí nada de comerciantes usureros, nada de bribones afectados, espíritus superficiales, pisaverdes, petimetres, aturdidos, espadaclines ni borrachos: nada de disolutas ni de bachilleras. Mis oídos no se asustaban de discursos licenciosos é impíos. La presencia de un pícaro enriquecido y ensalzado, nunca hería mis ojos, ni la de un hombre de bien abandonado á su virtud, como á su mal destino.

Lograba el honor de conversar frecuentemente con los señores *Houyhnhnms* que concurrían á la casa, permitiéndome mi amo esta

(1) Magistrado de policía en Londres y en York. Solo en estas dos ciudades tenía título de *Lord*.

confianza porque me aprovechase de sus instrucciones: de cuando en cuando me hacían sus preguntillas, y no se desdaban de oír mis respuestas. Otras veces me llevaba mi amo á sus visitas; pero nunca hablaba, á menos que me preguntasen: de manera que yo representaba propiamente el papel de oidor, aunque con una satisfacción inmensa, porque todo cuanto oía era útil y agradable, y siempre dicho en muy pocas palabras y con gracia.

Tenían los *Houyhnhnms* por máxima, que en una tertulia es bueno que reine el silencio de cuando en cuando, y yo creo que tenían razón. En este intervalo, ó en esta especie de tregua, el espíritu se llena de nuevas ideas, y la conversacion vuelve después más viva y enérgica. Las suyas rodaban ordinariamente sobre las ventajas y delicias de la amistad, los deberes de la justicia, la bondad, el buen orden, las operaciones admirables de la naturaleza, las antiguas tradiciones, las condiciones y límites de la virtud, las reglas invariables de la razón: algunas veces sobre las decisiones de la asamblea inmediata, y frecuentemente sobre el mérito de sus poetas y cualidades de la buena poesía.

Puedo lisonjearme sin vanidad de que también yo fomentaba alguna vez las conferencias, esto es, que les daba ocasión á razonamientos muy bellos, cuando mi amo solía hablarles de mis aventuras y noticias de mi país, aunque sus reflexiones no eran las más honrosas al linaje humano, por cuya razón debo callarlas. Solo diré que mi amo conocía mejor que yo la naturaleza de los *yahous* que habitaban en otras partes del mundo: él descubría el manantial de todos nuestros extravíos; profundizaba en la materia de nuestros vicios y locuras, y adivinaba una porción de cosas que yo no le había revelado. Esto no debe parecer increíble, pues conocía á fondo sus *yahous*; suponía á lo que podían llegar con un sí es no es de razón más, y rara vez se equivocaba en su cálculo.

No puedo negar que las cortas luces y alguna filosofía que hoy tengo, lo adquirí de las sábias lecciones de aquel buen amo, y de las conversaciones con sus juiciosos amigos; conversaciones preferibles á las doctas sesiones de las academias de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Profesaba á todos aquellos ilustres personajes una inclinación llena de respeto y de temor, sintiéndome penetrado de reconocimiento á la bondad que habían usado conmigo de no confundirme con sus *yahous*, y aun acaso de creerme menos imperfecto que los de mi país.

Cuando repasaba en la memoria el número de mi familia, amigos y compatriotas, y del linaje humano en general, se me representaba como una cuadrilla de *yahous* en cuanto á su carácter y exterior, sin más diferencia que alguna civilización, con el don de la palabra y un asomo de razón. Siempre que consideraba mi figura en el agua pura de un arroyo, volvía presuroso la cabeza, no pudiendo sufrir la vista de un animal que me parecía tan feo como un *yahou*. Mis ojos, acostumbrados á la noble presencia de los *Houyhnhnms*, me encontraban hermosa animal sino en ellos. Con la continuación de mirarlos había tomado un poco de su aire y gesto, de su planta y modo de andar, y aun ahora que estoy en Inglaterra me dicen á veces mis amigos que troto como un caballo, que cuando hablo y me río parece que relincho. Todos los días me dan bromas acerca de esto, aunque nunca me pico.

En aquel estado feliz, cuando más gustaba las dulzuras de un completo reposo, cuando me creía tranquilo por todo el resto de mi vida y en la disposición más agradable y digna de envidia, un día me mandó llamar mi amo más temprano de lo ordinario. Al presentarme advertí en él una seriedad que no acostumbraba, y un desasosiego que le era embarazoso. Pasado un rato en melancólico silencio, prorumpió de esta manera:—No sé, hijo mío, cómo tomareis lo que voy á deciros. Sabed que en la última junta del parlamento, con ocasión del asunto de los *yahous*, que un diputado representó que era indecente y vergonzoso que tuviese en mi casa á un *yahou*, tratándole como si fuese un *Houyhnhnm*: que me había visto conversar con él tan lleno de satisfacción como si estuviera con uno de mis semejantes, y que esto era un proceder contrario á la razón y á la naturaleza, sin ejemplar en nuestra comarca. En su consecuencia, me ha aconsejado la asamblea una de dos cosas: ó que os ponga con los demás *yahous* que van á castrar el primer día, ó que os destierre al país de donde vinisteis. La mayor parte de los diputados que conocéis, y que os han visto en mi casa ó en la suya, han repugnado este extremo como injusto y escandaloso, porque gozáis algo de razón. Además, añaden, sería de temer que partiéndola con ellos se hiciesen quizá peores, ó que se sublevarsen, y tomándos por caudillo se retirasen á los montes, y algún día nos sorprendiesen para destruirnos. El acuerdo ha seguido á la pluralidad de votos; de suerte que me han exhortado á despediros inmediatamente, con tanta prisa, como que no puedo dilatarlo de este día. Os aconsejo, pues, que os echéis á nado ó construyais un barquichuelo á imitación del que aquí os traje, según me habeis declarado, y os volváis por el camino que vinisteis: contad con todos los criados de esta casa y los de mis vecinos, que os ayudarán á trabajar. Si en mí solo hubiese consistido, os conservaría eternamente en mi servicio, porque tenéis inclinaciones bastante buenas, os habeis corregido de mil vicios y malos hábitos, y habeis hecho cuanto está de vuestra parte

para conformaros, en lo que vuestra desdichada naturaleza permite, con la de los *Houyhnhnms*.

Notaré aquí al paso que los decretos de la asamblea general de la nación *Houyhnhnmsiana* se estienden todos bajo la espresión *hnhloayn*, que significa *exhortar*. Ellos no alcanzan á qué sea el compeler y apremiar á una criatura racional, como si fuese capaz de desobedecer á la razón propia.

Un discurso tal fué para mí un rayo cuya impresión no pude resistir. Poseído á un mismo tiempo de la congoja y la desesperación, caí desmayado á los pies de mi amo, que al pronto me tuvo por muerto, hasta que recobrado pude decirle en voz apagada y llena de dolor: que sin proponerme á censurar la *exhortación* de la asamblea, ni la pretensión de sus amigos sobre despedirme de su casa, consideraba, no obstante mi débil juicio, que pudieran haber decretado otra pena menos rigurosa: que el echarme á nado era arriesgado, pues á lo sumo podría hacer una legua, cuando la tierra más cercana estaría acaso ciento: que para construir un barquichuelo no veía en el país lo necesario; pero que en medio de tantas dificultades obedecería y me aventuraba á perecer. Que la vista de la muerte no era lo que más me intimidaba, mirándola como el menor de mis males; sino que cuando por algún raro accidente pudiese atravesar los mares y volver á mi país, me hallaría con la desdicha de verme entre *yahous*, obligado á pasar con ellos el resto de mis días y espuesto á recaer en mis antiguos defectos. Que bien sabía que las razones que habían determinado á los señores *Houyhnhnms* eran demasiado sólidas para atreverme á objetarles las de un miserable *yahou* como yo; y así aceptaba la apreciable oferta de sus criados, con cuya ayuda iba á emprender la fábrica del barco, suplicándole me concediese un cierto término proporcionado á la dificultad de una obra que había de responder de mi vida desdichada; y que si volviese algún día á Inglaterra, trataría de hacerme útil á mis compatriotas, poniéndoles delante el diseño de las virtudes de los ilustres *Houyhnhnms*, para espejo de todo el género humano.

Su Honor me contestó en pocas palabras que me concedía dos meses: y habiéndome también insinuado que me bastaba la ayuda del alazan mi camarada (pues me es permitido darle este título en Inglaterra, por constarme el buen afecto que le debía), le mandó al mismo tiempo que observase mis instrucciones.

Lo primero que hice fué salir hacia la parte de la costa donde había abordado, y dirigiendo la vista desde una altura por aquellos espacios de aguas, me pareció descubrir al Nordeste una pequeña isla, que el telescopio me hizo conocer más claramente, y calculé que podría distar unas cinco leguas. Al buen alazan, como no había visto más tierra que donde había nacido, se le figuraba una nube; pero yo, que acostumbrado toda mi vida á este elemento, tenía mejor ojo para distinguir sobre él los objetos, no dudé y resolví dirigirme á ella.

Volvimos á casa, consulté el proyecto con mi alazan, y en seguida pasamos á un bosque poco distante, donde yo con mi cuchillo y él con un guijarro cortante, muy diestramente engastado en su mango, cortamos la madera necesaria. Para no fastidiar al lector con el diario de nuestra maniobra, bastará decir que en seis semanas construimos una especie de canoa al modo de las de los indios, aunque mucho más ancha, cubierta de pieles de *yahou* cosidas con cañamo. Reservé las de los jóvenes para hacer una vela, porque las de los viejos hubieran sido demasiado duras y gruesas; me surtí también de cuatro remos, ó hice mi provision de carne cocida de conejos y pájaros, con dos vasijas, la una de leche y la otra de agua.

Probé la canoa en un gran estanque donde corregí todos sus defectos, tapando con sebo de *yahou* las aberturas hasta ponerla en estado de poderme trasportar con mi pequeño equipaje, y después la hice llevar por los *yahous* á la ribera sobre una carreta, al cuidado del alazan y otro criado.

Ya que estuvo todo dispuesto y llegó el día de mi partida, me despedí de mi amo, de madama su esposa y demás de la casa, bañados en lágrimas los ojos y el corazón pasado de dolor. Su Honor, ó por curiosidad ó por cortesía, quiso verme á bordo; y habiendo salido con muchos de sus amigos y vecinos, tuvo que esperar más de hora y media por causa de la marea, hasta que observé que el viento era favorable para conducirme á la isla. Entonces fui á ponerme á los pies de mi amo para recibir sus últimas órdenes, y me hizo el honor de levantar su mano derecha hasta la altura de mi boca. No refiero esta circunstancia por vanidad, sino por imitar á todos los viajeros, que tienen buen cuidado de no omitir aquellos honores extraordinarios que han recibido. Hice una gran cortesía á todo el concurso, y entrando en la canoa dejé la ribera.

XI.

El autor es herido de una flecha que le dispara un salvaje. Da en manos de portugueses, que le conducen á Lisboa, de donde pasa á Inglaterra.

Emprendí este desgraciado viaje el 15 de febrero de 1714, á las nueve de la mañana. No me serví por el pronto sino de los remos,

aunque el viento era favorable; pero reflexionando que me cansaría y podía mudarse, me aventuré á usar de la vela. Así navegué cerca de hora y media á favor de la marea. Mi amo con todo el acompañamiento permanecieron en la orilla hasta que me perdieron de vista, y ó muchas veces gritar á mi querido amigo el alazan: *hnuy illa majah yahou*: esto es, *mira bien por tí, gallardo yahou*.

Yo no deseaba otra cosa que descubrir alguna pequeña isla donde solo encontrase lo preciso para mi conservación, figurándome en un establecimiento semejante una suerte mil veces mas feliz que la de un primer ministro: tal era el estremado horror que habia concebido de volver á Europa, y verme obligado á vivir en sociedad con los *yahous*. En esta dichosa soledad que buscaba, me proponia pasar dulcemente el resto de mi vida solo con mi filosofía, gozando de mis pensamientos, sin otro objeto que el soberano bien, ni mas delicia que el testimonio de mi conciencia, exento del contagio de aquellos vicios enormes que los *Houyhnhnms* me habian enseñado á conocer en mi detestable especie.

El lector puede acordarse de que ya dije que se sublevó la tripulación de mi navío, que me aprisionó en mi camarote, que estuve así algunas semanas sin saber qué rumbo llevaba la embarcación, y que últimamente me pusieron en tierra sin declararme en dónde me hallaba. Yo creí no obstante por entonces que estábamos á diez grados al Sud del cabo de Buena Esperanza, como á unos cuarenta y cinco de latitud meridional, infringiendo de algunas conversaciones en general que habia podido percibir en el navío sobre el designio de ir á Madagascar. Ello no pasaba de una conjetura; mas no por eso dejé de tomar el partido de surcar al Este, esperando dar fondo al Sudoeste de la costa de Nueva Holanda, y de allí dirigirme al Oeste á cualquiera de las isletas de la inmediación.

A las seis de la tarde, habiendo soplado el viento directamente al Oeste, calculé que habria hecho como unas diez y ocho leguas. Entonces descubrí otra nueva isla muy pequeña que distaria lo mas lejana y media, y abordé á ella en corto tiempo; pero no era propiamente sino una roca, con una reducida bahía que las tempestades habian formado. Amarré la cañoa en este sitio, y trepando por un lado de la roca descubrí hacia el Este una tierra que se extendía del Sud al Norte. Pasé la noche en mi barco, y de madrugada pude á fuerza de remo llegar á un paraje de Nueva Holanda que está al Sudoeste. Tardaría siete horas. Esto me confirmó mi antigua opinión de que los mapas y cartas generales ponen este país lo menos tres grados mas al Este de lo que realmente está, cuyo pensamiento creo haber comunicado algunos años ha á mi ilustre amigo el señor Herman Moll, explicándole mis razones; bien que él ha preferido seguir á la turba de los autores.

No percibí vestigio de habitantes en el sitio donde habia desembarcado, ni me atreví á internarme mucho, porque me hallaba sin armas. Tampoco quise hacer fuego para cocer algunos mariscos que habia recogido sobre la ribera, por temor de ser descubierto de los habitantes de la comarca. Tres dias estuve oculto manteniéndome con ostras y almejas, por conservar mis provisiones, y por fortuna encontré un arroyuelo de excelente agua.

El cuarto dia, habiéndome determinado á penetrar un poco mas, descubrí veinte ó treinta naturales del país, entre hombres, mugeres y niños, todos desnudos, calentándose en una grande hoguera sobre una altura que apenas distaria de mí quinientos pasos. Advertidos por uno de ellos que me vió, destacaron inmediatamente cinco hombres: conocí su intencion por su marcha, y huí precipitadamente á mi cañoa echando á remar con toda fuerza; pero como la ventaja era poca, los salvajes me siguieron á lo largo de la costa, y me dispararon una flecha, que me alcanzó en la rodilla izquierda, haciéndome una herida de bastante estension, cuya señal todavía permanece, y aun temí que estuviese envenenada. Así logré escapar, y luego que me vi á distancia suficiente, procuré limpiar bien la herida y vendarme la rodilla como pude.

Hallábame perplejo, no atreviéndome á volver hacia aquella parte donde habia sido atacado; y como tenia que caminar al Norte con viento Nordeste, no cesaba de remar. Tendiendo la vista por todos lados, por si podia descubrir algun objeto, divisé al Nordnordeste una vela que por instantes crecía á mis ojos. Dudé algun tiempo si avanzaría á encontrarla ó no; pero el horror que habia concebido contra los *yahous* venció en mí, determinándome á virar de bordo y navegar al Sud para volver á la bahía de donde habia salido aquella mañana, prefiriendo los *yahous* salvajes á los civilizados. Arrimé mi cañoa cuanto pude á la ribera, y yo me escondí á pocos pasos de ella, detrás de una pequeña roca que estaba junto al arroyuelo de que he hablado.

El navío llegó como á media legua de la bahía y envió su chalupa con toneles á hacer aguardiente en aquel sitio, que por el arroyo es muy conocido y frecuentado de los viajeros. Al tomar tierra los marineros vieron mi cañoa, y pasando á registrarla infirieron luego que su dueño no podia estar muy lejos. Cuatro de ellos bien armados se echaron á reconocer el terreno, hasta que me encontraron acostado boca abajo detrás de la roca. Por el pronto les sorprendió mi figura, vestido de pieles de conejo, zapatos de madera y medias acolchadas,

conociendo al instante que no era del país, pues todos sus habitantes iban desnudos. Mandóme uno que me levantase, y me preguntó en lengua portuguesa quién era. Respondíle, tras una gran cortesía, en la propia, que entendía perfectamente, que era un pobre *yahou* espelido del país de los *Houyhnhnms*, y que solo les suplicaba me dejasen seguir mi rumbo. Quedaron mas admirados al oírme hablar en su lengua, y por el color del rostro me creyeron europeo; mas no entendian lo que queria decir *yahou* y *Houyhnhnms*, ni pudieron reprimir la risa al oír mi acento semejante al relincho de un caballo.

Su presencia me infundía á un mismo tiempo odio y temor; pero cuando me iba disponiendo á volverles la espalda para tomar mi cañoa, me echaron mano y me hicieron declararles de qué país era, de dónde venía, y otras mil curiosidades de esta especie. Respondíles que habia nacido en Inglaterra, de donde habia salido estando en paz su reino con el mío, pues habria ya unos cinco años; y así esperaba que no me tratarian como enemigo, pues yo no les hacia mal, ni era mas que un miserable *yahou* dedicado á buscar una isla desierta donde pasar el resto de mi vida desdichada.

No estaba yo menos absorto de oírles hablar á ellos, teniéndolo por un prodigio tan singular como si oyera hablar ahora en Inglaterra un perro ó una vaca. Su contestacion, llena de humanidad y cortesía, fué que no me alligiese, que no dudaban de que su capitán me recibiría á bordo y me llevaría gratis á Lisboa, de donde podria pasar á Inglaterra: que en el instante iban dos á darle parte de la novedad para tomar sus órdenes, y entre tanto no me atarian si les daba palabra de no escaparme. No les respondí otra cosa sino que hicieran de mí lo que quisiesen.

Todos deseaban con ansia saber mi historia, y notando la estéril satisfaccion que daba á sus reconvenções, sospecharon que mis infortunios me habian turbado el juicio. Al fin volví la chalupa despues de dos horas con la órden de llevarme á bordo inmediatamente; y por mas que les pedí arrodillado á sus piés que me dejasen seguir mi camino y no me privasen de mi libertad, lo que logré fué que me atasen para ponerme en la chalupa hasta llevarme al cuarto de su comandante.

Este se llamaba Pedro de Mendez, hombre tan generoso y político, que rogándome le dijese quién era, me preguntó si queria comer ó beber alguna cosa; me aseguró que seria tratado como él mismo, añadiendo otros mil ofrecimientos de tanta amistad, que yo estaba aturdido de encontrar una bondad semejante en un *yahou*; pero mi humor triste, mohino y fastidioso solo me permitió responderle que tenia provision en mi cañoa. Sin embargo, mandó que me sirviesen un pollo con un vino excelente, y despues me señaló cuarto y cama, todo muy bueno. Retirado á él, me tiré sobre la cama en la misma disposicion que estaba, con la idea de escaparme á nado mientras la tripulacion estuviese comiendo, por no verme entre *yahous*; y lo realizara media hora despues, si no me hubiese detenido un marinero y dado aviso al comandante, que mandó me encerrasen en mi cuarto.

Luego que dejó la mesa entró á visitarme, cuidadoso de saber qué causa me habia impelido á un designio tan desesperado, volviéndome á asegurar que solo deseaba darme gusto, y continuó hablándome del modo mas cariñoso, tanto que ya principié á mirarle como un animal con algo de razon. Le conté en pocas palabras los sucesos de mi viaje; la sublevacion del navío de que era comandante, la determinacion de abandonar en una ribera desconocida, y que habia pasado tres años con los *Houyhnhnms*, caballos habladores, razonantes y racionales. El capitán lo tuvo todo por sueño y embuste. Esto me irritó demasiado, y me obligó á decirle que habia olvidado la facultad de mentir desde que habia dejado á los *yahous* de Europa: que entre los *Houyhnhnms* era desconocida, aun de los niños y criados; y finalmente, que creyera lo que quisiese, yo estaba pronto á satisfacer sus objeciones, y muy confiado en convencerle.

Era hombre muy prudente, y habiendo probado mi juicio con preguntas diferentes, reconoció que cuanto le decia era, si no verosímil, lógico, y con esto comenzó á formar un concepto mas honroso de mi sinceridad, tanto que me confesó haber encontrado en otro tiempo un marinero holandés, el cual le refirió que con el motivo de hacer aguada habia tomado tierra acompañado de otros cinco en cierta isla ó continente al Sud de Nueva Holanda, desde donde habian divisado un caballo careando un rebaño de animales totalmente semejantes á los que le habia pintado bajo el nombre de *yahous*, y otras muchas particularidades que no tenia presente, por el poco aprecio que habia hecho de la relacion suponiéndola falsa.

Tras esto me pidió, que pues hacia vanidad de verdadero, le diese palabra de honor de seguir en su compañía todo el viaje, sin volver á pensar siquiera en conspirar contra mi propia vida, pues de otro modo me llevaria preso hasta Lisboa. Ofrecí cumplirlo, aunque protestando siempre que primero sufriria el tratamiento mas cruel, que sujetarme á vivir otra vez con los *yahous* de mi país.

No ocurrió cosa digna de mencion en el resto del viaje. Yo por corresponder los favores del capitán, y obligado del reconocimiento, solia hablarle cuando me lo rogaba con instancia, procurando disimular mi aversion al género humano; bien que si se me escapaba algun arranque de este humor negro, él sabia convertirlo en bufonada ó lo dejaba

pasar como inadvertidamente. Pero la mayor parte del dia lo pasaba solo, aislado en mi cuarto, sin hablar una palabra con ninguno de la tripulacion. No era otro el estado de mi cerebro, repleto de ideas sublimes y filosóficas del trato con los *Houyhnhnms*, sumergido en una insuperable melancolía que me dominaba, parecia uno de estos espíritus taciturnos ó feroces solitarios, censores contemplativos, que sin haber comerciado jamás con los *Houyhnhnms*, blasonan de conocer á fondo el carácter de los hombres, y profesan un soberano menosprecio á la humanidad.

Tambien me instó repetidamente mi capitán á que dejase aquellas pieles de conejo y me vistiese con ropa que él me daria; pero le dí las gracias, y no admití por el horror de poner sobre mi cuerpo una cosa que hubiese sido del uso de un *yahou*. Solo consentí que me prestase dos camisas, porque estas lavándolas bien no podian contagiarme tan fácilmente, y haciéndolo por mi mano me mudaba cada dos dias.

Llegamos á Lisboa el 3 de noviembre de 1743. Allí me hizo tomar por fuerza vestidos suyos, temiendo que los muchachos nos silbaran en las calles. Me llevó á su casa, y no permitió que habitase otra mientras estuve en aquella ciudad; pero capitulé que me habia de alojar luego al punto en el último piso, en paraje oculto, donde no tuviese trato con nadie absolutamente, y le pedí por favor que no revelase á nadie lo que habia contado de mi residencia en el país de los *Houyhnhnms*, porque si llegaban á saber mi historia, no me veria libre de visitas impertinentes, y lo que era peor, acaso tendria que hacer conmigo la Inquisicion.

Como D. Pedro no estaba casado, solo tenia en su casa tres criados, de los cuales uno que me servia la comida en mi cuarto me mostraba tanto agasajo, y era tan juicioso para *yahou*, que no me desagradaba su compañía, y por este medio pudo vencerme á que sacase alguna vez la cabeza por una claraboya que tenia el cuarto para tomar aire. Me hizo bajar la cama al piso inmediato á una pieza con ventana á la calle; consiguió que me asomase á ella, aunque al principio volvia prontamente la cabeza porque me chocaba la vista del pueblo, hasta que me fui acostumbrando. Ocho dias despues me llevó al piso mas abajo, y en fin triunfó tan completamente de mi hipocondria, que logré verme sentado en la puerta de la calle mirando á los que pasaban, y aun le acompañé tambien algunas veces á pasear por la ciudad.

Sabia D. Pedro el estado de mi casa y de mi familia por la relacion que le habia hecho, y pareciéndole que en honor y conciencia estaba obligado á volver á ella, me lo insinuó un dia, añadiendo que habia en el puerto un navío pronto á hacerse á la vela para Inglaterra, y que me surtiria de cuanto necesitase para el viaje. Le representé mi oposicion á tal establecimiento, en cuya virtud habia formado la resolucion de buscar una isla desierta donde acabar mis dias; pero á esto me replicó que la isla desierta que me proponia era una quimera; que en todas partes encontraría hombres, y que en ninguna como en mi propia casa, pues era el amo de ella, podria vivir tan solitario como quisiera.

Tuve que ceder porque no habia otro recurso, bien que ya no estaba tan salvaje. Dejé á Lisboa el 24 de noviembre para embarcarme en un navío mercantil, acompañándome D. Pedro hasta el mismo puerto, despues de haberme prestado por última prueba de su generosidad valor de veinte libras esterlinas. No salí de mi cuarto en todo el viaje, ni hablé una palabra con el capitán ni con ninguno de los pasajeros, con pretexto de que me hallaba indispuerto. El 3 de diciembre de 1743 anclamos en las Dunas como á las nueve de la mañana, y á las tres de la tarde llegué á Rotherhitth con buena salud, yéndome derecho á casa.

Cuando me vió mi muger y demás familia, que me creían muerto, quedaron absortos; no puedo yo explicar su alegría. Abracélos á todos friamente, y como la idea de los *yahous* no se habia borrado todavía en mí, no quise acostarme con mi muger en muchos meses.

El primer dinero que cogí le empleé en dos finosos peiros, les hice una ostentosa cuadra, y les puse un palafrenero de primera clase, al cual entregué todo mi favor y confianza. El olor de la cuadra me encantaba, y pasaba en ella cuatro horas cada dia conversando con mis amados caballos, que me traian á la memoria los virtuosos *Houyhnhnms*.

Ahora que escribo esto, ha cinco años que vivo retirado en mi casa. En el primero no podia sufrir la presencia de mi muger ó hijos, ni reducirme á comer con ellos. Despues mudaron mis ideas, y hoy me hallo un hombre regular, aunque siempre un poco misántropo.

XII.

Invectiva del autor contra los viajeros que no son legales en sus relaciones. Justifica la suya. Su modo de pensar acerca de si se intenta la conquista de los países que ha descubierto.

Os he dado, lector mio, la historia completa de mis viajes por espacio de diez y seis años y siete meses; historía en que no he ahogado tanto por parecer elegante y ameno, como verídico y sincero. Acaso habréis tomado por fábulas y cuentos mis relaciones, no encontrando en ellas la menor verosimilitud; mas tampoco yo me he can-

sado en buscar ardidés seductores de que sobrecargarlas para hacerlas creíbles. Si no la diéscis fé, atribuido á vuestra incredulidad y no á mi genio, que siendo incapaz de ficcion y mi imaginacion muy fria, os ha dado pruebas de una sencillez que debe desterrar vuestras dudas.

A todos los viajeros que hemos corrido países que apenas habria pisado otro, nos es muy facil hacer descripciones maravillosas de cuadrúpedos, serpientes, pájaros, peces extraordinarios y raros; pero ¿á qué todo esto? ¿El principal objeto del que publica sus relaciones, no debe de ser el mejorar su patria, instruir á sus paisanos y ponerles delante el ejemplo del extranjero, ó por lo bueno ó por lo malo, para escitarlos al ejercicio de la virtud y al aborrecimiento del vicio? Pues hé aquí lo que me he propuesto en esta obra, y creo que deberán agradecerme.

Yo celebraría en el alma que hubiese una ley por la cual todo viajero, antes de publicar sus viajes, fuese obligado á jurar en manos del *Lord Gran-Canciller* que cuanto iba á dar á la prensa era la verdad pura, ó por lo menos lo tenia por tal: así no se engañaría al mundo como sucede todos los dias. Doy anticipadamente mi voto por esta ley, y consiento que mi libro no sea impreso hasta que se establezca.

Repasé en mi juventud un sin número de semejantes relaciones con gusto inmenso; mas luego que he dado casi la vuelta al mundo; luego que he visto las cosas por mis propios ojos y las he experimentado, he perdido la afición á esta especie de lectura, tanto que prefiero los romances á ellas. Deseo que mi lector piense del mismo modo.

Mis amigos han encontrado en las que escribo un tono de verdad, que agradaría al público, y me han hecho condescender á que se impriman. Confieso que siempre he vivido cercado de desdichas, pero nunca he tenido inclinacion á la mentira.

Nec si miserum fortuna Sinonem

Finit vanum etiam menda-cemque improba finget (1).

Bien sé que no es gran cosa el publicar viajes; que no exige ni ciencia ni genio, pues basta una buena memoria ó haber formado un exacto diccionario. Sé igualmente que los autores de relaciones son como los de diccionarios, y que al cabo de cierto tiempo se ven eclipsados y como aniquilados por una turba de escritores posteriores, que repiten lo que aquellos han dicho y añaden cosas nuevas. Puede sucederme esto mismo: viajeros irán á los países donde yo he estado, que encareciendo la descripcion hagan desmerecer mi libro tanto que acaso no quede ni aun memoria de que he escrito. Miraría esto con la mayor pesadumbre si escribiera por la gloria; mas como escribo por la utilidad del público, me da poco cuidado, y estoy dispuesto á todo.

Yo quisiera que mi obra fuese censurada. A la verdad, ¿qué pueden decir á un viajero sobre la descripcion de un país en que nuestro comercio no está interesado de ninguna manera, ni tiene la menor conexion con nuestras manufacturas? He escrito sin pasion, sin espíritu de partido, sin intencion de herir á nadie. Mis miras han sido muy nobles, esto es, por la instruccion del género humano, no movido del interés ni de la vanidad; de manera que los observadores, los escudriñadores, los críticos, los aduladores, enredadores, pusilánimes, políticos, genios para nada, los espíritus mas indóciles é injustos no sabrán qué decirme, ni encontrarán materia para ejercer su odioso talento.

Es cierto que se me ha dado á entender que como buen vasallo, y buen inglés, debí á mi llegada presentar una memoria instructiva de mis descubrimientos al secretario de Estado, supuesto que toda la tierra que un vasallo descubre pertenece de derecho á la corona. Pero no es esta conquista la de Hernán Cortés. Por lo que hace al país de *Lilliput*, es claro que no merece la pena, ni podria resarcir los gastos de la expedicion. En cuanto á los *Brobdingnagenses*, quisiera me dijese si seria prudente el atacarlos: ¡buena cuenta tendria desembarcar un ejército inglés en aquellas costas! ¡Pues qué contento iría á una comarca donde viese siempre sobre si una *isla aérea*, que si está pronta á dejarse caer sobre los rebeldes cuando se le antoja, mejor lo estaría para hacer una tortilla de enemigos estrafios que intentar apoderarse de aquel reino! El país de los *Houyhnhnms* promete sin duda una conquista bastante fácil, por ser un pueblo que no sabe lo que es el arte de la guerra, ni qué es arma blanca ó de fuego: mas con todo, si yo fuese ministro de Estado, no tendria la temeridad de emprenderla. Su relevante prudencia y unanimidad perfecta son unas armas terribles. Además figurémonos cien mil *Houyhnhnms* furiosos arrojarse sobre un ejército europeo: ¿qué carnicería no harian con sus dientes? ¿Cuántos vientres y cabezas estriparian con sus enormes piés? Ciertamente que no hay *Houyhnhnm* á que no se pueda aplicar lo que Horacio dijo del emperador Augusto:

Recalcitrat unidique tutus.

Lejos de pensar en su conquista, quisiera mas bien empeñarlos á que nos enviasen algunos de su nacion para civilizar la nuestra, esto es, para hacerla mas racional y virtuosa.

Otra razon que me detiene para opinar por la conquista de este país, mirando á aumentar los dominios de S. M. británica con mis

(1) Virg. *Aeneid.* lib. 2.

afortunados descubrimientos, es que, á decir verdad, el modo con que se suele tomar posesión de un nuevo país descubierto me causa algunos leves escrúpulos; aunque tambien confieso que la nacion inglesa está libre de semejantes cargos. Siempre ha sido notable por su justicia y su discrecion en la fundacion de sus colonias, pudiendo servir de modelo sobre este punto á toda la Europa. Bien notorio es nuestro celo en dar á conocer la religion cristiana en los países recien descubiertos, y felizmente invadidos, como que para poner en práctica las leyes del cristianismo cuidamos de enviar pastores muy piadosos y edificantes; hombres de buena vida y costumbres; mugeres y niñas irreprehensibles, de virtud acreditada; valientes oficiales, jueces integros, y principalmente gobernadores cuya probidad esté experimentada, que funden su felicidad en la de los habitantes del país, que no ejecuten la menor tiranía, ni se dejen llevar de la codicia, ambicion y concupiscentia, sino solamente aspiren á la gloria é interés del rey su señor.

¿Y cuál sería el que pudiese resultar de los países cuya descripcion he hecho? ¿Qué ventajas compensarian la pena de encadenar y matar á sus naturales, no habiendo allí minas de oro ó plata, azúcar ni taba-

co? Luego no merecen ser el objeto de nuestro ardor marcial y celo religioso, ni aun el honor de ser conquistados por nosotros.

Si no obstante la corte pensase de otra manera, declaro que estoy pronto á asegurar, siendo interrogado judicialmente, que ningun europeo ha puesto los piés antes que yo en aquellas mismas comarcas, sobre lo cual me refiero al dicho de sus naturales, que es el que debe hacer fé. Bien veo que me reconvenirán con la tradicion *houyhnhn-miana* de aquellos dos *yahous* que aparecieron en la montaña, tronco de toda la raza de *yahous* del país; pero ¿qué sabemos si serian ingleses? Ciertas facciones, inclinaciones y modales de sus descendientes lo persuaden. Finalmente, yo dejo á los doctores en materia de colonias que disputen este punto, y examinen si funda ó no un derecho claro é incontrastable á favor de la Gran Bretaña.

Satisfecha así la única objecion que pudieran ponerme tocante á mis viajes, me despido del benigno lector que se ha tomado la molestia de viajar conmigo en este libro, y me vuelvo á mi pequeño jardin de Redriff á engolfarme en mis filosóficas quimeras.



FIN DE LOS VIAJES DE GULLIVER.